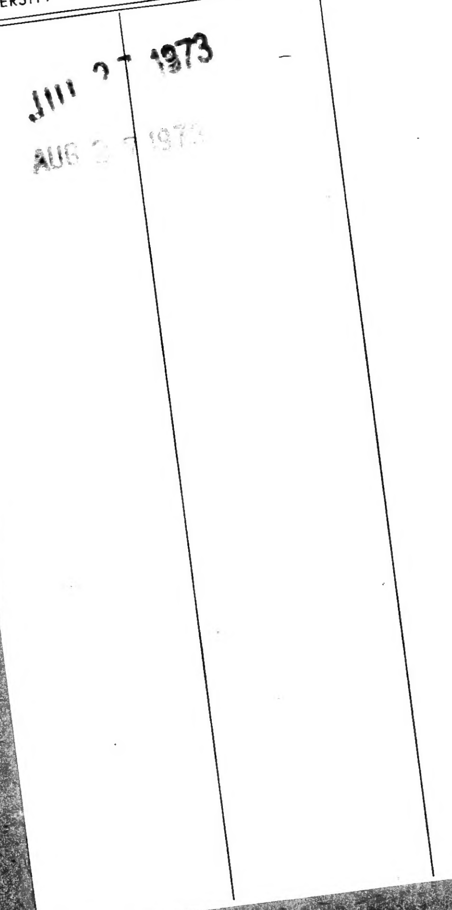
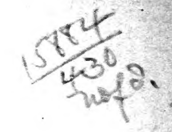

1973

LA LOCA DE LA GUARDIA

(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)



VICENTE F. LÓPEZ

LA LOCA DE LA GUARDIA

CUENTO HISTÓRICO





BUENOS AIRES

A. V. LÓPEZ, Editor

PUNTO DE VENTA: LIBRERÍA LA FACULTAD

JUAN ROLDÁN, FLORIDA, 418

Explicación del editor

La carta que insertamos á continuación bastará para que se vea que este Cuento, Leyenda ó Episodio de la Campaña libertadora del Ejército Argentino en Chile tiene una base histórica sobre la cual reposa el cuadro fantástico con que el autor lo ha presentado.

«Sr. D. Vicente F. López.—Casa de usted Santafé, núm. 1060.—Noviembre 21 de 1887.—Muy estimado señor: Mi nieto Félix Ponsati me ha dicho que se ha empeñado usted en que le comunique lo que sepa yo de la famosa *Loca de la Guardia* que hizo servicios distinguidos á las tropas argentinas que invadieron á Chile. Yo no sé más que lo que nos contaba el coronel don Ramón Dehesa (debe decir Román) en nuestro ejército que invadió el Brasil á fin del año de 1826, siendo yo ayudante mayor del regimiento de artillería, muchacho de 16 años y el mencionado coronel jefe de Estado Mayor del Ejército Argentino. Nos contaba que aque-

lla loca vivía en las breñas de la Cordillera de los Andes, y que ellos ni sabían sus guaridas; pero siempre que partidas españolas venían por los Andes, á batir ó sorprender á los patriotas, la loca era la primera que se presentaba á avisar á éstos la venida de los ....: daba un nombre clásico á los españoles que francamente no puedo recordar, pues hace la friolera de 60 años que Dehesa nos contaba esta aventura. Era una mujer singular, patriota exaltada; pues su extravío mental procedía de malos tratamientos de los españoles á ella. Jamás dejó de presentarse en esas emboscadas y acompañar las partidas patriotas aún en los tiroteos; extraviada su mente en todo, menos en las cosas de la patria. Era muy estimada y protegida por los oficiales y soldados patriotas pues les hacía remarcables servicios. Creo recordar que cuando el ejército pasó los Andes, también se presentó y siguió el ejército. Por la noche nadie sabía donde estaba, pero cuando tenía que comunicar algo á los patriotas se presentaba antes de la diana á avisarles. Todos la respetaban. Esto es, señor doctor López, lo único que sé de esta benemérita mujer. Saludo á usted con mi consideración distinguida — Félix Pico (padre).»

Nos parece excusado abonar el valor positivo de la firma de un hombre como el anciano señor Pico, tân conocido y venerado de cuantos han

vivido en Buenos Aires en estos últimos tiempos, pues ella constituye un documento cuya verdad nadie puede sospechar ni amenguar. Ese testimonio constituye una prueba acabada de la tradición que forma aquí la entidad histórica del cuento que editamos, tomándolo del folletín de un antiguo diario con permiso del autor.

C. C., EDITOR

I

Grande es casi siempre la dificultad en que un autor se encuentra para hallar el título más oportuno de la obra de fantasía que pretende componer. El tejido complejo de la narración, la diversidad de los caracteres que van á figurar en ella, la acción de sus diversos personajes, y la importancia que muchos de ellos asumen en los sucesos, son causas que hacen vacilar el espíritu, antes de poder concentrar dos palabras con que resumir su creación para mostrarla en la rigurosa sencillez de la personalidad literaria que procura dársele. Voltaire decía por esto, y no con poca gracia, que los autores, á la inversa de la naturaleza, tenían que dar nombre propio á los hijos que todavía no habían engendrado.

Nuestra historieta debía haberse llamado «La Loca de la Guardia y el Sargento Ontiveros». Pero los puristas, amigos de la sencillez, han

encontrado largo por demás el título, y un tanto confuso, de manera que para darles gusto nos hemos visto obligados á sacrificar el sargento de quien tenemos que hablar, para presentarnos con la requerida simplicidad de un título breve é incitativo que comienza por poner en único relieve al otro personaje de nuestro cuento.

II

Extraño sería que alguno de los emigrados argentinos que se asilaron en Chile, después de las catástrofes del año XLI, no hubiese conocido y tratado al viejo general don Ramón Antonio Dehesa, uno de los oficiales más distinguidos del célebre regimiento número 11 de infantería, que tan famoso se hizo en las gloriosas campañas de Chile y del Perú, de 1813 á 1822. Antes de tomar aquel número en nuestro ejército, ese regimiento había sido un batallón creado en la provincia de Córdoba, que con el nombre de Auxiliares de los Andes, había hecho al otro lado de los Andes la campaña del año XIII y del año XIV, bajo las órdenes del coronel don Marcos Balcarce y del comandante Las Heras, contribuyendo eficacísimamente á los señalados triunfos de «Cucha-Cucha» y del «Membrillar».

Dehesa, que tenía apenas diez y seis años, había llamado la atención de sus jefes en esos san-

grientos encuentros por el valor y por la sagacidad que había desplegado en ellos; y desde entonces había crecido su reputación militar con la importancia del cuerpo en que servía, y del que nunca más se separó hasta llegar á coronel suyo, desde el grado de distinguido con que había entrado en sus filas, lo que prueba sus virtudes militares á la vez que el temple de su carácter y la honradez de su conducta como subalterno y como jefe.

III

Los que conocimos á Dehesa, viejo ya, general retirado del servicio, y emigrado como nosotros, conocimos también á su lado un fiel servidor de su casa y de su familia que jamás se había separado de su coronel desde que había sido soldado del número 11. Llamábase el sargento Ontiveros, y era un tipo perfecto del soldado argentino formado en la escuela de San Martín. Ontiveros era *puntano,* é hijo por consiguiente de la esforzada provincia de San Luis que fué el vivero de donde aquel famoso capitán sacó sus más fornidos y vigorosos soldados para su lucha contra los ejércitos españoles. Ontiveros era un criollo alto y admirablemente torneado. Delgado y esbelto sin ser flaco, con unos brazos y unos hombros que mostraban el temple del acero en la fácil variedad de sus movimientos. Tenía unas piernas de cuya firmeza se apercibía uno con solo verlo caminar. La

mano era membruda y delgada como la garra del águila; y sus brazos largos y bien colgados, revelaban que había podido manejar el fusil y la bayoneta como un juguete de poca monta para sus fuerzas. Trigueño por el temperamento y por la intemperie de los campos desiertos en que se había criado, hacía resaltar todos los caracteres que distinguen la figura acentuada, ágil y graciosa de los gauchos. Tenía la cabeza chica, la frente poco espaciosa, pero unida y sin protuberancias: la fisonomía algo chata y redonda, con ojos negros y claros, cejas bien pobladas, poquísimas barbas, nariz fina, boca graciosa, y una cabellera de color de ébano que parecía un bosque de plumas erguidas.

Y sin embargo, el sargento Ontiveros era un hombre de una bondad incomparable: inofensivo y manso en su trato familiar, nadie hubiera dicho que aquel trinquete que parecía hecho de algarrobo como los árboles de su comarca natal, era uno de los hombres más valientes que había tenido el ejército de los Andes.

En el servicio de la familia del general, Ontiveros era una mujer; era más que una mujer, era una nodriza que arrullaba al hijo único de su jefe, en el que había venido á consagrar todas las pasiones tiernas y amorosas de su alma. Ontiveros saltaba desde la cocina al lecho donde el niño lloraba después de despertarse; lo tomaba en sus brazos, lo animaba, lo hacía sal-

tar en la palma de sus manos, mientras él mismo le preparaba la mamadera de cristal con que lo alimentaba.

En cuanto al viejo general, ya era otra cosa. Si éste se enfadaba por cualquier incidente, Ontiveros también se enfadaba y le gritaba más alto, terminando por decirle: ¡Eh! que no estamos en campaña, ni usted es ya mi coronel; ahora no más, me voy de su casa, y lo echo al diablo; y en efecto se salía, pero riéndose, y encogiéndose de hombros agregaba despacio: «¡está de murria! ahora no más se le pasa»; y la verdad era que ni Dehesa podía vivir sin Ontiveros, ni Ontiveros sin Dehesa, á pesar de estas frecuentes riñas, que para el antiguo sargento habían venido á ser cuadros dramáticos de la vida que rompían la monotonía de su pacífico retiro del servicio militar.

IV

Una vez, en nuestro modesto y pobre aposento de emigrado, teníamos de visita al general Las Heras. Vivíamos debajo del cerrito de Santa Lucía que se alza en medio de la ciudad de Santiago; y en donde había entonces un cañón que por medio de un lente, disparaba al tocar el sol en el cuadrante de las doce. Un momento antes había entrado Ontiveros trayéndonos un billete del general Dehesa. Al verlo entrar, el general Las Heras, tuvo un momento de alegría fugitiva, y le dijo:—«¡Ché! ¿vos por acá?... El otro día cuando fuiste á mi casa, has salido borracho; yo te mandé una copa de coñac, pero no sabía que habías bebido chicha; y nada era que tú te hubieras caído, pero es que ibas como un mama Dominga con un niño cargado, y podías haberlo muerto.

—Si pues, le contestó Ontiveros, ¡y que se me cayó! ¿cómo no se cayó V. S. en Chacabuco

con la convidada que le hizo el general Soler al descolgarnos del cerro sobre los godos?...»

Estaba en esto el diálogo cuando estalló el cañón del cerrito de Santa Lucía, y el general Las Heras que era puro nervios y que no estaba preparado al estampido, hizo un movimiento de sobresalto que produjo en Ontiveros la más franca hilaridad. En vano se apretaba la boca con la palma de las manos, y se torcía, la risa se le desbordaba y se salió de la pieza llevándose la contestación de su billete y dejando al benemérito viejo que había sido su jefe en un estado franco y abierto de buen humor.

—Mire usted—me dijo entonces,—lo que es el espíritu de cuerpo y la disciplina para el soldado. Este pobre diablo era un muchacho de los que habría codiciado Federico el Grande para su guardia, cuando lo trajeron al campamento de Mendoza, en una leva del diablo que se hizo en la provincia de San Luis. Tres veces se nos huyó del campamento; y la última vez que lo agarraron lo trajeron amarrado con cueros frescos en una horrible tortura. Lo hice soltar al momento y se lo di á Dehesa para que lo tratara bien; bajo pena de fusilarlo si volvía á huir. Vería la cosa seria, ó desesperaría de poder ocultarse, el hecho es que desde que se amansó comenzó á ser un soldado ejemplar. En Cancha Rayada fué herido en un costado por un balazo, pero continuó en la retirada sin desfallecer.

Cuando llegamos al campamento del Maypu, se le había descompuesto la herida y lo mandé al hospital. El día de la batalla, teníamos ya tendidas nuestras líneas, prontos ya todos á operar, cuando divisé á lo lejos un soldado con el uniforme de mi cuerpo, atravesando solo el campo que teníamos á retaguardia: mandé en el acto á ver lo que era; y era Ontiveros que había dejado su cama y que venía á tomar su puesto en la línea de la batalla. ¿Qué le parece á usted este rasgo?

—¡Admirable! general; pero me voy á permitir observarle, con mis hábitos de literato y de moralista, que yo creo que no es sólo la disciplina y el espíritu de cuerpo lo que causan esos prodigios. ¿No será más bien la grandeza y la justicia de la causa que pone el arma en las manos del soldado?

—¡Indudable! todo eso entra en lo que yo llamo el espíritu de cuerpo en el soldado.

De eso había mucho entre nosotros entonces.

V

A pesar de la estación, la noche del 2 de febrero de 1817 había sido de un frío excepcional en las altas y dilatadas cordilleras que median entre *Uspallata*, por el lado argentino, y *Santa Rosa* por el de Chile.

Toda esa vasta y yerta extensión parecía una inmensa necrópolis erizada de túmulos gigantescos en donde el frío y el silencio daban una extraña solemnidad á ese contacto de la tierra con las regiones insondables del vacío.

Coronados de nieves seculares, brillaban algunos de esos picos con los reflejos repentinos y fugitivos del prisma. Obscuros y lúgubres, parecían otros cubiertos por un manto gris. Más allá, chispeaban los unos como si estuviesen engalanados con un traje de oro; y en la infinita y caprichosa variedad de sus formas y todos los colores de la paleta con que el Grande Arquitecto del Universo viste sus obras, se des-

tacaba un cuadro maravilloso en ese dintel del infinito, en donde Dios parecía haber vedado á la naturaleza que diese desarrollo á su fecunda creación, reservándose aquel empinado y solitario desierto como trono de su inescrutable soberanía, ó como lecho de su descanso.

Allí no hay piso: no hay suelo que pueda servir de pavimento al caminante solitario ó á la tímida caravana que tiene que cruzar por aquel laberinto. El hombre lleva su pie por él, como el diligente fugitivo que pasa escapando á la inclemencia. Las masas colosales de granito se lanzan hasta el cielo desde las entrañas de la tierra. A lo lejos, ruge como una fiera embravecida el gigante volcán que nadie ha osado todavía mirar de cerca para sondar los misteriosos fulgores con que ilumina el espacio. Debajo, allá en el fondo de los precipicios, á donde la vista no alcanza á percibir otra cosa que las tinieblas de lo profundo, se oye el rodar aterrante del torrente que se lleva por delante los trozos enormes de la montaña con todos los fragores pavorosos de las borrascas y del inmenso bullicio con que los elementos encontrados batallan en las entrañas del globo. Más allá, el relámpago y el rayo estallan en los bajíos, haciendo crujir y vacilar la estrecha ladera por donde marcha cauteloso el débil mortal; y un millar de curvas, de grietas ásperas y profundas, de repechos y de descensos, son apenas el peli-

grosísimo sendero por donde puede andarse por aquellos lugares, en donde parece que la inconmensurable grandeza de Dios, desnuda y soberana á la par que terrible, hubiera querido medirse con el átomo humano que de cuando en cuando se aventura en ellos.

VI

En la madrugada del 3 de febrero de 1817, y mucho antes de que el sol hubiera venido á entibiar un poco aquellas heladas y mustias alturas, nueve soldados argentinos agrupados debajo de una concavidad de la espesa serranía, que formaba á manera de una cueva, se preparaban á emprender su camino hacia el lado de Chile. El número de orden que llevaban al brazo izquierdo sobre el fondo azul de su chaqueta, denotaba que pertenecían al regimiento número once del coronel don Juan de Gregorio Las Heras. Un sargento señalado por la respectiva gineta de lana que llevaba al brazo derecho, daba prisa á sus soldados para que dejasen el lento fogón en que se abrigaban y se pusiesen en movimiento.

—No sea cruel, sargento Ontiveros—le dijo uno de ellos;—todavía no han tocado diana en el campamento.

—¡Mamón! ¿te figuras que te van á tocar dianas para avisarle al enemigo donde estamos?... ¡Vamos! ¡arriba! ¡arriba! y diciendo y haciendo, el sargento Ontiveros, levantaba sus hombres por el brazo, y los ponía de pie.

Tomando entonces uno de ellos, cuyos ojos negros y vivaces descubrían una naturaleza sagaz y experta, le ordenó que ocultándose en las asperezas de la montaña y arrastrándose por ella como un reptil, fuese á colocarse con toda precaución al extremo de la senda, en donde los cerros abriéndose á uno y otro lado dejaban en el medio una especie de planicie ó meseta como de mil quinientos metros de extensión occidental, en la cual se abrían algunas quebradas estrechas y laterales que podían quizás comunicarse con otros senderos interiores de la cordillera.

Mientras el soldado tomaba su posición de escucha, ocultándose bien entre las asperezas que remontaban la falda del cerro, para dominar la planicie que quería vigilar, los demás compañeros se mantenían formados y armados en el interior de la concavidad en donde habían pasado la noche; pero Ontiveros agazapado á su vez, y teniendo á su vista al vigía que había hecho colocar al extremo de la falda, esperaba la señal de éste para saber si algo se distinguía hacia el lado de Chile. Seguro después de un momento de que nada había en aquellas soleda-

des que llamara su atención, se adelantó á su vez gateando y ocultándose con un nimio cuidado hasta el lugar en que había colocado á su compañero. Desde allí inspeccionólo todo prolijamente, hasta que convencido de que no podían ser descubiertos, colocó tres soldados más en lugares convenientes para que los unos se transmitiesen las señales de los otros volviéndose él á la entrada de la concavidad, donde quedaban cuatro soldados más, y desde donde estaba en comunicación con el más cercano de sus escuchas.

Un momento después apareció por el lado argentino un joven oficial con diez soldados, que deteniéndose como á cuatrocientos metros de la guardia mandada por Ontiveros, destacó hacia adelante un cabo, que vino á hablar con el sargento; y que regresó á informar al oficial de la situación de las escuchas y de la tranquilidad en que parecía estar todo aquel paraje. El oficial se adelantó entonces dejando su tropa oculta tras de los cerros; y acompañado de Ontiveros y del vaqueano Estay que venía con él, se adelantaron hasta los bordes de la planicie ó meseta que tenían por delante.

Después de haber conferenciado un momento, Estay le dijo al mayor Martínez, que así se llamaba el oficial de quien hemos hablado:

—Es imposible, mayor, que no haya alguna avanzada muy cerca, porque apenas distamos

dos leguas de la *Guardia:* lo que hay es que á ellos no puede habérseles ocurrido que nos hayamos echado por este lado del *Paramillo,* y es probable que hayan puesto su atención en la meseta que se abre aquí á la izquierda, y que nosotros podemos rodear, siguiendo las faldas por unas veinte cuadras más ó menos hasta salir por el costado.

Después que el oficial se hizo explicar bien las condiciones del terreno en que se hallaba, y las indicaciones que le daba el vaqueano de la división, dió las órdenes para que Ontiveros con sus nueve hombres siguiera por las faldas de la izquierda la ruta que había indicado Estay; y él volvió á donde había dejado su tropa, escribió unas cuantas palabras al coronel Las Heras que marchaba á retaguardia con toda la división y tomó la misma dirección de la izquierda por detrás del cerro en donde estaba la cueva en que Ontiveros había pasado la noche, para ir á salir por otras sendas á los lugares en que Estay iba á colocar la escucha, y colocarse él mismo á retaguardia de ellas, con la idea de envolver las avanzadas ó guardias con que se suponía que el enemigo estuviese observando y guardando aquel lado de las cordilleras.

VII

Serían las ocho de la mañana cuando Estay, dirigiéndose al camino oculto por donde marchaba Ontiveros con su partida descubridora, llegaba á una áspera cerrillada que caía exabrupto sobre un pequeño valle tras del cual se descubrían algunos *portezuelos* que visiblemente se dirigían á los senderos de Chile.

—Es imposible—dijo, antes de descubrirse,—que por aquí no haya algún punto de escuchas enemigos; y es indispensable, sargento, que usted oculte mucho sus hombres para que no lo descubran.

Ontiveros se colocó sobre una parte del cerro que á manera de azotea dominaba el valle, y después de haber dado orden de que todos se arrastrasen lentamente á pequeñas distancias hasta el parapeto áspero y fraccionado que allí se les ofrecía, se adelantó él mismo lo más que pudo hasta la más rápida pendiente, desde donde

podía inspeccionar perfectamente todo el valle.

A muy pocos instantes se oyó resonar el eco de voces agudas é irritadas, que parecían lanzadas por una mujer. Al mismo tiempo se oían también algunas risotadas y denuestos evidentemente dirigidos por dos ó tres hombres; y poniendo gran cuidado en descubrir el origen y el paraje de aquella novedad, Ontiveros pudo distinguir á lo lejos la figura de una mujer andrajosa que increpaba con ademanes exaltados y con voces destempladas á dos ó tres hombres que la tenían rodeada y que al parecer se divertían en atormentar á aquella infeliz.

La distancia no le permitía divisar ni la edad ni la fisonomía de la mujer; pero no tardó en darse cuenta que los tres hombres que la rodeaban ó que jugueteaban con ella, llevaban el uniforme de los soldados realistas; y que uno de ellos que parecía ejercer algún mando tomaba por el brazo á los otros dos y los obligaba á dejar libre el camino de aquella aventurera extraña que vagaba así por lo más solitario de las cordilleras.

La buena intención que Ontiveros supuso en favor del hombre que la había libertado, no tardo mucho en cambiarse por la sospecha de que su acción había tenido por fin una causa vergonzosa y torpe. El jefe de aquellos realistas hizo tomar una posición militar á sus dos compañeros; y después de haberlos colocado como de centinela, se desprendió por detrás de un peñasco, co-

mo si intentara rodear el camino de la mujer, y detenerla en una de las quebradas que daban al valle en que ella había entrado.

Ella entretanto, seguía hablando y accionando con furor. Y salvando las rígidas asperezas del terreno, marchaba como á pasar por debajo de la altura en que se hallaban ocultos los soldados argentinos. Cuando estuvo bien cerca de ellos, Ontiveros y sus camaradas pudieron descubrir en ella la fisonomía de una joven como de veinte años, bastante bien parecida: fisonomía pálida: ojos grandes, hundidos en las cavidades de las sienes, pero vagos y desatentados como los del mirar de los locos: talla esbelta y delgada, formas admirables, y un seno fresco aunque algo martirizado por la indigencia y quizás por el hambre. Sus ademanes extraños hacían ver que iba perorando. De vez en cuando se detenía, y dirigiendo sus brazos hacia las cumbres gritaba y exclamaba con fervor como si las animase con el calor enfermizo de su cerebro. Una ú otra vez parecía que la palabra *patria* salía rugiendo de sus labios; y que al volverse á los soldados que acababan de atormentarla, les lanzaba una descarga de ardientes maldiciones. Otras veces, se volvía hacia un grupo de gallinas y de palomas de cordillera que la seguían; les hablaba con cariño, hacía como si las animase á descargar fusiles y dar batalla contra sus enemigos, y tomando del vestido andrajoso que llevaba á ma-

nera de bolsa puñados de maíz, les venía distribuyendo alimento para que la siguieran.

Absorto en este espectáculo, Ontiveros ponía toda su atención en la dirección que tomaba aquella misteriosa mujer y premeditaba arrebatarla en un momento oportuno para que no los descubriese, y hacerla llevar al campamento, al mismo tiempo que observaba la marcha pérfida que el hombre enemigo hacía por entre las quebradas y faldas para salir al encuentro de su víctima y saciar los bestiales apetitos que quizás le inspiraba el desierto y la impunidad de aquel sepulcral silencio que reinaba en él.

El monstruo marchaba anhelante y precipitándose por entre los estorbos sin tener ojos para otra cosa que para seguir las desviaciones de su víctima; y cuando estaba ya como á veinte pies del despeñadero en que estaba oculto el denodado sargento, el perseguidor se apresuraba también á cortarle el paso, y tomarla en la hondonada de la lóbrega quebrada.

Ontiveros lo dejó pasar acurrucándose en el peñón que lo ocultaba; y al tiempo en que el otro ponía sus fornidos brazos sobre la joven vagabunda, echándola al suelo á pesar de sus gritos desesperados, el sargento se despeñaba también de la montaña como un gamo, y tomando su fusil por el cañón dejaba tendido y sin sentidos al bárbaro agresor; mientras que dos soldados más descendían por la vuelta de la quebrada, envol-

vían la cabeza de la mujer en sus ponchos para que no gritase, y se la llevaban á distancia para examinarla y descubrir el mejor rodeo para tomar de improviso á los otros dos enemigos que formaban la escucha realista.

Ontiveros entretanto, se ocupaba de amarrarle bien los brazos al prisionero. Después le envolvió bien la boca para sofocarle la voz, tapándole toda la cabeza con el poncho bien asegurado por el cuello, y sacándole las ropas hasta descubrirle las carnes de la espalda, le aplicó algunos latigazos con la correa de su fusil para hacerlo entrar en calor y provocar la reacción de la vida: sistema tan eficaz como conocido de todos estos hombres que viajando siempre por las cordilleras, aplican bien todos estos medios elementales y primitivos contra la enervación de la vida cerebral producida por los golpes ó por la inclemencia de la temperatura.

A poco rato el soldado enemigo comenzó á moverse. Ontiveros lo incorporó y le dijo que marchase en silencio, porque de otro modo le levantaba la tapa de los sesos, y apoyándolo él mismo le introdujo en la quebrada á una distancia conveniente; y allí se reunió con los otros dos soldados argentinos que se habían apoderado de la mujer.

Descubriéndole entonces la cabeza y la boca le hizo ver que estaba prisionero; y le preguntó:

—¿Quién es esta mujer que venías persiguiendo?

—La llaman la Loca de la Guardia, pero ella dice que se llama Teresa.

—¿Cómo es que anda sola por las cordilleras?

—Vive en un rancho de unas pobres mujeres que está como media legua más abajo de la Guardia; todo el día anda vagando con gallinas y otras aves que la siguen; y he oído decir que la dejó allí una familia rica de Santiago, que cuando cayó la patria, se pasó á Cuyo.

—¿Por qué la perseguías?

—Eso no se pregunta, ni á usted le importa.

—¿Y tú quien eres?

—Un godo.

—¿Qué hacías en esos lugares?

—Estaba de escucha avanzada.

—El amor lo ha j...—observó uno de los soldados argentinos.

—¡Silencio! le gritó Ontiveros; y dirigiéndose al realista:

—¿Qué grado tenés?

—¡C...! no me tuteée, señor sargento, que yo soy soldado de honor; quizás no tardará usted en estar como yo.

—¡Bueno!—contestó,—¿qué grado tiene?

—Sargento, como reza esta gineta.

—¿Cuantos hombres están de escucha?

—Veinte.

—¿Veinte?

—Sí, veinte.

—Cabo Mardoña, llévese este hombre á la compañía; dígale al mayor, que según él, la escucha enemiga tiene veinte hombres, que yo voy sobre ellos con la avanzada; y tenga usted presente, so godo, que si encuentro menos hombres, ó más de veinte, dejo orden aquí de fusilarlo al momento; y ¡cuidado, compañeros! cuatro tiros en el momento que yo haga la señal. ¿Se ratifica usted en que no hay sino veinte hombres?

—Le diré, la avanzada no tiene sino tres; pero en la guardia hay cien hombres.

—¡Muy bien! Mardoña; amarre bien de pies y manos al prisionero, póngale un centinela de vista y que venga la mujer.

La loca se había demudado: una especie de inspiración lúcida vagaba por su semblante: unas veces fijaba su mirada sobre el hombre amarrado de pies y manos y herido en la cabeza que yacía á sus pies; y otras contemplaba con asombro y como con amor al sargento Ontiveros y á los soldados que la habían libertado.

—¡Nosotros de la patria, niña!—le dijo Ontiveros:—nosotros Chile contra los godos: *¡pun! ¡pun!* allá;—y ella oía como encantada, y como si mil recuerdos acerbos y lisonjeros se le agolpasen á la mente, estuvo un momento por lanzar un alarido; pero Ontiveros le tapó la boca y poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio, le dijo:—Enséñenos el camino

de los cerros para agarrar aquellos dos. Ella pareció comprender como en una rápida luz lo que se le pedía; y haciendo también la señal del silencio tomó á Ontiveros de la mano, y lo hizo repechar el cerro acompañado de seis soldados: un momento después bajó á una lóbrega quebrada que quedaba á la espalda; y volviendo por ella hacia la izquierda (silenciosa y haciendo siempre la señal del silencio con el dedo sobre los labios), caminó como media hora por la hondonada, hasta salir á una pequeña abertura en cuyo límite se detuvo mostrando con el dedo los dos soldados de la escucha que se entretenían contra la pared del cerro en asar y comer unas papas.

Los cinco soldados argentinos se echaron de carrera sobre ellos, mientras que los dos realistas sorprendidos y estupefactos se dejaban amarrar sin resistencia, y eran entrados á la quebrada, por la que fueron conducidos adonde había quedado preso su compañero.

La loca venía pegada al costado de Ontiveros: no hubo poder humano que la separase del sargento: sea que allá en su vago entender se hubiera fijado en la idea de que era su salvador; sea que habiéndolo visto con autoridad sobre los soldados que habían rendido á los realistas, sea que se hubiese apasionado de su garbo por el influjo que ejerciera en ella su talla y su gigantesca fuerza, el hecho es que no quería alejarse

de él, ni marchar de otra manera que prendida á la casaca del sargento, lo que causaba la risa y la burla de todos los demás compañeros, que, puestos en buen humor, por el feliz suceso en que habían actuado, no cesaban de hacerle á Ontiveros alegres bromas y alusiones sobre la conquista amorosa que le suponían; y como alrededor de la loca marchaban también todas las gallinas que de ordinario la seguían, no dejaba de formar un cuadro de suyo curioso aquel regreso de la feliz expedición al punto de su partida.

Cuando llegaron al lugar desde donde se habían desprendido, encontraron ya en él al teniente Guerreros del once con cuarenta soldados y con el vaqueano Estay. Así que éste vió á la loca, se fué á ella lleno de emoción y la abrazó, diciéndole:

—¡Teresa! ¡Teresa! ¿Cómo estás aquí, querida Teresa?

Ella se detuvo un instante á contemplarlo, y como si tuviese un recuerdo vago del hombre que la hablaba, le dijo con energía.

—¿Cómo estoy aquí?... ¡Estoy con mis ejércitos y con mis tropas! Acabo de bajar del cielo con mis banderas y con mis fusiles para reinar en mi tierra: mira mis soldados (señalando á las gallinas) y mis generales (señalando á Ontiveros) y echándose en sus brazos. Ya hemos dado la primer batalla y los clarines del cielo han to-

cado la marcha de nuestras victorias. ¡Adelante! ¡adelante! ¡vamos á ahorcar á San Bruno! y á levantar á mi pobre Rafael de la tumba en que ese bárbaro lo tiene encerrado.

—¿Qué es esto?—decía Estay, mirando á los soldados que la traían; y dirigiéndose á Ontiveros le preguntó:—¿dónde han tomado á esta muchacha?

—Es una loca—contestó el sargento, que andaba vagando por estos lugares: perseguida por ese prisionero que se proponía ultrajarla al favor de la soledad, la salvé con un buen culatazo, nos apoderamos de él y de ella, y ella nos ha llevado por la vuelta de la quebrada á donde estaban esos otros dos hombres que formaban la escucha avanzada del enemigo.

—¡Teresa! ¿que no me conoces? ¿no te acuerdas de Justo Estay, el hermano de tu novio Rafael Estay? Mírame—le repetía, tomándola de los hombros y encarándole su rostro.

Ella comenzó á fijarse más y más en el hombre que la hablaba: suspensa por un momento, se pasó las manos por los ojos y repitió como si soñara:

—Justo, sí, Justo, el que abandonó solo á Rafael entre los asesinos de San Bruno... Justo... el que me dejó sola y huyó cuando ahogaron á Rafael en un lago de sangre...

Y una especie de temblor nervioso con todos los signos de espanto, comenzaba á producirse

en la mirada y en los miembros de aquella infeliz. De repente se separó de Estay, y corrió á abrazarse de Ontiveros, produciéndose una algazara de risas y burlas entre los soldados con aquella pasión repentina que hacía del sargento el héroe de aquel grotesco romance.

—¡Basta! ¡basta de ternuras!—gritó el teniente Guerreros que hasta entonces había estado dominado por aquella extraña escena.—Aprovechemos el tiempo; á ver, cabo Zamudio, llévele con dos soldados esa loca al mayor Martínez que queda á retaguardia siguiendo esta misma quebrada.

Pero cuando el cabo Zamudio quiso cumplir la orden, la loca se aferró con los dos brazos al sargento Ontiveros, sin que éste hiciese de su parte por desprenderla, y á medida que el cabo y los soldados procuraban separarla, daba tantos gritos y alaridos que fué preciso envolverle la cara por precaución de que fuesen oídos, y llevarla por fuerza.

El teniente dispuso entonces que Ontiveros quedase de escucha en aquel mismo lugar con los ocho hombres que lo habían acompañado desde el día anterior, y se replegó á la fuerza de retaguardia que mandaba el mayor Martínez, llevándose los tres prisioneros.

Cuando éste se impuso de todo lo ocurrido, y tomó una noticia exacta de la posición en que estaba la guardia y de la fuerza que allí tenían

los realistas, conferenció con Estay; y después de haber tomado todos los datos necesarios para fijar sus ideas y el rumbo de la marcha, creyeron que no convenía seguir las quebradas y los valles por donde los realistas habían adelantado la escucha que había caído prisionera, porque era natural que procurasen tomar noticias de ella, y que descubrieran la entrada de los argentinos.

Creyeron, pues, que lo mejor era rodear los cerros por la izquierda del valle aunque el camino fuese algo más largo, y presentarse sobre la Guardia por el flanco izquierdo, cortando el camino de la bajada á Santa Rosa. Pero antes de tomar esta resolución el mayor Martínez volvió hacia atrás para conferenciar con el coronel Las Heras sobre este incidente de la marcha.

—¿Qué hacemos con la loca, mayor?—le dijo el teniente Guerreros.

Martínez reflexionó un momento, y dijo con resolución:

—Lo mejor es mandársela á Ontiveros: puesto que está apasionada de él, y como conoce todas las quebradas de las cercanías, puede serle muy útil.

—¡Señor!—le dijo Estay.—Pero esta desgraciada entre soldados, y durante la noche...

—¿Usted conoce á Ontiveros?

—No, señor, mayor.

—Pues sepa que es un modelo de soldado ar-

gentino; y que la pobre muchacha á su lado está mejor guardada que en el convento de las *Cármenes* de su tierra... Cabo Zamudio, dígale usted al sargento Ontiveros que le mando la Loca para que le sirva de vaqueano si fuese preciso, y que tenga cuidado, ¡eh!... ¡cuidado! porque me responde de ella para entregársela buena y sana á sus parientes cuando triunfemos.

Martínez se dió vuelta sonriéndose: los soldados se rieron algo más fuerte; el teniente Guerreros dijo que Ontiveros le iba á poner sus escapularios para salvarla de toda contingencia, hasta contra él mismo; y que la idea de enviársela no era mala por los servicios que podía hacer en la escucha.

Cuando la Loca comprendió que la volvían hacia atrás, mostró una rara satisfacción, y cuando la dejaron en la escucha se colocó como un niño tímido y obediente al lado del sargento que la había salvado, mostrándole por su silencio y por el respeto con que obedecía todo lo que él le ordenaba, toda la deferencia que le prestaba, y el singular influjo que el sargento ejercía sobre su espíritu extraviado.

VIII

El coronel Las Heras aprobó las indicaciones del mayor Martínez, que mandaba su vanguardia. La escucha del sargento Ontiveros fué retirada del lugar que ocupaba, y tomando la quebrada de la izquierda, fué admirablemente dirigida á los mejores pasos y sendas por la Loca que los acompañaba. Un instinto raro de locatividad le había hecho comprender que lo que se buscaba era caer por la izquierda y de improviso sobre el puesto realista de la Guardia. Ella misma mostraba las más grandes precauciones en la marcha. De pronto se adelantaba y trepaba á una altura desde donde descubría los alrededores; y sin decir una palabra tomaba la delantera con decisión, y casi siempre llegaba á los lugares en que la escucha se ponía en comunicación con la vanguardia del mayor Martínez. Si la quebrada había de terminar en algún boquete que daba á una planicie, la Loca iba la primera á inspeccionar el estado en

que estaba el terreno; y ya rodeaba la meseta sin aventurarse en ella, ya tomaba las grietas que la cortaban y llevaba cubiertos á los soldados por el rumbo que debían seguir.

De manera que á las muy pocas horas de marcha, todos habían llegado á un grado tal de confianza en la lealtad y en la destreza de la Loca, que el mismo Estay, vaqueano en jefe de la expedición, estaba asombrado de lo que le veía hacer, y del tino con que ella seguía el rumbo por las mejores quebradas y por las sendas más practicables.

Caminaron todo ese día haciendo una especie de semicírculo, por la izquierda, que según Estay debía llevarlos á cortar el puesto de la Guardia sobre el camino de Santa Rosa, é interceptar la retirada ó fuga de los realistas si se lograba sorprenderlos como esperaban. Sin vacilar, y con un ardor resuelto, la Loca dirigió la avanzada ó escucha del sargento Ontiveros hasta un alto cerro en cuya base, carcomida al pie de la montaña, se formaba una vasta cueva, desde cuya ancha boca ó apertura podía descubrirse toda la extensión de la meseta y de las quebradas occidentales por las que el enemigo tenía necesariamente que aparecer en caso que hubiese procurado vigilar el camino por aquel lado.

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes...

La noche, rápida y repentina siempre en aquellas alturas, comenzaba á envolver en sombras espesas los bajíos; y en la parda luz del crepúsculo, las pendientes intrincadas y variadísimas de la cordillera tomaban un aspecto más solemne.

Al llegar á la cueva, la Loca se introdujo y desapareció en ella. Un soldado la siguió, pero en las densas tinieblas que embozaban la honda concavidad y sus tétricas grietas, se detuvo, sin poder discernir la dirección ni el lugar hacia donde la Loca había penetrado. Se volvía ya hacia fuera para dar cuenta de esta novedad á sus camaradas, cuando distinguió el bulto de la mujer que venía del fondo hacia la entrada ocultando en sus polleras arremangadas un objeto voluminoso que envolvía en las faldas de su vestido. El soldado quiso tomarle aquello para averiguar su contenido; pero ella se resistió con exaltada energía y con gritos de una suprema indignación, lanzando palabras inconexas de rabia y de amenaza. Alarmado Ontiveros con esta bulla penetró en la cueva con otros soldados, y encontró á la loca defendiendo su carga, con una actitud trágica de notable energía.

Se acercó á ella, la acarició, le dió orden al soldado que se alejase, y le pidió que le mostrara lo que ocultaba. Tranquilizada al fin, abrió un tanto la bolsa improvisada que había formado con el traje, y Ontiveros pudo ver horroriza-

do que contenía una calavera humana, á cuyo cráneo estaba unido todavía uno que otro mechón de pelo negro, que por su forma y recortes se conocía que había sido de un hombre, el hueso descarnado de un antebrazo humano, y seis ó siete falanges de los dedos que llevaban unidas todavía algunas de las uñas; y algunos huesos tan débiles y exiguos que parecían haber pertenecido á un niño nacido sin vida, ó muerto al menos en las primeras horas de su alumbramiento.

Ontiveros se sentó al lado de la Loca, le puso la mano sobre la cabeza con una bondad infinita, y después de haberla tranquilizado con sus caricias, le dijo:

—Mostradme todo eso: ¿esa calavera?... ¿lo asesinaron los godos? ¡Yo voy á matar á los godos que mataron á ese amigo tuyo!

—¡Sí... á San Bruno!... ¡á San Bruno!... con una hacha... con una hacha de hierro... Yo quiero que me des su cabeza: quiero su brazo y sus ojos para darlos á comer á mis gallinas y á mis ratones.

—Todo entero y amarrado de manos y de pies te lo voy á dar.

—Ya lo sé... el angelito vino del cielo la otra noche y me dió un beso en la boca, y me dijo vamos á ahorcar al maldito que asesinó á mi padre y que me degolló en la cama. Venía vestido de sangre pero con una corona de oro

y de luz. Detrás de él estaba Rafael, muerto degollado... ¡Ahí están! ¿los ves? ¿los ves? ¡Ahí están!—decía la Loca señalando á la bóveda interna de la vasta cueva. ¡Ahí los mata San Bruno! ¡Corre, corre ligero, que los mata!... y levantándose desatentada, dejó caer los huesos y la calavera; y al precipitarse hacia dentro con el anhelante apuro de salvar las sombras que vagaban en su cabeza, tropezó en las breñas del piso y cayó en un sueño epiléptico interrumpido de cuando en cuando con gritos y declamaciones aterradoras, que terminó por una laxa postración.

Ontiveros tomó entonces la calavera y descubrió unos cuantos papeles dentro de ella ceñidos por una cinta negra. Los desenvolvió y al abrir el más abultado de ellos encontró que era un despacho del teniente de voluntarios de la patria, otorgado por el supremo director de Chile don Francisco de la Lastra en favor del oficial Rafael Estay. Con este papel había algunas cartas tiernas de este oficial á «*Teresa*» y algunas de ellas manchadas con sangre. Hizo de todo un paquete, y se lo devolvió á la Loca, diciéndole que lo llevase al fondo de la gruta, mientras ellos iban á matar á San Bruno, que era la idea favorita con que ella se complacía.

Dominado ya el ataque que había sufrido, el sueño de la noche reparó los últimos rezagos del sacudimiento; y al otro día de madrugada, esta-

ba ya dispuesta á seguir dirigiendo la marcha de la escucha.

Antes de ponerse en movimiento, el sargento Ontiveros pasó parte al teniente Guerreros de que no había novedad, y de que el camino parecía franco y solitario en todo lo que podía distinguirse. El teniente le contestó que esperase órdenes, porque en ese mismo momento el mayor Martínez había ido al campamento de la división á conferenciar con el coronel Las Heras y con los vaqueanos. Confrontados los datos que éstos dieron y las declaraciones de los tres prisioneros realistas, se conoció que acelerando un poco más el paso, podrían sorprender á la Guardia en la tarde de ese mismo día 4 de febrero, y tomar toda la fuerza que allí había, para que la columna cayese de improviso sobre Santa Rosa, antes de que los cuerpos del ejército enemigo hubiesen tenido noticia de la expedición que iba sobre ellos. Pero como el peligro de ser descubiertos se acrecentaba con la mayor proximidad del puesto ocupado por los realistas, y por la vigilancia que era de suponer, se dispuso que la partida exploradora de Ontiveros fuese flanqueada por otras dos fuerzas para que en caso de encuentro pudieran cercar á los contrarios y cortarles la retirada para que en todo ese día no pudieran dar aviso á los suyos. Mientras tanto, el mayor Martínez con treinta granaderos del once y setenta cazadores montados adelantaba por las paralelas de la izquierda des-

pués de haber combinado con sus partidas exploradoras un sistema oportuno de señales, y de comunicaciones por las quebradas y faldas que iban á caer sobre el puesto enemigo.

A medida que se acercaban al terreno del conflicto, la Loca parecía más vigilante y más inspirada. Todo el día caminó callada y sin vacilar llevando á la partida con la misma destreza, y rivalizando en el acierto y en la dirección de la marcha con el mismo Estay que iba al lado de Martínez.

Poco antes de las cinco de la tarde, la Loca se detuvo en la boca de una quebrada á cuya derecha se levantaba un cerro que parecía dar fácil ascenso á su cumbre. Tomando á Ontiveros de la mano lo llevó consigo á una distancia media de la altura y, bien agazapada entre las piedras, le indicó á lo lejos del descenso un punto en donde se percibían bien algunos ranchos ó chozas agrupados en una pequeña meseta al pie de una senda de salida que parecía continuarse bajando hacia el lado de Chile. Se percibía también el movimiento de muchos hombres y de caballos con otros animales, y le dijo:

—¡Los Sambrunos! ¡La Guardia!

Ontiveros bajó rápidamente dejando allí á la Loca, tomó dos hombres y los hizo subir al lado de ella para que vigilasen el puesto enemigo; y acompañado del cabo Zamudio, le comunicó al teniente Guerreros lo que había visto.

Como media hora después, vino el sargento mayor Martínez, con los tenientes Guerreros y Dehesa, se informó de todo por sus propios ojos: escribió rápidamente unos renglones que dirigió al coronel Las Heras; tomó consigo á Ontiveros y sus soldados dejando en la escucha un cabo y dos hombres; y dirigiéndose con su fuerza guiado por la Loca y por Estay, apresuró el paso. A eso de las seis tenía la inmensa satisfacción de apoderarse de la retaguardia del puesto con una parte de su fuerza, al mismo tiempo que por el flanco derecho del enemigo caía de improviso sobre la meseta de la Guardia, sorprendiendo completamente á los enemigos que lo guarnecían.

Estos, así que se vieron acometidos, se reconcentraron en el reducto de la defensa que tenían preparado con parapetos y zanjas. Pero los argentinos no les dieron tiempo de reponerse, y con el mayor brío emprendieron el ataque, dirigiendo un fuego incesante sobre el grupo enemigo desde las alturas más próximas, mientras otros piquetes llevaban el ataque sobre las palizadas y las tapias de la defensa.

Hacía como una hora que se batían, cuando la Loca en medio del fuego tomó de la mano á Ontiveros y le señaló una pequeña quebrada lateral como el mejor camino para caer sobre los Sambrunos. Ontiveros se lo comunicó al teniente Dehesa; y éste con 25 hombres, siguió á la

Loca. Al poco tiempo Dehesa aparecía con sus hombres sobre el contrafuerte de la posición y se echaba hacia abajo con la rapidez del rayo cayendo dentro del mismo reducto. La bayoneta hizo allí sus trabajos: Ontiveros con sus fuerzas colosales movía su fusil ya de punta, ya como una maza, sobre los enemigos que procuraban ultimarlo. Al tiempo que descargaba un golpe sobre un robusto soldado que lo acometía, el oficial español que mandaba el puesto se dirigía corriendo sobre él á embastarlo con su espada; pero al tirar la estocada, la Loca se le asió de los pies y dió con él en el suelo, dando lugar á que lo desarmaran y lo tomasen prisionero; al mismo tiempo en que los argentinos del exterior vencían las vallas del reducto haciendo ya imposible y desesperada su defensa.

Algunos enemigos que trataron de huir fueron muertos ó tomados y desarmados á poca distancia. De modo que la sorpresa dió un resultado cabal, quedando en poder de los argentinos tres oficiales, sesenta prisioneros, setenta fusiles, sables, tercerolas, tres mil cartuchos, y un acopio considerable de víveres.

Los ranchos ardían incendiados, y en medio de aquella espantosa confusión en que siempre van envueltos estos trágicos y terribles sucesos, había tenido lugar un episodio extraño. La Loca había desaparecido; y Ontiveros la buscaba por todas partes sin hallarla,

IX

Al saberse en el cuerpo principal de la columna que el mayor Martínez se lanzaba al ataque de la Guardia, un fraile de formas atléticas que marchaba con ella como capellán ó agregado, y que más que de religioso tenía aire de soldado y ademanes brutales de perdulario atrevido é inexorable, se presentó al coronel Las Heras ciñéndose un sable de granadero y pidiéndole permiso para incorporarse á la vanguardia.

—¡Cómo, fray Félix! ¿con ese sable pretende su paternidad ayudar á bien morir á nuestros heridos?

—¡No, coronel! lo que pretendo es ayudar á bien matar á los godos.

—¡No es posible!... Usted, señor capellán, no tiene ese encargo. El uniforme de mis soldados no es el sayal de los frailes, ni la patria puede admitir que en sus tropas peleen hombres vestidos como usted. ¡No faltaría más sino que us-

ted quisiese como de antaño, llevar un sable en una mano y un crucifijo en la otra!

—Si no es más que eso, coronel, pronto está remediado.

Y el fraile deshaciéndose en un momento de su traje burdo y talar, se presentó con una chaqueta y con pantalones de militar que traía ocultos debajo de sus ropas religiosas.

—Ahora no hay ya más fraile, ni lo seré jamás, señor coronel. Siento plaza de voluntario en el momento de la acción; y como Vuestra Señoría no tiene nada que ver con los cánones, ni jurisdicción eclesiástica sobre mí, no puede impedirme que me bata y que cambie de profesión.

El coronel Las Heras soltó una carcajada; y volviendo sobre sus primeros pareceres le dijo:

—¡Hombre! la verdad es que usted tiene razón; y que al parecer ha de ser mejor soldado que fraile: ¡á ver! muchachos, una mula para ese hombre; teniente Dehesa, llévேselo usted al mayor Martínez con la fuerza que va á reforzarlo, y dígale que se fije bien cómo se porta ese soldado en la refriega... Y si le toca una bala, mi amigo, dijo dirigiéndose al fraile ¿quién lo va á confesar de la sangre que derrame sin tener los deberes de un soldado?

—Tengo un amigo, coronel, que no ha de permitir que me venga ese trance.

—¡Ah! usted cree que Dios lo estará mirando complacido y que lo ha de proteger.

—Puede ser que no sea Dios, coronel, ¡el mío es mejor amigo!

—¡Hombre! ¡veamos cual! bueno será saberlo.

—Le faltaría al respeto, coronel, diciéndoselo.

—Diga usted no más, le doy licencia; y será la última que le daré, pues veo que usted me conoce; ¿qué amigo es ese?

—¡El diablo!

—¿El diablo?... pues bien; que él lo ayude; y tenga usted presente que si otra vez lo veo con hábitos ó incensarios, lo voy á mandar de visita á la tierra de su amigo.

—No tenga cuidado, coronel, que eso ya se acabó. No he de parar hasta ponerme unas charreteras como las que Vuestra Señoría lleva, ó hasta ir á visitar á ese amigo antes que Vuestra Señoría me dé la tarjeta para entrar en sus palacios.

El teniente Dehesa que escuchaba este diálogo con un ceño airado, en el que se descubría la profunda antipatía que le inspiraba aquel fraile insolente, le impuso con imperio militar la mano en el hombro, y empujándolo hacia la tropa que estaba formada ya y esperando la orden de marcha—¡en fila! le dijo; y lo hizo entrar en la columna que al instante se puso en movimiento para reunirse con el mayor Martínez.

Cuando llegó el momento del ataque el *fraile* (que así le comenzó á llamar todo el ejército),

desplegó un arrojo singular, y fervoroso ardor por herir y por matar. Era una furia, que se lanzaba como un tigre á las palizadas; tenía los ojos inyectados de sangre, el aliento caliente y pútrido como el respirar de las fieras, las quijadas trémulas y la boca contraída por la ira brutal de los animales, que tan distinta es de la bravura reflexiva y honorable del verdadero soldado. Pero la verdad es que su valor y su empuje se hizo admirar de los oficiales y de los jefes argentinos, y que sin más armas que el sable que se había ceñido en presencia del coronel Las Heras, hizo prodigios y dió en tierra con muchos enemigos, probando que había nacido para la guerra y para la matanza más bien que para el *ite frates* de la misa y del altar.

Pero de alguna otra manera se habían de revelar también los malos y soeces instintos de su alma. En medio de la confusión y del incendio que se siguió al asalto y á la toma de la Guardia, había descubierto á la Loca vagando como en delirio en medio de los soldados triunfadores y de los rendidos; y se le figuró que aquella desgraciada, á quien (diremos con verdad) no conocía, era la mejor prenda del botín con que podía retirarse á la soledad de las quebradas vecinas. Abusando de sus enormes fuerzas, en el bullicio que dominaba la escena, la había tomado con violencia tapándole la boca, y subiéndola á una mula de las que estaban ensilladas y sueltas en

el terreno, se alejaba con ella, sin que nadie lo hubiese reparado.

Ontiveros, entre tanto, que había tomado como un deber sagrado el cuidado de aquella infeliz que le había recomendado el mayor Martínez, para devolverla sana y buena á su familia, la buscaba desesperado por todas partes sin poder darse cuenta de su desaparición. En sus conatos, se encontró con el cabo Zamudio, que habiendo abandonado la escucha en que lo habían dejado, por no ser ya necesaria su vigilancia, venía á toda prisa á tomar parte en el tiroteo y en el combate.

—¡ Ontiveros!—le gritó Zamudio de lejos;—ahí he visto á tu loca que se la lleva un hombre del cuerpo.

—¿ Por dónde?

—Por esta quebrada.

—¿ Por qué no detuvistes al hombre que la llevaba?

—Y qué sé yo porque la lleva: él va con el uniforme del cuerpo.

Y al oirlo, Ontiveros cargando su fusil y con paso apurado, tomó también la quebrada que le indicaba Zamudio.

A dos ó tres cuadras Ontiveros descubrió al raptor en el camino. La Loca se había tirado al suelo; y hacía esfuerzos para desprenderse de él. El raptor se había bajado también de la mula y procuraba apoderarse de su presa para lle-

varla á la grupa; pero en estos esfuerzos se le presentó Ontiveros cerrándole el camino, y echándose el fusil á la cara le intimó que regresase á la Guardia, ó le metía una bala en el corazón.

El fraile quiso defender su derecho al botín, pero el soldado le repitió su amenaza diciéndole que aquella muchacha estaba bajo su guarda, y que había sido la guía fiel y vigilante de la vanguardia.

—¡Pero animal!—le dijo el fraile,—debías haber comenzado por decírmelo: yo creía que era una gallega, colchón de godos;—y como no tenía arma de fuego con que dominar la de Ontiveros, le agregó: bueno ¡volvámonos!

—Nada de eso—le dijo el sargento.—Yo no lo conozco á usted, ni sé como tiene la chaqueta del regimiento; usted es un enemigo que se ha vestido con la ropa de algún muerto de los nuestros. ¡Pronto! marche usted adelante: deje esa mula: tire el sable; y si no anda pronto, lo fusilo sin andar con más vuelta.

Fué en vano que el fraile quisiera explicarse y darse á conocer. Ontiveros acentuó de más en más sus intimaciones; y la cosa iba tan seria que el fraile tuvo que poner la espada en el suelo, dejar la mula y marchar á pie como cincuenta pasos delante de Ontiveros. Así volvieron otra vez al lugar de la refriega.

Ontiveros se presentó al teniente Dehesa, y le

dió cuenta de todo lo ocurrido. El teniente se dirigió al momento al mayor Martínez para informarlo del episodio. Pero el mayor tomó la cosa con otro humor, y le contestó:

—¡Qué diablos! todo eso es natural, y muy propio de un fraile. El dice que no llevaba malas intenciones, ni otra mira que incorporarse al coronel con una mujer que podía darle buenos informes; y que como no está enrolado todavía en ningún cuerpo, no conoce la ordenanza, ni las reglas que ella impone en estos casos. Por lo demás nadie lo ha visto cometiendo el crimen que usted le sospecha, y se ha batido con una bravura que no le podemos negar.

—Pero mayor, bueno es que el coronel lo sepa todo; porque estoy cierto que le bastaría saber la sospecha para negarse á admitir este fraile en nuestro cuerpo; y si quiere sentar plaza que lo haga en otro regimiento ó donde quiera. Por lo que hace á mí, protesto que si entra en el once, me opondré usando del derecho que me da nuestro reglamento secreto; lo provocaría en duelo mañana mismo, exigiendo de todos los oficiales que hagan lo mismo hasta expulsarlo.

—Usted estará en su derecho, teniente Dehesa... Pero yo creo como usted, que el coronel no ha de admitir en el once semejante alimaña.

Y en efecto, el coronel Las Heras no quiso admitir en el once al fraile Aldao. Pero éste

sentó plaza y fué agregado como teniente en conmiseración de su probada bravura, en uno de los escuadrones de granaderos á caballo.

En la misma noche en que había sido tomada la Guardia, la Loca había desaparecido otra vez de la división vencedora. Cansados los soldados, y Ontiveros más que todos, por las excesivas fatigas de aquellos dos días, y por las excitaciones del combate, se habían entregado al sueño: así es que al despertar del siguiente día, nadie podía dar noticia del paradero de la infeliz muchacha. Unas mujeres que habitaban con sus familias á 4 ó 5 cuadras del fortín, decían que á más de la media noche habían sentido que los perros ladraban mucho, y que alarmados con esto, habían creído percibir unas voces que los apaciguaban llamándolos, como de persona conocida que los arengaba, y los incitaba á seguirla: que al otro día uno de los niños de la casa que había subido á los cerros en busca de una mula extraviada, había distinguido á la Loca á lo lejos bajando en dirección á Santa Rosa; que iba muy exaltada hablando con las nubes y dirigiendo imprecaciones y amenazas hacia el país de abajo.

X

Como todos saben, la ciudad de Santiago de Chile ocupa un valle debajo de las últimas faldas occidentales de la cordillera. El río Mapocho corre por el centro de ese valle; y encontrando á su paso un pequeñito cerro de forma piramidal, que hoy llaman Santa Lucía, se ha abierto en dos brazos: uno que corría por el sur, en un tiempo más ó menos remoto, y que se ha ido secando poco á poco á lo largo de la cañada, y otro que tomando el norte, sigue el cauce principal de su corriente.

En la planicie, que las aguas dejaron al abrirse, á uno y otro lado de Santa Lucía, se halla la ciudad; de modo que este cerro le forma como un respaldar; y se halla rodeado de pequeñas casas, habitaciones de pobre gente por lo común, que con su triste apariencia, y no pocos ranchos, suben por sus faldas, mientras que al occidente queda el valle donde se extienden las

amplias y espaciosas habitaciones de los ricos.

En una de las faldas de este cerrito, y no muy lejos de la que se conservaba hace poco como habitación del conquistador Valdivia, existía ahora sesenta y cinco años una casa de triste apariencia. Desprovista de zaguán, no tenía más entrada que una vieja puerta que daba á un patio espacioso pero lóbrego y húmedo, á cuyo frente se corrían unas habitaciones bajas edificadas con la piedra tosca rodada del inmediato cerro, y unida con barro. La pared que circundaba la casa por el lado de la calle era de los mismos materiales, y tan baja, que cualquiera podía subirse á ella y pasar al patio interior, sin necesidad de hacer uso de la puerta; que casi siempre cerrada y misteriosa, en medio de un callejón solitario y excusado, podía dar á pensar que aquella casa estuviese inhabitada.

Pero no era así, sino la mansión de una mujer desgraciada, secuestrada del trato de los vivos por un capitán español de triste nombradía por los hábitos atrabiliarios y crueles con que había señalado su nombre.

En la mañana del 9 de febrero de 1817, la mujer indicada, medio desnuda y desgreñada, se ocupaba en lavar las ropas interiores de un hombre: después de haberlas extendido con cuidado, tomó unas botas toscas y gruesas que estaban arrojadas al suelo: las lavó con sumo cuidado para sacarles el lodo que se había adherido

al cuero por todos lados, calentó al fuego un trozo de grasa natural, y se puso á untarlas por todas partes haciendo esfuerzos soberanos por sobar y ablandar aquellos cueros cuya dureza era superior á sus fuerzas y á sus manos, finas y aristocráticas, que parecían haberse formado en tareas muy distintas de las que estaba desempeñando.

En un brasero, inmediato á la puerta del patio, se cocía una olla de puchero, que la misma mujer espumaba silenciosa de vez en cuando suspendiendo sus otras atenciones; y en una mesa de alerce toscamente fabricada se veía un sable de guarnición, que ella acababa de restregar y bruñir con ceniza y polvo de piedra pómez, un morrión negro de cuero charolado con penacho de plumas amarillas y rojas, unos pantalones de paño burdo, con franjas coloradas, los tiros de la espada bien lustrada ya, y una chaqueta con dos galones en la manga, de las que llevaba el afamado y aguerrido cuerpo realista de *Talaveras*.

Conocíase que aquella mujer, en cuyo semblante y melancólica humildad se veían todas las señales de la desventura y de la decadencia, había sido poco antes bella y distinguida. Su paso, aunque llevado con sumo cuidado como si temiese causar el menor ruido que pudiese despertar alguna persona dormida, era sin embargo, airoso y gentil. El movimiento de su

cintura al andar era liviano, y la punta del pie era llevada con una gracia singular al asentarse en el piso. Caminaba con un calzado bastante viejo y deshecho, que por la falta de medias dejaba ver el cutis delicado de la pierna; y como llevaba sobre el cuerpo una simple y ordinaria camisa, descubríasele el seno, que, aunque laxo y gastado, mostraba en los hombros formas redondas y de exquisita escultura; una espalda desembarazada y derecha, y sobre ella una preciosa cabeza con una abundancia de cabellos renegridos y finos, que, aunque poco cuidados, y atados con desorden, caían graciosamente por los lados como flecos de seda. Lo demás de sus formas revelaba una naturaleza gastada y las pruebas de la maternidad en medio de la indigencia, ó de las privaciones, con un aire de sumisa humillación, que le daba un no sé qué de santidad ó de postración que habría inspirado profunda lástima á nuestros lectores si la hubieran tenido bajo su vista.

La pieza en que trabajaba era un cuadrilongo deteriorado, de paredes mal revocadas con barro, y mal blanqueadas con cal. El piso húmedo y barroso estaba cubierto con los malos ladrillos del país y en muchas partes con lajas informes de piedra; todo en fin, parecía formar de aquella habitación el triste recinto del sufrimiento y de las lágrimas.

Distinguíase en un rincón, cubierto con jiro-

nes de lienzos viejos, un lecho, del que se alzó de pronto un niño como de año y medio, llorando y diciendo que tenía hambre. La madre corrió azorada á él, rogándole con ansiedad que se callara; y abriéndose el seno para amamantarlo, con la ilusión más bien que con la realidad de jugo maternal, trató de ocuparle la boca á fin de que no hiciera ruido con su llanto.

—¡Voto al diablo, señora condesa!—gritó con otras palabras soeces y con voz enfadada, un hombre ronco y de tono grosero, que al parecer dormía en la pieza contigua.—Si su señoría no hace callar pronto á ese muchacho, que harto hago con sufrirlo en mi casa, lo agarro de las piernas ahora mismo y lo tiro á la acequia para que deje de molestarme.

Al oirlo, la mujer se puso temblorosa; y oprimiendo al niño contra su pecho, fijaba sus ojos en los de la tierna criatura, como si quisiera comunicarle con silencio todos los terrores y el miedo que oprimían su alma en aquel momento.

—¡Tráigame usted mi cordial!—gritó de nuevo el hombre; y ella alzando de prisa al niño en sus brazos para que no llorara, trémula y agitada, tomó un vaso grande de tierra cocida ó alfarería, le puso una mitad de un vino tinto y capitoso cuya botella tenía pronta sobre la mesa, le agregó unos puñados de agí y de canela, y llenándolo de agua caliente, con todo el apuro

de quien teme un castigo, estaba revolviéndolo para alcanzárselo al hombre que lo pedía, cuando otro oficial del cuerpo de Talaveras entró precipitado en la pieza. Sin hacer caso de la mujer ni saludarla, se introdujo hasta la alcoba; y le dijo al que dormía:

—¡Arriba, Vicente! ¡Tenemos malas, muy malas noticias! y de un momento á otro vamos á marchar.

—¿Qué hay?—dijo San Bruno incorporándose.

—Los insurgentes han pasado la cordillera y están de este lado.

—¿Y eso es mala noticia? pues vamos á ellos, y los haremos... pedazos, para colgarlos uno á uno en la plaza.

—Pero es que no sólo están de este lado: sino que le han dado una de aplaca al coronel Atero: se han apoderado de Aconcagua con seis ó siete mil hombres y mucha artillería, según dicen. La ciudad está ya llena de heridos y de dispersos. Nos han sorprendido completamente. A la fecha estarán ya en la cuesta; y de nuestra parte todas las fuerzas están esparramadas; á término que Barañao y muchos otros jefes no tendrán ya tiempo de incorporársenos para atajarlos.

—Voto al infierno, y maldito sea el que consiente semejantes cosas—dijo San Bruno.—So insurgente del demonio, so condesa de...—ex-

clamó dirigiéndose á su víctima, que pálida y sumisa estaba allí con el *cordial* del capitán. ¿ No le he pedido á usted mi cordial ?

Ella se acercó á la cama sin decir una palabra, y le alcanzó el vaso. Pero, al tomar el primer trago, él le arrojó al pecho y al rostro todo lo que contenía; y desahogando en ella la ira en que lo habían puesto las noticias de su compañero, le dió también un revés con la otra mano, que la arrojó trastavillando al suelo con el niño que tenía en sus brazos.

—¡ Eso está frío!—le dijo:—y sin azúcar, alma de perra. Hágame usted otro vaso bien caliente; y pronto; tráigame usted mis botas y mis armas: ¿ todo bien limpio, eh?... y eche usted ese muchacho al patio, que no estoy yo para que me aturda con sus gritos.

El otro *talavera*, era el capitán Ramón Villalobos, digno émulo de San Bruno en los tormentos, atrocidades y matanzas que habían hecho sufrir á las familas de Chile durante la restauración realista de 1814 á 1817. Ambos eran mal mirados por eso en el ejército español. Los oficiales distinguidos y bien educados de ese ejército los miraban casi con asco, teniéndolos por sayones políticos de la peor clase, más bien que por militares de carrera, á pesar de su indisputable bravura.

Villalobos no hizo alto en lo que pasaba á su vista, ni miró como cosa extraordinaria aquel

repugnante abuso de las fuerzas y de la barbarie de un hombre fornido y velludo como su amigo, con más barbas que un turco, sobre la débil y apocada mujer, y sobre el tierno niño que maltrataba; y lo único que le dijo fué:

—Vístete pronto, y vamos, que la compañía va á marchar en el instante á reunirse con el regimiento.

La mujer había salido presurosa al patio arrastrando el colchón y las ropas de la cama del niño y extendiéndolo en el extremo más lejano, envolvió en ellas rápidamente la criatura que seguía llorando con desesperación, y regresó corriendo para alcanzarle á San Bruno el cordial, la ropa y las armas.

Mientras estaban solos San Bruno le dijo á Villalobos:

—Esta es de raza de insurgentes; es menester tenerla con miedo: estoy tan cansado de ella que si no fuera por lo que me sirve ya la habría echado á la calle.

—Sin embargo, ella te ha querido, y á pesar de todo te obedece como á Dios.

—Porque sabe que de otro modo, ya la habría yo puesto como merece. Ya verías si triunfaran los rebeldes lo que haría esa humilde paloma.

La mujer que entraba con las ropas y las armas de San Bruno en ese momento, lo oyó; y soltando el llanto le contestó:

—¡No, San Bruno! ¡te seguiría hasta el fin del mundo! moriré á tu lado si quieres. ¡Lo único que te pido, lo único que te ruego por la Virgen Santísima de los Dolores, que no maltrates al pobre niño! mira que es...

—¿Hijo mío, no?... ¡Veamos la patente, para saberlo!... ¿Y el otro?

—El otro era... ¡pero tú sabes bien, San Bruno, lo que ha pasado! ¿qué culpa tiene ese pobre niño de todo lo que ha venido sobre mí, y de nuestras faltas?... ¡Yo te quiero hoy como te he querido antes!... Villalobos, convenza usted á San Bruno de que lo quiero, de que lo amo, de que todo lo sufro con gusto por él, de que quiero que me mate pero que no me ultraje, ya que todo, todo lo dejé por él, y de que si me quisiera como antes me lo decía, todo sería gloria y todo sería cielo para mí.

—Vamos, condesa, déjese usted de lloriqueos, que no tengo el humor para tiernas endechas; silencio, y váyase usted al otro cuarto que no quiero que escuche nuestras conversaciones.

Ella se retiró sin la menor objeción y cuando quedaron solos, Villalobos continuó dándole á San Bruno detalles de los sucesos y de las ansiedades en que se hallaban los del gobierno realista para oponerse á los insurgentes en la cuesta de Chacabuco y ver si era posible cerrarles el camino de la capital, porque si la toman—dijo,—se levanta el avispero de todos estos cana-

llas que andan ahora con el pescuezo encogido, y quedamos perdidos para *in-eternum.*

—¡Lo que es á mí y á ti, nos ahorcan!

—Y lo mismo han de hacer con todos los demás *mirli-miflones* del ejército; que con su caballerosidad y sus contemplaciones pretenden pasar por militares de escuela, como ellos dicen, sin ser otra cosa que unos lechuguinos que les da por la finura con los enemigos... Que triunfen los rebeldes y veremos cómo les va á ellos también.

Habíase acabado de vestir San Bruno, y salía ciñéndose el sable sin reparar en Manuela, cuando ésta llamándolo tímidamente y llorando con desconsuelo, le dijo:

—¡San Bruno! ¡San Bruno!... ¿y te vas sin darme siquiera un beso?

—A la vuelta veré si lo mereces... y sobre todo, ya te lo he dicho, toma ese muchacho y sácalo de casa: que lo críe alguna de tus parientas, y si no lo quieren recibir échalo al torno ó al infierno. ¡Cuidado con que yo lo encuentre aquí si vuelvo!

Ya fuera casualidad, ya intención, al salir arrastrando y á medio ponerse la espada, tomó por mal lado el brasero en que se cocía el puchero, y todo cayó por el suelo sin que él hiciera reparo en ello ni detuviese su salida.

XI

Temerosa, tal vez, la pobre mujer de que el hombre brutal que pesaba sobre su destino volviese sobre sus pasos por alguna ocurrencia ú antojo imprevisto, ó anonadado su espíritu quizás con los crueles sinsabores porque acababa de pasar, cuando se encontró sola se desató en un llanto amargo en el que se revelaban todos los dolores de los trances que había pasado y de las faltas que probablemente habían sido su causa. Postrada en esta triste situación, dejó pasar un rato bastante largo sin acordarse de la criatura que había abandonado en un extremo del patio para que no incomodase á su verdugo.

Pero, de repente, le vino ese recuerdo, y levantándose con alarma se dirigió al lugar en que había dejado á su hijo; pero se quedó helada al ver que sobre el colchón estaba sentada la Loca de la Guardia, que había cargado la cria-

tura, y que la amamantaba cantándole, con una dulce ternura, una de esas canciones que sirven para hacer dormir á los niños.

Dudosa entre el espanto que le causó la presencia de la Loca dentro de su casa y la posibilidad de que San Bruno volviese y la hallase con ella; y dominada al mismo tiempo por el afecto y el amor que le tenía, permaneció un momento absorta y asustada sin saber que hacer; mientras la Loca sin prestarle la menor atención, se ocupaba solamente del niño, estrechándolo con indecible cariño contra su pecho, y manifestando una voluntad decidida de no abandonarlo.

—¡Teresa! ¡Teresa! hermana mía—le dijo al fin, abriéndole los brazos para abrazarla;—¿por qué has venido á esta casa de maldición? ¡Huye, Teresa! ¡vete pronto; déjame sola; no puedo recibirte: tengo miedo! ¡déjame el niño: vete, Teresa!

Pero la Loca, sin manifestar la más mínima emoción, ni dar el menor síntoma de que conociera á la mujer que le hablaba, se incorporó con el niño recostado en uno de sus brazos, y medio dormido, al mismo tiempo que con la otra mano separaba á la madre como enfadada de que hubiera venido á perturbarla en sus caricias.

De más en más alarmada la madre, con la permanencia de la Loca, y con la resistencia que

le hacía á devolverle el niño, apuraba sus ruegos para obtener que se alejara, cuando la puerta de la calle se abrió estrepitosamente de un empujón, y reapareció San Bruno metiéndose á caballo en el patio.

Obligado á ir á reunirse con su regimiento en campaña, venía en busca de su valija y de otros enseres de campamento.

Pero al ver á la Loca en pláticas que supuso tiernas y amistosas con la mujer que estaba bajo su imperio, y lleno de aprensiones irascibles como venía, por las funestas noticias que había recibido sobre su causa, y por los temores bastante fundados con que su conciencia de malvado le hacía ver su destino si los argentinos triunfaban y le echaban garra, sintió subírsele á la cabeza todo el infierno de sus iras. Se tiró del caballo como un tigre: de un revés puso en el suelo á la víctima de sus brutalidades; y tomando de un brazo á la Loca, como si alzara una paja, la arrastró hasta la puerta, y de un puntapié la puso en el medio de la calle tirando también al barro de que estaba cubierta, la criatura que ella había mantenido estrechada contra su pecho. Volviendo hacia atrás, cerró la puerta con el cerrojo: arrastró á la mujer hasta las piezas, tomó su valija, y salió con ella cerrando las piezas con llave, y llevándose la llave en el bolsillo, porque el apuro de la marcha no le daba tiempo para más que para salir de galope hasta incorporarse con los suyos.

Pero la Loca, sin inmutarse ni dar el menor signo de vacilación ó de terror, volvió á tomar la criatura que había caído como en un colchón de barro, y limpiándole el rostro con las manos para que pudiera respirar y ver, se alejó con ella como si supiese el camino y el lugar á donde quería dirigirse.

En efecto, cuando había pasado ya bastante tiempo para que San Bruno estuviese lejos de la ciudad y de los lugares de sus fechorías, la Loca dobló por detrás del cerrito de Santa Lucía á cuyo pie estaba la casa en que había pasado esta lúgubre escena, y subiendo la cañada hacia el naciente, se introdujo en los ranchos de una familia, compuesta de una anciana y de tres ó cuatro mozas rollizas.

A pesar del asombro que produjo la aparición de la Loca en aquella casa, pues hacía más de dos años que habían perdido toda idea de verla, y que no sabían si estaba viva ó muerta después de los trágicos sucesos en que había estado envuelta antes de desaparecer, ella no hizo atención á los aspavientos y exclamaciones con que la recibieron; y siempre silenciosa y resuelta, se dirigió á una de las camas del primer aposento, depositó en ella al niño que llevaba en los brazos, y se sentó como agobiada y deshecha por el cansancio.

La anciana de la casa y las muchachas tristemente compadecidas del estado miserable en que

la veían, rodearon al momento á Teresa, demostrándole una afectuosísima ternura. Acababa de salir del lodo inmundo de la calle en donde había caído arrojada por San Bruno, con el niño, que no estaba en menos inmundicia como era natural. Estaba descalza, y el pelo no menos desgreñado y embarrado que todo el resto de su cuerpo.

Pero nada de esto le había hecho perder el tono grave é importante de su ceño y de su andar. Tenía erguida y altiva la cabeza: tranquila y severa la mirada; y recibía todos los agasajos y las muestras de compasión de la familia, con un aire simpático, pero reservado, como si se considerase una reina á quien todo aquello era debido.

Nada opuso á las instancias que le hicieron por vestirla y por calzarla. Pero cuando tuvo á la mano las pobres ropas con que aquella familia de muy mediana fortuna la podía auxiliar, apartó lo más abrigado que le trajeron para envolverse; y pidió mazamorra y leche con un tono enteramente natural. «Tenemos hambre»—dijo señalando al niño, que, postrado por la indigencia y por la debilidad, parecía exánime por la palidez y por la inercia en que yacía.

Al apercibirse de la horrible situación en que estaba el niño, las muchachas de la casa corrieron presurosas á traer el alimento que Teresa les pedía; y como la mazamorra y la leche son

dos manjares que siempre están hechos y prontos en Chile, desde un enero á otro enero, no pasó un minuto sin que se los trajeran á la Loca.

Ella, entre tanto, haciendo acto de energía y dominando su fatiga, se había levantado y se ocupaba en limpiar cuidadosamente al niño. Cuando lo hubo realizado con todo esmero, lo envolvió en ropas abrigadas; y sin permitir que nadie lo hiciera por ella, se contrajo á ponerle en la boca unas cucharadas de leche pura, que la infeliz criatura bebió con deleite; y después que le hizo tomar una buena cantidad de mazamorra, lo alzó en sus brazos, y comenzó á pasearlo por la pieza hasta que consiguió que lo ganara el sueño. Lo acomodó en seguida en la cama, y se puso á devorar con un abierto apetito la fuente de mazamorra y el jarro de leche que le habían preparado.

Luego que se satisfizo, se acostó sin contestar á nadie de lo que le preguntaban ó le decían, y se quedó en una especie de sueño *comático,* hablando de cuando en cuando con excitaciones vagas y vaporosas en que parecían dominar sentimientos de odio, de venganzas y de triunfos.

Claro era que las mujeres de la casa no se podían explicar nada de lo que veían. Habían conocido á Teresa en mejores tiempos, y cuando era muchacha gentil y agraciada, de una familia que si no era de fortuna, podía considerarse como acomodada. Sabían sus desgracias,

y que había acabado por enloquecer y huir de la ciudad. Nada más sabían, y hacían suposiciones lastimosas sobre su vida posterior y sobre la existencia del niño infeliz que había conducido en sus brazos.

En aquellos momentos, la capital de Chile se hallaba en un estado indescriptible. Los piquetes de tropa que habían andado esparramados por el sur esperando la entrada por aquel lado del ejército argentino, una vez desengañados pasaban rápidamente hacia el norte á incorporarse con las fuerzas que el general Maroto (1) con todo apuro, reunía en la cuesta de Chacabuco para ver de cerrar á los argentinos la marcha sobre la ciudad.

Las calles estaban desiertas. Las puertas todas cerradas; y á pesar de que era una ciudad de suyo triste y silenciosa como todo pueblo mediterráneo, y que sobre todo lo era en aquel tiempo en que se puede decir que el comercio de las costas australes del Pacífico era nulo, la situación especial en que se hallaba esperando por momentos el terrible hecho de armas que debía tener lugar casi á sus puertas, contribuía poderosamente el aspecto de tétrica y luctuosa soledad que dominaba en ella, y que hacía parecer que toda la vida social se hubiese escondido en las entrañas de la tierra.

(1) El mismo célebre general que comandando en jefe las fuerzas de don Carlos hizo el convenio tan conocido *de Vergara* con el general Espartero, jefe de las fuerzas liberales de doña Isabel II.

En la plaza central donde estaba el palacio del presidente Marcó, era donde únicamente se notaba el movimiento precipitado y angustioso que trae siempre la proximidad de estos conflictos. Pero como todo afluía del norte y hacia el norte, la parte del sur, que era donde se hallaba situada la casa en que se había asilado la Loca, estaba en un silencio y estupor de media noche: los mismos rayos ardientes del sol de febrero contribuían á la lobreguez moral de la vida común que parecía haber desaparecido por completo.

Como la gente, y sobre todo las mujeres no se atrevían á salir ni á asomarse siquiera á las puertas de la calle, y como eran de temerse los asaltos y las violencias de bandidos y perdularios, que nunca faltan en estas ocasiones, el terror hacía más estricto el encierro y más pavorosas las alarmas del vecindario inofensivo. De modo que á la familia que había recibido á Teresa le fué imposible comunicar á nadie su reaparición, ni tomar dato alguno sobre su persona, ó sobre su procedencia en aquellos momentos. Por muchas conjeturas que hicieran, visto que ella no había querido hablar, y que se presentaba tan misteriosa, les fué imposible arribar á ninguna explicación satisfactoria; y hubieron de contentarse con imaginar los acasos de su vida y con compadecerla, atribuyéndolo todo á su estado de demencia, mientras ella dor-

mía aquel sueño agitado y visionario en que la hemos dejado.

Serían como las seis de la tarde cuando Teresa se incorporó de repente; y con un movimiento de suprema conmoción se arrojó de la cama, y fué corriendo á la del niño como si temiera que se lo hubieran robado ó que hubiera desaparecido. Como no lo encontrara, dió un alarido, y toda su fisonomía se incendió en un espasmo de rabia. Pero en ese mismo momento, una de las muchachas de la casa le presentaba al niño risueño y repuesto, que había vuelto á tomar alimento, y que parecía complacido en los nuevos brazos que lo agasajaban. Toda la fisonomía de Teresa cambió al momento: se puso plácida como si se avergonzase del furor y de la amargura á que se había abandonado en un momento de error; y como la muchacha que tenía el niño se lo alargaba para tranquilizarla, ella, sin tomarlo caviló un instante tocándose los labios con la punta del dedo índice; y después, con un ademán suave y casi enternecido, apartó con su mano el pecho del niño, y dijo:

—Te lo doy, Tomasa, hasta que yo vuelva á buscarlo. No he de tardar mucho: dale mazamorra y leche; mazamorra sola si no hay leche.

—¿Pero, Teresa, y que tú piensas irte?

—¡Sí!

—¡No! no te dejaremos ir en momentos de tantos peligros.

—¿ Peligros?... Yo me visto de peligros, y los peligros son el manto de oro con que gobierno en mi reino. ¡En los peligros está mi triunfo y la gloria de mis ejércitos!

—¡No te entiendo, Teresa! Nosotros no te dejaremos ir.

—¿No te dejaremos ir?... ¿Puedes tú impedir que la tormenta arrastre las nubes? ¿Puedes tú impedir que el humo de los incendios corra llevado por el viento? ¿Puedes tú apagar los fogonazos del Antuco y del Tupungato? ¿Puedes cortar el vuelo de los cóndores? Yo soy un cóndor que anda detrás de la carne podrida y asquerosa de... Aquí se contuvo, y al momento después agregó—de los muertos que caigan en la batalla... ¡No te dejaremos ir!... La puerta de tu casa no me lo impedirá y me iré cuando el alarido de la matanza me llame á casarme con Rafael.

—¡Pero Rafael está ya muerto, Teresa!... y tu hijo te está diciendo ¿lo ves? que te quedes con él, que lo cuides, que lo tengas en tus faldas, que lo alimentes, para que no llore.

—¡No es mi hijo!—contestó secamente la Loca.—Mi hijo está con Rafael... ¡Rafael está muerto, me dices! ¡Tú hablas de lo que no sabes!... ¡Los muertos resucitan!... Y el día en que yo caliente con mi aliento y con mis besos la calavera de Rafael, diciéndole tres veces ¡estás vengado! ¡estás vengado! ¡estás vengado!

Rafael se levantará echando luz divina por sus ojos; me tomará de la mano, me hará entrar en su calavera; y juntos allí como en un palacio de perlas y de oro, viviremos para siempre sin salir de la cueva bendita que yo he escogido para vivir con él... ¿Qué sabes tú de lo que yo soy, de lo que yo tengo y de lo que yo puedo hacer? Cállate... ¡Rafael está muerto!... y yo también estoy muerta, por eso hago lo que hago, espero lo que espero, y venceré, venceré, venceré; porque para los muertos no hay peligros.

Como la Loca se hubiera ido exaltando visiblemente hasta ponerse en un estado que parecía tanto más temible para aquellas pobres mujeres, cuanto que todo esto lo había dicho á gritos, la anciana de la casa le pidió á la muchacha que no contradijese ni exaltase á Teresa, así es que cambiando de tema, le dijo:

—¿Y el niño? ¿lo dejas con nosotros?

—Sí: hasta que vuelva.

—¿Y si no vuelves?

—Volveré, Tomasa... y en todo caso volveré como *ánima en pena.* Verás entonces una luz que en la media noche pasará en las patas de una araña por tu cabeza; y cuando te despiertes oirás. Cúidalo y crílo como tuyo, hasta que él mismo pueda recibir mis palabras y mis encargos. Yo soy araña... y cuando quiera he de salir con alas del palacio que tengo en las cordilleras.

—Pero tú has dicho que no es tu hijo.

—No es mi hijo: no es mi hijo... pero... ¡y á ti que te importa!... ¿No soy yo quién lo he traído? Cuidado con que me lo descubras á nadie... porque si cuando vuelva la araña no lo encuentra en tu casa y en tus brazos... si te lo dejas robar... te hundo en el mismo instante este puñal en el pecho...—dijo haciendo ademán de sacar un puñal imaginario que no tenía...—No quiero hablar más—agregó enfadada;—y se puso á registrar las ropas que le habían puesto á su alcance: todo lo que era traje lo arrojó lejos, quedándose con sus harapos enlodados; y tomó sólo un par de zapatos gruesos y fornidos que le venían más ó menos bien para caminar.

Una vez calzada, se acercó al niño que tenía Tomasa, le puso la mano sobre la frente, y dándole un beso, le dijo:

—Espérame, que voy á volar con los cóndores sobre la carne podrida y asquerosa de los muertos, para venir á lavarte con la sangre de los lagartos.

De allí se dirigió á la cocina; tomó por la asa una olla ó cántaro de mazamorra, y sin decir más, partió solitaria y misteriosa como había venido.

XII

La pobre mujer á quien San Bruno había arrebatado su hijo al partir á incorporarse con el ejército realista, fué á caer desmayada y exánime al medio del cuarto en que aquel bárbaro la había dejado encerrada bajo llave. Durante un largo tiempo permaneció así sin sentidos. Pero al volver en sí, le vino un recuerdo vago y terrible de que había visto á San Bruno arrojar su hijo al lodo de la calle, y ocurriéndosele al momento que allí se hubiera ahogado el niño ó que lo hubieran devorado los perros, que tanto abundaban sin dueño entonces en Santiago, se incorporó como movida por un arrebato supremo de desesperación y de cólera. Se lanzó á las puertas y las ventanas; pero las unas estaban cerradas, y las rejas de las otras le impedían salir, mientras que asida á los hierros ella parecía que quisiera ablandarlos y hacer que le dieran paso gritando:

—¡Tigre! ¡tigre!... ¡Asesino! ¡Bárbaro!... ¡mi hijo!... el hijo de mis entrañas... ¡Dios mío! ¡oh Dios mío!... ¿Por qué castigas mis faltas con tanta crueldad?... ¡Ah! ¡hijo mío!—exclamó, y cayó de nuevo exánime en el húmedo é inmundo piso de la pieza.

Al reponerse, después de un tiempo imposible de calcular, volvió sobre la puerta; tomó un grueso asador de hierro, lo introdujo por las rendijas inferiores y con un esfuerzo superior á su gastada naturaleza, que sólo puede explicarse por la horrible tensión en que se hallaban sus nervios, hizo saltar los goznes que la sostenían y salió desalentada al patio buscando á su hijo por todos los rincones, y detrás de todos los resagos de basuras y de trebejos amontonados por allí. No hallando en ninguna parte lo que buscaba con tantas ansias, atropelló á la puerta exterior; pero como no pudiera vencer la dureza de los cerrojos, trepó frenética á la pared, y de allí se tiró á la calle. Removió con sus manos todo el fondo del pantano de uno al otro extremo, y alzando los ojos al cielo exclamó:

—¡Nada!... ¡Nada!...—dejó caer los brazos uniendo las manos, y se quedó en aquel muladar hundida en el más acerbo de los dolores morales:—¡La pérdida de un hijo!

Incapaz de resignarse á volver á la casa sin su hijo, corrió de uno á otro extremo de la ca-

lle; y sin saber por qué, ni para qué, tomó hacia abajo con la ilusión de encontrar algo que la consolara, algo que calmara su espantosa situación.

A poco trecho vió venir en dirección opuesta montado en una mansa mula á un venerable fraile franciscano á quien reconoció al momento como antigua relación de su familia.

—¡Padre Ureta! ¡padre Ureta!—exclamó ella, poniéndose de rodillas, y tomándolo del hábito: —¡Socorro por Dios! ¡socorro! Haga, señor, que me devuelvan á mi hijo... Me lo han arrebatado... ¡Mi hijo, señor, mi hijo!

Absorto y compadecido de lo que veía, el padre se apeó de la mula con tierno y solícito interés.

—Hija mía, ¿qué te pasa?... No desesperes, cualquiera que sea tu desgracia: pon tu alma en Dios, hija mía: y piensa que desde que lo invoques, él va á poner sobre ti su aliento, para darte la esperanza ó el consuelo.

—Sí, padre... Estoy arrepentida... Ayúdeme, señor, á pedirle á Dios ¡Dios mío! que me vuelvan á mi hijo... ¡Padre Ureta! ¿no me conoce?

—Sí, hija mía: te he reconocido—le contestó el fraile con un aire grave que denotaba compasión y reproche á la vez.

—¡Padre mío! no me abandone: no se acuerde de las ofensas que ha recibido. Perdóneme,

señor. ¡Yo no he tenido la culpa de lo que San Bruno ha hecho con Vuestra Reverencia, soy inocente: créamelo, señor!... ¿Qué podía yo hacer?... El me dijo que mintiera, y que declarara que yo misma le había entregado á Vuestra Paternidad las cartas del señor O'Higgins. ¡Si yo no lo hubiera hecho, me habría azotado, me habría muerto!... y yo tuve miedo... ¡Ah, señor! ¡mi hijo! ¡me han llevado mi hijo!... lo han muerto... ¡Perdón, padre!... ayúdeme á buscarlo... Yo le he ofendido á Vuestra Paternidad pero Dios perdona todo al penitente arrepèntido y auxilia á los desgraciados. Perdóneme también, señor, usted que es tan bueno...

—¡Hija! ¡hija!... ¡serénate! Yo te he perdonado hace mucho tiempo. Jamás he cesado de pedirle á Dios, en nombre de mi perdón, que te apartase del camino del pecado y de la abyección á que te han llevado las ligerezas de tu corazón y las imperfecciones del ser humano... Ven acá: acércate; toma mi mano descarnada por los sufrimientos y por la penitencia que hago todos los días implorando el perdón de las faltas del mundo: imprime en ella el beso del arrepentimiento y de la contrición; no por lo que hayas podido hacer en contra mía, no; porque todo eso está perdonado, sino por lo que hayas podido ofender á Dios violando los deberes de la santa religión de nuestro Señor Jesucristo... Que tu arrepentimiento no sea hijo del dolor

en que te hallas, sino de aquel dolor más grande y más profundo que debe producirse en tu alma al recuerdo de las faltas que hayas cometido contra la ley de Dios y contra el santo amor que debías á tus padres, á tu familia, y... *á tu patria!*—agregó el sacerdote con una voz cauta y casi silenciosa.—No vaciles: pero que tu beso sobre mi mano sea la señal de una verdadera y sincera contrición: que no sea el beso pérfido de Judas y de la mentira, destinado á perderse en el olvido si cesa el motivo de tu dolor, y si de nuevo te halaga y te llama la prosecución de tus faltas.

—¡No, padre mío! ¡No! Estoy arrepentida... ¡Que Dios me devuelva mi hijo, y no viviré ya sino para mi hijo, y lejos de los que me han perdido!

El fraile retiró la mano con ademán y gesto severo.

—Dios, hija mía—dijo,—no admite el arrepentimiento bajo condición de remuneraciones mundanas. De El no puedes esperar nada, nada, sino la gracia, gracia y nada más que gracia, cuando la merezcas por la sinceridad de tu enmienda. No es el amor lo que él castiga con su omnipotente severidad. El, por el contrario, perdona y exalta á quien mucho ha amado, porque su ley es toda de dulzura, y toda de clemencia. Pero... el crimen que vicia la raíz de la familia cristiana, la abyección del espíritu,

la complicidad ó el servilismo que convierte á un hombre ó una mujer en puñal para el asesino, en instrumento de impurezas, de delación y de matanza, en alma acollarada de la maldad. ¡Ah, hija mía!... Eso no es amor... Eso no admite perdón sino cuando la contrición nace del corazón, con aquella ingenuidad que no puede obtenerse sino inspirándose en el cielo... Es menester que levantes tu espíritu hasta él, si quieres en nombre suyo que yo te perdone, y te haga digna de su santa gracia, acordándote mi bendición en cuanto puedo desde la tierra.

Hincada y sin movimiento, aquella infeliz parecía absorta en el cúmulo de amarguras y de tribulación que dilaceraban su alma. Pero incorporándose de repente:

—¡Sí!... padre mío—exclamó poniéndose la mano en el pecho:—estoy arrepentida; y me entrego á Dios aunque no encuentre á mi hijo. Si hubiere perecido, haré penitencia, haré una vida de martirio para poder encontrarlo entre los ángeles cuando llegue el día en que terminen mis sufrimientos.

—Esto es lo justo; y eso es lo que te manda la religión del Cristo. Sus grandes remuneraciones no están en este valle de lágrimas que se llama el mundo, sino en el reino de los justos. Los arrepentidos sirven aquí de ejemplo para que se detengan los frágiles en el sendero del precipicio á que los arrastran las tentaciones del

mal... *En el camino de la perdición hay todavía salvación, hija mía...* ¿Quieres detenerte en él, y volver sobre tus pasos?

—Con toda mi alma, ¡padre mío!

—Pues bien, yo te perdono en nombre del Dios de clemencia y de infinita bondad á quien sirvo; y te reconcilio con su gracia divina, poniéndole mi carácter y mi bendición sacerdotal por testimonio de tu sincero y eterno arrepentimiento—dijo el fraile echándole la bendición con un ademán sublime.—Acabas de nacer, hija mía, á la vida de Jesucristo; y todo lo alcanzarás por él.

Manuela prorrumpió en un llanto abundante que no parecía sólo del dolor de la desgracia, sino mezclado con la idea del consuelo, de la esperanza y del arrepentimiento.

—Ahora, hija mía—dijo el sacerdote,—es de mi deber ocuparme de tu desgracia; ¿cómo y por qué estabas aquí en el estado lamentable en que te veo?

—Buscaba á mi hijo, ¡padre mío!—dijo ella sollozando.

—¿Pero dónde lo buscabas?

—Entre el barro... yo creo que se lo han comido los perros—dijo apoderándose de ella un temblor espontáneo de horror.

—Dime, pues ¿se te ha desaparecido?... ¿te lo han robado?... ¿se ha huído?... ¿qué es lo que ha pasado?

La pobre madre callaba, sin atreverse todavía á hablar ni á pronunciar el nombre de San Bruno.

—¿Qué edad tiene el niño?

—¡Año y medio apenas!... ¡no camina, señor!... me lo han arrancado de los brazos... y... No sé más... No me pregunte más, señor.

El fraile calló por un momento, como si buscase en su mente la solución de aquel lúgubre problema; y después de un rato, le dijo:

—Hija mía: aquí no estamos bien para hablar de lo que buscas; y para saber yo cómo puedo servirte en tu terrible aflicción. Yo creo que es obra de Dios, el que me haya puesto en este camino para traerte á su divina gracia; y que, ya que él ha hecho lo más con su milagrosa providencia, me ha de dar también los medios de encontrar al hijo que buscas. Llévame, hija, á tu casa y allí me informarás de todo, y veré que Dios me ilumine para saber lo que puedo hacer por ti, en el mejor camino que él me inspire.

—¿A mi casa?...—dijo ella con alarma.

—Sí: vamos á tu casa: ven conmigo: yo mismo te llevaré.

—Señor: es la casa de San Bruno.

—¿Y él está allí?

—No, señor: creo que ha salido al ejército.

—Así tiene que ser; y te aseguro que es imposible que vuelva.

—¿Imposible que vuelva?—dijo ella mirando al padre con angustia.

—Al menos por muchos días... Recuerda que estás en el camino en que te ha puesto la mano de Dios, y que debes morir antes que pensar en ese hombre.

—Así lo haré, padre mío... Ya lo he jurado... pero... no le deseo mal.

—Deja á Dios el cuidado de lo que corresponde á su justicia, allá en su inescrutable sabiduría. Ese hombre no está allí para envenenarla con su aliento, tú la santificarás con tu arrepentimiento; yo te prometo que mañana volveré por ti; y te pondré donde él no te alcance si es que Dios ha resuelto que termine la obra de las iniquidades y martirios con que ha castigado las faltas y los desmanes de este pueblo.

Manuela se dejó dirigir por el venerable fraile hasta su casa. Cuando hubieron entrado en ella, el franciscano la hizo sentar, y se colocó á su lado.

—No hay para qué tener misterios, ni para qué callar conmigo, hija mía. De todo lo que me has dicho, infiero que San Bruno es quien te ha quitado el niño que buscas.

Ella callaba.

—Bien: veo que no me engaño... Pero si te lo ha llevado su padre...

—¡No es su padre, señor!—dijo ella anegada en lágrimas.

—¡Ah!... comprendo... Pero aunque no sea su padre, y aunque te lo haya arrebatado por celos ó en uno de esos accesos de rabia á que el desgraciado está expuesto, eso no quiere decir que lo haya muerto, ni que lo haya arrojado al lodazal de la calle para que lo devoren los perros... Lo habrá llevado quien sabe á donde... ya lo sabremos, y aparecerá, un día más ó un día menos.

—Ah, señor: cuando San Bruno me encerró con llave en este cuarto llevándose á mi hijo colgado de las piernas, yo fuí desesperada á esa ventana queriendo salirme por las rejas, y no pude ver más sino que arrojaba á mi hijo al pantano de esa calle, al mismo tiempo que echaba á patadas y empujones á Teresa.

—¿A Teresa?—dijo el fraile con asombro.

Y entonces la triste madre le informó de la rara y repentina aparición de la Loca de la Guardia; de cómo San Bruno las había sorprendido, y de todo lo que había ocurrido en aquel aciago trance.

El religioso se quedó un momento meditando y después de coordinar en su mente todos los datos que había tomado dijo:

—¿Y de dónde venía Teresa?

—¡Yo no lo sé, padre!... Su Reverencia sabe que está loca; y que me ha tomado una antipatía y un odio invencible... San Bruno me había prohibido recibirla: una que otra vez se

ha aparecido en casa, se ha resistido á hablarme y aún á mirarme; y nada ha hecho sino andar mirando por las piezas con aire ceñudo, como si buscase algo, hasta que yo he conseguido hacer que saliera, porque cuando San Bruno la encontraba, la estropeaba y la echaba á la calle á empujones, sin que ella le opusiera la menor resistencia, ni demostrara otra cosa que un desprecio silencioso.

—¿Y desde cuando no la veías?

—Hace más de un año que desapareció del todo.

—Debe haber en esto algún misterio. Yo he oído decir, hablando incidentalmente de ella, que se había ido á Mendoza; y es muy singular que se haya aparecido por aquí tan luego en los momentos en que el ejército argentino ha bajado las cordilleras y puéstose de este lado.

—¡Ah, padre mío! que no lo sepa San Bruno, por Dios.

—Es probable que en el primer momento de sorprenderla aquí, y de arrojarla, no se le haya ocurrido esta grave coincidencia: porque de no... yo creo que la habría atravesado medio á medio, que la hubiera muerto... Sin embargo, después ha de haber reflexionado... y quién sabe lo que hará... ¡Pobrecilla! temo mucho por ella. Es menester que yo la busque á todo trance, y que hable con ella: quizás ella sabe más que nosotros sobre el paradero de vuestro hijo... Sí,

ten esperanzas, hija mía. Yo voy á buscarla: necesito tiempo y precauciones para no perderla: es necesario ampararla y saber de ella á qué ha venido en estos momentos.

—¡Imposible, señor! Su paternidad sabe que está loca: su locura estriba en un silencio que nadie puede vencer. Cuando habla, habla de cosas incomprensibles, de los cóndores que tienen en la cordillera, de los vuelos que ella da por el cielo, de las águilas y de las nubes, de su hijo y del finado Rafael Estay pronto á bajar rodeado de los cóndores.

—¿Para bajar con los cóndores?... Pues mira, hija mía: todo eso tiene más sentido del que tú piensas. Esa muchacha viene del otro lado. Sabe Dios lo que ella ha visto; y no creas que los locos divagan siempre, ni que son desatinos todo lo que dicen. Lo que les falta es poner sus palabras y sus actos en conexión racional con sus ideas; pero esas ideas tienen en sí casi siempre mucha luz; y *ellos se entienden,* como se dice vulgarmente, aunque los otros no los entienden. A toda costa es preciso que yo la encuentre: no dudes de que ella sabe más de tu hijo que lo que piensas. Si ha sido muerto y devorado por los perros, ella lo sabe. Si está salvo, ella lo sabe; y quizás sepa también donde está y quien lo ha ocultado. Yo voy á buscarla y á hablar con ella, hija mía; voy por ti, y voy por mí. Tú tienes que pasar la noche en es-

ta casa, y espérame hasta mañana. Muy temprano he de venir á buscarte, para poder ponerte en lugar seguro, donde puedas implorar á Dios con la santidad de tu arrepentimiento; y donde yo pueda darte noticias de tu hijo y de Teresa. ¡Pobre niña!... ¡Ah! me olvidaba decirte que en todo caso que ocurra, no me nombres, ni hables una palabra de mí con el padre Quilez, provincial de nuestro convento. Sabe (que tampoco lo ignoras) que es enemigo mortal mío: cómplice y aliado de San Bruno: enemigo irreconciliable de nuestra patria y sabe que si me nombraras, si nombraras á Teresa, ó hablaras con él de lo que ha sucedido, estaríamos todos perdidos; y Dios haría descargar su justo enojo contra tu perfidia en esta ó en la otra vida; y quizás para hacer más amargo tu castigo, haría caer su justicia sobre tu hijo. Así pues, júrame que suceda lo que suceda, el padre Quilez, ni lego alguno del convento ó con hábitos franciscanos oirá salir de tus labios mi nombre ni el de Teresa. ¡Híncate, hija mía!—dijo el fraile tomando su gruesa cruz que pendía de su rosario;—híncate y júrame morir antes que faltar á lo que te ordeno—agregó con un tono de divino imperio, y apuntando al cielo con la mano.

—¡Lo juro, padre mío!—dijo Manuela poniéndose humilde y llorosa de rodillas.

—Besa esa cruz, para que tus labios no sean perjuros,

La mujer estampó sus labios sobre el símbolo sagrado de la fe cristiana.

—Adios—le dijo el padre Ureta, saliendo apresurado de la casa, mientras que ella quedaba hincada, y balanceando su espíritu entre el terror y la esperanza.

Era ya de noche.

XIII

Haría como una hora que el padre Ureta había salido de la casa de San Bruno, dejando á su penitenta con el ánimo puesto en Dios como en la suprema esperanza de su alma, y resuelta á separarse para siempre del bárbaro que la había ofendido en el más sagrado de los sentimientos de una madre, cuando la Loca como una sombra impalpable, favorecida por las tinieblas de la noche, se deslizaba de las faldas del cerrito de Santa Lucía. Después de haber costeado la pared exterior de la casa, empujó la puerta de calle; y no fué poca su sorpresa al encontrar que había cedido al simple esfuerzo de su mano. Sospechando que algo extraño hubiese sucedido, ó que la casa estuviese abandonada, entró lentamente; y ocultándose con grandes precauciones, se llegó á las puertas y ventanas, desde donde escuchó los sollozos y las exclamaciones con que, de cuando en cuando, Manuela daba

desahogo á sus angustias. Convencida de que la infeliz madre estaba sola, empujó con decisión la puerta de la pieza, sin dar la menor señal de interés ó de curiosidad, y le puso por delante la olla de *api* que llevaba en las manos.

La sorpresa de Manuela fué grande. Se incorporó como movida por un resorte poderoso, y tomó á la Loca por los hombros.

—¿Y mi hijo, Teresa?—exclamó exaltada.

—¿Tu hijo?... Tu hijo es de la familia de los cóndores: ha abierto las alas y se ha levantado hasta las alturas... ¿Podía yo seguirlo cuando lo vi escaparse de las manos de San Bruno para tomar su vuelo?... ¿cómo quieres que yo sepa donde se ha ido?

—¡Pero, Teresa! ¡hermana mía!...

—Yo no soy tu hermana: tú eres lagarto, hembra de lagartos, y yo soy de la familia de los cóndores que comen y devoran á los animales inmundos con quienes tú vives... ¿Hermana mía, tú?... ¿por qué eres mi hermana?... ¿No dejaste nuestra casa para irte con San Bruno?... ¿No abandonaste á mi hermano y á mi padre entregándolos á la matanza?... ¡Y dices hermana mía!... ¡Come! que ya no tengo otra obligación que alimentarte como á un animal; y si no comes, muérete, para que San Bruno te arroje al pantano en que arrojó al niño que tú llamas tu hijo, y que ya no será hijo tuyo, sino...

—¡Por Dios, Teresa! ¡ten compasión de mí! No me mires con esos ojos terribles. Me das miedo... dime si has visto morir á mi hijo... ¿se lo habrán comido los perros?... ¿Lo viste tú en el pantano?

—¡Sí, lo vi! Pero al caer, lo vi volverse cóndor, ya te lo he dicho; tomó su vuelo, y no lo verás ya en tus faldas, porque si viniese, sería para destrozar con sus uñas y con su pico esas entrañas donde tú quisiste hacerlo el lagarto de San Bruno. Ahí tienes para comer tú. Al niño le daremos de comer nosotros, los cóndores que sabemos volar hasta el cielo y que tenemos nuestros palacios allá en las cumbres, donde ya no pisarán San Bruno, ni las hembras de los lagartos. ¡Adios!

—¡No, Teresa!—exclamó Manuela desesperada poniéndosele por delante, para detenerla... —Oyeme un momento: piensa, hermana querida, recuerda lo que viste... Mira, yo estoy arrepentida... El padre Ureta... ¿te acuerdas del padre Ureta? el padre Ureta, recuérdalo bien, es de la familia de los cóndores, él mismo me lo ha dicho y hace un momento que me ha dado su bendición y que me ha perdonado. El padre Ureta anda buscándote: quiere hablar contigo: me ha dicho que mañana vuelve á sacarme de esta casa y que Dios me ha perdonado. ¡Me oyes, Teresa! Perdóname tú también, y dime si

mi hijo ha muerto entre el barro, ó si has visto quien lo ha llevado.

—¡Quítate!—le dijo la Loca con imperio: y con un fuerte empujón la separó de su camino.

Pero, en el mismo instante, ambas se quedaron como petrificadas, al sentir un ruido de caballos que entraban al patio, y al oir una voz de hombre, que decía: entremos.

Manuela, dominada por el terror se quedó sin movimiento.

—¡San Bruno!...—dijo.

La Loca, sin grande apuro, pero con el evidente deseo de ocultarse, se introdujo en un tinajón que ocupaba uno de los rincones de la pieza, como era tan frecuente tenerlo entonces en las casas en Chile, y se ocultó á pesar de tener el agua hasta la cintura.

XIV

En ese día había reinado grande agitación en la recoleta de los franciscanos, á causa de la invasión del ejército argentino, y de su arrogante marcha sobre Santiago. Había allí muchos frailes patriotas, como Alvarez, Vidal, Ureta y otros; pero había también muchos otros realistas; y lo era, sobre todo, el padre Quilez guardián del convento: hombre audaz y malo que era íntimo amigo y camarada de San Bruno, á quien había hecho nombrar presidente de un tribunal excepcional creado por Marcó para reprimir y castigar los delitos de rebelión, conatos de insurrección, y las afinidades con los insurgentes argentinos.

Como en estos momentos de desorden y de convulsión, cada uno trata de hacer en su esfera lo que puede en el sentido de sus pasiones y de sus odios, el padre Quilez se había esmerado en apurar ese día todos los rigores de su auto-

ridad sobre los padres tachados de patriotismo, y había convertido su convento en un despacho de expulsiones y de arrestos, creyendo que con esto contribuía á poner del lado de su partido el curso de los sucesos; cuando en realidad todo lo que hacía era dar satisfacción á sus rencores, y hacer sentir su autoridad dentro de los muros de la casa, sin ventaja ni daño de los elementos con que debía de debatirse la victoria de una ú otra bandera.

Dado estaba á la actividad de sus medidas salvadoras, y á las rogativas que bajo palio y guión hacía el padre guardián para implorar el apoyo del cielo en favor de los soldados del rey de España, cuando un soldado de *Talaveras,* disfrazado de guazo, se apeó delante de la puerta de la recoleta, diciendo que tenía que entregarle al padre guardián un paquete abultado en cuyo sobre se leía *urgentísimo*.

Introducido el hombre hasta la celda en donde el padre guardián estaba entregado á sus grandes medidas, entregó su carta: y el reverendo la abrió con premura.

El billete decía:

—«Mi reverendo y querido padre.—A la fecha estará V. P. al cabo de los apuros y contrastes en que nos vemos. Los insurgentes marchan sobre nosotros, y tienen la mira de tomar á Santiago, con un ejército fuerte, que ha triunfado ya de nosotros en la Guardia, en Achupallas y en

7

las Coimas, haciendo destrozos en nuestras fuerzas. Han logrado bajar toda su artillería, que parece ser mucho más fuerte que la nuestra, si es que no nos dan tiempo para reunir la que tenemos al sur de Santiago. El general Maroto piensa hacer pie en Chacabuco; y S. P. debe estar seguro que nos batiremos como leones. La cosa ha de ser seria, sin embargo, porque según me dicen los oficiales derrotados en las Coimas, las tropas que vienen sobre nosotros no son como las de Rancagua, ni como las que estamos acostumbrados á llevarnos por delante. Los nuestros están impresionados del arrojo y de la disciplina con que los argentinos se han batido. Dan á la caballería por tan buena como la europea; y los infantes que se han mostrado en la Guardia parecen ser de lo mejor que puede verse en esa arma. Vienen todos mandados por sus mejores jefes: y no es posible decir cómo nos irá el día que nos estrellemos con ellos: porque todo dependerá del favor de Dios y de la santidad de nuestra causa.

»En esta situación todo hay que preverlo. V. P. sabe que todos los papeles más comprometedores del Tribunal de vigilancia y seguridad pública de que el señor Marcó del Pont me hizo presidente, se hallan en mi poder. Los tengo ocultos en una alacena, oculta de la pared en que he vivido con M... Esa pared no presenta señal ninguna del hueco en donde se

hallan, porque está revocada por el exterior y blanqueada; pero como no tiene por detrás sino un simple cañizo muy delgado, con un cuchillo cualquiera puede abrirse y cortar los hilos de cáñamo que atan las cañas; y puede sacarse todo.

»Es pues muy urgente, que así que reciba ésta, vaya V. R. á la casa indicada, que saque todos esos papeles, y que se los lleve al convento donde V. R. podrá ocultarlos bien á fin de que si perdemos la jornada, no caigan en manos de los insurgentes. Porque, aunque la mujer esa, cuya familia de insurgentes V. R. conoce, me tiembla, viéndome fugitivo ó muerto, puede serme infiel al secreto, tanto más cuanto que tengo un motivo muy reciente, para sospechar que ha de querer perderme y vengarse si me ve caído. Además de ser muy hipócrita, es muy débil, y no cuento con su lealtad si los insurgentes la atemorizan y la halagan. Tenga cuidado con ella; porque al salir hoy de la casa me encontré con otra novedad que al principio no llamó mi atención, pero que después he reflexionado que puede tener mucha importancia.

»V. P. sabe que M.... tenía una prima llamada Teresa que al mismo tiempo era su cuñada, es decir, hermana de su marido. Sabe también que este bellaco anduvo mucho tiempo matrereando por el Río Mataquito y San Fernando, y que su mujer, abandonada por él en la última

miseria, y creyéndolo muerto por lo que yo le había dicho, acabó por enamorarse de mí, y ser mía; hasta que sorprendido y denunciado el bandolero por ella misma, le dimos la muerte que merecía. Poco tiempo después sorprendimos en Elqui á Rafael y á Justo Estay, que habían venido de bomberos y con cartas de los insurgentes de Mendoza; y que matamos al primero (logrando escaparse el otro) cuando con toda cobardía se escondía detrás de las polleras de esa Teresa que era su novia, y que en la confusión recibió un hachazo en la cabeza, de lo que al poco tiempo quedó loca, ó finge serlo.

»Esta loca, que anduvo vagando por las calles, se perdió ahora dos años más ó menos; y supimos que se había ido á la *otra Banda.* Yo nunca hubiera creído que fuera loca del todo; por las astucias que de cuando en cuando se le veían, y por el odio vengativo que siempre nos ha conservado. Parece más bien exaltada y temosa; pues V. R. sabe que en esta tierra no hay verdaderos locos. Pero el hecho es que desde entonces nadie ha podido sujetarla á vivir en orden, sino que ha andado siempre vagando solitaria y silenciosa por los cerros más excusados, y por sendas que sólo ella conoce y donde se esconde, pues tiene fama de muy vaqueana; y dicen que cuando se les pierde alguna mula ó burro en las cordilleras, los guazos apelan á ella, y encuentran al momento su animal. Por

supuesto que desde entonces ha hecho una vida perdida, y dicen que ha parido dos ó tres veces hijos que mata, ó deja morir en las cuevas de las cumbres donde dice ella que tiene palacios con su novio Rafael Estay.

»¿Quién le dice á V. R. que esta mañana al volver á la casa para tomar mi valija de campaña, encontré á M.... en pláticas tiernas y confidenciales con la prima loca?

»De pronto arrojé á puntapiés á la Loca, y dejé encerrada á la otra. Pero, después he reflexionado que hice mal en no haberla prendido; porque es imposible que no haya venido para algo de parte de los insurgentes, y que no sepa todo lo que pasa entre ellos por su propia vista.

»V. R. comprenderá cuan necesario es vigilarla y prenderla cuanto antes. Debe hacerse toda diligencia por agarrarla. El mejor modo será acechar la casa de M.... porque creyéndome ausente ha de volver á ella esta noche ó mañana. Es menester que V. R. no le haga á M.... la menor indicación, porque si sabe que se trata de agarrar á la prima ha de hacer por alejarla.

»Al ir á buscar los papeles, que es cosa de toda urgencia y que debe hacerse esta misma noche, puede V. R. ver con disimulo si anda por allí la Loca y hacer vigilar los alrededores por las partidas que ocupan el reducto del ce-

rrito de Santa Lucía, á cuyo pie está mi casa; y de cuya altura se puede inspeccionarla muy bien.

»Le aseguro, padre, que esto es de mucha importancia; y sobre todo, para mí y para V. R. lo que importa todo, es salvar los papeles que nos comprometan, y cuyo lugar le he indicado en la pared que da á los pies de mi cama.

»Si triunfamos no hay que hablar; pero si no triunfamos, es bueno que no queden pruebas en manos de esta canalla que viene sobre nosotros; y que como V. R. sabe no se paran en pelillos para sacrificar á los leales servidores y súbditos de nuestro glorioso Monarca y Señor D. Fernando VII: soy suyo—*S.*—*B.*»

No fué poco, por cierto, el sinsabor con que el padre Quilez se impuso de esta carta; pero comprendió al momento todo el interés que había en salvar los papeles indicados por San Bruno, y en apoderarse de la Loca.

—¡Fray José Chaves!—gritó con vehemencia y con visible agitación.—Haga usted ensillar pronto mi mula blanca, y ensille usted la suya, pronto, muy pronto: que tenemos que hacer una diligencia muy importante. ¡Padre Regino! queda V. P. en mi lugar con toda la autoridad del convento. Tome al padre Ureta, póngalo V. P. en encierro y reclusión; de modo que nadie hable con él, ni él con nadie.

—Padre guardián, el padre Ureta se ha ausentado del convento; y como no ha regresado es de creer que se ha fugado.

—¡Cáspita!... ¡lo siento!... era menester tenerlo bien recluso en estos momentos... ¿Dónde lo podríamos tomar?

—Yo no lo sé, padre guardián.

—De todos modos; averigüe V. P. del padre Alvarez ó del padre Vidal, insurgentes del demonio, donde ha ido el padre Ureta, y donde se le puede hablar. Póngalos V. P. reclusos tambien. Que yo no puedo demorarme y veremos cuando vuelva lo que hemos de hacer.

En esto, el fraile lego tenía ya de las riendas la mula blanca del padre guardián en el patio interior del convento, mientras otro lego le aseguraba el estribo para que pudiera enarquetarse en la montura. Una vez acomodado salió trotando y apurado, seguido del lego fray Chaves; y se dirigieron á la casa de San Bruno á donde, como hemos visto, estaba Teresa y Manuela; que, al sentirlos en el patio, y sin saber quienes podían ser, se alarmaron, yendo la primera á esconderse en la tinaja, y quedándose la segunda aterrada de lo que podía sobrevenirle.

Cuando el padre guardián llegó á la puerta de la casa, hizo que el lego que lo acompañaba se bajase, y viese si estaba abierta, ó si era preciso llamar para que la abrieran, á fin de introducirse sin que nadie pudiese tomar precaucio-

nes para ocultarse, ó para escurrirse de adentro. Con un pequeño esfuerzo del lego, la puerta cedió; el padre guardián se introdujo por ella sin hacer el menor ruido: pero la mula del lego era algo reacia; y cuando éste quiso hacerla pasar la puerta, que era algo estrecha, hizo un movimiento brusco de resistencia, y se adelantó con violencia hacia adentro causando el ruido que produjo el terror de Manuela, y la ocultación de Teresa en la tinaja.

—¡Más cuidado, hombre, por Dios!—dijo el guardián.

—Es esta maldita mula...

—Silencio, silencio—dijo el guardián bajándose de su montura.—Cierre la puerta; ate por ahí las mulas, y venga usted conmigo.

El lego Chaves obedeció, y siguió los pasos del guardián.

—*¡Deo gratias!*—dijo tocando la puerta de la pieza cuyo interior estaba apenas alumbrado por la lúgubre lumbre de una candileja que apenas producía una claridad opaca y vacilante al derredor, dejando casi en tinieblas el resto del aposento.

—*¡Deo gratias!*—repitió el fraile con mayor acento introduciendo su cabeza en el interior del cuarto:—*Ave María.*

—*Sin pecado concebida*—contestó Manuela, de adentro, con la débil voz del miedo y de la duda.

—¿Estás sola, hija?—dijo el fraile entrándose, y procurando distinguir algo, como el que achica los ojos para investigar mejor lo que apenas se percibe.

—¡El padre Quilez!...—exclamó Manuela como sorprendida de la visita.

—Sí, hija mía; el mismo... ¿Estás sola?

Manuela hizo un esfuerzo repentino para sobreponerse, y con un aire natural, contestó:

—Enteramente sola, padre... Pero Vuestra Reverencia no extrañe mi turbación en el primer momento... San Bruno me ha dejado sola... ¡me ha quitado mi hijito!... No sé si lo habrá muerto... ó si se lo habrá llevado; y estoy como Vuestra Reverencia debe pensarlo, desesperada y llena de angustias.

—¿San Bruno te ha quitado tu hijo?... Alguna razón habrá tenido, hija mía... La conformidad en los sinsabores de la vida, y la obediencia á los superiores en jerarquía y mando, es el primer deber de la mujer. Ella debe reflexionar, hora por hora, que no en balde es que Dios la ha hecho el más abominable de los instrumentos del pecado, y piedra de toque de todas las torpes tentaciones de la vida; y por eso mismo debe estar resignada á todo, para lavarse así del veneno mortal que va unido á su cuerpo y á su alma... Nosotros hemos venido á otra cosa... Alcánzanos un cuchillo que tenga punta.

—¿Un cuchillo?—dijo Manuela con espanto.

—No es para matar á nadie. Tú me conoces, y sabes que este hábito sagrado no oculta á ningún asesino, sino que viste á un verdadero sacerdote de paz y de justicia también cuando hay que hacerla.

Como Manuela vacilara á pesar de estas protestas, el lego Chaves, se arremangó el traje talar que llevaba, y dijo:

—Aquí tengo uno bien fuerte y largo, padre guardián.

Y en efecto, sacó de la cintura un verdadero puñal de lomo grueso, y capaz de introducirse de punta en una tabla de hierro sin blandearse ni quebrarse.

El padre guardián miró al lego con una sorpresa agradable; y éste comprendiendo las ideas de su superior, observó:

—Soldado prevenido, nunca fué vencido, dice el refrán.

—Y dice bien, padre Chaves: los refranes son hijos siempre de la experiencia y de la sabiduría. Aprenda usted de memoria todos los que pueda, y verá usted que sabe siempre más que los demás... legos, se entiende; porque como dice el refrán también, á lo alto no se va por salto: y al tejado por grado.

—De otro modo, padre guardián: *zas tras:* y buen golpe. ¿No es cierto?

—Pues muchos hay que no lo saben, padre Chaves, y que de arriba vienen abajo por lo mismo.

—No me gusta, padre guardián, esa observación. Si el insurgente del padre Ureta lo supiese, ya sacaría moraleja en provecho de sus malditas esperànzas de que lo de arriba se venga abajo con Vuestra Reverencia.

No le hizo gracia al padre guardián la atrevida idea del lego; y visiblemente contrariado, tomó el cuchillo que éste le alcanzaba, y se puso á revisar cuidadosamente las paredes, al mismo tiempo que con disimulo escudriñaba todos los rincones y arrimo de los trebejos y mesas para convencerse de que nadie estaba escondido en ellos. Después que hubo andado por las tres piezas, se volvió á la que San Bruno le había indicado en la carta recibida; y reconociendo el hueco que buscaba, por el sordo sonido que dió su vacío al golpearlo con el cabo del puñal, comenzó á introducir la punta: cuando Manuela en un extremoso arrojo que le inspiró el terror, corrió á él, y tomándole la mano.

—¡No, padre Quilez!—le dijo.

—¿Por qué no?

—Porque San Bruno me mataría.

—¡No seas lela, hija!... Si yo busco, es porque sé lo que busco, y porque sé dónde lo debo encontrar.

—¡Dios mío!... ¡Padre Quilez!... San Bruno me ha dicho que... ¿cómo diré, señor?...

—Te ha dicho que aquí hay un secreto que sólo él conoce ¿me oyes? que sólo él conoce.

Luego debes comprender que él es quien me lo ha comunicado, y que él es quien me ha dicho que tome y salve los papeles que están ocultos aquí... No te aflijas y déjame abrir la pared.

—Pero, padre... y si San Bruno vuelve, y me acusa de haberlo denunciado... de que por mí se han descubierto esos papeles...

—Yo te prometo que no te acusará de semejante cosa... ¿cómo puedes tú temer eso sabiendo que soy su amigo y su confesor?

Manuela se rindió, aunque siempre cavilosa; y el padre abrió fácilmente la pared rompiendo el cañizo, hasta poder meter la mano en el hueco y extraer todos los papeles que estaban ocultos en él (1).

Pero, como el padre había hecho algunos esfuerzos á que no estaba habituada la supina pereza de que gozaba en su convento, para cortar las cuerdas y las cañas del cañizo, hubo de agitarse bastante, entró en sudor, y pidió un vaso de agua.

La angustia que sufrió Manuela con esta ocurrencia no puede describirse: pero con la energía del riesgo supremo en que se veía de que los dos frailes descubrieran á la Loca, corrió á la mesa donde tenía sus enseres de servicio, tomó el jarro, y como si tratara de complacer con

(1) La ocultación de los papeles y expedientes del famoso *Tribunal de vigilancia y seguridad pública*, de que era Presidente San Bruno, es un hecho estrictamente histórico.

prontitud la sed del padre guardián, metió naturalmente la mano en la tinaja, y lo sacó lleno de agua.

—¡Puff!—dijo el fraile al echarse el primer trago.—¡Qué agua tan hedionda tienes, mujer!

—¡Señor, por Dios! ¡perdone Vuestra Reverencia! No tengo otra; y en mis angustias no he tenido tiempo para renovarla... Si Vuestra Paternidad quiere le pondré medio jarro de carlón que es como la toma San Bruno.

—¡Sí! traedme la botella de ese carlón, mejor será que lo tome puro; que al fin será mucho más saludable y gustoso que esa inmundicia que me has dado.

Manuela tomó otra vez el jarro, lo vació en la tinaja sobre Teresa; y trajo la botella con una diligencia febril que nacía de la cruel alarma de que se veía dominada; y el padre, repantigado en un banco de madera, se echó hasta llenar el jarro y se bebió el vino sin descansar.

—¿Quiere agua, padre Chaves?—dijo y alargóle el jarro vacío al lego.

—No, señor—dijo Manuela,—está muy mala: hay más vino si es que el señor padre lego tiene sed.

—Lo que es agua—dijo el lego,—no acostumbro tocarla sino bien filtrada, y para santiguarme. Beberé vino si Su Reverencia me da permiso.

—Desde que hay otra botella—dijo el padre

guardián—traémela, hija: tomaré otro poco, y el padre lego me acompañará. Es bastante bueno tu vino... pero tu agua parece recogida en el charco de la calle, ó que algún chancho se hubiera bañado en ella.

—Me parece, padre guardián—dijo el lego,—que las cosas van al revés. Como Vuestra Reverencia ya ha bebido, debiera ser yo quien comenzara por beber primero en esta vez; y que Vuestra Reverencia fuera quien me hiciera compañía de atrás.

—Al superior lo más y lo mejor, padre Chaves. No se olvide que como usted decía antes, en los refranes está la verdad y la sabiduría de la ciencia y de la experiencia.

—En algunos casos, sin embargo...

—No: en todos.

—Es que hay refranes contra refranes; y yo iba á recordar aquel que dice...

—No es necesario; pues ya sé yo que los herejes y mandinga fingen también refranes inicuos contra los refranes de la verdadera religión que son los míos.

Y al decir esto el padre guardián llenaba de vino otro jarro; alargándole al lego el resto de la botella.

—Muy buen vino. ¿No es verdad, padre Chaves?

—Pero muy escaso, padre guardián.

—Contra gula... ¿cómo dice el mandamiento de la Iglesia?... se me ha olvidado,

—Y á mí también desde que entré al servicio de Su Reverencia.

—Veamos, padre Chaves: alcance las alforjas; las dos de usted y las dos mías que están en la montura para poner estos papeles.

Así que el padre Chaves trajo las alforjas, el padre Quilez acomodó apretadamente en ellas todos los papeles y expedientes que había sacado de la pared; y mandó que las acomodaran otra vez en las monturas.

Dirigiéndose entonces á Manuela le dijo:

—Mujer: es menester que vengas con nosotros. San Bruno no quiere que permanezcas en esta casa que todos conocen por suya más ó menos. Es pues indispensable que te arreboces y que vengas con nosotros. San Bruno me ha ordenado que te oculte por algunos días hasta que él pueda volver y recogerte.

Manuela se quedó trémula y espantada sin saber qué decir. Después de un rato, exclamó azorada:

—¡No, padre guardián! déjeme Vuestra Reverencia aquí hasta ver si encuentro á mi hijo. ¡Por Dios, padre mío; tenga compasión de mis horribles angustias!... ¡Déjeme aquí, señor!

—¿Y para qué?... ¿esperas á alguien que te traiga noticias de tu hijo?—le preguntó el guardián con una profunda malicia.

Manuela se mostró perturbada por el recuerdo del padre Ureta; con las promesas de enmienda

que ella le había hecho, y con la esperanza de que le trajera noticias de su hijo; y sólo pudo contestarle después de un rato:

—¡Espero en Dios!

—Dios está en todas partes, mujer: no tomes su santo nombre en vano, ni para vestir con él pasiones y afectos terrenales. Lo mismo puede darte noticias de ese hijo en esta casa que en otra á que yo te lleve. Dios tiene instrumentos de sus obras aquí en la tierra; y es preciso que me digas de quién esperas esas noticias.

—¡De nadie, señor!... ¡De nadie!—dijo Manuela levantando sus ojos al cielo.—De Dios espero misericordia y gracia.

—¡En hora buena!... Pero como tú no sabes los caminos que él escoge para hacer misericordia y gracia á los mortales, debes venir conmigo según se te ordena por quien puede, y por quien sabe mejor que tú lo que conviene. Arrebózate pues y ven conmigo.

Manuela tomó una frazada y se envolvió.

—Estoy pronta—dijo;—el crimen de toda mi vida ha sido no saber resistir y ser débil... Pero hoy, aunque lo quisiera no puedo.

—¡Ni debes! vamos; y como estás descalza te llevaremos á la grupa.

—Mi mula tiene muy buenas ancas—dijo fray Chaves.

—Pero es mañera—dijo el padre guardián;—y usted, padre lego, como buen español es muy

maturrango para ser jinete de confianza. La mujer irá en las ancas de mi mula.

El padre lego se encogió de hombros. Pero Manuela, como si vacilara de nuevo, preguntó con angustia:

—¿Y á dónde me llevan?... padre Quilez, por el amor de Dios, y por los dolores de la Virgen Santísima, dígame, señor, ¿á dónde me llevan?

—A una casa honesta y de confianza. ¿Conoces á don Manuel Imaz?

—No, padre.

—Es un hombre de honor y de respeto que te tratará con bondad y con cariño: basta que yo te lleve y que se lo encargue. Estarás con su familia; y nadie sabrá de ti, hasta que vuelva San Bruno, de quien Imaz es amigo fiel. Vámonos, que tengo mucho que hacer y que ver en el convento. ¿No tienes nada que llevar?

—¡Nada, nada!

—¿Sabe que sería bueno, padre lego, que vaciara el agua de esa tinaja? Si la dejamos va á poner pestilente toda esta casa.

—¡Oh! ¡padre guardián, por Dios!—dijo el lego. ¿Y á Vuestra Reverencia qué se le importa de eso?... ¡Ahora quiere también que yo me ponga á hacer rodar un tinajón de ese tamaño, para vaciarlo en el patio!... No, señor: déjese Vuestra Reverencia de eso, y vámonos que tiempo de sobra tendrán los que vengan después

para vaciarla y limpiarla. El refrán dice que el que venga atrás que arree. Con que así, no violemos su sabiduría, padre guardián.

—Usted, padre lego, va en mala pendiente. Sus refranes siempre tienen olor de herejía...

—¡Vaya con el olor!, precisamente para que Vuestra Reverencia no lo tenga tan de presente, debemos dejar esa agua podrida en la tinaja sin menealla, como dice el refrán cuando se trata de inmundicias.

—¡Digo de herejía; sí, señor! porque el mandamiento de la Iglesia dice que contra pereza diligencia; y lo que usted tiene es pereza.

—Claro es... En lo que no le va ni le viene á la Iglesia, á Vuestra Reverencia, ni á la mía.

—En cuanto á eso usted tiene razón, padre Chaves: tiene razón. Vamos; y se salieron llevándose á Manuela; que, según había dicho el padre guardián, debía quedarse oculta en la casa de don Manuel Imaz.

Pero al tomar una de las bocacalles que de allí suben al cerrito de Santa Lucía, el padre guardián detuvo su mula; se bajó de la montura, entregando las riendas á Manuela: llamó á un lado retirado al lego Chaves, y cuando estuvieron apartados le dijo en voz muy baja:

—Allí arriba en el reducto del cerrito ha de encontrar usted al capitán que manda el piquete de artilleros que hace la guardia. Arrímese con precaución, no sea que le peguen un balazo;

al primer grito de ¿quién vive?, responda usted alto, religioso de San Francisco: ¡viva el rey!...

—¿No sería mejor, padre guardián, que subiésemos los dos?

—No hay para qué, con usted basta.

El padre lego meneó la cabeza contrariado, y dijo:

—¿Y qué voy yo á hacer, ó decir?

Dígale usted al capitán ó jefe del retén, de mi parte y de la del mayor San Bruno, que por estos alrededores puede andar vagando una mujer que se finge loca, y que es espía ó bombero de los enemigos: que es preciso apoderarse de ella á toda costa, y ponerla en seguridad por lo que convenga hacer mañana con ella. Vaya sin cuidado.

—Eso de sin cuidado...

—Dé usted las voces que le he recomendado: y desde que usted me nombre no tenga cuidado. Yo lo espero aquí.

El lego subió al reducto fortificado que guarnecía entonces con sus murallas de cal y canto la cúspide del dicho cerrito; y después de las formalidades y precauciones de estilo, desempeñó la comisión. Reunido en seguida con el guardián, continuaron su camino.

XV

Cuando la Loca sintió que había quedado sola, levantó su cabeza con precaución hasta el borde de la tinaja, y no encontrando nada que le inspirase inquietudes, se salió al piso sin cuidarse del agua en que estaba empapada. Dirigiéndose con soltura al hueco de la pared que el padre Quilez había descubierto, lo examinó con todo cuidado, registró bien con la mano todo el interior del agujero, desmenuzando los terrones de tierra con suma prolijidad, pero no encontró, ni sacó rezago alguno de los papeles que habían estado allí. Sin expresar contrariedad alguna, permaneció un momento como cavilosa; y en seguida levantó del suelo unas tiras de trapo viejo; les hizo unos cuantos nudos repitiendo—como si quisiera afirmar su memoria—«padre Quilez, padre guardián, padre Chaves, don Imaz», y después que tuvo anudadas sus tiras de trapo, se las guardó en el seno.

De allí registró los colchones y las cavidades de los muebles: nada encontró que le halagara, y se contentó con cambiar sus andrajos, vistiéndose con otros que Manuela había dejado inservibles en un baúl.

En seguida apagó el candil, y salió al patio con suma cautela. Pero en vez de tomar hacia la calle, se dirigió al fondo del corral; y con la soltura y agilidad propia de quien está acostumbrada á marchar por entre los riscos de las montañas, se trepó al muro; y se pasó á las primeras faldas del cerrito de Santa Lucía, procurando costearlas en dirección al Tajamar que por el norte defiende á la ciudad del ímpetu de las aguas del Mapocho.

En medio de su camino, la detuvo un grito de: ¿quién vive? Al oirlo, la Loca se agazapó en el suelo, y puesta en cuatro pies se arrastró con toda la ligereza que pudo, al mismo tiempo que el estampido de un fusil hacía estremecer todo el lugar, y que una bala pasaba silbando y rebotando en los peñascos del cerrito.

Poco tardó la Loca en sentir los pasos acelerados del grupo de soldados que bajaba del reducto en busca suya; pero ella, por una inspiración admirable, en vez de escurrirse y de huir hacia abajo, ó de continuar hacia el norte, tomó hacia arriba del cerrito, por entre desigualdades y asperezas, logrando que los soldados que bajaban aprisa al lugar en que habían dis-

tinguido su bulto, la dejasen atrás, con lo que ella pudo seguir hasta la parte occidental de la pequeña altura, y descender por el otro lado, para ganar el paredón trasero del convento de la Merced, desde donde se dirigió con éxito al Tajamar, que era entonces uno de los lugares más lóbregos y excusados que podía presentar ciudad alguna en el mundo.

Entre tanto, los soldados que la buscaban volvían á gritar: *¿quién vive?* y al ver que caminaba por delante de ellos un bulto silencioso, le hicieron fuego poniéndolo en tierra, y corrieron á apoderarse de él. Pero, apenas lo tuvieron á su vista prorrumpieron en grandes carcajadas: habían muerto á un infeliz burro del servicio de una de las casas vecinas que acostumbraba pasar la noche por aquellos alrededores.

Fastidiado de las bromas que sus compañeros le hacían por haber armado tanto ruido y tanta alarma por un burro, el centinela que había disparado el primer tiro, protestaba que no era ningún cuadrúpedo lo que él había visto, sino una verdadera figura humana que marchaba bien derecha en dos pies; y se ratificaba en que era imposible que no estuviese oculta en aquellas cercanías. Rehusándose á todas las bromas de sus camaradas, insistió de tal modo sobre la seguridad del hecho, que el oficial del punto creyó conveniente echar dos ó tres partidas para que registrasen bien el lugar y las casas de las inmediaciones.

Entre tanto, la Loca había conseguido llegar al Tajamar y ponerse de lado del río. El lugar no podía ser más lóbrego ni más solitario. La furia torrentosa del Mapocho que se desata desde las cordilleras, arrastrando tras sí millares de guijarros, viene á estrellarse con una titánica violencia á lo largo del enorme paredón, que la contiene para que no inunde la ciudad. Todo era, por consiguiente, inhabitable y primitivo por allí; y hasta el ruido infernal que hacen las aguas al abrirse paso sobre su lecho de piedras, hacía pensar que aquella naturaleza tuviese voces salvajes para imitar en medio de la noche, los quejidos, los golpes, los alaridos y los lamentos de un infernal cataclismo.

La Loca seguía deslizándose hacia arriba como un fantasma, sin ruido y sin vacilaciones: tomó los vados más fáciles para eludir la fuerza de la corriente; y afirmando el pie, ya en una morruda piedra que las aguas no habían podido arrastrar todavía, ya sobre los bancos de cascajos aglomerados en el medio del río, ganó terreno; tomó por los fondos del suburbio de la Chimba: dejó á su derecha las pendientes de San Cristóbal, de cuya corona de nubes, según es fama, se desatan las tormentas que barren aquellos valles; y haciendo un rodeo hacia la izquierda, hizo rumbo hacia el portezuelo de Colina, como si llevara intención de ir á la costa de Chacabuco.

XVI

La casa ó palácio del gobierno presidencial de Chile ocupaba entonces un extremo del costado norte de la plaza mayor de Santiago. En aquel momento veíanse aglomerados á sus puertas muchos caballos ensillados, algunas carretillas, y como trescientos soldados y oficiales que le hacían guardia; al mismo tiempo que muchos hombres de campo, en traje más ó menos militar, venían y salían de galope, como si hicieran servicio de expresos y correos para los distintos puntos del territorio; revelándose en todo aquello el movimiento tumultuoso y agitado que producen siempre alrededor de la autoridad, estas situaciones de combate entre dos causas ó sistemas irreconciliables, próximos á decidirse por un grande hecho de armas.

Llamaban mucho la atención entre esta aglomeración de hombres y de bestias, la existencia de seis carretas grandes á las que estaban un-

cidas tres yuntas de bueyes por cada una, y que estaban cargando un abultado y rico menaje, que sacaban hombres silenciosos por una puerta excusada, al parecer con grande reserva para que no fuese notado. Uno de los peones, le dijo al oído á un curioso que habiéndolo conocido se había acercado á preguntarle qué significaba aquello.

—Es el equipaje del Presidente.

—¿Y para dónde va?

—A Valparaíso.

El curioso, que era un jovencito como de veinte años, ágil y despierto, se alejó apresuradamente de allí.

Dentro del palacio había también gran número de gentes. Unas verdaderamente preocupadas de la suerte que podía caberles si los argentinos vencían la cuesta de Chacabuco y se echaban sobre la capital: otras dudosas é inquietas que buscaban luz y conocimientos para tomar su partido á tiempo y congraciarse con los que vinieran á quedar vencedores; y no pocas atraídas por la curiosidad, protestando una lealtad á los mandatarios realistas que estaban muy lejos de tener. Todos ellos ocupaban los patios interiores, los corredores, y los aposentos de menos importancia.

En el despacho y en el salón principal del palacio, hallábanse reunidos, á puerta cerrada, los personajes prominentes del gobierno y de sus consejos.

Llevaba la voz entre ellos un fraile dominico, el padre José María Torres, que con un desparpajo cínico é imprudente, se deshacía en arengas de grande efecto y de alta voz sobre las altas prendas militares, la experiencia y la bravura del presidente de Chile, el mariscal, cruz de San Fernando, de Isabel la Católica, de Calatrava y otras comendaciones, don Francisco Casimiro Marcó del Pont, que tomaba todo aquello, de la boca del padre Torres, como si fuera la voz de la posteridad y de la historia, que hacía justicia á sus méritos excepcionales.

Era el padre Torres una especie de teólogo burdo y ramplón de ademanes audaces y de voz tonante, lleno de confianza en su propia suficiencia, por lo mismo que era un ignorante sin un ápice de valor ó mérito intelectual. Tenía ínfulas de literato y aires de histrión; que se había ganado el ánimo de Marcó del Pont, no sólo por sus imprudentes zalamerías y por lo zafado de su lenguaje, sino también por la perversidad de su carácter, y por las viles traiciones con que se había pasado del servicio de los patriotas al servicio de los realistas, echándose á los excesos más infames como rescate de sus anteriores prevaricaciones.

—Señor mariscal presidente del reino—decía el padre Torres, estirando los labios y haciendo revolotear los extremos del cordón con que ajustaba la cintura de sus hábitos.—Las cosas... á

mí... no me inspiran gran cuidado, desde que Vuestra Excelencia salga mañana á ponerse á la cabeza de nuestro ejército... El coronel Maroto... mozo de ayer, y bastante insubordinado como sabemos, carece pues de la experiencia necesaria, y no ha dado todavía grandes pruebas de bravura... y de competencia en el mando superior de las naciones y de los ejércitos, como las que tiene dadas y consignadas en la historia nuestro presidente el señor Marcó del Pont.

—No vaya Vuestra Reverencia tan adelante— le contestaba Marcó del Pont echándose para atrás,—porque aunque es verdad que Maroto es un jefe de pocos años, tengo informes de que ha servido bien... Por lo que hace á mí, diré, sin embargo, que no lo he conocido en ninguna de mis campañas: ó si ha estado, habrá sido en algún rol insignificante á donde no lo alcanzaba mi vista. No me parece que estuvo en la campaña del Rosellón, donde me batí cuerpo á cuerpo con el general francés Dugommier; y al irlo yo á rendir me encontré que en la ceguedad del arrojo, estaba yo rodeado de toda la escolta del jefe enemigo. Me batí, sin embargo, hasta romper mis armas... En tres partes se me tronzó la espada: tenía el morrión y el uniforme atravesado de balas; y no había reparado en nada... pues... con la fiebre del combate, hasta que un oficial francés tomándome de la mano

me gritó:—Señor coronel, usted no tiene armas; esto no es valor sino temeridad.—¡Alto! soldados les gritó á los suyos: honor á la bravura del vencido. Con esto yo volví en mí, y vi que realmente estaba prisionero. Y como la experiencia es madre de la ciencia, comprendí desde entonces, que un jefe debe ser reflexivo, y no halagarse con las emociones del peligro, sino sujetar su arrojo para proceder con la cordura que exige el mando.

—¿Qué dicen ustedes, caballeros?—dijo el padre Torres, dirigiéndose con una provocativa satisfacción á las diez ó doce personas que estaban allí en aquel coloquio.—Quisiera que ustedes me dijesen si hay un rasgo igual en las vidas de Plutarco... Igual habrá porque todos sabemos lo que eran los héroes antiguos... además que todos esos prodigios que cuentan de ellos tenían su cábula, porque los dioses paganos tomaban el partido de éste ó de aquél, y echaban también su manito en cada batalla para ayudar al que más querían, porque era hijo de la diosa tal, ó del dios cual; y naturalmente... con el amor de padre... ponían el resto en favor del hijo.

—Eso no—le contestó el canónigo Zamboada. —Nuestra fe nos enseña que todo se gana también en las batallas por el favor de Dios.

—De acuerdo, de acuerdo; pero... lo que es nosotros no sabemos lo que sucederá, porque...

Dios guarda... pues... sus reservas; y algunas veces...

—Pero no me negará Su Paternidad que los que combaten por su rey, y por su religión, con una alma pura de pecado, triunfan... ó por lo menos deben triunfar.

—Sí, señores—dijo Marcó del Pont:—como creyente y como católico, yo siempre he procurado ir con esa idea á las batallas. Pero ustedes comprenderán que no hay seguridad, y que todo depende del valor y de la competencia de los jefes. Miren ustedes: en el primer sitio de Zaragoza, era indispensable defender el *Portillo*. El general sabía que aquello era desesperado, pero contando por algo los albures de la guerra conferenció con los altos jefes sobre cual sería el oficial de más entereza para hacer allí lo posible; y tuve el honor de que me señalaran. Por desgracia, me dieron un segundo imprudente y atolondrado. Al caer la noche, creímos que convenía inspeccionar la posición de los franceses, y mandé á mi segundo. Pues señor... se mete donde no debía... lo matan sin que yo sintiera nada; y estaba yo tomando quietamente mi jícara de chocolate, cuando se me presenta un oficial francés seguido de mucha tropa; voy á tomar mi espada... para morir... porque no tenía escape... pero antes de que pudiera armarme me toman y vuelvo á caer prisionero... Yo espero que no suceda nada de esto con Ma-

roto... Pero ustedes no duden que en el éxito tienen mucha parte los subalternos. Así es que ahora, esperaré que se me incorporen Barañao, Quintanilla, el batallón Chillán y las demás fuerzas para ir á tomar el mando; y será cosa de una hora llevarme por delante toda esa canalla. Ese San Martín es un soldadito de ayer: un aventurero. No ha podido hacerse carrera en España, por cobarde y por inepto, y es por eso que se ha venido á esta guerra: ya verán ustedes como lo voy á volver tarumba.

En esto, se acercó á Marcó del Pont el mayordomo del palacio; y llamándolo aparte le dijo al oído:

—¿En cuál de las carretas quiere Vuestra Excelencia que alcemos la plata labrada, y los cajones del dinero?

—Ya he dicho—le contestó Marcó en voz muy baja también,—que se pongan en la carreta que está en la puerta traviesa del palacio; y ordene usted que salga ahora mismo, sin esperar á las otras, custodiada por el capitán Ibáñez y por los treinta dragones que están allí. Ahora mismo, ¿eh? cuidado con demorar una hora: ahora mismo.

—Muy bien, señor presidente—contestó el mayordomo y salió de prisa.

Cuando Marcó del Pont volvió á la rueda de sus allegados, estaba el padre Torres entregado á los elogios más exagerados del presidente, y

haciendo y deshaciendo del ejército argentino como si lo tuviera en su mano.

—Yo decía, señor presidente—agregó,—y esta es la opinión de todos estos amigos, que Vuestra Excelencia debía sujetar á un consejo de guerra al coronel Atero. El no ha debido venir á Santiago después de la vergonzosa derrota que ha sufrido. Debía haber seguido el ejemplo de Vuestra Excelencia en el Rosellón y en Zaragoza: morir ó quedar prisionero.

—¡Eso no es para todos, padre Torres!—dijo Marcó del Pont con visible fatuidad.—Pero yo voy á tomar medidas...

Antes de que dijera cuales medidas, resonaron allí, causando un pavor indecible, los fusilazos que la partida del cerrito había disparado sobre el bulto de la Loca.

De modo que cuando los soldados de esa partida se reían á carcajadas alrededor del burro que había caído víctima de sus balas, todo era alboroto y espanto en el salón y en el palacio del gobierno realista de Chile; porque después de todo, el bravo y temerario prisionero del Rosellón y de Zaragoza, era un gran cobarde, conocido y ridiculizado en todo el ejército español; y lo menos que se figuró al oir aquellos balazos fué que el ejército argentino caía de improviso sobre él y se apoderaba de la capital.

XVII

Esos fusilazos, en el silencio de la noche y bajo el influjo de una situación azarosísima con el enemigo á las puertas de la ciudad, y en un desconcierto completo por la sorpresa, produjeron, como era de esperarse, un pánico indescriptible en el palacio presidencial. En el primer momento el mariscal Marcó del Pont se quedó estupefacto con la boca abierta y mirando con tamaños ojos á los circunstantes, mientras éstos lo miraban á él igualmente aterrados y sorprendidos. Los unos corrieron á las puertas de las antesalas para escabullirse ó para preguntar lo que era aquel tremendo lance, mientras otros, sin saber qué hacer ni qué pensar, estaban como clavados en el lugar y en la postura en que los había cogido el incidente.

—¡Nos han sorprendido!...—dijo Marcó del Pont.—¡Estamos perdidos!... ¡Así fué en Zaragoza!

—Me parece—dijo el dominico Torres,—que debemos abandonar el palacio. No hay tiempo que perder, señor presidente... Ocupe Vuestra Excelencia el cuartel de la escolta.

—¿El cuartel de la escolta?... y ¿para qué?... ¡La defensa sería allí insostenible!... Desgracias inútiles y sin objeto... Aquí nos verán desarmados, y al menos no habrá sangre...

Pero, cada vez más agitado y tembloroso, trataba de entrarse á las piezas interiores y de que no lo siguieran los otros.

—¡Bernedo!... ¡Bernedo!... ¡Ayudante Bernedo!

A estos gritos se presentó un joven oficial. Marcó del Pont lo tomó aparte, y le dijo en voz baja:

—Vaya usted inmediatamente al cuartel de la escolta y dígale usted al capitán Magallar que haga marchar inmediatamente para Valparaíso la carreta cargada que está allí, y que la haga custodiar con treinta hombres al mando de Del Río. Ordénele usted que tome el camino de la izquierda, y que la haga andar á toda prisa: que monte en el acto toda la escolta, y que me tenga pronto mi caballo, pues voy ahora mismo á ponerme á su frente... ¡Pronto, pronto, Bernedo!... acredítese usted como siempre en este terrible momento.

Entre tanto, el padre Torres y algunos otros, ya se habían escabullido. Al volver hacia el gru-

po que había quedado sin saber qué hacer, Marcó del Pont, les dijo:

—Me dice Bernedo, que no hay duda que han sorprendido á la ciudad. Su opinión es que una división enemiga se ha corrido por las faldas de San Cristóbal, dando la vuelta por Elui, para burlar á Maroto y tomarlo entre dos fuegos después de apoderarse de Santiago. Es preciso, señores, que ustedes se retiren. Voy á ponerme á la cabeza de la escolta: he reflexionado que esto es lo mejor; trataré de resistir, ó de replegarme al ejército. ¡Adiós, señores!... Retírense ustedes.

—Pero, señor presidente—dijo el oidor don José Antonio Caspe,—será mejor esperar un momento.

—No, señor: no hay momento que perder. Los momentos son todo en los acasos de la guerra.

—Es que á medida que reflexiono, se me hace más difícil comprender cómo pueden habernos sorprendido; aunque, por desgracia mía, ¡conozco demasiado á esos demonios de Buenos Aires! El infierno no ha producido jamás pillos más atrevidos, ni perdularios de peor clase.

En esto volvió Bernedo, diciéndole al oído á Marcó del Pont, que la carreta tan recomendada salía en ese momento para Valparaíso, custodiada por el capitán Del Río, y que la escolta quedaba ya pronta y á caballo.

—Queden ustedes con Dios, señores... Voy á ponerme en campaña...

—Pero, señor presidente—le dijo el asesor de gobierno, don José María Luján, poniéndosele por delante,—repare Vuestra Excelencia que el fuego no continúa.

—Razón de más para creer que la resistencia ha cesado y que han tomado el puesto.

—Tal vez que no, y que sea una falsa alarma —dijo el asesor bastante enfadado.

—¡Y así es! ¡asimismo es!—dijo el padre Torres que volvía al salón con aire satisfecho, y que había oído al entrar las juiciosas palabras del señor Luján. No hay nada, señor presidente. Todo proviene, según me dice el jefe del reducto de Santa Lucía, de un aviso dado por el padre Quílez de Recoletos acerca de una mujer perdida y de otros individuos que se han sentido en la ciudad y que se sabe que son espías y bomberos del enemigo. Parece que hay grande interés en tomarlos. Se sabía que andaban por las cercanías del cerrito, y las centinelas han hecho fuego pero no se les ha tomado todavía. Ahí está en el patio el oficial dando estas noticias á los que lo tienen rodeado; y viene á comunicárselo todo á Vuestra Excelencia.

La reacción del pánico desvanecido se hizo patente en todas las fisonomías. Marcó mandó entrar al oficial del reducto, volviendo á sus baladronadas características, sobre todo lo que

había pensado efectuar para hacer morder el polvo á los audaces que se hubieran atrevido á intentar una sorpresa sobre la capital, hallándose él á su cabeza.

Introducido el oficial al salón, informó á todos de lo que había ocurrido; y dando grande importancia á la existencia de bomberos argentinos dentro de la capital, se resolvió hacer venir inmediatamente al padre Quilez para que aclarara lo sucedido con los datos que al parecer tenía de buena fuente.

Al efecto, el presidente Marcó del Pont, que además de su caballo y mulas de equipaje, tenía también pronta su calesa, ordenó que ésta marchase al convento de la Recoleta en busca del padre guardián.

El padre Quilez informó á Marcó del Pont de que el leal é impertérrito mayor don Vicente San Bruno, presidente del Tribunal de Vigilancia y de Seguridad Pública, que además de todo esto era el favorito más íntimo del señor presidente, le había mandado un hombre de toda confianza á decirle que acababa de saber que una mujer muy peligrosa que se hacía la loca, y que tenía relaciones numerosas en Santiago, se había desprendido del ejército insurgente y había entrado á la capital con el propósito evidente de concertarse con los partidarios de los rebeldes para dar un golpe de mano. El padre Quilez no quiso hablar de la carta de San Bruno,

ni de los papeles que había extraído, porque conociendo que no hay secretos entre tres, y no pudiendo calcular lo que sería de la fidelidad de tantas personas como las que estaban allí con Marcó del Pont, creyó más conveniente reservarlo. Pero sí dijo que á San Bruno le constaba que la mujer que había dirigido á los espías y que había entrado con ellos, se había ocultado por las cercanías y alrededores del cerrito de Santa Lucía, probablemente para facilitar la sorpresa y toma de aquel reducto y de su artillería. Agregó que con esto, él se había dirigido personalmente esa noche al dicho cerrito, y había informado de todo á su jefe.

Siguiendo en estas investigaciones se hizo venir también al soldado que hacía la centinela, y que había disparado el primer tiro sobre la loca. Este insistió en que lo que él había visto era real y verdaderamente una mujer ó un espectro de mujer. Desmintió todas las bromas de sus camaradas, asegurando que ellos eran los que habían hecho fuego sobre el burro, en una dirección muy distinta de la que llevaba la mujer que él había visto; y que si ésta se había escapado, era porque ellos habían corrido hacia otro lado al ver caer al burro creyendo que era gente; con lo cual lo habían dejado solo, y le habían también perturbado el rumbo que él quería tomar. Pero que estaba cierto de que era una mujer; y de que no tenía duda que

por aquellas casas existían cómplices que la habían ocultado.

Después de comparar todos estos datos, convinieron todos en que la mujer, los bomberos, los cómplices y el complot, eran cosas ciertas é inminentes; y decidióse mandar fijar y repartir por toda la capital un bando tremendo que decía así:

«Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, presidente del reino de Chile y de las costas del Sud por un acto y gracia honorífica de Su Majestad nuestro amo y señor el señor don Fernando VII, rey de las Españas y de las Indias, de Jerusalem, y de otras partes, gran cruz de Calatrava, y comendador de la orden de San Fernando, secretario de la gran comendaduría de Santiago, y oficial condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, etc., etc. (Aquí una serie de titulajos más ó menos bombásticos y ridículos). Por cuanto ya son insufribles los atentados y traiciones que los salteadores y los insurgentes favorecidos por los rebeldes y facinerosos que imperan al otro lado de la cordillera, y por cuanto hemos sido bien informados de que se han visto y conocido en esta capital del reino los espías y tránsfugas que de allá han venido á fraguar complots y revoluciones inicuas contra el gobierno paternal y divino de nuestro rey, amo y señor; entre cuyos facinerosos y espías figura como vaqueana y guía

de primera clase una depravada mujer, sin ley ni rey, sin costumbres y sin hogar, que llaman Teresa, y que se hace la loca para mejor cubrir sus maldades, la perversidad de sus manejos, y escapar á las pesquisas y persecución de nuestra autoridad, he tenido á bien disponer:

1.º Que sea castigada con la pena de muerte, sin forma ni procedimiento, toda persona, ya sea hombre ó mujer, de cualquier edad, clase ó situación, que habiendo visto, hablado, ó encontrado á la dicha loca Teresa, ó á alguno de sus cómplices y cooperantes, no se presente en el acto á declarar donde se hallan, donde se ocultan, donde estaban ó fueran vistos.

2.º Que si alguna persona, hombre ó mujer, de cualquiera clase ó entidad que la haya visto y conocido, no hubiere dado parte á las autoridades, sabiendo que esta maldita perdularia se había ausentado del reino, y residido en Mendoza, sea castigada la dicha persona con cien azotes, á lomo de burro, ejecutados por el verdugo por cuartas partes en cada uno de los ángulos de la plaza mayor; y que si fuere mujer se le destine además á barrer las calles por el término de un año; y si es hombre, á la compostura de caminos y de pantanos.

Y en esta virtud, para que lo contenido tenga efecto, y para que ninguno alegue ignorancia, publíquese por bando, fíjese esta noche misma en todas las esquinas, y nadie sea osado á arran-

carlo bajo las mismas penas; y además fíjese también en todas las puertas de las casas inmediatas al reducto fortificado de Santa Lucía; entregándoseles un ejemplar á los que transiten por aquellas calles y en la plaza de abastos: fecho en Santiago de Chile á nueve de febrero de 1817. *Marcó del Pont* (1).»

---

(1) Bueno será que el lector sepa que son numerosísimas las piezas de este jaez, y aun otras mucho más crueles y vejatorias que dejó en Chile el gobierno de Marcó del Pont.

XVIII

En la mañana del diez de febrero, una de esas vecinas parleras é informadas de todas las noticias y chismes de sensación, que corren anónimos por una población preocupada por grandes novedades, acertó á entrar en la casa de la familia que tenía oculto el niño levantado por Teresa del charco en que San Bruno lo había arrojado. Y con la satisfacción del que lleva cuentos, que deben dar pábulo para una nutrida é interesante conversación, entró tratando de tú á las muchachas; y al sentarse con la satisfacción de la importancia que tenía su visita,

—¿Ha visto, comadre—dijo, dirigiéndose á la anciana dueña de casa—qué tiempos estos? Una no sabe cómo ha de vivir, ni cómo ha de hablar, ni á quien ha de mirar en la calle. Los pobres hombres andan trastornados... Yo, ni á mis hermanos admito en mi casa... y ya se los he dicho:—¡No, amiguitos! en casa no quiero vi-

sitas ni conversaciones; porque mire, comadre, en estos tiempos, no se debe uno olvidar de que en boca cerrada no entran moscas. ¡Habla usted con toda inocencia... y después resulta un crimen! que contó, qué dijo, que no contó, que no dijo. Si dijo, porque dijo: y si no dijo, porque no dijo. ¡Esto es terrible, comadre!... ¡Yo estoy desesperada!... ¡Cuatro días de encierro!... Me he fastidiado; y he dicho ¡oh! me voy á conversar un rato con mi comadre Ramona y con las muchachas.

—Y la verdad es que estamos bien tristes, comadre—dijo la anciana.—Figúrese usted, uno de los muchachos que se quedó aquí, ahí ha tenido que presentarse al coronel Barañao, porque ya iban á declararlo desertor. Es verdad que ha estado escondido más de seis meses; ¡las muchachas lo quieren tanto!... ¡y así han llorado!... Los otros tres se fueron con el señor O'Higgins, y no sabemos nada de ellos.

—¡Ah, comadre, por Dios, no hable de eso! mire que no se lo van á perdonar... ¿Ha visto el alboroto de anoche?... ¡Qué incendio!... Las balas silbaban por los techos de nuestra casa; y mi pobre viejo se asustó tanto, comadre, que hasta esta madrugada he estado dándole friegas de manzanilla con sebo frito para que se aliviara de los chuchos que tenía. ¡Qué tiempos, comadre!

Es verdad: aquí hemos estado en vela—dijo

una de las muchachas;—porque los tiros nos hicieron creer que era una batalla ó una revolución; y nos pusimos á rezar por el pobre Joaquín, que es tan muchacho... y también por...

—¡No digas, muchacha, que has rezado por los otros! ¿No has visto el bando? ¡tiene pena de muerte y de azotes que es un contento!... ¡y todo por la loca de la Teresa!

—¿De la Teresa?—exclamaron todas con sobresalto.

—¿Qué Teresa?—dijo Tomasa reponiéndose, y haciéndoles á las demás una indicación apenas perceptible para que anduvieran cautas.

—Pero, mujer—le dijo la vecina,—¿no te acuerdas de la Teresa S.... la que se volvió loca cuando mataron á Rafael Estay?

—Ah, sí—dijo Tomasa afectando indiferencia.—¿Y qué hay?

—¿Pues que ustedes no han visto el bando del señor presidente?

—¡No!—contestaron todas con evidente zozobra.

—Pero, muchachas; si lo han puesto por todas las puertas de las inmediaciones del cerrito; y lo han repartido. Precisamente traigo aquí uno que le dieron á Tiburcia la chinita que fué hoy temprano á comprarme la carne para el puchero... que por cierto está flaca y horrorosa, porque como no hay quien la traiga, piden un sentido por un pedacito como la mano. ¡Aquí

está el bando!... y cuidado que los castigos que dice son terribles contra los que hayan hablado con la tal Teresa.

—¿Y usted cree, doña Casimira, que ha de haber venido Teresa?... ¿A qué?

—Como es loca... todo es posible.

—Yo no lo creo.

—Pero Tomasa—le dijo la madre:—si el señor presidente dice que la han visto, ha de ser cierto.

—¿Qué quiere, mamá?... yo no lo creo.

—¡No digas eso muchacha!—le observó doña Casimira.—Si el que gobierna dice que es cierto, tú debes decir que es cierto. Mi comadre tiene mucha razón. Toma el bando y verás.

La lectura del bando hizo una impresión mortal en aquella pobre familia. Dos de las muchachas se fueron adentro á llorar y á esconder el niño en lo más hondo de la casa para que no se le oyera la voz. Tomasa y la madre fueron las únicas que sostuvieron la visita de doña Casimira soportando toda la angustia en que se hallaban, hasta que agotadas sus noticias se despidió prometiendo volver muy pronto para distraerse y pasar un rato de conversación con que atenuar «la amargura de los tiempos».

Apenas se fué doña Casimira, la familia aquella dió rienda suelta á sus terrores, sin saber que hacer, ni cómo conjurar el peligro que la amenazaba. Después de mucho vacilar, Toma-

sa tomó el aire de inspirada por un recurso salvador.

—¡Ya está!—dijo:—¡ya sé lo que debemos hacer!... Yo voy ahora mismo con mamá á lo de misia Pepita M...., y le declararemos todo. Ella nos conoce: nos quiere, y cuando nos oiga, ha de ver que somos inocentes. Si como espero, nos toma bajo su protección, nada tenemos que temer, porque ella puede más que el presidente, y nadie se ha de atrever á disgustarla, ni á ir contra lo que ella disponga. ¡Vamos, mamá! ¡vamos pronto!

—¿Y qué hacemos del niño?—dijo otra de las muchachas.

—Nada por ahora. Le diremos todo, todo, á misia Pepita; y ella dirá lo que debemos hacer con el niño. Nosotros haremos lo que ella diga; y ya verá usted, mamá, que todo ha de salir bien. No se aflijan: misia Pepita es una gran señora, generosa y hábil. Nos pondremos en sus manos; y ella lo arreglará todo muy bien. ¡Vamos, mamá!—dijo Tomasa, arrebozando á su madre, y cubriéndose ella también con su manta.

—Yo tengo miedo de andar por la calle en días como estos—dijo la anciana.

—¡Cómo ha de ser, mamá! Es preciso hacer un esfuerzo para salir de este apuro—y tomando á su madre por el brazo tomaron la dirección de la casa de la señora doña Pepita de M.... mujer del coronel don Antonio M....

XIX

—¡Ah *señorita!*... ¡Qué donosa está su merced!—le decía una sirvienta de tipo mixto, bastante agradable por cierto y no poco zalamera, á una dama joven, y muy bella en efecto, que se preparaba á hacer su tocador á eso de medio día (1).

Como la dama estuviera muy acostumbrada á oir estos elogios, de todas partes, y aún de labios mucho más interesantes para ella que los de la sirvienta que se preparaba á ayudarle en sus atavíos, se contentó con colocarse delante de su espejo, dirigiendo á su propia imagen una sonrisa de complacencia ingénua.

Vestía un largo batón de foulard color rosa y estilo pompadour, floreado de jazmines blancos que imitaban ricamente la verdad de la naturale-

(1) En aquel tiempo, y aun mucho después, se tenía en Chile por una falta imperdonable de cortesía, llamar de otra manera que *señorita* á una dama de rango, ya fuese casada ó soltera, joven ó vieja.

za (1). Abierto por delante, y descuidada la abotonadura que debiera haberlo cerrado, dejaban verse tras de él las formas de una escultura admirable, que trasladada al mármol de Paros, habría podido rivalizar con las que sabía crear el artista desconocido que nos ha dejado la maravilla de Milo.

En su fisonomía, abierta y franca, dominaban los rasgos de la energía y de la soberbia, templados, sin embargo, por la blancura nívea de la tez, y por un nítido matiz color de rosa, que sin marcar punto alguno de la faz parecía esparcido en toda ella, con el arte mágico del más delicado pincel. Pero el ojo negro y centelleante, las pestañas largas, las cejas bien separadas y de un arco irreprochable, la nariz aguileña y afilada como una daga del mejor acero, arrancando sin doblez desde su origen, el óvalo correcto; el pómulo de la barba pronunciado como el botón de una diamela, la frente unida, ancha en la base é inclinada hacia la raíz del pelo, daban á esa fisonomía, bella en su conjunto y en sus detalles, un tono hidalgo y audaz, una fuerza de idealidad visible, sin disminuir en nada, con apariencias varoniles é impropias de su sexo, la exquisita conformación del tipo femenino en su más galana expresión.

---

(1) La necesidad de ser modernos, nos obligará muchas veces á usar el lenguaje aceptado por el lujo predominante de aquel tiempo, que ya comenzaba á ser enteramente francés.

No contribuía poco á la atenuación de la energía impresa en esos rasgos, la blancura del conjunto, los labios exquisitamente formados y ondulados, con la sonrisa más fina y más natural que haya iluminado jamás el trato habitual de una mujer. Tal era la esposa del coronel don Antonio M...., jefe de campanillas en el ejército realista que ocupaba á Chile; y que según es fama no tenía la elevación de ideas y de carácter ni los talentos que habría necesitado tener el marido de tal mujer, para llenar las emociones y los intervalos de la vida conyugal.

La Pepa M....—que así era conocida entonces en Chile—era hija del risueño cielo de Andalucía; y reunía á su belleza todas las gracias y las actitudes de ingenio natural con que están dotados los que nacen en ese prodigioso pedazo de la España. Elegante en su andar, había aprendido desde niña todas las destrezas con que una refinada coquetería les enseña á lucir ese pie árabe que por su pequeñez y por sus curvas no tiene igual en ninguna de las otras razas del mundo; y en el momento en que la estamos retratando, ya fuera por hábito morisco, ya por el calor de la estación, llevaba los suyos sin medias, sobre unos pantuflos de terciopelo color celeste bordados de plata y oro, que parecían sobre el cutis, espigas de trigo sobre un lecho de rosas.

El aposento estaba adornado con aquel esme-

ro y proligidad en que se revela la mano de una mujer inclinada á las delicadezas y al acomodo de los detalles. Sobre la mesa del tocador, cubierta con ricos paños bordados y cribados en el Perú, además de todos los utensilios destinados al adorno y al retoque de la persona, se levantaba á lo alto de la pared, hasta el techo, una magnífica luna de Venecia, con un ancho bisel por marco en cuyas faces del mismo cristal estaban cincelados pavos reales de la India y pájaros del Paraíso con otras cien maravillas. Cuatro escenas tomadas del libro IV de la *Eneida* ocupaban grandes medallones al centro de cada uno de los lados del cuadro. En el pie, Dido enamorada se abrigaba en los brazos de Eneas dentro de la obscura gruta, mientras la tormenta rugía por de fuera. En uno de los costados Eneas le refería á Dido la ruina de Troya. En otro, Cupido, bajo la faz engañosa de Azcanio, inoculaba en la reina el veneno del amor; y en el de arriba, Dido entregándose á las llamas, maldecía al pérfido Troyano, que desde sus trirremes veía arder la pira funeraria con el dolor consiguiente al mal que había hecho (1).

Una rica estera de junquillos formaba el enta-

---

(1) En Buenos Aires y en toda la América había en las casas ricas bastantes ejemplares de esta clase de espejos; y si no estamos engañados se conservan todavía en lo de Escalada; y quizás son los únicos que quedan de esta antigua magnificencia.

pizado del piso; y por muebles se veían cómodas, camoncillos, canapés y sillones de jacarandá, tallados en *pie de cabra,* como entonces se decía.

La Pepa M.... tenía entonces de veinte á veintidós años. Y aunque por el aplomo de su porte revelaba todas las iniciaciones de su estado, la rica savia de su naturaleza no se había gastado con los árduos trabajos de la maternidad; de manera que la estatua humana conservaba intacta toda su esbeltez primitiva con todos los atractivos de la transformación nupcial.

El carácter y el genio de la mujer correspondían á su figura. La timidez y el encogimiento virginal no eran por cierto cualidades que ella hubiera de lucir. Pero en compensación, tenía una alma elevada, ideas romancescas; y así como era simpática y dúctil para todas aquellas manifestaciones del espíritu y del corazón que revelaban heroicidad, talento, ternura, delicadeza y decisión, era rehacia y soberbia en todo lo que bajaba del nivel sublime é ideal en que ella comprendía el mérito de las personas, y el de los hombres, sobre todo.

Por desgracia suya su marido no correspondía al modelo con que ella se había figurado el hombre digno de su amor. Un singular acaso y ciertas coincidencias de familia la habían unido al señor M...., joven oficial, de bastante valor personal, pero de una insufrible petulancia,

cuando ella era niña de diez y seis años, á lo sumo, que carecía de discreción ó de previsión para comprender todo el error que cometía cediendo á los influjos que la llevaron á ese primer enlace.

M.... era soldado: pero tenía una educación descuidada, que él trataba de cubrir con el garbo audaz é insolente de los modales. En todo trataba siempre de ponerse en evidencia y de imponer sus opiniones y sus caprichos. Era duro hasta en las formas arrogantes que él confundía con la elegancia y con el aire militar; y había perdido el sentimiento de la realidad desde que había ascendido en el ejército de Chile por el favor del general Osorio, vencedor en Rancagua, y por el de Marcó del Pont que lo miraba después como una de las principales columnas de su poder.

Ya fuesen celos, incompatibilidades de carácter, ilusiones desvanecidas, agravios de detalle, maneras diversas de comprender el ideal de la vida, esterilidad conyugal, ó desconfianza sobre el poco aprecio que el uno hacía del otro, el hecho era que la petulancia genial del coronel M.... se estrellaba á cada momento, y por cualquier incidente, con la rebelde energía de su mujer. El marido había llegado á comprender que ella se tenía por muy superior á él: y que había llegado á tomar tal influjo en la sociedad chilena, por sus dotes, que era hasta cierto punto

una entidad propia capaz de resistirle en todos los terrenos.

La Pepa conocía en efecto todos sus méritos y toda la importancia que ellos le daban en el trato social. Gustaba de lucir. Su figura le daba confianza, y sus talentos encontraban una profunda satisfacción en el efecto que hacían. M.... se devoraba con los celos. La Pepa no se daba el trabajo de tranquilizarlo; y valía tanto para con los personajes del país y de la situación, como M.... mismo, ó mucho más que M...., porque no había nadie que no pusiera su esmero en complacerla: que le negara una gracia, ó que ya no hubiera tomado parte por ella, contra el coronel, que, al decir de todos, pretendía sustraerla á la sociedad de Chile, en donde ella era el primer encanto, y el prodigio buscado con más anhelo.

Fuera de su marido todos hablaban con elogio de su bondad. Era complaciente y solícita con todos. Los pobres la tenían por su providencia; y jamás salían descontentos ó desconsolados de su lado, pues en aquellos tiempos de martirio y de persecuciones, en que su marido era uno de los más duros instrumentos de la tiranía de Marcó del Pont, la Pepa no se había excusado en ocasión alguna de tomar sus tapados y su mantilla, á cualquier hora, para acercarse al presidente y pedir con sus halagos y finezas, con la gracia de su lenguaje, con el

prestigio de su belleza, actos de favor y de clemencia.

De modo, que aun en los casos en que nada obtenía, ella dejaba al menos el rastro consolador de su bondad, sin preocuparse de la ira y del despecho de su marido, que la tenía por más amiga de Chile y de los patriotas, que del imperio español en la América del Sur.

Y, tal vez, M.... tenía razón. Sea por el antagonismo que se había producido sobre él y ella, sea porque las inclinaciones de la mujer eran elevadas, y su carácter independiente, el hecho es que ella veía heroicidad y justicia en los que guerreaban por la independencia de su patria; y no podía resistir á los sentimientos nobles de su alma, sin darse cuenta quizás de la tendencia en que se ponía mucho antes de que los acontecimientos la vinieran á unir á esa causa por el amor del hombre cuyo modelo había siempre soñado (1).

Esta era la mujer que al ponerse negligentemente delante de su espejo, desataba los nudos que ligaba su negra cabellera durante las horas del sueño, dejándola caer como una inmensa madeja de sedas que inundó materialmente sus hombros, desde la cabeza á los pies.

La sirvienta tomó con sus dos manos aquella

---

(1) Unida al general N... por un amor harto históricо, se casó al fin con él.

masa de cabellos, y poniendo por debajo una rica toalla de Guayaquil, comenzó á aderezarlos con gran esmero.

—¡Es incomprensible, señorita—le dijo,—que el coronel no viva postrado á los pies de su merced!

—Gran diversión sería para mí, por cierto. ¿Te parece que es muy divertido vivir en el nicho de una virgen ó de una santa? Ninguna gracia que me haría.

—Pero no quiero decir eso, sino que debería amarla á su merced para hacerle el gusto en todo; y no que apenas viene y está una hora aquí, ó que pasa una noche, al otro día ya es una pelea furiosa que me hace temblar.

—¿Y me has visto temblar á mí? ¿Me has visto llorar?

—¡Eso no! Su merced lo mata riéndose... Pero él...

—¿El, qué?

—¡El se pone terrible, señorita!...

—¿Y bien?

—¡Es que siempre tiene á manos sus pistolas y su espada! Su merced no lo mira; pero mil veces lo he visto yo ir frenético á sus armas, é ir ya á tomarlas. ¡En uno de esos furores la va á matar á su merced! El otro día se paseaba como loco por la cuadra (1) y apretando los pu-

(1) El salón.

ños decía:—¡No puedo vivir con ella, ni sin ella: es un demonio que me tiene desesperado; no tengo más remedio que matarla para sacármela de aquí, de las entrañas donde me devora como una víbora!—decía,—y se paseaba apretando los dientes como un tigre.

—¡Bien lo sé!—dijo la Pepa:—mil veces me lo ha dicho; y es capaz de hacerlo; pero ¿qué hacer?... Hazme dos trenzas, y adórnalas con las cintas celestes que están en aquella gaveta.

—¡Por Dios, niña! ¿cintas celestes?... El coronel ha mandado que su merced no se las ponga jamás, y su merced vió que el otro día prometió matarme «como á una rata», si yo se las volvía á poner.

—¡Esa es otra! No comprende este hombre que el celeste me viene bien, y sobre todo que es el color de mi preferencia por lo bien que viene con los trajes blancos del verano; y se le pone que es por injuriarlo, como si á mí me importara cosa alguna del color de las banderas para adornarme!

—Pero de lo que yo tengo miedo es de esta riña perpetua que puede acabar por un pistoletazo á causa del color tal ó cual, ó de otra pamplina, señorita.

—¡Yo no he de ceder á sus caprichos! Trae esas cintas y colócame los moños en las dos trenzas. Que me mate; así se acabará este infierno. El dice que me ama, pero me ama co-

mo un tigre, ó más bien dicho no me ama á mí como soy, sino á otra yo, que no soy yo, y que él quisiera hacer de otro modo que como soy... y se enfurece, y me odia al mismo tiempo que quiere atarme á él, como si yo pudiera hacerme lo que no soy, ¡lo que él quiere que sea sin que sea! ¡Bonita ley! eso quiere decir que no me ama á mí, y que quiere matarme porque no soy lo que no puedo ser... Esto no tiene remedio, Mariana... sino la muerte ó qué sé yo qué... Si me mata, que me mate... Lo que es yo no tengo intenciones ni ganas de matarme yo misma ó de darme por muerta... ¡Dios proveerá, y vamos viviendo, que el mundo es grande!—dijo ella al fin con una carcajada de risa oportuna y moderada...—Ponme las cintas celestes, que hoy no ha de venir M.... Está lejos y muy ocupado... Nadie ha de venir, porque la gente no está para visitas... y yo quiero tener el gusto de adornar con cintas celestes mi cabello y mi vestido blanco de batista...

—Va á parecer una novia, su merced.

—¿Y si M.... muriera como un bravo en la batalla, crees tú que no habría quien me quisiese?

—A millares, señorita... Bastantes celos tiene el coronel de...

—No me hables de esos disparates... A pesar de todo lo que él se imagine en sus locuras, nadie ha ocupado mi corazón... ni hombre

alguno me ha dado que pensar dos minutos... Bailo, me divierto, paseo, gozo de la sociedad, los hombres distinguidos me complacen y los acepto con gusto; pero precisamente, porque no tengo nada que reprocharme, es que tengo más energía para resistir á las locuras de M.... ¡Mira, Mariana! Yo soy de tal temple que si alguna vez hubiera tenido, ó tuviera una pasión que me alejara de mi marido, tendría por la mayor de las infamias el engañarlo, ó en hacer de la perfidia la ley de mi vida. Claro y pronto tomaría una situación digna, y sería toda entera, y por toda la vida del hombre á quien me ligara, de él sólo, y jamás de dos, porque no he nacido para tener asco y vergüenza de mi misma. Si M.... fuera menos brutal, me habría comprendido... Pero, le falta esto—dijo la Pepa, tocándose la sien—y me confunde con las mujeres miserables que no tienen valor ni virtud. A mí, puede faltarme la virtud, porque todo es de temer en la suerte que me ha cabido; pero el valor... el valor no me faltará jamás, para ser y mostrarme toda entera, sin bajezas, sin mentiras, sin perfidias, y sin cobardías... ¡Ah!... ¡Si yo hubiera nacido hombre!

—¡Dios nos libre, señorita, de que llegase ese caso!... El coronel comenzaría por matar al hombre que lo privase de su merced, y después la mataría á su merced misma, aunque tuviese que atravesar el infierno para llegar á los dos,

—¡Si llegara ese caso, no sería eso tan fácil! Es tal la idea que yo tengo del hombre que podría llenar mi corazón, que no sólo habría de ser bravo para defenderme, sino elevado y sublime para justificarme de las vulgaridades de las gentes.

—Ya sé, señorita, en quien piensa su merced —dijo la mucama dándola de sagaz y entendida.

—¡Sí: lo sabes tanto como yo!... ¡Cuando te digo que no conozco á nadie que pueda tomarse por el hombre que yo me imagino, te digo, con toda ingenuidad, y tomando por testigo á Dios, que es la pura verdad!... Déjate de tonterías... Así están bien los moños celestes; no me recojas las trenzas: déjalas caídas todo á lo largo: levántame estos encajes en el cuello, préndelos con ese moño celeste. Bien, así... Ponme las medias... y esos zapatos de raso blanco con pinos de plata... ¡No: esas medias no! las de seda caladas y con lentejuelas... ¡Esas!... Ahora el vestido.

Estaba Mariana poniéndole el vestido, cuando tocaron á la puerta y anunciaron que Tomasa y su madre tenían una grande aflicción y venían á implorar el favor de la *señorita*.

—Que entren aquí—dijo ella con mucho cariño y benevolencia.

XX

—Hazlas entrar, Mariana.

Mariana volvió al momento introduciendo á Tomasa y á su madre.

—¿Cómo está, Sinforosa? ¿Estás buena, Tomasa?... He quedado muy contenta de la ropa blanca que me has hecho: está muy bien bordada, y del filete nada hay que decir. ¿Qué andan ustedes haciendo? ¿No tienen zozobra del estado de las calles?

—¡Ah, señorita! venimos muy afligidas á buscar un consuelo en usted, misia Pepita.

—En todo lo que yo pueda, soy de ustedes: ya saben cuanto las estimo; y á la verdad que no es hacerles favor porque ustedes todo lo merecen por su virtud y su contracción al trabajo.

—Gracias, misia Pepita.

—Gracias, misia Pepita.

—¿Y qué hay? ¿qué es lo que las aflige?... Alguno de los muchachos...

—No, señorita, no: es algo muy terrible, y estamos con un grande cuidado...

—Pero veamos pues.

—Quisiéramos hablar solas con la señorita, porque es un secreto muy grave...

—¡Solas estamos! Mariana y yo somos una sola persona... ustedes la conocen, y son amigas.

—Es verdad, señorita. Así pues, diremos lo que nos trae á incomodar á la señorita.

Y tomando la voz Tomasa como más ladina refirió todo lo que les pasaba, y el conocimiento que el bando les había dado del peligro que corrían por un crimen ó falta que habían cometido con toda ignorancia de las consecuencias en que se veían envueltas.

—Han hecho ustedes muy bien de venir á verme á tiempo: y yo creo que todo lo puedo remediar. ¿De quién es hijo ese niño que les ha dejado á ustedes la Loca?

—No sabemos nada, señorita. Teresa se apareció con él en los brazos en nuestra casa. No quiso darnos informe ninguno, sino que era de la familia de los cóndores.

—¿Será hijo de esa desgraciada?

—Cuando nosotros le preguntamos si era hijo suyo, nos contestó con enojo visible que—«no era hijo suyo». Y parecía que decía la verdad, porque el tono que usaba era terminante, y lo decía con mucha seriedad; así es que aún

cuando vimos que estaba loca, se lo creímos. Y como se salió dejándonos el niño, ¿qué íbamos á hacer nosotras, señorita?... No lo habíamos de tirar; porque ni sabíamos que Teresa fuese espía. Ella nos dijo que cuidado con que no lo encontrase en casa cuando volviera á buscarlo. Ya ve usted, señorita... la compasión y todo nos hizo tomarle el niño y alimentarlo, porque venía en un estado miserable de hambre y de inmundicia; parecía que hubiera salido de un pantano.

—¿Y qué fisonomía, qué color tiene?

—¡Es precioso, señorita!... Blanco, rosado, y de pelo castaño. Tiene unas manos preciosas, y el pie muy fino. Casi no hay duda de que sus padres son decentes.

—¿Entonces la Loca lo habrá robado?... No puede ser de otro modo.

—¿Quién sabe, señorita?... Pero después del bando, nosotras hemos dicho: si vamos á declararle al prefecto todo esto, tenemos que confesar que hemos recibido ayer á Teresa, y estado con ella; y quien sabe que perjuicio se nos sigue; y hemos dicho:—lo mejor es ir á ver á misia Pepita ¡que es tan buena! y ella nos dirá lo que debemos hacer.

—Muy bien pensado, Tomasa; y muy bien hecho.

En el transcurso de esta conversación, la Pepita M.... había tenido tiempo de fijar sus ideas; y dijo:

—Mariana, ve que me pongan pronto la calesa.

Mariana salió con premura á dar la orden; y regresó al momento.

—Lo primero que hay que hacer es que yo me vaya con ustedes á su casa, y que me traiga al niño conmigo. Aquí estará seguro y salvo de todo.

—Señorita ¡por Dios!—dijo Mariana.—Su merced se olvida de lo que pasó en Concepción ahora tres años, poco más ó menos, y de que el coronel no ha dejado de cismar con aquel pobre don Ezequiel... Si viene y encuentra que su merced tiene un niño de esa edad...

—¿Y qué... por un absurdo como ese, imaginado por un loco violento, voy yo á negarme á salvar una criatura expuesta á todo?

—Pero ¿no sería mejor, señorita, que el niño se quedase con Tomasa?

—No, porque Tomasa no tiene cómo defenderlo, y á la menor tropelía, se lo arrancarán, quien sabe quién, ó la Loca misma.

—¡Así no más es, señorita!—dijo Tomasa.—Nosotros estamos temblando, de que algo se sepa, de que alguna vecina oiga llorar al niño, ó de que suceda cualquiera otra cosa que nos delate.

—¡Y tienes razón!—dijo la Pepa.—Después de todo ahora no son momentos para averiguar todo este misterio; y un niño de esas condicio-

nes no puede volvérsele á entregar á una loca andariega y vagabunda, como Teresa, sin exponerlo á perecer... Y ya que Dios no ha tenido á bien bendecirme dándome hijos, me bendecirá al menos cuando haga de madre para los que no la tienen.

—Señorita—dijeron de afuera,—está pronta la calesa.

—Muy bueno—dijo la Pepa:—lo primero es que yo me traiga el niño á casa. Vayan ustedes á esperarme en la suya para que me lo den.

—¿Iré yo con su merced?—dijo Mariana.

—¡No hay necesidad! lo traeré en mis faldas; y tendremos esta deliciosa novedad para pasar el tiempo. ¡Oh, ser madre!...

—¿Y si nos delatan á nosotros—dijo Tomasa;—y si nos viene algún trabajo?

—Es que luego que me traiga al niño (¡ya me parece que lo veo!) me voy á hablar con el señor presidente del reino; y sin darle razón ni conocimiento de nada, haré que me de un resguardo absoluto, y en toda regla, para que ninguna autoridad entre á casa de ustedes, ni las moleste ó toque en lo más mínimo. Además voy á mandarles al negrito Antonio, con su casaca de militar, para que ustedes me puedan dar por él cualquier aviso en caso de urgencia: y yo acudiré. No tengan cuidado de nada: duerman y coman tranquilas... Vayan ustedes de prisa, que yo voy ya en la calesa.

En efecto, un momento después llegaban casi juntas á la puerta de la casa las dos mujeres y la calesa de la señorita. Así que le presentaron al niño, ella exclamó: ¡Oh, qué bonito es! y lo llenó de besos cariñosos; mientras que la criatura, acostumbrada ya á andar en brazos extraños la miraba con una inocencia angelical, y le tomaba los vistosos moños celestes que brillaban sobre el traje blanco, con la espontaneidad y el anhelo propios de su edad.

—Bueno, muchachas: ¡me lo llevo! Quiera Dios que no parezca la madre... Oh no, por Dios... ¡Perdón, Dios mío, por estas palabras impensadas!... Pobre madre... Pero lo que es á la Loca yo no se lo entrego, mientras no recobre el juicio, ó lo reclame su familia... ¡Adiós! me lo llevo; y voy al instante á sacar el resguardo para ustedes. ¡Adiós!

En la calesa, la Pepa no se cansaba de mirar al niño y de halagarlo con todas las caricias imaginables: le hablaba, lo besaba; le ofrecía darle manjares, juguetes, y se conocía que iba encantada con el hallazgo que había hecho.

Al bajar en su casa, no pudo menos que exclamar:

—¡Qué dolor voy á tener si me lo quitan!... ¡Pero quién sabe! quizás, si los padres son pobres, quizás convengan en dejármelo... ¡Mariana! ¡Mariana!... ¡Aquí traigo al niño; mira que lindo! Tómalo y acomódalo: pasaremos la

noche haciéndole vestidos: Quédate con él, mientras yo voy á pedir el resguardo para esas pobres muchachas.

—¿Y así va su merced, señorita?

—Así: ¿qué tiene?

—¿Con adornos celestes?

—¡Y qué me importa!

—¡Ah, señorita! ¡se lo van á reparar todos!... y después un cuento, un chisme para el coronel... puede mirarlo como un ultraje.

—Que piense lo que le parezca. Yo me adorno como mejor me conviene, y con lo que más me asienta.

—¡Ninguna gracia le van á hacer esos adornos al señor presidente!

—¡Y es verdad!—dijo la Pepa reflexionando. —¡Tienes razón! Desde que voy á solicitar favor para otros, es preciso que no dé pretextos para que me los nieguen.

—¿Le pondré, señorita, las cintas aquellas de listones punzóes y amarillos con que hicimos las paces el mes pasado con el coronel?

—Esas ú otras—contestó ella desprendiéndose los colores celestes para tomar los de la bandera española, que, á la verdad le asentaban tan bien, y ponían en tanto realce su belleza con los otros. Y se dirigió en seguida al palacio presidencial.

Los centinelas del palacio, influídos por el estado de alarma y de profundas desconfianzas

en que estaba todo á su alrededor, quisieron detener á la *señorita* con las formalidades de cuartel y de plaza de guerra. Pero el oficial de guardia que la conocía particularmente, y que no tenía poco gusto en que la ocasión le permitiese rendirle banderas y homenaje, vino presuroso á la puerta de la calesa; le dió la mano para que bajase, sin poder privar que sus ojos se fijaran en el admirable pie, que al apoyarse en el estribo, puso de manifiesto todos sus encantos con algo más de su escultura. Una agraciada sonrisa fué la recompensa de esta galantería.

—Señorita, tengo el mayor gusto de ponerme á los pies de usted; ¿qué es lo que puedo hacer para complacerla?

—Ya que tengo la fortuna de encontrarme con un caballero tan galante, deseo que usted me dé su brazo, y que haga de modo que Su Excelencia el señor presidente del reino me reciba.

—¡Señorita... con el mayor placer!... ¡No todos los días puede uno contar con estas dichas!

—¿Por qué no?... Ya usted ve, que lo que es ahora, soy yo la que tengo que agradecer su fineza.

—¡Oh, señorita!... es simplemente mi deber.

—Y que, ¿cree usted que es poco mérito comprenderlo y llenarlo como usted lo hace?

—Ignoraba que lo hubiera en los acasos de la fortuna.

—¡Muy bien!... pero en todo caso, es usted quien se hace digno de ella, si es que el llevarme del brazo vale tanto para usted—dijo ella con una sonrisa de carácter dudoso que más bien parecía una ironía por su exceso.

Habían subido en esto la ancha escalinata del palacio compuesta de grandes piedras de granito. En la galería de entrada, había grupos de militares y de otras personas, entre las cuales, el oficial que llevaba á la Pepa distinguió al mayor Bernedo, ayudante de Su Excelencia; y acercándose á él, mientras todos saludaban y miraban á la dama con marcada atención, le dijo:

—Mayor Bernedo, madama M.... desea ser introducida; y volviéndose á la señora le hizo un saludo de la más rigurosa etiqueta y urbanidad.

—Pase usted á la antesala, señorita—le dijo el edecán conduciéndola de la mano; y acercándola á un rico canapé, la hizo sentar.—Voy en el momento á anunciar á usted.

Y apenas se había ella sentado y acomodado su traje angosto y pegado al cuerpo con un formidable rodeón de municiones aplastadas alrededor del extremo de la pollera, cuando el edecán Bernedo volvía del salón presidencial con la orden de hacerla entrar al momento.

XXI

El señor Marcó del Pont era un hombre de edad madura sin ser todavía un anciano. Acostumbrado á la alta sociedad, y á los modales galantes de la corte, era amigo de vestirse bien, aunque se había quedado con las modas y los modelos del tiempo de Carlos III. Pero, en aquel día, sus afeites andaban bien descuidados. No había dormido, y hacía dos días que la situación de su espíritu era harto angustiosa y agitada para que hubiese tenido tiempo y humor de ocuparse de sus atavíos. Además de que su fisonomía era muy vulgar, de que tenía ojos redondos y parados, con un pestañeo incómodo y desairado, estaba pálido, ojeroso y desencajado; la boca temblorosa y seca, como cuando crueles ansiedades y el miedo descomponen los jugos del paladar y del estómago. Sus movimientos y sus ademanes eran febriles pero atontados é inconscientes. Vestía (como tres días

antes) una lujosa casaca verde; sin cuello, á manera de chaleco, bordada de oro en todas las caídas, en los anchos faldones, en las solapas y en las faltriqueras. Seis ú ocho condecoraciones colgaban de su pecho cruzado por una rica banda de seda roja y amarilla. Calzón corto y bragueta de alzapón, con dos gruesas cadenas de oro, y grandes sellos, colgadas á cada lado hasta el muslo: medias de seda colorante, algo ajadas ya, y tomadas por las piernas del calzón con dos hebillas á oro y de brillantes, y zapatos de paño negro con otro par de valiosísimas hebillas de igual clase. Tenía en una mano el bastón puño de oro de que jamás se separaba desde que se bajaba de la cama: en la cabeza una peluca blanca con abultada trenza y moño negro á la espalda, y el tricorne ribeteado con finos galones de oro, en la mano izquierda, y en la derecha un pañuelo blanco con el que á cada momento se enjugaba los ojos y la boca.

Cuando madama M.... entró al salón, Marcó del Pont estaba parado junto á una mesa donde el padre Torres escribía bandos, proclamas, y notas que según él iban á salvar al reino de las garras de los argentinos. Al verla se adelantó á ella con su cortesanía habitual; y mientras ella saludaba en *círculo,* á estilo de corte, á todos los circunstantes, la tomó de la mano y la hizo sentar á su lado. El padre To-

rres que no perdía ocasión de hacer de su parte todo lo que veía hacer al presidente, se levantó también llevando la pluma en la mano, y vino á ofrecer sus agasajos á la dama.

—Cuánta dicha, señorita, de tan donosa visitante—dijo Marcó del Pont.

—Por sentado—dijo el fraile,—nos traerá usted algunas buenas nuevas de M....

—¡No, padre! Nada sé de él: ¿saben ustedes algo?

—¡Pero no esté usted inquieta, señorita Pepa! ¡Todo marcha bien! En este momento la cuesta y la hacienda de Chacabuco está ya guarnecida, y es impenetrable. Esos miserables vienen buscando su sepulcro... y la horca. El señor presidente saldrá hoy ó mañana á campaña; y puesto á la cabeza de nuestro ejército: *irá, verá y vencerá,* como dijo... *Pompeius magnus,* sin que yo haga otra cosa al citarlo que cambiar el tiempo; porque ha de saber usted que... *Pompeius magnus,* lo dijo de pasado, y yo lo arreglo de futuro.

—¡Ah, Reverencia!—dijo la dama con mucho donaire—¡no es chica la diferencia! Sí, Su Reverencia hace una profecía, y el otro hablaba de pasado ¿no es así?

—¡Así es! ¡así es!—dijo Marcó pestañeando, y enjugándose los ojos con el pañuelo...—Esta señorita tiene cosas admirables... Nunca se desmiente la hija de Andalucía... Este padre To-

rres arregla las cosas á su modo... y yo... pues... peso todas mis responsabilidades... y...

—¡Así será, señor presidente!—dijo el padre.

—¿Pero qué quiere Vuestra Excelencia? tengo plena confianza en un ejército mandado por el mariscal don Francisco Casimiro Marcó del Pont, gran cruz y gran cruz de todas las grandes órdenes del reino, en el que militan también un M...., un San Bruno.

La dama hizo un gesto de asco.

—Mire usted, señorita—continuó diciendo el padre Torres,—el señor presidente hace gran caso de la capacidad y de los servicios del mayor San Bruno.

—Así será, reverendo padre—dijo ella...—pero como el señor presidente ha sido tan bueno y cortés conmigo que me ha recibido al momento...

—Bueno fuera que no, madama M.... Usted es la joya de este reino, y yo un humilde servidor á sus pies en todo lo que pueda sin faltar al servicio y beneficio del rey nuestro amo.

—Yo le doy las más sinceras gracias á Vuestra Excelencia; porque deseando, como deseo, que se cumplan las profecías del reverendo padre Torres, cuyos sabios consejos hace Vuestra Excelencia muy bien de recoger...

—¡Gracias, señorita! ¡Oh! ¡gracias por esa justicia!... ¿Qué podrá usted pedir que no le sea debido?... pero déjeme usted concluir mi profecía, ella se realizará; y estoy cierto que el

señor presidente le va á pedir á usted la mano para el primer pas-pié ó para el primer rigodón que se baile en este salón, en festejo de la victoria.

—¡Oh, sí!... Eso colmará el júbilo del triunfo.

—¡Acordado, señor! con tal que M.... no vaya á tener celos de Vuestra Excelencia, porque es un turco... Y muy bien pudiera ser que los favores que Vuestra Excelencia me acuerda y su galantería exquisita movieran mi gratitud de tal manera, que M.... pues, creyera que las exigencias de tan gran señor, como Vuestra Excelencia, tienen su peligro.

—¡Oh! ¡qué encantadora! que festiva criatura.

—Es, señor, que yo vengo á pedir, y el que pide, debe ser humilde y respetuoso.

—No diga usted eso, señorita ¿qué es lo que usted pide?

—Señor, un resguardo de seguridad absoluta para unas pobres mujeres que dependen de mí, que están muy asustadas, y á quien yo tengo que proteger.

—¿Y son realistas?

—¡Dependiendo de mí, señor!

—Tiene usted razón. Escriba usted padre Torres, ese resguardo, absoluto, y sin limitación ninguna: ¿cómo se llaman, señorita? ¿No hay hombres?

Nadie más que ellas. Una anciana y cuatro

muchachas que son sus hijas: honradas y buenas todas á carta cabal. La anciana se llama doña Sinforosa Anadero y sus hijas...

—¡Basta! Se dará para doña Sinforosa Anadero y cuatro hijas jóvenes ¿no es así?

—¡Perfecto, señor presidente!

Luego que el resguardo estuvo escrito fué sellado con el sello presidencial, refrendado, apostillado en toda forma, y entregado original á la dama, que se retiró muy complacida, y cortejada hasta la antesala por los personajes que estaban en el salón.

XXII

El triunfo de la Guardia tenía un valor relativo de bastante consideración; porque, si bien no era decisivo para el éxito definitivo de la campaña, por lo menos, le abría al coronel Las Heras el valle de Santa Rosa, permitiéndole flanquear la derecha del enemigo, mientras la vanguardia bajo las órdenes del general Soler bajaba amenazándole de frente, y triunfaba también en el puesto de Las Achupallas. Para desembarazarse de esta peligrosísima situación, los realistas no tenían más recurso que retroceder hasta la cuesta de Chacabuco, único punto en donde podían concentrarse, y asegurar sus flancos, para contener al ejército invasor. Pero esta retirada forzosa los obligaba á hacer abandono de todo el valle de Putaendo, entrada capital de la rica provincia de Aconcagua, donde los argentinos podían montar su artillería, proveerse de magníficos caballos y encontrar toda cla-

se de recursos con la adhesión y con la cooperación de todos los habitantes, que estaban decididos, como era natural, por la causa de la independencia contra el yugo colonial.

El coronel Las Heras, jefe de la división invasora de la izquierda, ocupó pues sólidamente el reducto de la Guardia con una fuerza avanzada y estableció su campamento en las faldas occidentales del Paramillo, pronto á bajar las cordilleras por allí, cuando el general Soler se hubiese hecho sentir sobre el valle de Putaendo. Al saber que á su derecha nuestras tropas habían sorprendido y triunfado también en Achupallas, Las Heras se movió hacia abajo y ocupó el pueblo de Santa Rosa con cerca de mil hombres, al mismo tiempo que Soler, seguido del general San Martín con todo el Estado Mayor General, ocupaba el valle de Putaendo, montaba la artillería, dotaba de acémilas el parque, y adelantaba al comandante don Mariano N.... con dos escuadrones de granaderos á caballo hasta las Coimas, donde este bravo oficial destrozaba literalmente al coronel realista Atero, poniendo toda la provincia de Aconcagua bajo el dominio de nuestro ejército.

El 9 de febrero, las tres divisiones que formaron el cuerpo de batalla de la invasión, se incorporaron bajo las órdenes del general en jefe en San Felipe de Aconcagua. San Martín supo allí, como ya lo había previsto, que los enemigos

se proponían hacerle frente en la cuesta de Chacabuco.

Bien informado de la topografía del lugar, dispuso su ejército en dos cuerpos, prontos á tomar diversa dirección en el momento oportuno para atacar de frente y flanco las posiciones en que el enemigo se había fortificado. El coronel Las Heras con toda la división que había traído por la izquierda, pasó á ponerse bajo las órdenes del general Soler, que estaba destinado á operar por los cerros de la derecha sobre la izquierda de los realistas; el resto de las tropas, formó otro cuerpo á las órdenes del general O'Higgins, que debía embestir la cuesta por el frente siguiendo el camino real que va á Santiago. El general en jefe con su Estado Mayor y una reserva marchaba en seguida para atender á que estos movimientos se ejecutaran con la debida oportunidad.

En esta disposición, aunque sin efectuar todavía estas operaciones, el ejército argentino, pronto á la batalla, con las municiones repartidas y sin mochilas, vino en la noche del 11 de febrero de 1817, á acampar al pie de la cuesta de Chacabuco, cuya cumbre estaba ya acordonada por el famoso batallón de *Talaveras* y otros cuerpos realistas, habiendo quedado el coronel Maroto con el cuerpo principal de su ejército, en el caserío de la hacienda de Chacabuco, que ocupaba la garganta de salida al otro lado de la

cuesta, pronto para apoyar la vanguardia situada arriba. Un juicioso y correcto historiador, dice: «las tropas que componían el ejército realista, eran sin duda lo mejor que había entonces en Chile, y los jefes que las mandaban, poseían bastante tino y arrojo para batirse con acierto y valor».

Los cuerpos argentinos acamparon al pie de la vista de los enemigos, y se les había prohibido encender fuego y fumar. Lo único que llevaban, además de sus armas, era una pequeña cantimplora, con una dosis moderada de aguardiente, y una buena dosis de *peumos* cocidos de que se les había provisto en San Felipe, y que son como se sabe, un alimento apetitoso y suculento (1).

Al tomar cada cuerpo la posición que le correspondía para emprender las operaciones de la próxima jornada, el coronel Las Heras adelantó hacia la derecha, por orden del general Soler algunas avanzadas; y en una de ellas compuesta de quince hombres de la compañía de granaderos, y de otros quince de la de cazadores, al mando del teniente Dehesa, adelantada como hemos dicho á una de las gargantas de la derecha, estaba el sargento Ontiveros platicando en voz baja con sus compañeros en rueda, cuan-

(1) El peumo es la almendra que produce una especie de pino muy estimada y muy cultivada en Chile.

do á eso de las diez de la noche se levantan todos desaforados y toman las armas en tumulto, sin que el centinela que ocupaba una pequeña eminencia hacia adelante hubiera dado la menor voz de alarma.

Un bulto extraño estaba por delante de ellos, silencioso y tranquilo como si fuera una esfinge de piedra.

—¡Ontiveros, tu Loca!—gritó el cabo que era el que primero se había lanzado sobre aquel ente que los había sorprendido.

—¡La Loca!... ¡La Loca!—siguieron gritando los demás sin poder contenerse ni recordar en el primer momento las órdenes estrictas de silencio que se les había dado.

El teniente Dehesa levantó su reserva y vino á paso de trote al lugar del alboroto, y aunque encontró ya á la avanzada repuesta, y riéndose de la aventura, no se sorprendió poco de que la Loca hubiese podido burlar las precauciones tan cuidadosas que se habían tomado para colocar centinelas y resguardar el recinto que se le había encomendado. Un momento después venía también un ayudante del coronel á inquirir lo que había pasado; y poco después, el mismo coronel Las Heras se presentaba allí para informarse; y tenía motivo de admirar tan raro incidente, no pudiendo negarse á aceptar las explicaciones que Dehesa le daba en descargo de sus responsabilidades. Dehesa había hecho formar

la avanzada, y la Loca, sin preocuparse de nada, se había sentado al pie del sargento Ontiveros, como si no comprendiese todo lo que pasaba á su alrededor.

—¡Veamos, muchacha! ven acá—le dijo el coronel Las Heras.

Más como ella no se moviera,

—Acércate te digo.

Ella no hizo movimiento alguno para obedecer.

—¡Qué demonios!—dijo el coronel:—esta loca tiene el diablo en el cuerpo. Acércate te mando, ó de no...

Ontiveros, contenido por la disciplina permanecía mudo é inmóvil y mirando á su frente, aunque en el fondo estaba bastante inquieto de ver la autoridad suprema de su coronel comprometida delante de los soldados por la inobediencia de la Loca.

—Señor coronel—le dijo entonces el teniente Dehesa—si no la levanta Ontiveros, me dice este cabo que la matarán antes que moverse. ¿Me permite Vuestra Señoría ordenar?

—Ordene usted.

—Sargento: levante usted á esa mujer y acérquela al coronel.

Ontiveros la tomó por el brazo diciéndole:

—¡Venga, niña!—y algo avergonzado de las sonrisas burlonas de los demás soldados. Ella se dejó levantar y acercar al coronel.

—Pregúntele usted, sargento, por donde ha pasado hasta aquí.

Ontiveros obedeció; y ella señaló hacia atrás del lugar en que estaba la avanzada; lo que impresionó mucho al coronel porque comprendió que no estaban bien colocados.

—¿De dónde viene?—Ontiveros repitió la pregunta.

—De ver á los lagartos—le contestó ella señalando la cumbre.

—¿Los lagartos?... ¿Qué dice esta mujer?

—Señala, señor, á la cumbre.

—Dígame, niña... ¿y los Sambrunos?—le preguntó Ontiveros recordando que ella daba este nombre á los soldados realistas tomados en la Guardia.

—¡Allá! ¡con los lagartos!—dijo ella señalando siempre la cumbre... Ya les he quitado el hijo de los cóndores.

—Pregúntele, sargento, si por el camino que ella ha traído se puede ir á matar á los lagartos.

—¡Venid conmigo!—le contestó ella á Ontiveros.—Vamos por acá—le dijo señalando siempre hacia atrás con inclinación al lado derecho, —y yo te voy á mostrar los lagartos de arriba (señalando á la cumbre) y los otros que están abajo—dijo señalando con la mano lo que daba al otro lado de la cumbre.

—¡Ah!—dijo Las Heras:—por lo visto forman dos divisiones. Habrán acordonado la cues-

ta con una fuerte vanguardia, y tendrán las demás fuerzas en la garganta donde están las casas y los corrales de la Hacienda. ¡Es claro!... ¡así debe ser!

—Di, muchacha, ¿dónde están los Talaveras?

No fué necesario que Ontiveros interviniese: los ojos se le pusieron enfurecidos á la Loca pero no salió de su aplomo, y con una voz ronca, siniestra:

—¡Los lagartos y San Bruno, allá arriba!— dijo señalando la altura de la cuesta.

—Teniente Dehesa, conserve bien segura aquí á la muchacha; y dando vuelta á su caballo, el coronel se dirigió á la tienda del general Soler.

A poco rato vino el sargento mayor del 11, don Enrique Martínez con cincuenta cazadores, encargado de reconocer bien el camino por donde la Loca había penetrado al campamento sin ser sentida; y para obligarla á que lo enseñase, fué necesario encomendar á Ontiveros el mando de la partida exploradora y el cuidado de hacer andar á la Loca, que, en efecto, se puso á su lado y marchó sin vacilar, retrogradando hasta un cauce seco pero muy encerrado y angosto, que las aguas del invierno se habían abierto entre dos serranías subalternas, y que apenas dejaba lugar para dos hombres de frente bastante oprimidos. La Loca siguió esa senda por el espacio de diez minutos: de allí ascendió á las pendientes de un cerro que quedaba á su izquier-

da, para tomar hacia la cuesta de Chacabuco; y haciendo un camino circular sobre un meseta, bajó por la derecha al fondo de una quebrada; y subiendo después otra pendiente, colocó á la partida exploradora en otra altura, desde la cual se distinguía como á cinco cuadras el bulto de la cuesta.

Las asperezas y fragosidades de los otros caminos, quedaban todas á la izquierda de la partida exploradora, y perfectamente evitadas por allí, pues desde aquella meseta la cuesta podía ser flanqueada por la izquierda, á la vez que atacada de frente por el camino real.

En este momento, la luna se mostraba á lo largo de las cordilleras orientales, iluminando horizontalmente la cuesta; de modo que Martínez, acercándose tanto cuanto la prudencia lo permitía, pudo inspeccionar bien los accidentes del lugar, y convencerse de que por allí podía atacarse el flanco de la posición enemiga sin ningún obstáculo serio. Con esto, regresó al campamento, y dió cuenta de las ventajas que había encontrado y de las facilidades que ofrecía la nueva senda que acababa de practicar.

Impuesto de todo el general Soler, y siendo ya muy cerca de las 12 de la noche, que era la hora que se había señalado para moverse por la derecha á fin de flanquear la izquierda del enemigo que acordonaba la cuesta, encomendó la vanguardia de su división al coronel Las Heras

y emprendió la marcha por el cauce estrecho de que hemos hablado, siguiendo exactamente el camino que acababa de explorarse.

Al amanecer, la división del general Soler se presentó á la izquierda de la cuesta de Chacabuco sin grandes dificultades para caer de flanco sobre la vanguardia enemiga cortándole la bajada al caserío de la Hacienda, que era donde el general Maroto había colocado el punto fuerte de la resistencia; y al mismo tiempo, la otra división argentina al mando del general O'Higgins que se había movido dos horas después, ascendía de frente, tocando las músicas el Himno Nacional argentino, y arrollaba así con su masa, todas las guerrillas, que mandadas por los coroneles realistas Eleorraga, Marquelli, Calvo y mayor San Bruno, se habían desprendido á contenerla. Al replegarse estos jefes á la cuesta delante de las fuerzas que los empujaban, encontraron toda su línea en confusión, y una gran parte de los *talaveras* y demás tropas que la guarnecían huyendo en desorden hacia abajo por el otro lado para ganar el caserío de la Hacienda. Era que la división flanqueadora del general Soler marchaba ya sobre el flanco izquierdo de la cuesta haciéndose imposible allí toda resistencia, á términos que Maroto no tuvo tiempo siquiera de mandar los refuerzos necesarios para que se sostuviesen.

O'Higgins tomó la cuesta, pero quedaba in-

tacta todavía la posición que el enemigo había ocupado con toda habilidad en el caserío de la Hacienda.

El camino de la bajada estaba ocupado ya por la división de O'Higgins, de manera que para el general Soler no era oportuno meterse también en él, inutilizando sus fuerzas en una sola masa de frente; y le mandó aviso al general San Martín, de que iba á continuar su movimiento primero para caer de flanco sobre la Hacienda, al mismo tiempo que el general en jefe le ordenaba también que lo hiciera así, y que le daba órdenes al general O'Higgins de que no se lanzara al ataque decisivo sobre el general Maroto, hasta que Soler estuviese sobre su flanco.

Soler tuvo que volver á tomar á su derecha con toda precipitación; y para no alejarse demasiado del campo de batalla se aprovechó de las primeras indicaciones del terreno para inclinarse á la izquierda y aproximarse á la Hacienda por ese lado.

Pero con asombro general divisaron á la Loca de pie como un fantasma sobre la cuesta de un cerrito que quedaba como á tres cuadras más á la derecha. El coronel Las Heras, se lo hizo notar al general Soler.

—Pero el vaqueano me dice que se puede pasar por aquí.

—Dije que «tal vez» señor general; porque Vuestra Excelencia me ha apurado por lo más pronto.

—¡C...! ¡Lo más pronto no es por donde no se pueda, so animal!

La Loca estaba inmóvil y sola, á la vista de la división.

Y al mismo tiempo, el sargento mayor Martínez mandaba aviso que tenía por delante una quebrada profunda por donde no podía atravesar la artillería ni la caballería.

El coronel Las Heras picó su caballo exponiéndose mucho por los pedregales de la serranía; vió por sus ojos que la dificultad era grande y con su informe la división tomó de nuevo á la derecha siguiendo al rumbo en que la Loca se mantenía de pie é inmóvil.

Pero cuando ella notó la variación del movimiento, comenzó á correr hacia abajo, deteniéndose en los puntos donde podía ser vista, y corriendo otra vez desde que conocía que la habían visto. Con esa precipitación ella y la columna, entraron en una quebrada, que los llevó á una pequeña meseta, inmediata á la Hacienda, cuando parecía ya, por el fuego y el cañoneo, que la batalla estaba en lo vivo.

¡Si hubieran tardado un cuarto de hora más estaba perdida!

XXIII

Al oir el nutrido tiroteo, las descargas, y el fuego de la artillería que tenía lugar sobre su izquierda, el general Soler veía con una profunda ansiedad, que la batalla se había comprometido á destiempo: y que todo el éxito dependía de que él pudiera llegar cuanto antes sobre el flanco enemigo; así es que puesto á la cabeza de la columna, no cesaba de repetir sus voces—*¡Al fuego, muchachos, al fuego!*—avanzando al trote de su caballo seguido de los batallones que á toda prisa corrían también en la misma dirección por entre barrancos y precipicios.

Lo que había sucedido era que el general O'Higgins, bravo pero irreflexivo había creído inútil atenerse á las órdenes terminantes que le había dado el general San Martín, para dar tiempo al movimiento capital de la columna del general Soler.

O'Higgins, luego que se había visto dueño de

la cuesta, y que había arrollado las fuerzas enemigas obligándolas á desalojar la altura, no comprendió que este resultado era hijo de la marcha hábil y eficaz ejecutada en el flanco derecho por la columna del general Soler. Exaltado por el tiroteo, por el ataque y por el empuje que llevaba su columna, no vió más sino lo que él había hecho, olvidando á los demás que, aunque no habían entrado al encuentro, habían operado de modo á hacer imposible la resistencia. Infatuado pues por el primer triunfo, alborotada su sangre irlandesa con las emociones del combate y desprovisto de dotes militares para un mando superior, creyó que lo más hábil y conveniente era—«no dar tiempo al enemigo para *rehacerse*»—sin reflexionar que el enemigo ocupaba una posición sólida en la que estaba *hecho* y fuerte; y que las fuerzas que él había arrollado, habían entrado á esa posición donde quedaban en aptitud ya de recibirlo.

Sin ver nada de eso había lanzado su columna pendiente abajo para atacar la Hacienda de Chacabuco: y había tenido la temeridad de llevar á la bayoneta sobre la línea enemiga los dos batallones 7 y 8 mandados por Crámer y Conde. Recibidos por los fuegos de la artillería, y por la infantería abrigada en la posición, estos batallones fueron rechazados; pero cayeron los dos jefes enemigos Elorreaga y Marquelli, cuya falta era una catástrofe irreparable para los realis-

tas. El rechazo de nuestra primera columna se había agravado con la imposibilidad que el terreno le opuso al coronel Zapiola para operar con los granaderos á caballo.

El general en jefe se había apercibido desde la reserva del mal estado de la acción. El peligro de perderla era supremo. San Martín no distinguía ni veía la columna de Soler, y lleno de zozobra se arrojaba al campo de batalla con la reserva, creyendo que apenas le sería posible retirar sus fuerzas de la posición insostenible en que el general chileno las había comprometido.

En ese momento el general Soler llegaba á la meseta que dominaba el flanco izquierdo de la posición enemiga, y que Maroto había creído imposible de ser ocupada por la falta de camino para llegar á ella.

Una sola ojeada le bastó al general Soler para hacerse cargo de lo crítico del momento; é indignado de que el general O'Higgins hubiese procedido sin tenerlo en consideración trató de reparar la falta cometida.

Llevaba la cabeza de la columna el batallón de cazadores á las órdenes de Alvarado, y en el momento el capitán de la primera compañía don Lucio Salvadores recibió orden de descolgarse sobre el flanco de los realistas, siguiéndolo por allí las demás fuerzas de infantería, al mismo tiempo que por debajo de la pendiente, entraba en acción, sobre el mismo flanco, el coronel don

Mariano N....—el Murat argentino—á la cabeza de sus granaderos á caballo.

La Loca, de pie sobre la meseta que dominaba el campo de batalla parecía ver todo aquello con la impasibilidad de las masas de granito en que pisaba.

La acción tomó en el instante otro carácter. El enemigo abrió su flanco derecho por la turbación que sufría su línea en el izquierdo. El coronel Zapiola pudo penetrar entonces con otros tres escuadrones de granaderos á caballo: acuchilló la caballería realista y ocupó la retaguardia de la Hacienda, al mismo tiempo que la columna de O'Higgins, bajo las órdenes ahora del general San Martín, y reforzada por la reserva, acometía otra vez de frente llevándoselo todo por delante.

La persecución fué tan tenaz que no quedó absolutamente cuerpo ninguno de las fuerzas del general Maroto que no fuese deshecho del todo, ó prisionero; y de todas ellas no pudo rehacerse ni una compañía siquiera que pudiera incorporarse organizada á las fuerzas que venían del sur á toda prisa para defender la capital.

Decidida y terminada la batalla á eso de la una del día, el general San Martín, sentado en un tosco madero á la sombra de una frondosa y soberbia *patagua,* descansaba de la fatiga y conversaba con Arcos, con Alvarez Condarco, sus edecanes y otros muchos oficiales que lo rodea-

ban; cuando el comandante Melián, el oficial más tunante y más bondadoso del ejército, uno de aquellos que viven con el día, del amor y de la guerra, y que gozan, como de cosa conquistada por derecho propio, del cariño de sus compañeros y de la condescendencia absoluta de los jefes para hacer de todo una gracia, salió alegre de lo interior de la hacienda, con un barrilito pequeño cargado al hombro; y gritando:

—¡Jerez, mi general!... ¡Jerez!... ¡Vea que hallazgo!

—¡Cuidado, Pepe!... ¡No lo revuelvas!—dijo el general con sumo interés.—¡Qué ganga!... ¡Lorenzo! ven acá, espicha este barril con mucho cuidado y ponle una canilla.

—¡No, general!—dijo Melián. No hay espiche á mano, ni canilla; y como yo no se lo regalo todo á Vuestra Excelencia sino me reservo una botella, lo mejor es que cada uno prepare su jarro, y que le metamos un barreno cualquiera hasta vaciarlo. Don Matías (1), me da orden de incorporarme al instante al escuadrón y de marchar á seguir la persecución. Si Vuestra Excelencia se tarda mucho me quedo sin mi parte.

—¡Bien! ¡Lorenzo; pronto una barrena!

—Y una botella—agregó Melián.

Obedeciendo la orden, Lorenzo, que era un mulato diligente, y acostumbrado al servicio per-

(1) Zapiola.

sonal de su general, vino al minuto con el barreno, colocó debidamente el barril y le abrió un agujero.

Melián llenó la botella, se la dió al asistente y montó á caballo.

—¡Pepe!—le dijo San Martín, haz que me llamen á don Bernardo (1), á Soler y á Las Heras.

—¡Ahora mismo!—contestó Melián—y partió á galope.

El general quería saborear con ellos el *jerez* que le había regalado Melián (2).

Al recibirlos con la jovialidad que le era habitual en estos casos, para celebrar la felicidad del día con una buena copa del rico vino cuyo barril tenía por delante, notó con sumo disgusto que algo muy grave pasaba entre los generales Soler y O'Higgins. El primero traía el rostro visiblemente enfadado y siniestro. Dió la mano á todos los compañeros que se apresuraron á felicitarlo por su oportuna aparición en el campo de batalla, menos á O'Higgins, marcando bien la voluntad que tenía de ofenderlo con este desaire.

O'Higgins lo notó también y tomó un aire arrogante, produciéndose con esto un incidente

---

(1) O'Higgins.

(2) Histórico, según conversaciones posteriores del autor con el general Las Heras.

que aunque mudo y contenido, perturbó visiblemente la cordialidad de la reunión.

San Martín hizo distribuir los cántaros que más á mano había para tomar el vino, y poniéndose de pie, dijo:

—¡Señores! ¡A los guerreros del frente y de la derecha!

Y sin dar tiempo á más, con aquella sagacidad y viveza de percepción con que sabía obrar en los momentos difíciles, agregó tomando el tono del mando oficial:

—General Soler: tome Vuestra Señoría el mando de la vanguardia con toda su división, incorporándose á ella, los cuatro escuadrones de granaderos á caballo; y ordene Vuestra Señoría que la persecución no pase del portezuelo de Colina; porque es muy probable que las fuerzas enemigas que quedaban al sur, estén concentrándose en Santiago, para presentarnos otra batalla (1).

—¿Otra batalla, señor general?—dijo O'Higgins con su arrogancia natural, y con la idea que ya tenía de que iba á ocupar el poder en pocos momentos más, como que era ya el personaje más preeminente y benemérito de Chile.

—Es natural, general O'Higgins: abandonarnos la capital, quedándoles todavía intactas las fuerzas que tenían al sur, los tres escuadrones

---

(1) Histórico, según los mismos informes.

de Barañao, los batallones de Chiloe y de Chillán, el de la Palma y quince cañones que pueden mover con 300 artilleros, me parece que sería el colmo de la imbecilidad. Tienen que aventurar otra batalla, porque si se retiraran, tendrían que replegarse á Concepción; y todo quedaría perdido para ellos, pues tendríamos el país entero con nosotros.

—Yo digo, general, que Vuestra Excelencia no los conoce...

Los jefes que oían este diálogo se afectaron más al oir esta observación impertinente del general O'Higgins. Soler levantó la cabeza haciendo un gesto provocativo.

—Creo, señor general—agregó O'Higgins,—que estamos hablando entre amigos ¿no es cierto?

—¡Por supuesto!—contestó San Martín dando una forma llana y fácil á sus palabras.

—Pues en ese caso me permito insistir en que no hemos de tener otra batalla... Si Vuestra Excelencia quiere me comprometo á marchar sobre Santiago, y ocuparlo mañana al amanecer.

—Puesto que la conversación es amistosa, señor general—dijo Soler,—permítame decirle que opino como Vuestra Excelencia; que si Vuestra Excelencia me retira el honroso puesto de dirigir la vanguardia para encargárselo al señor general O'Higgins, que lo desea, cuide mucho Vuestra Excelencia de que una fuerte división pueda

operar de flanco en el momento oportuno, bien apercibido de lo que puede ocurrir en esta noche.

—¡Señor general Soler!—dijo O'Higgins.—Explique Vuestra Excelencia si esas palabras tienen doble sentido.

—Tienen, señor general O'Higgins, el que Vuestra Señoría les ha dado.

—¡Señor general!—dijo San Martín incorporándose y tomando el tono de mando. ¡Acaba de recibir Vuestra Señoría una orden perentoria y urgente! Marche Vuestra Señoría á cumplirla que los momentos son preciosos, y ya que Vuestra Señoría sabe lo que preveo, obre Vuestra Señoría del modo conveniente para que el enemigo no lo encuentre desprevenido.

Soler era entonces un hombre de treinta años á lo más. Era el oficial más alto y más arrogante del ejército argentino. Derecho y esbelto como un álamo. Militar consumado en su andar, en la severidad de su gesto, y en la cortesía reservada de sus modales. Pasaba por el más entendido de los jefes de división que tenía entonces nuestro ejército, y en la reciente campaña había desempeñado la importante parte que le había encargado el general en jefe con una habilidad notoria y con una competencia de primera clase.

El rompimiento del general Soler con el general O'Higgins, la intransigente soberbia de su carácter, y la idea que el primero se había for-

mado de la poca capacidad militar del segundo, iban á ser causa de su separación del ejército de los Andes desde que este general O'Higgins ocupase en Chile el puesto supremo que le estaba destinado por los propósitos políticos y necesarios del general San Martín (1).

La escena anterior dejó muy preocupado al general San Martín, y aunque procuraba disimularlo todos estaban también más ó menos afectados del sinsabor que estos incidentes ocasionan.

—¡ Las Heras!—dijo el general sentándose de nuevo debajo de la patagua.—Téngame al corriente de lo que pasa entre O'Higgins y Soler: y trate de aquietarlo por ahora, hasta que entremos en Santiago.

—¿ Hablamos como amigos, ó como de general á subalterno?

—Completamente como amigos.

—¡ Entonces, no me encargo de eso, general!... yo no tengo ninguna intimidad con el señor general Soler: ni nos tocamos ni quiero tocarme con él sino en cosas de servicio.

—¿ Qué demonio—dijo el general San Martín

---

(1) Al mismo tiempo que el general San Martín preveía una nueva batalla, Barañao, de parte de los realistas, insistía en darla, y en caer esa misma noche sobre el ejército argentino. Lo que no tuvo lugar porque se creyó que este ejército estaría prevenido, y que la operación era aventurada. Barañao, que era entonces el jefe más importante del ejército realista, era porteño y oriundo del pueblo de las *Conchas*.

echando á otra parte su enfado,—anda haciendo esa mujer?

—Anda mirando, señor, á todos los prisioneros y registrando á los muertos y heridos enemigos... Andará buscando algún hermano, ó á su marido...

—Arrójenla del campamento. Alvarez Condarco, vaya usted á ver si es espía, y remítala presa á la retaguardia.

Las Heras, que conversaba con Arcos, no dió atención por el momento á este incidente; pero cuando Alvarez Condarco regresó al grupo diciendo que era loca al parecer, que pretendía que era de la familia de los cóndores, y que buscaba un gran lagarto, le dijo al general:

—¡Esa es una mujer rara, señor general!... Parece que se ha enamorado de un sargento de mi batallón; y desde la Guardia viene haciéndonos grandes servicios como guía. Hoy mismo, fué ella quien nos dirigió por el mejor rumbo para caer sobre la Hacienda.

—¿Pero qué anda haciendo con los muertos?... Andará buscando si el sargento está vivo ó muerto.

—No debe ser así, señor—dijo otro edecán,—porque lo que busca es un enemigo; y ahora mismo repare Vuestra Excelencia que recorre aquella hilera de prisioneros que pasa á retaguardia.

—Vaya á traerla.

Cuando la Loca llegó á la presencia del general, traída y tomada por los brazos, aunque sin hacer resistencia, tenía en la cabeza ocho ó diez plumas de cóndor atadas de sien á sien por una tira de trapo.

—¿Qué buscas, muchacha?

—¡Al lagarto!—le contestó ella, sacándose una ó dos plumas, y adelantándose á San Martín con todo desembarazo, se puso á colocarle dos plumas en los dobleces del sombrero de hule del general.

Como éste la dejó hacer, ella manifestó en su mirada y en su rostro la más íntima satisfacción.

—¿Cómo se llama el lagarto?

—¡San Bruno!—dijo ella.

San Martín saltó de su asiento, como levantado por un resorte.

—¿Dónde está ese infame?—exclamó el general con el gesto y con el ademán del enojo más terrible.

—Yo te lo voy á traer, y te lo voy á poner en tus uñas, cóndor viejo.

—¡Esta mujer es preciosa! Alvarez Condarco, que la lleven al campo de los prisioneros, y que se los muestren todos para que vea si está San Bruno, y que un oficial con diez soldados registre el campo de batalla para ver si está entre los muertos ó los heridos.

—¡No quiero!—dijo ella...—Yo te lo voy á traer.

13

—¡Mi general!—dijo Las Heras.—Es loca; pero ella sabe lo que hace y lo que quiere. Conmigo ha hecho lo mismo... pero dejándola de su cuenta y libre se porta admirablemente.

Entre tanto, la Loca se alejaba ya del grupo sin hacer caso de nadie; y con un paso natural tomaba otra vez el camino de los cerros, como si no quisiese seguir la dirección de las tropas vencedoras.

XXIV

En la tarde del 12 de febrero, que tan glorioso había sido para el ejército argentino, el general Soler llegaba al portezuelo de Colina. Establecido allí sólidamente con toda la vanguardia, hacía replegar á las líneas al coronel N.... que había llevado una tenaz persecución, hasta dos leguas más adelante.

Esta persecución había sido terrible para los vencidos. Porque, como recordará el lector, la caballería argentina, al mando de Zapiola por la izquierda, y de N.... por la derecha, había penetrado hasta tomar posesión de la retaguardia realista, al mismo tiempo que Soler doblaba el flanco izquierdo del enemigo, y que O'Higgins, favorecido por estos movimientos, rehacía sus columnas y lo arrollaba por el frente. Con esto los enemigos habían perdido su formación y se habían declarado en una derrota espantosa. Pero al huir hacia la ciudad, en el más completo

desorden y confusión, habían encontrado que los granaderos á caballo les cerraban el paso; y como les faltara ya la disciplina, al marchar así revueltos en grandes grupos, tuvieron la imprudencia de hacer fuego, para abrirse camino; de modo que los granaderos á caballo, lanzados á fondo, los sablearon por más de cuatro leguas en los callejones de la vía, dejando detrás de sí, una enorme cantidad de enemigos muertos, heridos y prisioneros, sin que alcanzaran á salvarse sino algunos pocos fugitivos, que, trepándose á los cerros, ó escondiéndose en las asperezas, lograron sustraerse por el momento al sable de los vencedores, pero no salvarse de caer en sus manos hora más ú hora menos.

Serían ya como las seis de la tarde, cuando el general Soler le avisó al general San Martín, que quedaban en posición de contener cualquiera tentativa que el enemigo pretendiese hacer en la noche, para tomar desquite de la derrota que acababa de sufrir; y que, habiendo sido estudiada la topografía del lugar, por los ingenieros Arcos y Alvarez Condarco, estaba ya señalado el campo en que todo el ejército debía venir á acampar, para estar reconcentrado y prevenido á todo evento.

El general San Martín se adelantó entonces con el Estado Mayor hasta la vanguardia; y después de unas cuantas horas dadas á la reorganización de los cuerpos, al refrigerio de la

tropa y al descanso, el ejército se puso en marcha en aquella dirección entrada ya la noche.

Detrás de las últimas columnas de la retaguardia cabalgaban con negligencia, lado á lado, dos hombres seguidos de un piquete de soldados que arrastraban un cañón de montaña.

El uno era un jovencito de diez y siete años, escribiente por el momento de la secretaría del general en jefe, que por primera vez en su vida atravesaba un campo de batalla.

El otro era un hombre como de treinta años: figura grotesca y aire siniestro; que parecía encantado con el horrible espectáculo que se desenvolvía á su vista; y que había tomado una parte viva en la carnicería de la jornada.

Algunos grupos de campesinos silenciosos, provistos de faroles y de angarillas de cañas hechas á la ligera, recogían heridos en aquel campo de muerte y los transportaban á las casas de la Hacienda. Los que dirigían aquel piadoso trabajo, les gritaban de cuando en cuando:

—¡«Carguen primero á los patriotas!» «A los godos después.»

—*¡Zeñor* por *Dioz!...* ¡Un *vazito* de agua! que perezco de *zed!...*—exclamaba un infeliz que yacía por allí.

Al oirlo, dos ó tres campesinos procuraron acercarse á él para auxiliarlo. Pero el hombre que cabalgaba con el joven, les gritó:

—¡Eh, bestias! ¿no están oyendo que dice

zeta? ¡A los patriotas primero!—dijo entrometiéndose en lo que no le incumbía.

—¡Mal rayo te parta!... y el alma y el cuerpo se te pudra, hijo de una tal por cual!—exclamó el herido.

—¡Antes te vas á podrir tú, raza de moros!—le contestó el jinete, riéndose complacido de aquella desgracia.

De todos los lados del estrecho camino se oían salir ayes lastimeros.

—¡Ay, por Dios! ¡socórranme presto!—decía el uno con una voz moribunda.

—¡Por los clavos del Señor! ¡mizericordia, mizericordia!... ¡tengo traspazado el pecho!... Me ahoga la zangre—gritaba otro.

Y los horribles lamentos daban un lúgubre aspecto á las tinieblas de la noche, y al vago andar de los escasos faroles con que las partidas de campesinos andaban inspeccionando y recogiendo los heridos.

Una voz angustiada se alzó por delante de los dos jinetes, y en tono de la más grande desesperación les gritó:

—¡Por la Virgen Santízima de Dolores, zeñor oficial! ¡me van á aplastar los caballos y el cañón!... ¡tengo las dos piernas destrozadas! ¡no me puedo mover!... ¡por piedad! ¡por piedad! ¡que todos zomos cristianos!

—¡Pues mejor!... ¡Te despenará cuanto antes!...—le dijo el mayor de nuestros dos hom-

bres, mientras los soldados continuaban impasibles arrastrando el cañón hacia el herido.

Pero el más joven tirándose prestamente del caballo, corrió al herido, y tomándolo por debajo de los dos brazos lo sacaba de la vía, y lo ponía á un lado contristadísimo de los espantosos quejidos que lanzaba al ser arrastrado.

—¡No puedo hacer más por usted, *amigo!*—le decía el joven, y se volvía ligero á su caballo dejándolo en sus atroces padecimientos y clamando *¡agua! ¡agua! ¡agua,* por todos los santos del cielo!

—Mira—le dijo el otro:—¡si vas á ocuparte de eso con cada uno de los que te llamen, vas fresco!... ¡Aprende!—agregó señalándole con el dedo un bulto, que á la orilla del camino estaba dándole vuelta á un cadáver para ponerlo boca arriba.—Mira esa mujer, que en vez de enternecerse por los quejidos, anda haciendo provecho y robando á los muertos, que den gracias también si no los despena para aumentar la cosecha.

—¡Miserable! ¡Harpía! ¡deja esos infelices!—le gritó el joven adelantando á ella su caballo.

Pero al oirlo, la Loca de la Guardia se incorporó arrogante como una fantasma, y levantando su mano, le dijo con imperio:

—¡Sigue tu camino y deja á los cóndores su presa! ¿qué sabes tú de lo que yo busco, ni de lo que yo hago?

—¡Ah!—dijo el otro riéndose á carcajadas.—¡Es la Loca!

—¿La Loca?—preguntó el joven con sorpresa.

—¡Sí, hombre! ¡déjala no más que está protegida!...—y tomándolo de la rienda de su caballo lo trajo á sí, y lo obligó á seguir el camino.

—No hay duda—dijo el joven,—que un campo de batalla es una cosa tremenda: en este momento quisiera ser sordo.

—¡Pamplina!—le contestó el otro.—¡Horrible es cada día que pasa!... O se te figura, inocente criatura, que el mundo no es también un campo de batalla en que van al hoyo, con dolores y lamentos espantosos, no digo yo quinientos ó seiscientos pobres diablos como aquí, sino quinientos ó seiscientos mil por día.

—Pero uno no los ve.

—¡Vaya con el consuelo! Pero los ven sus hijos, sus padres, sus hermanos, el que... los confiesa... el médico que los mata sin refregarse los ojos... Los asesinos que los despachan y qué sé yo que otros mil.

—Pero á esos los auxilian y los atienden otros; mientras que estos desgraciados quedan ahí postrados y mueren sin más compañero que el abandono, la soledad, las tinieblas y el frío de la noche, clamando por un dedal de agua que nadie les da.

—Pues mira: mañana saldrá el sol como todos los días. Los muertos se podrirán enterra-

dos ó no enterrados: los que no sean devorados por los gusanos serán devorados por los cóndores. Se entrará el sol después, saldrá la luna y brillarán las estrellas como siempre. Y por último ¿para qué hemos tomado servicio y cargamos esta espada?... Para matar y para matar, mientras no nos maten otros á nosotros. Y como nosotros también hemos de morir, sin que el sol se pare por eso, ni dejen de parir las mujeres, todo se traduce al fin á morir unos cuantos años antes ó unos cuantos años después. Conque así, deja tú á los que mueren que mueran, y veamos si el tiempo que hemos de vivir, logramos ser nosotros de los que matan y gobiernan y gozan... Por lo que hace á mí, eso es lo que voy buscando, y para eso pongo en riesgo mi vida... A mí me gusta matar y mandar; y maldito si se me importa un bledo de los que caen, con tal que yo sea de los que quedan.

—Pues yo me he decidido á tomar parte en el ejército para defender á la patria...

—¡Matando!

—Matando, no; sino peleando por el triunfo, y por la victoria de la tierra en que hemos nacido, para ser libres en ella y hacerla feliz.

—¡Y todo eso matando!... La prueba está en esos quejidos y lamentos que estás oyendo y que te horrorizan.

—¡Así será! pero lo que yo sé es que yo tengo

aquí en el corazón otra clase de sentimientos y de ideas que no son esas... ¡Libertar á Chile y triunfar de la España, es algo más que matar! ¡La gloria y la gratitud de los pueblos!

—Sí... ¡Ya verás la gratitud de los pueblos!... ¡y en cuanto á la gloria, no es gratitud sino agravios y rencores lo que te ha de dar!... ¡Para los pavos!

—¡Si todos viesen el mundo como usted, sería mejor haber nacido pampa, fray Félix!—le dijo el joven con un enfado visible y con acrimonia.

Pero no bien había pronunciado estas últimas palabras, cuando el otro acercándole su caballo con un movimiento violentísimo, levantó la mano con todo el ímpetu de la rabia como para descargarla de revés sobre su compañero. Y lo hubiera hecho, si éste, sorprendido pero ágil, no hubiera separado á tiempo su caballo y echado mano al puño de su espada.

El fraile Aldao se contuvo entonces, y le dijo:

—¡Mira, mocoso! si no te hubiera visto nacer, y si no fuéramos los dos de Mendoza, te daría una lección que no olvidarías jamás... Pero te advierto que si otra vez me injurias te has de arrepentir.

—No quiero contestarle, teniente Aldao, porque reconozco mi falta y porque estamos delante de la tropa. Pero usted comprende que el hábito...

—¿El hábito? ¿Vuelves á insultarme?—dijo

el *fraile* Aldao como si quisiera contenerse antes de estallar.

—Quiero decir la costumbre. No he tenido la menor intención de ofenderlo; ni pensé de lo que decía.

—Pues ten cuidado para en adelante, porque estoy resuelto á meterle cuatro pulgadas de acero al que pretenda seguir con esa costumbre, sin tener en cuenta lo que soy ahora y lo que quiero ser en adelante.

Después de esta escena, los dos compañeros marchaban en silencio, cuando á poco tiempo se sintió el galope de un caballo que venía de adelante y que detuvo su carrera junto á ellos.

—¿Qué hay, Juan Apóstol?—le preguntó Aldao (1).

—Orden de que todos los piquetes se pongan al trote; y que usted se incorpore á su cuerpo, fray Félix.

—¡Fray tu madre, loco de m...!

El oficial soltó una carcajada; y dando vuelta su caballo tomó otra vez hacia el cuartel general.

El general San Martín acababa de tener las primeras noticias de que las fuerzas enemigas se habían desorganizado completamente, y de que la capital estaba abandonada y en comple-

(1) Don Juan Apóstol Martínez, uno de los oficiales más bravos y más desparpajados del ejército.

ta acefalia. Aunque bastante vagos y poco auténticos todavía, había, sin embargo, algunos datos que parecían fundados, y que hacían presumir la necesidad de que el ejército argentino se adelantase á ocuparla tan pronto como fuera posible.

Y en efecto: en aquellos mismos momentos, Santiago era un caos, entregado al desorden más espantoso.

Las fuerzas venidas del sur aquel mismo día, que al mando de Barañao habían tenido la intención de atacar al ejército vencedor, creyéndolo desprevenido y entregado á la confianza de su triunfo, habían tenido que desistir de la aventura y se habían replegado. La desmoralización se había apoderado de los cuerpos; y relajada la disciplina, los derrotados no obedecían órdenes de nadie, y corrían en grupos en la dirección de Valparaíso sin otra mira que huir y que embarcarse en los buques que pudieran encontrar; mientras que los otros cuerpos que no habían entrado en la acción, contagiados también del pánico general, y sin contar con la cohesión necesaria, y con la autoridad de un mando superior para hacer pie, volvían á tomar á toda prisa el camino del sur para replegarse á Concepción y á Talcahuano, y tener tiempo de conocer la situación general en que habían de quedar las cosas, y tomar medidas para defenderse ó esperar refuerzos del Perú,

El mariscal Marcó del Pont había salido con tiempo de la ciudad; y desde mucho antes hizo marchar en dirección á Valparaíso las carretas en que había hecho cargar todo su equipaje, un gran número de los papeles de los archivos, y todos los valores líquidos, en barra y en dinero, que había podido tomar del tesoro; situándose, pronto y liviano, para disparar al momento, en las orillas de la ciudad que dan al camino de Valparaíso.

Cuando el pueblo se apercibió de todo esto serían como las nueve de la noche. Alborotada la plebe, se lanzó á las calles armada de hachas, barretas y picos, vociferando en un desorden atroz, y atacando á mano armada las casas que tenían por más opulentas y ricas, sin distinción de partido. A esta horrible confusión se agregó que las bandas de realistas derrotados, creyéndose atacados ya por el ejército vencedor, corrían por las calles, disparando sus fusiles y atacando también todo lo que encontraban al paso, en su deseo de ganar pronto los caminos por donde pensaban escapar. Andaban revueltos con los unos y con las otras familias enteras, mujeres y niños, que trataban de seguir á sus deudos; y mujeres y pilluelos de la clase baja que robaban y mataban sin piedad.

En tan crueles angustias, unos cuantos de los patriotas principales se reunieron con urgencia en la casa del vecino más opulento del par-

tido, don Francisco Ruíz Tagle; y con la firma de éste lograron hacer venir á la reunión á muchos otros, y constituir por el momento una especie de autoridad que tomó á su cargo el restablecimiento del orden. La empresa era ardua por cierto; fué preciso muchas horas antes de poder organizar y armar algunas patrullas de vecinos, sirvientes y paniaguados de confianza antes de ponerse en acción.

Pero, desesperando de tener fuerzas y medios con que llevarla á cabo, despacharon expreso sobre expreso al general San Martín para que apurase su marcha sobre la capital, y ocurriese á salvarla cuanto antes del saqueo que por momentos tomaba formas colosales, y del incendio de edificios que ya comenzaba á pronunciarse en muchos puntos de importancia.

XXV

Serían como las diez de aquella noche terrible, cuando un piquete de dragones como de ochenta hombres, bajando á galope tendido la calle de la Bandera, vino á detenerse con un ruido estrepitoso en la última cuadra de esta calle que toca en la grande y amplia avenida de la Cañada (1). Y desmontándose con rapidez del brioso zaino que montaba, entró precipitadamente en su casa el coronel don Antonio M....

—¡Pepa querida!—dijo abrazando á su mujer, que bastante agitada había salido á recibirlo:—Pepa querida, es menester abandonar ahora mismo á Santiago y que partas para Valparaíso. Hemos sido completamente derrotados: el enemigo marcha sobre la capital, y no hay como

---

(1) La Cañada, que parte hoy por el medio la ciudad de Santiago, era entonces su límite edificado por el Sur. Es una vía como de tres mil metros de largo que corre de oriente á poniente, y como de cien metros de ancho entre las dos aceras.

contenerlo. El populacho se está alzando, y por todas partes comienza el saqueo de nuestras casas, y el incendio. ¡Pepa querida! Olvidemos todos nuestros disgustos. En este momento, aciago para mí, quiero repetirte que te amo: que te tengo aquí dentro de mis entrañas, ¡y que eres el único tesoro de mi vida!—agregó dándole un ardiente beso sobre la frente.

Pero ella, al oirlo se quedó helada: echó una mirada vaga é indecisa á su alrededor; y pasándose la mano desde la frente á lo largo de los cabellos que tenía desatados y sueltos:

—¡Ahora mismo! ¿A Valparaíso?—dijo.

—¡Sí, ahora mismo! ¡Por Dios y por nuestro amor: no me hagas observación ninguna! ¡Compadece la situación en que me ves, Pepa querida! No me ha sido posible venir á buscarte antes; porque todo el día he estado envuelto en un infierno y buscando la muerte antes que dar la espalda á nuestros enemigos. He hecho cuanto he podido por rehacer nuestras tropas y por volverlas con otro ataque sobre ellos. ¡Todo ha sido inútil!... ¡Todo se ha perdido por el momento; y no tenemos más recursos que replegarnos á Concepción para reorganizarnos!—decía el coronel paseándose agitado por el salón; mientras su mujer con la mirada en el suelo, y consternada de la perspectiva que se le ofrecía, reflexionaba con el puño cerrado sobre los labios.

—¡Pepa querida! ¡media hora para tomar algunas ropas de abrigo y para partir!

Mas como la viera inmóvil y fría, le dijo sacudiéndole el brazo:

—¿No me oyes, Pepa? Mira que es preciso partir pronto ¡alma mía! ¡pronto y al instante!

—¡Pero M....! ¡es que no comprendo como voy yo á partir contigo! ¿Puedo yo seguir el galope de tus dragones? ¿Puedo yo hacer campamento con ellos; y exponerme á la persecución de los rebeldes, que no te dejarán descansar en esta derrota? ¡Es imposible, *hijo de mi alma,* que exijas esto de mí! Llévame por lo pronto al convento de las Cármenes; allí esperaré tus órdenes.

—No, Pepa querida: todo está previsto. Tú marcharás en la calesa con Mariana, en la comitiva de Marcó del Pont (animal...) Veinte dragones con el teniente Amenino te servirán de escolta y resguardo hasta Valparaíso. Allí hay buques prontos y seguros para que te embarques y vayas á Talcahuano. Yo me retiro por tierra con Barañao y con los demás compañeros que debemos reconcentrarnos allí. Ya ves, Pepa mía, que no hay peligro, ni obstáculo. Unos cuantos días de mareo y nada más.

La dama reflexionaba, pero no parecía resuelta porque callaba.

—¡Hija mía! mira que se pasa el tiempo... ¡Teniente Amenino! la calesa está en el corral, haga usted que le aten dos caballos y que la saquen á la calle ahora mismo—dijo M.... diri-

giéndose al teniente desde la puerta de la sala.

La orden debió ser cumplida muy pronto; porque cinco minutos después, la calesa pasaba rodando rápidamente por el patio hasta la puerta de la calle, quedando á uno y otro lado entre la tropa que la ocupaba.

—¡Mariana!... ¡Mariana! ¿Dónde está Mariana que no la veo por aquí?

—¿Señor?—dijo presentándose con todos los síntomas del terror.—¡Aquí estoy! ¿qué ordena su merced?

—Lleva pronto á la calesa dos ó tres frazadas; y un buen tapado para la señora... ¡Vamos, Pepa, vamos! ¡que no tenemos tiempo que perder!

—¡Yo no puedo decidirme M....! ¡Es imposible que me ponga en viaje con esta precipitación!... ¡Reflexiona, y verás que esto es tremendo!... Llévame por Dios á las Cármenes, y te juro ir á reunirme contigo cuando pueda hacerlo de un modo decente.

—¡Imposible, imposible!... ¡Pepa, no me precipites!...—dijo M.... abandonando el tono de la ternura y entrando en el de un enojo visible.

—¡Ves, M...., cómo eres tú!... ¡Ya me amenazas! Ya te preparas á hacerme alguna violencia sin querer oir la voz de la razón.

—¡Pepa, por Dios! mira que el momento es terrible para mí... ¡No puedo perder un instante!

—¡Y para mí es más terrible todavía, M....! ¿Cómo quieres que yo siga á Marcó del Pont cuando los enemigos lo han de perseguir, y lo han de perseguir tan de cerca como han de perseguir á tus dragones? ¿Quieres que salga ahora á media noche, entre tinieblas?

—Por donde va Marcó del Pont puede ir una mujer... ¡Y te aseguro bajo palabra de honor que van muchas otras que valen tanto como tú!... ¿Quieres hacerme creer ahora, tú... que tienes miedo?... ¡Miedo tú!...—dijo M.... frunciendo el ceño con desprecio... ¡A otro con esas, Pepa!

—¿Y Mariana M....?

—Mariana vendrá contigo.

Después de un momento de reflexión,

—Oyeme con calma M...., y hasta el fin—le dijo la dama con un tono singular de entereza y de valor:—tenemos que llevar también un niño...

—¡Un niño!—exclamó M.... sorprendido, precipitándose hacia su mujer.

—¡Oyeme hasta el fin, te digo, ó dejo que me mates antes de moverme de aquí!... ¡Sí! un niño: es un huérfano cuya madre no conozco, y que una familia desvalida ha puesto en mis manos en estos días de tremendas angustias que hemos pasado...

—¡Manda ese niño á las Cármenes!... Allí lo han de cuidar, y no se morirá abandonado... Tú irás sola... con Mariana.

—¡Pues no iré!

—¿No irás?—exclamó el coronel sofocado por la rabia y como si quisiese destrozar á su mujer. —¿No irás?

—¡No iré!

En ese momento, M.... se precipitó sobre ella. Era un atleta con las fuerzas de un cíclope; y tomándola de sorpresa por la cintura, la levantó en peso y la llevó por el aire hasta la calesa, sin hacer caso de los golpes y de los arañazos que ella le daba en la cara gritándole: ¡Bárbaro! ¡inhumano!... ¡Yo te prometo que me las has de pagar! y cuando la hubo arrojado de golpe dentro del carruaje, dió orden á sus soldados de mantenerlo cerrado; y volvió precipitadamente al salón en busca de su morrión y de su capa.

Allí estaba Mariana consternada con el niño en los brazos y con algunas ropas de abrigo que había levantado de prisa.

—¡Señor! ¡señor!... ¡Por todos los santos del cielo! ¿Qué hago?... ¿Se va sola la señora en ese estado? ¿Dejo morir este niño aquí abandonado?... ¡Que el señor coronel me mate con su propia espada, ó que me haga matar si miento!... ¡Es un huérfano, señor! la señora le ha dicho á su merced la pura verdad... ¿Qué hago, señor? ¿qué hago?—repetía Mariana desolada y abrazándole los pies.

Volviendo en sí de su arrebato, M.... le dijo:

—¡Anda, corre y métete en el carruaje!

—¿Con el niño, señor?—le preguntó Mariana poniéndose de pie.

—¡Anda!—le dijo él empujándola hacia afuera: y tomando su morrión y su capa, salió tras de Mariana, y la hizo entrar en la calesa. Pero, en la violencia y en la precipitación de sus movimientos, no pudo reparar que se había dejado caer en el suelo una hoja de papel muy doblada.

La Pepa ya no hacía resistencia. Resignada, pero iracunda, tenía el ceño luminoso de Lucifer. No lloraba, pero había lágrimas terribles en sus ojos; y no dió tampoco la menor señal de satisfacción ó de contento al ver entrar á Mariana con el niño.

M.... daba órdenes entre tanto á sus oficiales. Treinta dragones á las órdenes del teniente Amenino debían tomar el camino de Valparaíso, custodiando el carruaje de su señora, y reunirse con la comitiva de Marcó del Pont. Los otros cincuenta dragones, con dos oficiales más debían seguir al sur con el coronel para incorporarse con las fuerzas de Barañao, de Quintanilla, La Palma, y otros jefes que marchaban ya como á dos leguas de la capital con dirección á Talcahuano.

Una vez que dió estas órdenes, M.... tomó la brida de su caballo, y abriendo la puerta de la calesa antes de montar, subió al estribo, y estampó un amoroso beso en la frente de su mujer. Pero ella, inmóvil, impasible como la estatua de Palas, ni lo miró siquiera.

—¡Qué demonio de mujer!—dijo él entre dientes bajando del estribo; y después de haber ordenado que la calesa con su escolta partiesen al galope, saltó sobre su caballo y atravesó á escape las tinieblas y el desorden en que estaba envuelta la capital.

Tiempo era, en verdad, de que escapasen. El ruido y el bulto que hacía el piquete de los dragones estacionados á lo largo de la calle, había comenzado á producir una grande acumulación de patriotas y de populacho en los dos extremos de la cuadra. Enardecidos los unos con sus ideas políticas, y atraídos los otros por la codicia que les ofrecía la casa, por la fama de su opulencia, de su vajilla de plata y oro, de las alhajas y ricas telas, que, según era fama tenía allí la señora, y de que M.... había hecho ostentación en los días de favor y de prepotencia de que había gozado, premeditaban todos un ataque, y se armaban á la ligera para cercar la casa, con tanto más ahinco cuanto que, para todas las clases de Chile, M.... era uno de los jefes realistas más odiados por su petulancia, por su soberbia y por su dureza.

Pero el joven A.... que fué después uno de los generales más estimados de Chile, había logrado contener el imprudente arrojo de aquellas gentes, haciéndoles ver que si se metían mal armados en el cajón de la calle iban á ser víctimas del sable de los dragones, y que antes

era menester proveerse de armas de fuego y formar dos líneas compactas en los dos extremos.

En Santiago no había entonces una sola azotea, un solo balcón desde donde pudiera atacarse con ventaja á los realistas que ocupaban la calle. Todos los edificios se hallaban corridos á sus frentes por interminables tejados, sobre los cuales era imposible formar una buena línea de fuego.

Hubo pues que emplear mucho tiempo para recoger algunos pocos fusiles y escopetas, antes de emprender el ataque y de entrar á la calle; y estaban muy distante todavía de haberlo conseguido, cuando la escolta de dragones formó sus dos columnas para desembocar en la Cañada, y tomar desde allí el camino respectivo por donde debía escapar cada una de ellas.

Así fué que cuando los dragones, sable en mano, emprendieron su galope, los grupos que pretendían contenerlos por el lado de la Cañada, hicieron algunos disparos sobre ellos, pero al ímpetu de la carga se envolvieron al instante y se desparramaron despavoridos á uno y otro lado de la ancha avenida; mientras que los grupos del otro lado de la calle, viéndola desalojada, avanzaron en desorden haciendo fuego también, y con aquella gritería salvaje y descomunal con que las multitudes alborotadas presentan su tremenda fisonomía en estas angustiosas situaciones.

Antes de un minuto, la casa de M.... estaba entregada al más espantoso saqueo. Era en vano que la juventud decente que había entrado en ella mezclada con la canalla, pidiese orden y moderación en aquel furioso arrebato.

El padre Ureta, al verse libre de los realistas había salido también á la calle; y esforzándose por contener los desacatos de la multitud, predicaba que se obedeciese á la autoridad de más urgencia y procuraba hacer menos dolorosa la ruina inútil de las familias, y las atrocidades del bárbaro desorden. Subió á una preciosa cómoda de admirables incrustaciones y de ricas chapas cinceladas en oro y plata, quiso hacerse oir con el influjo de su vestido y de su carácter sacerdotal. Pero no bien había comenzado á pedir á voces que le prestaran atención, cuando cien hachas y picos se descargaron sobre el hermosísimo mueble que caía destrozado entre los que se echaban frenéticos sobre él, para apoderarse de un pedazo cualquiera de sus riquezas.

Los escaparates y las gavetas no caían sino que saltaban y rebotaban entre los miles de brazos que se las arrebataban con furor. Los opulentos trajes de la señora, los grandes pañuelos de la India volaban arrancados y hechos jirones, entre las garras de los que se los disputaban; y se veían rodando por el suelo, en un repugnante pugilato, grupos de hombres famélicos, más feroces que una jauría de perros, gol-

peándose é hiriéndose por recoger las cuentas de oro de un grueso rosario desgarrado, las piedras de los anillos y de los zarcillos, las varillas incrustadas de los abanicos, los destrozos de un reloj, las camisas de batista, los pañuelos, los candeleros de plata, las cucharas, los platos, las fuentes en fin (1).

Y el alboroto y el saqueo crecía, cada vez más bárbaro á medida que se agotaban los objetos, con los nuevos grupos de gente baja que acudían de los diversos puntos de la ciudad.

De repente el estallido de un inmenso derrumbe dominando sobre la gritería y el alboroto, dejó á todos consternados y suspensos. Parecía que los techos se hubiesen partido y que la misma bóveda celeste se hubiese rajado al golpe de un rayo. Siguiéronse gritos de espanto: ayes y lamentos de gentes heridas. Los unos corrieron al ruido desde las otras piezas, mientras los otros huían y se salían á los patios empujados y estrujados á la vez por los unos y por los otros.

Era que el colosal y espléndido espejo que antes hemos visto en la cámara de la elegante dama, sacado de sus asientos, sabe Dios cómo, había caído cuan grande era, estrellándose y haciéndose añicos sobre las cabezas de los grupos

(1) Como en aquel tiempo era de un difícil transporte la loza del servicio ordinario, y aun del más bajo, las casas ricas no usaban sino utensilios de plata y oro; y los pobres, de barro cocido ó de hierro.

voraces que saqueaban la pieza; y que centenares de las afiladas lajas del fornido y grueso cristal habían estallado como una bomba contra el rostro de un sinnúmero de víctimas.

No se había serenado aún la terrible emoción que había causado este accidente, y yacían todavía por el suelo los heridos y la sangre que había ocasionado, cuando otras voces despavoridas gritaban: *¡Fuego, fuego! ¡La casa se quema! ¡La casa se quema!*

Y en efecto, una humareda negra y condensada invadía todas aquellas piezas privadas de aire por la aglomeración de la multitud; y ya una que otra llamarada amenazante, avanzándose de golpe buscaba alimento y rápida salida hacia afuera por las puertas y las ventanas.

La fuga fué entonces general, atropellada y difícil por las estrechas salidas del edificio para ganar la calle.

Al atravesar el salón huyendo del incendio el joven A.... pisó en el suelo el papel doblado que se le había caído al coronel M....: y movido de la natural curiosidad, aunque sin saber lo que pisaba porque la pieza estaba á oscuras, lo alzó y salió á la calle llevándolo en las manos.

XXVI

El joven que había levantado ese papel, trató de leerlo desde que pudo verse libre de la batahola en que se había visto envuelto; y como encontrara que su tenor era interesante, se fué inmediatamente á la casa de Ruíz Tagle, donde los principales patriotas estaban reunidos, y donde se había constituído, como antes hemos dicho, un gobierno de urgencia que había comenzado á funcionar y hacerse obedecer, en los establecimientos públicos al menos, como cárceles y policía de que se habían apoderado los amigos en las primeras horas de libertad.

El papel era un billete firmado por el comandante realista Calvo, y dirigido á M.... que decía:

—«Comprendo tu ansiedad por saber del mayor San Bruno, y son, en efecto, serios los motivos que tienes para estar inquieto. He hecho cuantas averiguaciones he podido. Dos oficia-

les de su cuerpo con quienes he hablado, me dicen que debe haber salvado del campo de batalla, porque lo han visto entre los dispersos de nuestra derecha, haciendo un gran rodeo por entre los cerros. Es de suponer que si ha logrado quedar libre hasta la noche, haya buscado la vuelta para introducirse en Santiago; porque al empezar la acción él creía que si éramos derrotados, podríamos dar otra batalla con las fuerzas que acudían del sur, y que no habían tenido tiempo de incorporarse. Con esta esperanza habrá procurado ganar la ciudad. Pero le habrá sido difícil, y mañana, si entra, tendrá que ocultarse ó caerá en manos del enemigo, porque ya habrás visto que no hay cosa con cosa, y que no podemos hacer nada sino desbandarnos y retirarnos á toda prisa. Conversando antes con San Bruno me había dicho que en caso de una desgracia y de que no pudiese replegarse á tiempo ocurriría á su amigo Imaz donde tenía oculta la mujer que vivía con él, y que ese señor lo salvaría á toda costa dándole medios de escapar, porque era muy su amigo.»

Como el joven A.... conocía toda la importancia que tenía el apresamiento de San Bruno, para castigar los crímenes y alevosías (indignas de un verdadero militar) con que se había manchado, se dirigió como hemos dicho, al centro de patriotas constituído en lo de Ruíz Tagle, á darles conocimiento de su hallazgo. E informados

que fueron, ávidos también, como todos, de echarle mano al facineroso que tanto los había ofendido, comisionaron á A.... para que con una partida improvisada se dirigieran á la casa de Imaz y prendiese á éste, á San Bruno y á su mujer, si los encontraba allí, ó tomara todos los datos necesarios para hallarlos.

Por fortuna de Imaz, A.... era como lo fué en toda su vida, un joven de sentimientos elevados y nobles, que no bien entró á la casa de este honrado vecino, tuvo ocasión de compadecerse del espantoso terror en que estaba. El infeliz se arrojó á los pies de A....

—Yo, señor A....—le dijo,—soy un pobre hombre trabajador; San Bruno, á quien conocí mucho cuando era fraile franciscano en Zaragoza, era mi amigo, y venía de continuo á mi casa aunque yo no tenía trato con la suya. ¿Qué podía hacer yo, señor A.... teniendo él tanto poder como tenía, y sin tener yo queja ninguna contra él, ni mezclarme allá en las cosas que él hacía? ¿No le parece á usted?

—Pero usted tiene aquí oculta la mujer de San Bruno y se prepara usted á darle escape á él mismo.

—En cuanto á la mujer, es verdad, señor A.... pero no está oculta. Mucho antes de la victoria de los patriotas, la trajo aquí el padre Quilez de la recoleta y me pidió que la tuviera en mi casa, porque había quedado abandonada y

sin recurso alguno para vivir. Compadecido yo de su estado... todo el día tuece y escupe sangre... me movió la caridad á recibirla. Ahí está señor A.... Yo no hago ninguna dificultad en entregarla á la autoridad: no la tengo, ni la he tenido oculta... ni he creído que cometía un crimen con esta buena acción. ¿No le parece á usted, señor A.... que esto me justifica?

—Veremos lo que dice el gobierno.

—Pero, señor A....—dijo Imaz con una voz en extremo angustiada...—¡no me lleve usted preso, por Dios! ¡Se lo pido por su mamá y por su anciano y venerable padre que siempre me ha estimado! Si en estos momentos me llevan á la cárcel ¿quién me oye? ¿quién me hace justicia? ¿quién se apiada de mí y de mi pobre familia?... Señor A.... yo le doy á usted mi palabra de honor de no moverme de mi casa, y no admitir á nadie en ella... ¡Hágase usted mi defensor delante de sus amigos, y no me traten como á criminal! Después que se serenen las cosas infórmense de mi conducta, y me encontrarán pronto á todo.

—Bueno, Imaz; ¿me jura usted informarme del paradero de San Bruno?

—¿Cuando lo sepa?

—Sí, cuando usted lo sepa ó lo sospeche.

—Sí, señor: cuando lo sepa ó lo sospeche.

—Pero sin moverse usted de su casa.

—¡Juro que no me moveré, señor A.... por

esta cruz en que pereció Nuestro Salvador!—dijo Imaz besando los dedos que había cruzado, y anegado en lágrimas de pavor.

—¡Convenido! Voy á disculparlo á usted: y á interceder para que lo dejen tranquilo porque quedo convencido de su inocencia. Pero es preciso que usted me entregue á la mujer de San Bruno, porque ella tiene que declarar cuales han sido los paraderos y relaciones de ese facineroso, y donde tiene sus papeles.

—Muy bien, señor A.... Llévela usted, pero llévela usted en mi litera de manos, porque la pobrecilla está deshecha y muy enferma. Un constipado terrible y violento la tiene postrada... tengo dos *rotos* que la pueden cargar.

—¡Bien! abríguela usted y que me sigan.

—Pobrecita, señor A....

—¡Cómo ha de ser, Imaz! ¡En estos casos cada uno tiene que cumplir su deber, y hay cosas terribles!

—¡Es cierto, señor A....! ¡Es cierto!... Yo le quedo á usted eternamente agradecido... ¿Cree usted que ya no se me seguirá ningún perjuicio?

—¿Qué puedo yo decirle sobre eso? Hago lo que puedo; y lo dejo á usted en su casa; lo demás será incumbencia del gobierno que se forme; y nada puedo yo asegurarle.

Cabizbajo, pero consolado al mismo tiempo, Imaz se ocupó de acomodar y de abrigar á la

infeliz *mujer* de San Bruno, con toda la bondad y compasión que pudo.

Ella, resignada y sumisa siempre á purgar las faltas que se reprochaba, y teniéndose hasta por criminal según el criterio de los demás, contra el que no osaba levantar su espíritu ni su propia conciencia, obedeció como una víctima propiciatoria; y se dejó conducir á las Casas Consistoriales; que, situadas en la plaza, tenían al extremo de la acera el edificio de la cárcel.

Cuando A.... regresó á dar cuenta de su comisión, Ruíz Tagle y los patriotas se habían instalado ya en esas Casas de Gobierno; y en la confusión y la premura con que se hacía todo en aquellos instantes; en la multitud de diligencias urgentes, de idas y de venidas, sin tener donde depositar á la infeliz mujer en otro lugar seguro donde se le pudiese tener á mano para interrogarla, se le introdujo por lo pronto en una de las piezas más habitables y reparadas de la cárcel. Pero, como al día siguiente comenzóse á meter allí grupos de prisioneros y de presos por crímenes y atentados de todo género, Manuela quedó olvidada en su calabozo, aunque atendida por la buena mujer y familia del alcaide, que compadecidas de su estado, la asistían con remedios y cuidados, sin conocer su historia, y sin saber una palabra de los motivos ó de los fines con que había sido llevada. Para los carceleros era una presidiaria, y para los de afue-

ra era como si no existiese ni hubiese existido en el mundo de los vivos.

Nadie se acordó más de ella. Imaz con sus labios sellados, no se atrevió á hablar con nadie ni se movió de su casa; y el mismo A.... arrebatado por el torrente de la vida nueva que se le abría, por los quehaceres, y por los deberes militares á que se entregó desde el primer momento, perdió completamente de la memoria el recuerdo de aquel incidente, por las nuevas y las más grandes preocupaciones de su espíritu y de los gloriosos sucesos en cuyo curso tomó parte.

¡No solamente son bárbaros y atroces los HOMBRES: algunas veces el destino lo es mucho más!

XXVII

Informado el general San Martín de lo que pasaba, le ordenó al general Soler, que se adelantase á ocupar rápidamente la capital: y todas las columnas de la vanguardia rompieron su movimiento.

Como á unas cincuenta varas por delante de las primeras mitades, marchaba también la Loca de la Guardia, con aire de triunfo, y con semblante severo como siempre. Se había envuelto, de la cintura á los pies, y á manera de túnica griega, un poncho mendocino de listones blancos y azules, que probablemente había encontrado, abandonado ó perdido, en el campo de batalla. Cubríale el busto nada más que la trabajada camisa que había tomado cuatro días antes, de la casa de Manuela, y que bastante desabrochada, dejaba ver los hombros, casi desnudos como en los modelos de la estatuaria antigua. Se había colocado sobre la cabeza una

especie de corona de plumas largas de cóndor, sostenidas de sien á sien, por una *vincha* de trapos colorados, cuyos dos extremos flotaban á un lado; y en la mano derecha blandía, á manera de lanza ó de trofeo, una alta caña rematada por otro mechón de idéntico plumaje.

A pesar de tan grotescos atavíos, había en el conjunto y en el aire con que marchaba, algo de imponente, algo de armonioso y de homogéneo con tan raro ser, con el carácter especial de su demencia, con las pasiones misteriosas que escondía en las tinieblas de su alma, y con el convencimiento que parecía tener de su propia misión, en esta grande evolución que hacía su patria al amparo del ejército argentino.

Era un poco más de medio día, cuando el primer escuadrón de granaderos á caballo, al mando del coronel N.... penetró en la ciudad por el puente, y pasó á situarse al otro extremo en la cañada. Mandaba el primer piquete ó avanzada, el teniente don Félix Aldao; quien, al desfilar para formar en línea, tropezó de cerca con la Loca; y como tuviera que hacer trastabillar su caballo para no llevársela por delante, se enfadó; y con un leve cintarazo la echó á un lado para que le diera lugar. Pero ella, irritada con el vejamen, blandió su plumero con una rapidez admirable, y lo hizo caer con violencia sobre el rostro del *fraile*. El caballo se le espantó; y como en el sacudimiento viniese al

suelo el morrión, descubriósele en la cabeza la corona sacerdotal, que no había tenido tiempo aún de cubrirse con el cabello para hacer desaparecer esa señal poco militar que denotaba su anterior estado.

Enfurecido con el contratiempo, y sospechando el ridículo en que lo ponía delante de los otros oficiales, iba ya á acometerla, cuando su hermano el capitán don José Aldao, que mandaba la compañía, y que tenía órdenes estrictas de tratar al pueblo con toda moderación y respeto, vino de prisa á contenerlo.

—¡Repara—le dijo—que es una mujer, y loca por lo que se ve!... Sargento; separe usted á esa mujer de la línea.

Pero ella sin dar lugar á que la tomaran, comenzó á alejarse, caminando con el mismo garbo, y tomó hacia arriba de la cañada, sin cuidarse de lo que dejaba atrás.

A ese tiempo, ya recorrían la ciudad numerosas partidas de vecinos organizados y armados, y algunas de las tropas que iban entrando por diversas calles, destacadas para restablecer el orden, para recoger objetos robados, prender facinerosos, y contener los desacatos que todavía seguían cometiéndose en algunos barrios apartados.

La Loca siguió su camino, sin interrupción, hasta la casa de Tomasa: y se entró en ella como una fañtasma silenciosa, buscando por to-

dos los cuartos y aposentos al niño que cinco días antes había dejado. El terror y la angustia de la familia fué grande al verla; porque, aunque creían que habían procedido bien poniéndolo al amparo de la señora de M.... no podían desconocer la falta en que estaban para con ella, que era quien lo había puesto en sus manos.

No hallándolo en ninguna parte, la Loca tomó un aspecto siniestro; y asiendo á Tomasa por el pañuelo que tenía cruzado en el pecho, le preguntó secamente:

—¿Y mi hijo?

—¿Tu hijo? ¿No me dijiste, Teresa, que no era hijo tuyo?

—¿Y á ti que te importa? ¿Tú lo conoces? ¿sabes que sea de otra? Yo te lo di, devuélvemelo.

—Mira, Teresa: no lo tenemos en casa: los españoles... ¿entiendes?... ¡óyeme bien!... los españoles querían quitárnoslo: te buscaban á ti para matarte, y lo escondimos en otra parte.

—¿Dónde?—preguntó ella secamente.

—¿En dónde? en lo de la señora doña Pepa M....

Un rayo de ira iluminó la fisonomía de Teresa y descargando la caña sobre Tomasa exclamó:

—¡En la cueva de los lagartos!... ¡para que lo devoren!... ¡Ladrona... Ladrona! devuélveme al niño—gritaba como una desaforada; y pren-

dida de las ropas de la Tomasa, con una fuerza tremenda, la arrastró hacia la puerta de la calle en medio de la gritería y de la alarma de las otras mujeres que procuraban defenderla.

—¡Ladrona!... ¡Ladrona!... ¡Has entregado el niño á San Bruno!...—exclamaba ella en altas voces cada vez más enfurecida, y más violenta, llegando así hasta la calle; en donde el alboroto llamó la atención de los vecinos, y de una patrulla que al oir la palabra, *¡ladrona!* ocurrió de prisa á informarse de la causa de aquellas voces y á contener el desorden.

Como el individuo que encabezaba esa partida viera que se trataba del robo de un niño y que se hablaba de San Bruno, cuya cabeza acababa de ser puesta á precio en ese momento, comprendió que en todo aquello se ocultaba algún grave misterio, y tuvo por conveniente prender á Tomasa y á la Loca, y llevarlas ante las autoridades del momento.

Tomasa, entregada á la más cruel desesperación al ver á sus hermanas y á su anciana madre en aquel trance amargo, pedía que la llevaran á casa de la señora de M...., donde estaba el niño, y donde lo entregarían. Pero este mismo nombre lanzado allí con una imprudencia impremeditada é inocente, no sirvió sino para agravar las sospechas de los hombres de la partida, y para afirmarlos en la necesidad de prenderla, puesto que aparecía con semejantes conni-

vencias con dos nombres tan siniestros y tan odiados como el de San Bruno y el de M....

Nada fué pues bastante para hacerles cambiar de resolución: fué vano el testimonio favorable de los vecinos sobre aquella familia: fueron vanas las súplicas de las amigas del barrio; y como la Loca no cesaba de gritar: ¡Ladrona! ¡Ladrona!... Le has entregado mi hijo á San Bruno y á M...., no hubo recurso; fué necesario marchar á la plaza mayor, sin que Tomasa tuviera tiempo para otra cosa, que para suplicar anegada en lágrimas á una de las más íntimas vecinas que fuera á lo de la señora de M.... á informarle de lo que pasaba.

¡Cual sería su aflicción y su terror al oir que de otra parte le decían que la señora de M.... había huído de la ciudad en la noche anterior, y que su casa había sido saqueada é incendiada hasta quedar en cenizas y en escombros!

XXVIII

Alarmado por el estado de la capital, donde, como hemos visto, se habían desencadenado todos los horrores del desorden popular, el general San Martín puso en movimiento todo el ejército; y sus diferentes cuerpos comenzaron á entrar en ella una hora, á lo más, después de la vanguardia del general Soler.

Las fuerzas realistas que habían alcanzado á entrar en acción, se retiraban hechas y compactas por los caminos que daban al sur al mando de Quintanilla, Barañao y M... Pero las que habían sido derrotadas no habían podido reorganizarse, ni tomar siquiera la menor cohesión. Convertidas en grupos incoherentes y anarquizados, no atendieron, ni pudieron atender á otra cosa, que á huir hacia la costa más inmediata; y en este estado informe y tumultuoso, producido por el pánico y el rompimiento de todos los vínculos de la disciplina, tomaron, los unos des-

de la ciudad, y los otros desde el portezuelo de *Colina,* el camino de la cuesta de *Prado,* con dirección á Valparaíso, donde el general Maroto se había detenido con el ánimo de hacerse obedecer y de restablecer alguna formación que le permitiera asegurarse de ese puerto, para ejecutar el embarque con método y con esperanzas de poder llevar á Talcahuano una base regular de tropas.

Apenas pudo el general San Martín darse cuenta de lo que ocurría en una y en otra dirección, comprendió todo el interés que tenía en no darles tiempo á los unos para dominar las provincias del sur, ni á los otros para organizar su embarque. Y como el general Soler le hubiera manifestado que no estaba dispuesto á seguir la campaña del sur bajo las órdenes del general O'Higgins, que, como jefe supremo del país, día más, día menos, parecía naturalmente indicado para esa campaña, el general en jefe dispuso que el coronel Las Heras saliera al día siguiente á la cabeza de una fuerte columna de las tres armas, á perseguir á los cuerpos enemigos que habían tomado el camino de *Concepción* hasta encerrarlos en Talcahuano, y poner sitio á esta plaza; ordenándole al mismo tiempo al coronel N... que partiese esa misma noche, en los mejores caballos que se pudiesen recoger, á deshacer y atacar los grupos que con Maroto se habían dirigido á Valparaíso por la cuesta de Prado.

Entre tanto, los rumores de la espléndida victoria de *Chacabuco* se habían ya esparcido por todo el país: y no sólo los principales hacendados y patriotas de las campañas inmediatas, sino turbas libres de campesinos, se habían puesto en movimiento para saquear y capturar los carruajes, carretas, familias y personas de los realistas que huían á escape por todos aquellos caminos.

En la mañana del día siguiente, la mayor parte de estos grupos habían sido detenidos al pie de la cuesta de *Prado* por los jefes españoles que aun persistían en reorganizarlos.

Como aquella cuesta es una subida estrecha en zig-zag, que no daba paso por ninguna otra vía, fácil les había sido contener allí á los dispersos, é impedir que los particulares y los convoyes de carretas, carros, calesas, birlochos y otros vehículos, en que las familias que huían llevaban sus equipajes, viniesen á mezclarse con los individuos de tropa que querían reorganizar. Y al efecto, ordenaron que todo ese alborotado tráfago de la fuga, se detuviese como á cuatrocientos metros del campamento en que querían arreglar los grupos de la tropa.

El general Maroto presidía esta operación con suma diligencia haciendo esfuerzos increíbles para llevar á cabo su empeño. Pero era evidente la mala condición moral en que se hallaban los soldados. Lo que ellos querían, era adelantar

camino hacia la costa. No conocían como jefes de sus respectivos cuerpos á una gran parte de los oficiales que se les imponía. Los unos habían servido en tal ó cual batallón, en tal ó cual escuadrón, y los otros en otro. La menor cosa los alarmaba; y parecían más prontos á insubordinarse para proseguir la fuga, que á obedecer para hacer pie, ó para rechazar al enemigo victorioso, que de un momento á otro veían todos venir sobre ellos. Si éste era el estado de la tropa, el de las familias era infinitamente más doloroso y alarmante. No había mujer que no gritase indignada contra la tropelía que se cometía con tanta infeliz familia que anhelaba escapar cuanto antes y llegar al puerto. Las exclamaciones, los lamentos y las protestas llenaban el espacio y repercutían con sus ecos lastimeros en las montañas inmediatas.

Se trató por un momento de hacerlas pasar adelante para que dejasen desempeñar con tranquilidad la tarea de los militares. Pero, fuera de que tantas carretas y tantos vehículos como formaban el convoy de Marcó del Pont, y de sus otros amigos, exigían largo tiempo para pasar por aquella angostura al paso de los bueyes que las arrastraban, la tropa dió muestras al instante de grande inquietud y de enojo; pues no podía dejar de ver que todo aquel tiempo en que allí la detenían, daba lugar al enemigo para alcanzarla y exterminarla.

Había á un lado de la subida unos pantanos bastante extensos y fangosos, formados como sucede siempre, por la caída de las aguas de lluvia hacia el terreno más bajo, que no dificultaban poco la marcha desordenada que llevaba aquel convoy.

De repente se alzó una inmensa gritería entre aquella multitud, y aun entre la tropa que se estaba arreglando en esa especie de campamento que se procuraba formar. Veíanse sobre los cerros, y aun en el llano, numerosas partidas de gente armada, á pie y á caballo, que comenzaban á rodear á los fugitivos.

Al grito de: *¡El enemigo! ¡el enemigo!* todo aquello se revolvió. Ya no hubo cómo contener á nadie. La soldadesca tomó cuesta arriba, llevándose por delante á sus jefes, que se vieron obligados á renunciar á su empeño y á seguir el empuje del pánico general.

Las carretas y los demás vehículos se movieron como pudieron. Los unos alcanzaron á tomar la cuesta con infinito trabajo; otros eran abandonados por los que los ocupaban, que tomaban caballos y se enarcaban de á dos y de á tres, hombres, mujeres y niños, para huir; mientras otros, tratando de pasar por los lados, caían en los pantanos, y quedaban encajados en su profundo barrial (1).

---

(1) Nos parece necesario establecer aquí que este cuadro es estrictamente histórico.

Tocóle esta última suerte á la calesa en que iba madama M... con Mariana y con el niño. El teniente Amenino hizo esfuerzos heroicos por sacarla de allí. Pero por detrás y á los lados se habían empantanado también otras calesas y algunas carretas que en el pánico no habían podido discernir bien el camino que tomaban; de manera que no era posible retroceder. Se hizo la prueba de amarrar caballos á la cuarta; pero el pantano, más profundo cuanto más adentro, no daba base para que los caballos hicieran pie, y no podían, por consiguiente, tirar. Desesperado de este contraste, el bravo y caballeroso español propuso á la señora que tomase la anca de su caballo para huir. Pero ella opuso la situación de Mariana y del niño.

—Irán, señora, llevados por los dragones—le dijo él con la ansiedad propia del momento.

—¡Pero en este alboroto y confusión es imposible que no se nos pierdan!

—¡Yo respondo que no, señora!

—Usted no puede responderme aquí de eso, ni yo tendré cómo hacerle á usted responsable después si sucede.

—El coronel M... señora...

—El coronel M... no le exigirá á usted nada en ese caso.

—Pero, señora, estamos quedando solos... ¡Voto al infierno!—dijo al reparar que la mayor parte de sus dragones le habían desamparado,

y que huían también mezclados ya con el tumulto.—¡Señora, por Dios!... un instante más y quedamos cercados.

Con la entereza de un hombre resuelto, y con el ademán de una suprema energía, le dijo ella:

—¡Huya usted, teniente!... Ya ha cumplido su deber hasta donde es posible.

—¡Dragones del Rey!—gritó el teniente á los cinco hombres que le quedaban,—huyan á la cuesta y sálvense.

No necesitaron los dragones que les repitiese esta orden; y se pusieron á escape.

—Yo quedo al lado de usted, señora; y conservo esta espada y mis armas para morir haciendo respetar su honor y el nombre que lleva.

—¡No, teniente!... ¡Sálvese usted!

—¡Señora!—le contestó él visiblemente airado.—Una mujer no me enseñará jamás lo que me impone el honor y las órdenes de mis jefes—y separando su caballo, se colocó silencioso á cierta distancia de la calesa, sin querer dar oídos á las voces que la dama le dirigía diciéndole:

—¡Sálvese usted! ¡sálvese usted!

¡Y ya no era tiempo tampoco!

Un grupo de campesinos, aprovechándose del desamparo en que habían quedado, se echaban á galope sobre los carruajes que habían sido abandonados. Al embestir ellos la calesa de madama M..., el teniente les hizo fuego con sus dos pistolas, y la defendió desesperadamente con su

espada. Pero acometido con *libes* (1) y con los *estribos baúles,* que son una arma terrible en Chile, fué prontamente derribado, desarmado y rendido, mientras que otros se arrojaban al carruaje para saquearlo.

Sabe Dios la suerte que habría corrido el teniente Amenino, y la que le habría tocado á la bella dama que él había querido defender, si en ese mismo momento no hubiese aparecido allí, sable en mano y á galope, una mitad de granaderos á caballo, que acudía á toda prisa á desparramar y separar de los carruajes abandonados los grupos famélicos que los saqueaban; y un momento después llegaban de prisa también todo el escuadrón con el coronel N... á su cabeza.

Después que se restableció el orden en aquel tumulto, un oficial le dijo al coronel, señalándole el carruaje de madama M...:

—En aquel carruaje hay una señora con un niño, que parece en extremo afligida y angustiada.

Y en efecto: no tanto por sí, cuanto por la suerte del heroico teniente que se había sacrificado por ella, madama M... pedía á gritos que no lo matasen, que la oyesen.

Reparólo entonces el coronel, y metiendo su caballo en el pantano hasta el estribo de la calesa, con el garbo de un jinete consumado, y

(1) *Libe* es el nombre de las boleadoras en Chile.

con el que era natural á la esbelta y gigantesca talla que le hacía tan hermoso como era galán y cumplido, arrastrando la vaina de su espada mientras que su terrible hoja colgaba de la dragona en su mano derecha,

—Señora — dijo con una extremada cultura,— no se alarme usted; esté usted segura de ser respetada y servida. En este momento no es posible que usted pueda continuar hacia Valparaíso con la debida seguridad... Pero diga usted lo que desea, que será usted complacida al momento.

—Lo que deseo, señor coronel, es que no sea martirizado ese oficial que me custodiaba. Por defenderme se ha sacrificado. No ha querido salvarse, y se ha expuesto á perecer á la puerta de mi carruaje.

Algo de indescifrable y malicioso debió pasar rapidísimamente por la fisonomía del bravo jefe de granaderos á caballo al oir estas palabras. Madama M..., que tenía las percepciones vivas y centelleantes del talento, debió percibirlo, pues agregó al instante:

—¡Sí, señor! Sin conocerme, sin haberme tratado, sin haberme hablado, y sólo por cumplir el encargo de escoltarme que le había dado mi marido el coronel M...

—¿El coronel M..., señora?... ¿Es usted madama M...?

—Sí, señor, y créamelo usted, este joven, sin

conocerme, sin haberme tratado jamás, sin haberme visto hasta ayer se ha rehusado heroicamente abandonar mi carruaje. Sus soldados han huído; pero él ha preferido hacerse matar aquí antes que salvarse con ellos, como podía hacerlo.

Necochea tomó un aire circunspecto; y después de haber reflexionado un segundo, como si obedeciese á una noble inspiración, dirigió su voz al oficial prisionero y le preguntó su nombre.

—Manuel Amenino, teniente de dragones del Rey, y español de nacimiento—contestó.

N... sacó entonces un papel, y sobre sus pistoleras escribió:

«Certifico que el teniente de dragones del Rey, don Manuel Amenino, se ha negado á salvarse; y que aun abandonado por su tropa, ha permanecido al lado de la calesa de madama M...; que la ha defendido con su espada hasta ser herido y desarmado. Y en honor á su heroica conducta le pongo en libertad; y le doy este salvoconducto valedero hasta Valparaíso.

»El comandante de granaderos á caballo

»*Mariano N...*

Después de haber firmado, alargó el papel á madama M..., y dijo:

—¿Será esto bastante para complacer á usted, señora?

16

Ella leyó: se le llenaron los ojos de lágrimas; y devolviendo el papel con una mirada gratísima, contestó:

—¿Qué puedo yo decir para expresarle la admiración de que es usted digno, señor coronel?

—Mi recompensa, señora, es el honor que usted me hace en esas palabras—le dijo él con el tono de la más exquisita cortesía.

Pero como era demasiado diestro y habituado al mundo para permitirse la menor galantería, se dirigió con gravedad al teniente Amenino, le tomó la mano, y felicitándole por su comportamiento, le dió el certificado que acababa de extenderle.

La sorpresa del teniente fué grande; y al verse libre y honrado con semejante testimonio, estrechó con efusión la mano del enemigo que le favorecía de una manera tan inesperada.

—¡Teniente Suárez!—dijo N...—El mejor caballo que haya á mano para el teniente de dragones del rey don Manuel Amenino... ¡Teniente! Tiene usted libre el camino para incorporarse con los suyos... ¡Buena suerte, y hasta otra vez!—agregó con un tono indefinido, que no podía decirse si era amistoso ó problemático.

El teniente realista recibió su sable de manos de Suárez, arregló su caballo y partió.

Decir lo que tal vez pasaba en aquel momento por el alma romancesca y exaltada de madama M..., es imposible. La figura, la discreta

cortesía y la generosidad del bizarro jefe argentino la tenían evidentemente conmovida bajo la impresión de una profunda gratitud; y debían tener un influjo poderoso en su destino y en los futuros sucesos de su vida.

Del mismo modo, la belleza excepcional de aquella tan hermosa dama; su entereza en tan amargo conflicto; lo fantástico del encuentro, debían haber impresionado también (á pesar de su disimulo) el corazón de un joven tan señalado ya en los crudos combates de la guerra como en los tiernos asaltos del amor.

La escena había sido altamente dramática: los procedimientos, nobles y generosos... ¿Qué más para dar origen á la grande y peligrosa crisis de la vida?

De la estimación y de la gratitud, al trato y á la intimidad; de la intimidad... ¿Para qué decirlo, cuando el héroe de la aventura era un guerrero como el coronel N... que jamás había perdido la ocasión de... dar una carga á fondo, y á su tiempo?

XXIX

Sin manifestar más solicitud que la que el estricto comedimiento le impone en estos casos á un caballero discreto y culto, el coronel N... volvió á acercarse á la calesa.

—Señora—le dijo,—me parece indispensable que ustedes desocupen el carruaje. Al arrastrarlo hacia terreno seco podría volcarse.

—Muy bien... pero no me gustaría verme obligada á salir á caballo.

—Veremos si es posible evitarlo—contestó el coronel.—Tendrá usted que esperar algunos minutos, porque mis deberes me obligan á tomar antes otras medidas.

Se ocupó, pues, de dar algunas órdenes; y en virtud de ellas, dos compañías del escuadrón entraron en la cuesta y se situaron en su altura.

En seguida ordenó que los campesinos que se habían reunido allí, deshicieran una ó dos carretas, y que con los maderos, palos y cañas for-

maran una especie de puente bastante elevado para que madama M... pudiese caminar sobre él y salir de aquel barrial.

Mientras que unciendo algunos bueyes arrastraban la calesa á buen piso, apareció por el extremo del llano, en dirección también á la cuesta, un batallón argentino destinado á ocupar á Valparaíso; y un momento después se adelantaba al lugar en que se hallaban los *Granaderos*, el comandante Alvarado, jefe del batallón de Cazadores de los Andes, montado en un soberbio caballo.

—Mariano—le dijo Alvarado, entregándole un oficio á N...—Esa es una orden para que te repliegues á la capital. Yo tengo orden de marchar rápidamente sobre Valparaíso y de ocupar hoy mismo el puerto para impedir el embarque de los dispersos. El general espera que haciendo diligencia podré apoderarme de Marcó y de Maroto... ¿Qué ha habido aquí?

—Nada de particular; una parte del escuadrón está ya arriba de la cuesta; y apurando tu marcha, de seguro que tomarás muchos prisioneros.

—¿Y aquella señora?

—Es la señora de M... Se le empantanó el carruaje como á todas esas otras familias que están más allá; y se le ha hecho salir mientras se lo preparan.

—¿Y para dónde va?

—No tiene más remedio que regresar á Santia-

go. Tú comprendes, siendo la mujer de M..., yo tengo que considerarla como prisionera... Cuando menos puede servirnos como rehén..

—¡Por supuesto! ¡Sabe Dios lo que estos diablos harán por el sur!... Y bueno es que tengan este freno.

—¿Quieres que te presente?... No has visto mujer más hermosa en tu vida.

—Por ahora no. Después la veremos en Santiago, si acaso.

Llegaban ya al pie de la cuesta las primeras compañías de cazadores; y Alvarado les ordenó subir inmediatamente.

—Yo creo que el general—dijo—ha de haber contado con que tú estarías ya en las inmediaciones de Valparaíso cuando yo te alcanzase, y me parece que sería conveniente que llevase conmigo una compañía por lo menos de tu escuadrón.

—Lo creo muy conveniente; y en todo caso es cosa de una hora hacerla regresar.

—¡Bien! Cuando llegues á Santiago infórmalo al general; y da orden á tus capitanes para que se pongan á mis órdenes.

Hecho así, se iban ya á separar los dos jefes, cuando Alvarado, golpeándose la frente, dijo:

—¡Qué diablos!...¿No me has dicho que aquella dama era la mujer de M...?

—Sí.

—¡Pues mal va á encontrar sus cosas en San-

tiago! Anoche le han saqueado la casa hasta barrerla del todo: no le han dejado ni un pañuelo, ni un trapo: espejos, muebles, ropas, vajilla, todo ha sido destrozado; y para colmo de fiesta, se ha incendiado y está en escombros.

—¿Y quién ha hecho eso?—preguntó N... indignado.

—El populacho. Los *rotos*.

—¡Es un oprobio!... Pero, en fin, ¿qué vamos á hacer?... Razón de más para que regrese á atender sus intereses... Lo mejor es no decirle nada... y que sepa su desgracia cuando llegue.

—Son muy mal queridos.

—En cuanto á ella... no creo que sea justo... Me ha hecho muy buena impresión.

—¡Ya lo creo!... Siendo tan bella como dices... ¿Qué te importa lo demás? Protégela tú, y al diablo los M... ¡y los otros! ¡Adiós!

—¡Adiós!

Compadecido ya de una manera particular de lo que Alvarado acababa de decirle, y reparando que la calesa de madama M... estaba ya fuera del pantano y pronta á rodar, N... se acercó á ella y le dijo:

—Señora, vamos á ponernos en marcha. La calesa de usted seguirá á retaguardia del escuadrón custodiada por un piquete para evitar todo contratiempo. El país está bastante alborotado como usted ha visto, y debe haber partidas alzadas que andarán cometiendo desórdenes.

—Permítame usted, coronel—le dijo ella,—que le pida á usted un favor insignificante y tan vulgar, que hasta vergüenza tengo de verme obligada á pedírselo á usted.

—¿Y por qué, señora?... ¡Diga usted!

—Hace muchas horas que esta pobrecilla criatura no ha tomado alimento, y quisiera acercarme á algún rancho, á alguna casa, en donde pudieran darme leche y alguna otra cosa para él; ya usted ve que no es justo que me lo traten como á prisionero.

—Es muy fácil, señora, complacer á usted. Dentro de un momento vamos á estar en la posta: allí haré alto para que coman mis soldados, y usted podrá procurarse lo necesario.

N... se separó de madama M... y se puso á la cabeza de su tropa; la calesa siguió á retaguardia; y media hora después entraron á la *posta,* donde los soldados se ocuparon de su comida y la señora de proveerse de los alimentos que necesitaba para el niño, para ella y para Mariana.

Al poco rato entró el coronel al cuarto en que estaba madama M... y le dijo:

—¿Ha descansado usted, señora? Vamos á continuar la marcha.

—Cuando usted guste, señor coronel. El niño ha tomado ya su alimento, que era lo principal.

—¿Es hijo de usted?

—No, señor. Dios no me ha bendecido con

esa gracia. Es un huérfano cuya madre no conozco. No tiene más amparo ni más madre que yo, por ahora; y estoy obligada, por lo mismo, á cuidarlo como si fuera mío.

Madama M... le refirió entonces todo lo que sabía del niño, que, á la verdad, era bien poco, y la manera cómo lo había recogido en su casa.

—No sé ni cómo se llama siquiera — agregó ella.

El coronel, entonces, con una sonrisa llena de malicia, le dijo:

—¡Eso es grave! Será preciso que lo bauticemos.

—Quizás tenga usted razón.

—Pues, señora, permítame usted desde ahora que solicite ser su padrino, si, como es de esperar, ha de ser usted la madrina.

—Y no lo tome usted á broma—dijo la andaluza.—¡Le tomo á usted la palabra! No se necesita de la pila y del cura para tomar bajo su protección un niño desvalido; y por lo que le he dicho á usted, bien ve usted que este pobrecillo bien lo necesita. ¡Una madre perdida, ó que lo ha perdido, y una loca vagabunda por única dueña!... Y mire usted, coronel, si me lo quisieran quitar sin derecho de madre ó de familia, voy á ocurrir á la protección de usted; porque lo que es yo, bien sé lo poco que he de valer en el nuevo orden de cosas que ha imperado. Lo único que puedo darle yo es el techo de mi

casa; y sabe Dios si puedo contar con él... Y eso, coronel, que jamás he tenido pasiones de partido; que quiero como míos á los americanos, y que he hecho por ellos cuanto he podido. Pero mi marido... ¡Dejemos esto! Me duele y me incomoda hacerle á usted protestas de este género en semejantes momentos... ¡De mí, que sea lo que el destino quiera!... Pero en cuanto al niño, queda desde ahora bajo la protección de usted... ¿No me hará usted el gusto de darle un beso, para dejarme tranquila de que ha de ser usted su padrino, con pila ó sin pila, como usted me lo ha dicho? — dijo madama M... tomando el niño de los brazos de Mariana y presentándolo al coronel.

No teniendo cómo negarse, aunque con un evidente encogimiento, el coronel acercó sus labios á la frente de la criatura. Sin darle la mano, porque entonces no era permitido tomarse esta libertad con una dama, el coronel le hizo una cortés reverencia y se despidió en seguida, pidiéndole que le permitiera el honor de presentarse á ella en Santiago. Madama M... se lo concedió, y bien seguro estaba él de que la dama tendría que acudir á sus servicios cuando viera el estado á que la había reducido el saqueo y el incendio de su casa.

XXX

Feliz había sido madama M... en ser detenida antes de llegar á Valparaíso; porque no puede darse situación más desastrosa y lamentable que la que les cupo á las desventuradas familias que, huyendo de un mal imaginario, buscaron una salvación ilusoria en Valparaíso, contando con que lograrían reunirse con los suyos en Concepción y en Talcahuano.

Seguidos de cerca por el batallón de cazadores y por las dos compañías de granaderos á caballo, los prófugos que más se habían adelantado llegaron al puerto. Pero muchísimos otros, detenidos por el cansancio y por la falta de medios para proseguir, cayeron, á poco de andar, en poder de los patriotas; y fueron remitidos á Santiago, donde no tardaron en ser puestos en libertad y en volver á sus respectivas casas.

Marcó del Pont tuvo miedo de huir incorporado á sus amigos y satélites. Creyendo que era

mucho más acertado y más seguro separarse del convoy y dirigirse á San Antonio, fué sentido, cercado y tomado por las partidas que se habían formado en la hacienda de las *Tablas*. Remitido al general San Martín, fué destinado á la provincia de San Luis, donde quedó confinado y oscuro para el resto de su vida.

Los otros grupos, compuestos de hombres, mujeres, niños y soldados, todos revueltos, alcanzaron á entrar en Valparaíso; pero á la vez que los patriotas, presos desde antes en algunos de los buques realistas, se sublevaban en ellos, se hizo imposible también obtener el menor orden para hacer el embarque en los otros. Las tripulaciones, tan anarquizadas como los fugitivos, hicieron lo que quisieron al impulso de la alarma y del pánico general. La confusión fué tal, que en vez de hacerse á la vela para el sur, los marinos creyeron que no había salvación sino yéndose á Lima; y se llevaron toda aquella multitud completamente desprovista de preparativos para este viaje, y de medios para vivir allá, donde no tenían deudos ó relaciones que los recibieran.

A eso de las nueve de la noche llegaba á Santiago el escuadrón del coronel N... conduciendo una larga comitiva de prisioneros y de prófugos, que tomados y detenidos por las diversas partidas y fuerzas que recorrían el país, había ido reuniendo en el camino.

Conociendo él la catástrofe que dejaba á madama M... sin la habitación con que ella contaba, se acercó á su calesa y le dijo:

—Señora, ¿dónde quiere usted que se la conduzca?

—Pues qué—dijo ella con sorpresa,—¿me tratarán ustedes como prisionera de guerra?

—¡De ningún modo, señora!

—Pues entonces que me lleven á mi casa: calle de la Bandera, última cuadra, al tocar en la Cañada.

—Es, señora, que voy á tener el dolor de darle á usted una triste noticia.

—¿Qué triste noticia puede darme usted, coronel? Todo lo que me interesa está aquí conmigo... No tengo más familia... ¡Ah! ¿Habrán tomado ó muerto á M...? Y aun en este caso, no habría razón para privarme de ir á mi casa. ¿Sabe usted algo de M..., coronel?

—Nada, señora; y no creo que le haya sucedido desgracia alguna; pues yo ya lo sabría.

—¿Y entonces?... Diga usted. ¡Yo puedo saberlo todo sin desesperarme, coronel!

—Pues bien, señora: el populacho ha saqueado la casa de usted antes que entraran nuestras tropas. Todo ha sido despedazado, robado, y la casa misma está en ruinas: fué incendiada.

Madama M... hizo un gesto de enojo; pero reponiéndose al instante, dijo con desprecio:

—¿Y eso es todo, coronel?

—Lo bastante al menos, señora, para que yo quisiera saber de usted á dónde quiere usted que se la conduzca... ¿ Alguna casa amiga ?...

—Déjeme usted pensar un momento, porque en estos casos no conviene aterrar ó incomodar á los amigos.

—Si usted gusta, yo procuraré encontrar...

—No, coronel; le doy á usted las gracias, y cuento con su amistad para después, ¿ no es cierto ?

—¡ Y para siempre, señora!

—¿ Cree usted que de aquí puedo ir sin peligro al alojamiento que quiero tomar ?

—Sí, señora... y en todo caso, irán dos soldados acompañando á la calesa.

—¡ Mariana! — dijo la señora. — Bájate tú, y que la calesa te siga á la casa de Tomasa, de doña Sinforosa: pasaremos allí la noche, y mañana veremos cómo arreglarnos. ¡ No te aflijas, hija! Estos son contrastes pasajeros de la vida. ¡ Unos días más y todo se repara! Coronel, está todo arreglado: que la calesa siga á esta muchacha... ¡ Adiós, coronel! Le quedo á usted sumamente agradecida.

—¡ Permítame usted dos palabras, señora! Serán más serias y sinceras de lo que usted podrá creer en este momento. Después de haber visto á usted, mi espíritu queda profundamente perturbado...

—Coronel, por Dios: ¿ me va usted á hacer una declaración ?

Era evidente que por más que lo quisiera ocultar, madama M... estaba enojadísima con la noticia del incendio y ruina de su casa.

—No, señora. Me voy á permitir un desahogo, porque no puedo separarme de usted sin...

—¡Santos del cielo!... ¡Y al pie del estribo, como en tiempo de los caballeros andantes!... ¿Sabe usted que no me disgustaría si fuese en un torneo?... ¿Y en un solo día, ya padece usted de ahogos?

—¡Pero qué día, señora!

—¿Muy largo?

—¡Muy lleno, al menos, para todo el resto de mi vida!

—¡Dios mío!... ¿Y así mide usted la vida de sus pasiones?... Pues será preciso tener cautela con ellas. ¡Cómo se conoce que es usted coronel de caballería!

—Señora, yo no tengo talentos para luchar con usted en el terreno de las gracias; pero soy impresionable, y tengo un corazón... Por otra parte, señora, yo no le he dicho nada más sino que quedó profundamente perturbado; y sólo quería pedirle á usted una gracia—dijo el coronel con la más exquisita dulzura y afectado candor.

—Pero siendo usted el acreedor ¿quiere usted ser duro y usurero conmigo?

—¿Y sería serlo, señora, pedir á usted que me permita frecuentar su trato?

—¡No lo sé!... Pero ¿cómo evitarlo?... Deje usted el porvenir al cuidado de la providencia y de los sucesos. No hablemos más en este tono —le dijo ella alargándole el revés de la mano.

El coronel la tomó con efusión, y depositó un delicadísimo beso en ella.

—Dígame usted: ¿dónde se le hallará á usted si me persiguen y si tengo la *desgracia* de verme obligada á recurrir á usted?

—Ignoro, señora, cuál será mi cuartel. Creo que esta noche acamparemos en la plaza. Mañana procuraré ver á usted, si tiene la bondad de indicarme la casa en que piensa alojarse.

—En la misma acera del Carmen Alto, en la primera casa terminando la pared del convento.

—Permítame usted apuntarla, porque todavía no conozco á Santiago.

Al despedirse de nuevo, el coronel quiso volver á pisar en el estribo de la calesa; pero ella le puso la mano en el pecho con afabilidad y con entereza, y lo detuvo diciéndole:

—Adiós, *mi amigo*.

XXXI

Como era natural, la madre y las hermanas de Tomasa habían pasado el día en la mayor desolación. Por mucho que se habían afanado, no habían encontrado medio alguno de hacerse oir para demostrar la injusticia de su prisión, ni para explicar siquiera el terrible *quid pro quo* que las hacía responsables de la pérdida del niño, y de connivencias con M... y con San Bruno, que jamás habían tenido. Cuantas personas habían procurado ver ellas, les habían respondido: «Por ahora, es imposible»; «Es menester esperar que eso se aclare»; con otras evasivas que las habían descorazonado. Así es que vueltas á su casa, y rodeadas de las vecinas que compadecían su desgracia, no tuvieron otro recurso que congregarse todas por la noche, rezando y orando delante de una imagen de la virgen de las Mercedes, que les trajo una vecina, asegurándoles que era tan milagrosa, que

muchas veces había resucitado muertos, cuando los que la rogaban eran verdaderamente religiosos y ponían su confianza en ella.

—Una vez—les dijo la vecina—pasaba un hermano mío por una calle solitaria, y salió un perro á morderlo. El sacó al instante su cuchillo, se defendió y logró herir al perro, que huyendo, ganó el cercado de la quinta, ladrando. Pero quién les dice á ustedes que unas varas más adelante tropezó con un cuerpo: se agacha para ver lo que era, y al ver que era un muerto, sale disparado, horrorizado y con un susto terrible. Pero tropieza allí con la partida de la Hermandad, que al verle con un cuchillo ensangrentado en la mano, lo arrestan, y descubren al muerto que estaba más allá bañado en su sangre. No se les ocurrió más sino que nuestro hermano era el asesino. En vano rogó, pidió. ¡Nada! ¡A la cárcel! Pero dice mi hermano que cuando le amarraban los brazos, vió en la obscuridad de la noche una señora toda vestida de blanco que, poniéndose los dedos en los ojos, dijo: «¡Yo he visto!» y se alzó en una nube á los cielos. En el acto conoció á la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, que teníamos en casa, y que es esta misma que les traigo, para que le recemos por Tomasa. Cuando el alcalde se informó de lo que le dijo la partida, mandó ponerle grillos y meterlo en un calabozo. Pero en esta misma noche, y cuando dormía á pierna suelta, acostumbrado como es-

taba el maldito á cometer injusticias todos los días de la semana, recibió un terrible latigazo en la cara; y al despertarse asustado, se encontró con la Virgen de las Mercedes que echaba fuego por los ojos; y que levantándolo por los cabellos le refirió lo que había visto, ordenándole poner en libertad á mi hermano en el acto mismo, so pena de hacerlo morir de repente y en estado de pecado mortal para que lo purgase en el infierno. El mismo alcalde se lo contó así á mi hermano al ponerlo en libertad. Infinitos milagros de esta y de otras clases ha hecho esta imagen poderosa. ¡Prendamos velas, muchachas, y pongámonos á rezar!—decía la buena vecina acomodando el cuadro de la estampa sobre una mesa entre todas las velas que se pudieron hallar á mano.—Ya verán cómo Tomasa sale en libertad. ¿Usted cree, misia Sinforosa, que Tomasa estará sin pecado mortal?

—¡De cierto, doña María! ¡Si es la virtud misma!

—Pues arrepiéntanse ustedes de los que tengan y recemos toda la noche, que mañana estará ya en libertad; ya verán ustedes lo que es esta imagen.

Y todos, en efecto, se pusieron á rezar con el fervor más sincero y con la esperanza más grande puesta en la milagrosa imagen que adoraban.

Habían ya rezado dos rosarios, el trisagio y otras dos advocaciones, cuando la vecina dueña

de la imagen, que dirigía aquellas plegarias, les dijo:

—Ahora muchachas, descansaremos un poco y tomaremos unos mates de leche con canela; porque «á Dios rogando y con el mazo dando».

Haciéndose dueña de casa, como que era la administradora de los favores, dones y milagros de la santa virgen, echó mano al mate con los demás adminículos, hizo hervir la leche en el brasero, roció con ella la veneranda imagen para consagrarle las primicias, se tomó el primer mate para solazar el paladar, que lo tenía demasiado seco con tanto rezar; y después lo distribuyó entre los demás; pero la madre de Tomasa le dió las gracias diciéndole que no tenía apetito.

—Pues es preciso que usted tome aun sin gana. A esta virgen no le gusta que desconfíen de ella; y un mate caliente la va á confortar á usted para que sigamos rezando.

Siguióse así el turno, tomándose siempre doña María dos mates bien llenos por cada uno, escasamente cebado, que repartía á los demás, hasta que dió fin á la leche, y limpiándose los labios,

—¡Eh!... Vamos ahora á rezar un padrenuestro, cinco salves y las letanías, que es lo que más la encanta á Nuestra Señora de las Mercedes. Estoy cierta que la Santísima Virgen se ha puesto ya al lado de Tomasa para salvarla. ¡Confianza y fe, querida amiga!—le dijo á doña

Sinforosa dándole un beso perfumado todavía con hierba y canela.

Todas se postraron y comenzaron los rezos con nuevo fervor.

En lo mejor de las letanías y del *ora pro nobis,* y cuando doña María entonaba con voz inspirada el *Stella matutina: Consolatrix aflictorum,* oyéronse muchos golpes á la puerta de la calle.

—¡Albricias, muchachas! ¡Albricias, doña Sinforosa! ¡El milagro está hecho! ¡Esa es la Virgen Santísima de las Mercedes que trae á Tomasa! ¡Hínquense todas mirando á la puerta, que yo voy á recibirla! ¡Hínquense y levanten las manos al cielo!

Las diez ó quince vecinas que habían estado orando, hicieron lo que les ordenaba la fervorosa devota de la Virgen de las Mercedes; y se pusieron todas con las manos levantadas hacia la puerta, esperando ver entrar la milagrosa aparición.

Aunque no santa, no fué menos bella la galana dama que, sin hacer caso de las genuflexiones y de las extravagancias con que doña María la tomaba por la Virgen de las Mercedes, se entró en la casa de Tomasa. Era madama M..., como lo sabe el lector, que, aunque febril y agitada por las emociones de aquel día extraordinario, venía muerta de cansancio creyendo hallar un poco de quietud que le permitiera reflexionar sobre el cúmulo de cosas y de ideas que se atropellaban

en su mente. No fué poca su sorpresa al encontrarse con todas aquellas mujeres, desconocidas para ella, que la recibían postradas como si le dirigiesen plegarias.

Al verla, la madre de Tomasa corrió á ella, y abrazándole las rodillas, exclamó:—¡Señora! ¡Señora!—anegada en lágrimas.

Las demás se decían unas á otras:

—¡Es Nuestra Señora de las Mercedes!—y se golpeaban el pecho mirando azoradas.

Doña María, que toda sofocada entraba también por detrás de madama M..., decía:

—¡Virgen Santísima! ¡Virgen *inmaculata!* ¡Has oído nuestras plegarias! *¡Regina martyrum!*

—¿Están ustedes locas?—dijo la Pepa con sorpresa y con disgusto, porque aunque sabía las letanías, no era muy dada á rezarlas, ni á devociones.—¿Qué loquero es éste, Sinforosa?... ¿Qué hay aquí?

—¡Señora, señora!... *¡Misia Pepita* querida! —dijeron la madre y las hermanas de Tomasa.

Al oir este nombre tan poco propio de la santísima y milagrosa virgen de las Mercedes, doña María y todas las demás devotas se quedaron estupefactas y confundidas. Pero doña María, que no se dejaba derrotar así no más por cualquier accidente de poca monta, interrumpió con enfado á doña Sinforosa:

—¡Vecina, vecina! ¡Mire usted lo que dice!

¡Está usted delirando! No le hagáis caso, *Divina Mater:* el dolor la extravía, Santísima Virgen. Ninguna de nosotras está en pecado mortal—gritaba,—y ya es tiempo de que hagáis, señora, el milagro que esperamos.

—¡Esta mujer es loca!... Veamos, Sinforosa, ¿qué pasa? Dígamelo usted pronto, que estoy fastidiada y no estoy para bromas.

Fué tal el tono imperioso con que madama M... pronunció esta orden, que las que la tomaban por la Virgen de las Mercedes enmudecieron sumisas; y las de la familia, que la conocían y respetaban, la informaron de cómo Tomasa había sido llevada á la cárcel á causa de la desaparición del niño.

—¡Acabáramos!... ¡Muy bien! Lo principal del milagro está hecho: el niño está ahí dormido en los brazos de Mariana, como ustedes lo ven; y aunque sea propio de tontas y de locas figurarse que Nuestra Señora de las Mercedes ande en la tierra por gusto de ustedes, Dios, Dios el Padre de todos los mortales, no necesita de hacer viajar su Divina Madre, ni de velas, para honrar y premiar la virtud y para consolar á los afligidos. Muchas veces prepara las cosas... por medios muy humanos, que nada tienen de milagrosos, á fin de que los unos y los otros nos hagamos el bien en la tierra. Yo creo que, puesto que el niño está aquí, todo lo demás se conseguirá pronto, y que Tomasa será puesta en libertad.

—Usted, señora—dijo doña María,—dirá lo que quiera y pensará lo que se le antoje. La aparición de ese muchacho es un milagro de *mi Virgen;* y si Tomasa sale en libertad no es por usted, señora mía, que, por lo que dice de los santos, muy bien puede ser que esté usted en pecado mortal, y sin confesión, que es lo peor; ¡sino por *mi Virgen!* Y por último, ¡no quiero estar más aquí! ¡Me llevo *mi Virgen,* y mis candeleros y mis velas!—agregó apagando las luces, cargando con todo lo suyo y repitiendo:—¡Miren qué *sujeta,* qué Majestad, para hacer el milagro, si no hubiese sido por *mi Virgen!* ¡Gracias, doña Sinforosa, por el pago que ustedes me dan!

—¡Oye, mujer!—le dijo madama M...—¡Espérate!—Y sacando de un bolsillo un escudo de oro, le agregó:—¡Toma! ¡Ahí tienes con que hacerle decir ocho misas á *tu Virgen:* ya ves que respeto sus milagros!

Esta generosa dádiva consoló un poco á doña María; pero no obstante eso, se retiró reclamando siempre el poder de su Santa Virgen; y agregando el nuevo milagro al catálogo de los otros muchos que ya había hecho. Bien es verdad que se hacía pagar dos duros por cada vez que prestaba su cuadro; y que no le convenía que se amenguase el crédito con que ella pregonaba sus preciosas virtudes.

Cuando la madre de Tomasa oyó que mada-

ma M... le daba esperanzas de que su hija estaría en libertad al otro día, se sintió consolada; pero no tanto como para no exclamar:

—Y qué, señora mía, ¿la pobrecita tendrá que pasar esta noche en la cárcel entre presos y bandoleros?

—Es que á estas horas... más de las diez... Pero—agregó reflexionando—quizá sería mejor hacerlo lo más pronto posible. Mañana... no estoy segura de que esté mañana en Santiago la persona á quien pienso interesar por la libertad de Tomasa... Y fuera de *él,* no cuento por ahora con nadie más... ¡No hay remedio, es menester que vayamos ahora!... Mariana, quédate con el niño: ¡cuidado como se lo entregan á la Loca! Mariana, tú eres fuerte y guapa; resiste y échala á la calle si aparece aquí, aunque grite como un demonio... ¡Ahora me acuerdo! Con el ruido y la confusión que todas ustedes hicieron á mi llegada, me olvidé de dar orden de que se llevasen la calesa, y los dos soldados que me custodiaban deben estar ahí.

Con esto salió la Pepa precipitadamente á la puerta de la calle, y encontró que todo permanecía como ella lo había dejado al entrar. Dirigiéndose á uno de los militares, le preguntó qué órdenes tenían.

—Tenemos orden de estar aquí hasta que V. S. nos despida.

—¡Bien, hijo! Hazme el favor de entrar con

tu compañero, para que les den algo de comer y unos mates: espérenme aquí hasta que yo vuelva, y defiendan esta pobre familia si algo sucede.

—Desde que V. S. lo manda—dijo el soldado encogiéndose de hombros,—así lo haremos.

—Yo voy en la calesa á ver al coronel.

—Pero es que tenemos orden, señora, de acompañar á V. S.: y no podemos faltar.

—Bueno; entonces, lo que haremos será que uno de ustedes se quede y que venga el otro conmigo.

Los dos soldados se consultaron; y después de bien examinado el caso, resolvieron que así cumplían la orden de acompañar á la señora y la de obedecerle también.

Madama M... volvió á tomar la calesa haciendo subir en ella á doña Sinforosa, y se hizo conducir á la plaza Mayor.

Después de las dificultades y requisitos de orden para entrar en el cuadro, vino á saber que el coronel N... estaba en ese momento con muchos otros jefes en la casa del general O'Higgins. No se desanimó por eso; antes bien, logró hacerse llevar allá y hacerse anunciar al coronel como *la prisionera de la mañana* que tenía grande urgencia en verle.

El coronel salió inmediatamente hasta la calle; y después de hacer bajar á madama M..., la tomó del brazo y la introdujo á una de las piezas de la casa, que toda entera estaba alum-

brada y llena de gentes y militares que se movían entrando y saliendo con grande actividad.

Después de haber hecho desocupar la pieza de los que estaban en ella para quedar solos, madama M... le refirió la desgracia en que había encontrado á lo pobre familia en cuyo seno había ido á buscar un albergue, ya que su casa estaba en ruinas y cenizas; y le presentó á la madre desolada que tenía allí delante.

—Precisamente, señora—le dijo N...,—me ocupaba de usted en este momente con el señor don Bernardo (el general O'Higgins), y habíamos convenido que era un deber del gobierno patriota reparar el contraste...

—Yo le agradezco á usted muchísimo ese interés. Por ahora, coronel, tengo otro motivo más urgente que el de mis propias cosas... para venir á ver á usted; mi grande anhelo es que usted haga poner en libertad á esa pobre joven de que le he hablado á usted. El niño de que se trata, es ese mismo niño que usted ha tomado bajo su protección: su ahijado de usted. La pobre muchacha, como usted comprende, no ha cometido crimen ninguno al entregármelo á mí bajo el terror que le ocasionó el bando de Marcó del Pont. Ni es, ni ha sido jamás, realista: no ha tenido en su vida contacto alguno con San Bruno, á quien ni conoce, ni ha visto jamás...

—¡Así es, así es, señor!—repetía doña Sinforosa.—No le hemos visto, ni sé si es bajo ó alto;

más bien nos daba miedo su nombre cuando lo oíamos.

—Créalo usted, coronel, es la pura verdad... y usted comprenderá que una noche de cárcel entre bandoleros y prisioneros desalmados, es cosa...

—Madama *Pepita,* me está usted demorando en el deseo que tengo de complacerla. Por grande que sea el encanto que tengo de verla y de oirla, más grande es el que tengo de colmar sus órdenes. Voy ahora mismo á hablar con el señor don Bernardo; espérenme ustedes aquí.

Y el coronel salió de la pieza con suma diligencia.

—¡Esto es hecho, Sinforosa! Dentro de algunos minutos tendrá usted á Tomasa en sus brazos y la llevaremos á su casa... Pero yo...

—¿Usted cree, misia Pepita, que soltarán á mi hija ahora mismo?

—¡De seguro!—dijo.—Y murmuró entre dientes, como si hablase consigo misma:—¿Y yo? ¿podré defenderme?... ¡Eh! Haré lo posible, y en todo caso... ¡que se cumpla mi destino! ¿Cómo evitarlo?

Habían pasado apenas diez minutos, cuando el coronel N... entró por la puerta del patio trayendo de la mano á Tomasa. Aquello fué un alboroto de llantos, de júbilo y de ternura entre la vieja madre y la hija. Las dos se postraron á los pies de madama M... con las demostraciones

más espontáneas de gratitud y de cariño; y cuando ella las hubo calmado pidiéndoles qué dieran gracias á su verdadero salvador, éste encontró ocasión de decirle en voz baja:

—¡Ah, si yo hallase gracia también, señora! ¡Quizás es más grande mi tormento y mayores las ansiedades con que la duda destroza mi corazón!

—¡Coronel, sea usted generoso, por Dios! ¿No ve usted cuánto le debo? ¿No quiere usted reservarse siquiera el derecho de saber si soy digna de su estimación?... ¡Seamos amigos! Sea usted mi amigo; conózcame usted bien y déjeme el derecho de conocerlo y de juzgarlo.

—Pepita, merezco la lección; perdónemelo usted... El señor general O'Higgins desea tener el honor de verla á usted y de decirle algunas palabras.

—Es tan tarde, N..., que yo preferiría dejar para mañana el honor y el favor que me hace el señor general O'Higgins. ¿Quiere usted rogarle de mi parte que me conceda ese plazo?

—¿Cómo no?

—Entonces, será hasta mañana á mediodía. ¿Estará usted para introducirme?

—De seguro, Pepita.

Y se despidieron vinculados ya en los ensueños vagos de la fantasía por un no sé qué de misterioso, al que ninguno de los dos osaba dar su nombre todavía.

Visiblemente preocupada y taciturna, madama M... iba en la calesa agitada por un conjunto de ideas fugaces que se le deslizaban en el momento mismo en que quería tomarlas. Pero una surgía sobre todas las otras, y se fijaba en su mente con letras de fuego: *El destino me arrastra. ¿Qué será de mí?... ¡De uno, pero jamás de dos... ¡Víctima, puedo ser!... ¡pérfida, jamás! jamás!*

XXXII

La dueña del milagroso cuadro de la Virgen no había podido resolverse á abandonar la casa como había amenazado hacerlo en el primer momento de su despecho; y apenas había llegado á su habitación y puesto en su lugar los candeleros y las velas con que había ayudado á las plegarias, se sintió movida por la curiosidad y se creyó con el derecho de volver, con su imagen debajo del brazo, para ver si la señora de M... lograba ó no sacar á Tomasa en libertad.

Algo mohina, pero indecisa, entró pues de nuevo protestando que si madama M... traía á Tomasa, era porque *su* Virgen de las Meredes le había permitido representarla.

—Alguna de las que están aquí—dijo mirando de soslayo á una vecina, que por cierto no tenía mal talante—está en pecado mortal y sin confesión, que de no, la misma Virgen hubiera hecho el milagro y nos hubiera visitado en persona.

Aquí está—dijo mostrando el cuadro,—y aquí la tengo para que nadie se atreva á despreciarme. Y juro de nuevo que si esa señora no viene trayéndonos á Tomasa, es preciso que yo conjure todas las sabandijas que puede haber en esta casa para que se vayan á infestar en otra parte; y que las que estemos en gracia sigamos rezando hasta conseguir el milagro. Sí: ya sé yo quién ha andado diciendo que soy una fanática, y que...

En esto se levantaron todas de golpe, y ella misma se interrumpió. Habían oído el rodar de la calesa; y cuando salían á la puerta, Tomasa entraba de carrera.

La vuelta de Tomasa á la casa materna produjo, como era de esperarse, la más tierna escena.

Las hermanas la abrazaban, la besaban y corrían de ella á la madre y de la madre á ella, llorando de júbilo. Las vecinas hacían lo mismo y cada una se empeñaba en ser la primera, y en señalarse más que las otras por el fervor de sus felicitaciones y de su alegría.

Si la misma Virgen Santísima de las Mercedes se hubiera presentado en medio de aquel cuadro, no hubiera sido tratada con más respeto y adoración que madama M... La eficacia y la suma bondad de sus servicios en momentos en que todo el régimen antiguo había venido al suelo, levantándose uno nuevo en que parecía que no

pudiera haber tenido tanto influjo, era la admiración de todas aquellas mujeres, que, al contemplar su belleza, sus gracias y la majestad de sus modales, la creían dotada de una virtud más que humana, en el alto nivel en que se levantaba sobre ellas.

Cuando la dueña de la Virgen pudo acercarse á la madre de Tomasa, le dijo:

—Doña Sinforosa, usted me debe dos duros, porque este milagro es obra de *mi* Virgen: y ya usted ve, yo tengo que abonarle dos misas al padre agustino fray Emeterio; y si no se las mando decir poniendo *mi* Virgen en el altar, la divina señora se irritaría contra mí, porque este milagro lo ha hecho ella sola, doña Sinforosa.

—Así lo creo yo, doña María: la divina señora ha sido piadosa con nosotros y nos ha oído; pero no le podré pagar á usted sino cuatro reales cada sábado, cuando cobremos las costuras.

—¡Por eso no hay cuidado!... Es lo mismo.

—No hay necesidad de eso — dijo madama M..., que había oído este último diálogo.—Mañana mismo tendrá usted sus dos duros, buena mujer... ¡Ah—dijo para sí,—si yo pudiera creer como ellas!... ¡Milagro! ¡Milagro! En fin, es lo mismo, *milagro* para ellas, *destino* para mí.... Pero es duro siempre caer después... ¿Quién puede penetrar los misterios del *después?*... Mis amigas—dijo dirigiéndose á todas las demás mujeres,—estoy cansadísima, postrada, y voy á tomar una cama para reposar unas horas.

—Está pronta, señora. Por aquí—dijo una de las muchachas de la casa.

Contenta y reconciliada ya la dueña de la Virgen, con el milagro y con el abono de su renta, levantó la voz é hizo que la oyesen en silencio:

—Ya ven ustedes, amigas y vecinas: la señora reconoce que es mi Virgen la que ha hecho este milagro de la salvación de nuestra querida Tomasa. Ella misma lo ha dicho. ¿No es verdad, doña Sinforosa? ¿No le acaba de decir á usted que la Virgen es la que la *ha movido* y la que ha hecho el milagro, sirviéndose de ella?

—Sí, señora doña María; me lo acaba de decir.

—¡Ahí está! Ya ven ustedes como no miento. ¿Y cómo mentir, ni pecar en mi casa ó fuera de mi casa, teniendo en las manos esta santísima imagen? Eso está bueno para otras... Pero en fin, es preciso perdonar, porque «de arrepentidas se sirve Dios». Así, pues, yo no miento. ¿No le ha dicho también la señora á usted, doña Sinforosa, que pagaría las dos misas porque el milagro era hecho por *mi* Virgen?

—Es verdad; sí, señora doña María, así es.

—Ya ven ustedes: de mi boca no ha salido nada que no sea una verdad. Pero ahora les digo yo á ustedes que conforme antes rezábamos para rogar y pedirla su gracia á *mi* Santísima Virgen, ahora es preciso rezar otra vez para darle gracias de corazón por el beneficio que hemos reci-

bido. Pongamos, pues, la imagen con sus velas en el altar; lo mismo es esa mesa de planchar, porque la Madre de Dios tiene su trono sobre cualquier cosa; entendámonos: su trono místico (que yo no sé cómo será porque no lo he visto todavía), pero así se llama, y me lo ha dicho fray Emeterio el Agustino, que es el que le dice la misa á *mi* Virgen cada vez que ella hace un milagro como éste... ¿Qué iba diciendo?... ¡Se me ha olvidado!... ¡Ah! ya me acuerdo: decía que teníamos que dar gracias por el milagro que nos ha hecho *mi* Virgen: vamos, pues, á rezar tres rosarios, un trisagio con letanías y la advocación que fray Emeterio le ha compuesto, de su propia letra, á *mi* Virgen. Aquí la tengo bien dobladita en el seno, que es donde siempre la llevo, por si me viniera la muerte de repente en pecado mort... quiero decir en pecado venial, porque yo... En fin, de rodillas, muchachas, y vamos á dar gracias.

Como todas eran devotísimas, doña María, armada de *su* Virgen, hacía y deshacía con ellas según quería; y se pusieron á rezar con el fervor de la gratitud y del contento, elevando su corazón al cielo, que es lo que en el fondo constituye la idea del Dios ó de la Causa Suprema á quien las criaturas, por un misterio inescrutable, tienen ligada su suerte en la tierra.

XXXIII

En lo más fervoroso estaban de sus oraciones, cuando sin haber oído ruido alguno abrióse de par en par la puerta del cuarto, al violento empujón que le dieran de afuera, y apareció de pie entre aquel grupo de mujeres hincadas, la Loca de la Guardia, blandiendo su plumero sobre todas aquellas cabezas. Asombroso fué el terror y los gritos de espanto que produjo. Mientras se desparramaban huyendo y se encerraban todas por las otras piezas de la casa, doña María tomó su Virgen y le salió al encuentro á la loca presentándosela de faz y diciéndole: «Vade retro, Satanás», como se lo había oído decir al padre Agustino fray Emeterio cuando conjuraba los ratones y las sabandijas que infestaban alguna casa (1).

---

(1) Era frecuente en Chile hasta ahora pocos años servirse del clero para conjurar los ratones de las casas y librarlas de sabandijas. Es de esperar que la aclimatación de los perritos ingleses, mucho más eficaces para este fin, haya aliviado al sacerdocio de esta tarea, aunque habrá perdido las propinas que se hacía pagar por ellas.

—Vade retro, Satanás—dijo más fuerte.

Pero la Loca, que al ver el movimiento brusco con que doña María alzaba su cuadro, creyó que le iba á pegar con él en la cara, descargó pronto su larga caña sobre el cuadro y sobre la dueña; de manera que mientras el uno caía al suelo haciéndose pedazos el vidrio, la otra, desolada, huía exclamando:

—¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

Excesivamente alarmada con este alboroto y con los gritos de terror que oía, madama M..., que apenas había aflojado sus vestidos para descansar, se dejó caer de la cama en que se había recostado y salió precipitadamente á la pieza donde había tenido lugar la aparición de la Loca. Mirándose frente á frente la una y la otra, se examinaron de arriba abajo durante algunos segundos; y la Loca, irguiéndose con el imperio especialísimo que le daba su demencia, le dijo:

—Te conozco, mujer M...

Pero la señora, viniendo en cuentas, tomó una actitud dulce y persuasiva.

—Yo también te conozco: te amaba antes de haberte visto, y me alegro infinito que hayas venido á ver á tu niño, porque vamos á ser muy amigas—le repitió tomándole la mano y dándole un beso en la frente, antes que Teresa hubiera podido ablandar el ceño severo con que había entrado.

Pero al mismo tiempo en que madama M...

dirigía á la Loca de la Guardia estas insinuantes palabras, entraba también en la pieza el padre Ureta, que, según parece, seguía de prisa los pasos de Teresa.

El padre Ureta y madama M... se conocían y se estimaban. Durante la dura y baja tiranía de Marcó del Pont, el padre Ureta había conseguido muchas veces limosnas y gracias para alivio de las familias patriotas por intermedio de madama M...; y él mismo, encarcelado y puesto en gran peligro por una infame delación del padre Quilez y del lego Chaves, había logrado vindicarse por los empeños que madama M... había hecho para que el asesor de gobierno, el licenciado don José María Luján, le fuese favorable y lo sustrajese al juicio político y sumario que le hacía el *Tribunal de Seguridad Pública* presidido por San Bruno (1).

La sorpresa del padre Ureta fué muy grande al encontrarse con madama M... en aquella casa, en donde él creía que hallaría el hilo para descubrir el paradero del niño y de la desgraciada Manuela, su madre, á quien buscaba, para salvarla de San Bruno, con el interés de un confesor que busca la rehabilitación de una víctima del más atroz destino que puede caberle á una pobre mujer, que había sido distinguida en mejores tiempos, aunque demasiado buena y débil

(1) Histórico.

por su negligencia y sumisión de su temperamento.

—¡Señora mía!—exclamó el padre.—¿Usted aquí?

—¡Y por fortuna, con usted, querido y virtuoso padre!

—Se había dicho que usted había tomado el camino de Valparaíso.

—Pero me han tomado prisionera y aquí me tiene usted con el niño que quiere ver esta querida criatura—dijo sacudiéndole las manos á Teresa con muchísimo cariño.—Entre usted, padre Ureta, entre con ella; el pobrecito niño está durmiendo; y usted comprenderá que yo lo cuido como una madre hasta que encontremos á la suya...

—¡No!—dijo la Loca.—¡Es mío!

—Sí, amiga mía—le dijo madama M...;—ya lo sé; pero después que hablemos con tu amigo el padre Ureta, te llevarás el niño, si acaso él te lo da... Usted comprende, padre... ¿Cómo entregárselo á ella, estando así?...—le dijo la señora en voz baja y disimulada.

El padre guardó silencio por un momento, y dijo después de un rato:

—Lo que Teresa quiere, y en lo que yo deseo ayudarla, es que el niño no caiga en manos de San Bruno, y de...

—Y de M... ¿no es verdad? ¡Es una ilusión, un vano temor! A M... no le da nada de eso:

ni conoce á esta criatura; y en cuanto á San Bruno, ¡yo me dejaría matar, matar cien veces —agregó con una voz exaltada y con un tono solemne—antes que entregárselo á semejante bandido, ó antes que ponerlo á su alcance!

La Loca la miró entonces sorprendida, pero con evidente satisfacción.

—Sin embargo—dijo el padre,—usted se llevaba el niño á Valparaíso, y á...

—¿Y qué había de hacer? ¿Sabe su reverencia cómo tuve que dejar mi casa? Yo no quería salir de ella. Me resistí cuanto pude; pero M..., con sus dragones, me obligaron, y cargándome como un atado, me metió en la calesa y me hizo partir al galope... ¿Podía yo dejar el niño en una casa abandonada? ¿No sabe usted lo que sucedió después? La han saqueado, la han incendiado. ¿Y qué hubiera sido de la infeliz criatura si yo no la hubiese llevado?... No había tiempo para nada; y yo no tenía que volverme. Mi idea fué dejarla en Valparaíso en manos de alguna familia, y escribir á Santiago... y le aseguro á usted, padre, que habría hecho un sacrificio, porque me había acostumbrado á la idea de criarlo y educarlo como mío; usted sabe que Dios no me ha bendecido dándome hijos, y por cierto que los habría necesitado... ¡hasta para salvarme!... ¿Me has oído, hija?—agregó dirigiéndose á Teresa.

La Loca no contestó. Estaba taciturna y concentrada.

—¡Ya verás cómo vamos á ser buenas amigas!—le repitió la señora de M... El niño tiene ya un gran protector, un padrino: un héroe del ejército de los argentinos.

—Mi intención, señora—dijo el padre Ureta,—era recoger este niño y ponerlo al cuidado de una familia de mi amistad, para tranquilizar á esta pobre muchacha, que pone una pasión vehemente en recobrarlo, porque es hijo de un hermano suyo que ha perecido trágicamente en una traición que se le hizo. Ella y yo conocemos á la madre.

—¡Ah!—dijo madama M... visiblemente contrariada.—¿Conocen ustedes á la madre?

—Es una desgraciada... digna de toda conmiseración y de la clemencia del cielo, pero indigna de la familia á que pertenece por su cuna, y del nombre de su benemérito marido, que fué víctima de esa misma traición.

—Y entonces, padre Ureta ¿por qué no lo dejarían ustedes en mis brazos mientras se aclaran todos esos derechos que pueda haber sobre él?

—Señora, porque usted puede tener que dejar á Santiago y salir de Chile... permítame usted ser franco.

—¡Ah! ¡puede usted estar seguro de que no! Ni seré desterrada por otros, ni me moveré de aquí por mi gusto... ¿Quiere usted que le diga más?—agregó madama M... tomando la gruesa

cruz de madera que pendía del rosario del fraile y besándola.—¡Le juro á usted que estoy resuelta á seguir la fortuna de los americanos!... y que, aun cuando quisiera hacer otra cosa, ya me sería imposible.

—Me sorprende usted, señora, con sus extrañas palabras... Su marido...

—¡Sí, padre: oiga usted la voz que sale de lo profundo de mi corazón!... Mi marido, M..., ha muerto para mí... y antes que faltar á lo que acabo de jurarle, iré á morir en un convento de aquí, de Buenos Aires ó de Europa... ¡Créamelo usted! No puedo darle más explicaciones... Mire usted y reflexione sobre lo que le digo: tomo sobre mí la suerte de ese niño.

El padre Ureta miró á Teresa indeciso y sin saber qué hacer. Pero la Loca estaba impenetrable, austera y callada.

—¿Conoce usted, padre, al coronel N...?—le preguntó madama M...

—No, señora; pero sé que es uno de los héroes de nuestras tropas más dignos del renombre que tiene.

—¡Yo le conozco!—dijo la Loca.—Le he visto volar en las cordilleras: va siempre por delante de los cóndores; y le he visto echarse sobre los lagartos y devorarlos. ¡Tu marido huía como un guanaco delante de él!

—¡Pues bien! ¡ese es el padrino de tu hijo, Teresa! ¿No ves como vamos á ser amigas? Yo

puse á tu hijo bajo su protección. El le dió un beso en la frente y dijo: *¡Es mío!* El me encargó que te lo cuidara, que yo lo tuviera... Todo lo que le digo á esta muchacha, querido padre, es cierto: todo eso ha pasado... Usted me conoce, padre Ureta; usted sabe cómo he sido de servicial y amistosa para con ustedes cuando estaban en desgracia. ¿Dudará usted de lo que le digo?

—¡Ni por un momento, señora!

—¡Pues bien! Dejemos este asunto para mañana. ¡Usted no puede figurarse cómo estoy de postrada, de fatigada, de deshecha!... Mañana hablará usted con N...; y estoy segura que quedará usted convencido de que el niño debe quedarse conmigo por ahora... ¿Qué noticias tiene usted de la madre?

—¡Ningunas, señora, ningunas! ¡Ha desaparecido! Hasta este momento no he podido encontrar rastro ninguno de ella.

—Yo le ayudaré á usted á buscarla: ¡la hemos de encontrar!... Dejémoslo para mañana: tenga usted esta condescendencia conmigo; y mañana hablaremos con N...

Cuando el padre, indeciso, echó su mirada hacia la Loca, ésta salía ya de la pieza y de la casa con su garbo imperturbable y sin pronunciar una palabra.

El padre la alcanzó en la puerta de la calle y le dijo:

—¿ Has oído, hija?...

Y ella, moviendo la cabeza, frunció los labios como cuando se quiere escupir, y dijo:

—M..., no. ¡ N!... ¡ N!...

Y soltó una singular y extraña carcajada.

Entre tanto madâma M... se tiraba sobre una silla y exclamaba:

—¡ Cuándo podré descansar, por Dios, y darme cuenta de lo que pasa por mí!

Las demás mujeres y muchachas, que se habían encerrado bajo llave, fueron saliendo poco á poco; y la dueña de Nuestra Señora de las Mercedes recogió religiosamente los vidrios de su cuadro y los guardó como reliquias mientras lo hacía restaurar al día siguiente.

XXXIV

En los sucesos complicados de la vida, necesita muchas veces el actor, ó el narrador, explicar ciertas coincidencias del momento; y se hace indispensable para ello retroceder á lo que ha pasado antes. Tenemos, pues, que decir ahora cómo es que la Loca estaba libre después de haber sido llevada á prisión con Tomasa; y cómo es que el padre Ureta la acompañaba cuando la hemos vuelto á ver aparecer.

Precisamente cuando Teresa y Tomasa eran introducidas á la cárcel como cómplices ú ocultadoras de San Bruno, por la partida que las había tomado en el desorden que la primera había promovido en la casa de la segunda, daba guardia en la cárcel un piquete del regimiento núm. 11, en donde no había un solo soldado que no conociese y que no amase á la «Loca de la Guardia». Muy pronto supo el sargento Ontiveros lo que ocurría; y convencido, no sólo

de que aquello no podía ser otra cosa que un insigne desatino de los que habían hecho esa prisión, sino indignado también de que se cometiese semejante tropelía con una sublime mujer á la que «La Patria» le debía tan señalados servicios, se fué á ver al sargento mayor de su cuerpo, el señor Martínez; y con el lenguaje vehemente que le dictaba su interés y su cariño, templado por las formas de la disciplina, le dió cuenta de lo que pasaba, y le pidió su intervención.

El hecho fué que á la tarde la Loca era puesta en libertad y dejada al ardiente anhelo con que se ocupaba de encontrar el rastro de San Bruno.

Por una de aquellas pendientes naturales del espíritu, la Loca se dirigió instintivamente á la casa que había habitado San Bruno con Manuela, y se entró en ella. Hallándola sola y sombría, se sentó en un rincón cabizbaja y mustia, repasando con su mirada todas las paredes y todos los objetos que aun estaban allí como antes; y revolviendo allá en lo profundo de su mente y de su memoria todo lo que le había pasado y lo que había visto en aquellos lugares.

El padre Ureta, á su vez, recordaba con dolor el estado y la desolación en que había dejado á la infeliz Manuela el día aquel en que buscaba desesperada al hijo que San Bruno había arrojado al pantano, y que ella creía devorado por

los perros. Pero, perseguido por los realistas é informado de que habían resuelto remitirlo á Valparaíso y encerrarlo en un pontón, el padre tuvo que ocultarse; y le fué imposible, por consiguiente, ocurrir á buscar y salvar á Manuela como se lo había prometido después que ésta le había hecho á sus pies el doloroso acto de contrición que conocemos.

Declarada la victoria de Chacabuco, y producido el derrumbe de todo el poder de los realistas, el padre Ureta se había visto demasiado envuelto y complicado en el alboroto y en las exigencias de los primeros momentos; así es que, aunque no olvidaba un instante las ofertas que le había hecho á Manuela, y aunque tenía los mismos deseos de socorrerla, nada había podido hacer por ella, hasta que, más dueño de sí mismo, se propuso ir á verla, con la esperanza de que algunas vecinas ó gentes caritativas la hubiesen ayudado y sostenido en los días de tumulto y de peligros que habían precedido.

Tristemente afectado del sepulcral silencio y de la soledad melancólica en que vió la habitación, pensaba ya en retirarse para averiguar entre los vecinos si algo podían decirle que le diese alguna luz sobre la suerte y el paradero de la infeliz mujer que buscaba, cuando vió incorporarse de uno de los rincones del tercer aposento una sombra indefinible que se hacía más vaga y más confusa por el crepúsculo de la caída de la

tarde, y por la lobreguez media en que se hallaba la pieza.

—¡Manuela, querida hija! ¿estás ahí?—dijo el padre, fijando sus ojos medio ceñidos como cuando se trata de percibir algo que no se ve bien; mas como el bulto que se movía no le contestara: «¿será algún perro?»—se dijo para sí mismo, y trató de retirarse con cautela hacia la puerta de salida.

Entre tanto el bulto se adelantaba también hacia el padre, sin aparecer agresivo ni deseoso de ocultarse; y el padre, que retrocedía con mesura, podía distinguir algo así como una fantasma con altas crestas, ó con morrión, y con una cosa rara y alta en las manos, como lanza.

La primera idea que le vino al padre Ureta fué que había topado con San Bruno, oculto allí de sus enemigos y decidido á defenderse con su lanza; así es que para darse tiempo de arrancar del conflicto, dijo:

—Señor mayor San Bruno: me retiro, y cuente usted con mi secreto.

La Loca, que al ver de lo obscuro á lo más claro, podía ver bien que el que entraba era un fraile, se figuró que fuera el padre Quilez, el lego Chaves ó algún otro de los frailes del círculo de San Bruno; y se adelantó á él decidida á seguirle y hacerle prender también dando sobre él voces de alarma. Pero al bajar de la puerta del cuarto á la media luz que había en el patio, el

padre Ureta pudo ver claro, por la corona de plumas, por el traje y por el plumero, que aquella debía ser la Loca de que Manuela le había hablado; y como antes la había conocido, reparó mejor en sus rasgos y se convenció muy pronto de que era la misma Teresa.

Apercibido de esto, le dijo:

—¡Hija mía! Me había engañado: creí en el principio, á causa de la oscuridad, que fuese un enemigo nuestro, ó el facineroso San Bruno. Pero ahora ¡cuánto gusto tengo en encontrarte aquí! Deseaba verte. ¿Me conoces? Reconóceme bien: soy el padre Ureta, aquel á quien San Bruno metió en la cárcel. ¿Me conoces?

La Loca se adelantó á él: le miró de hito en hito, y poniéndole la mano sobre el hombro le dijo:

—Sois mi amigo, y el amigo de mis cóndores... ¡¡San Bruno, San Bruno!! Aquí ya no hay lagartos por afuera; están metidos en las cuevas: es preciso sacarlos de la cola; y yo ando cavando, cavando, cavando, para agarrarlos, y... que los ahorquen. ¿Te gusta, padre? *¡Há, há, há!* ¡Los lagartos colgados de la cola! *¡Há, há, há!*

Y se reía de una manera extraña y quizás por primera vez después de muchos años.

—¿Te gusta, padre?... ¡De la cola! Y San Bruno mordiendo las plumas de mis cóndores, colgado de la cola. *¡Há, há, há, há!*—y blandía

19

su plumero como si quisiese meterle las plumas á alguien que estuviera colgado de la cola y boca abajo.

—¡Sí, hija mía, sí! Entremos adentro. ¿Y Manuela? ¿Has visto á Manuela? Yo quisiera encontrarla. ¿Dónde estará Manuela, hija mía? ¡Pobrecita!

—¡Manuela! ¿Manuela?—repitió la Loca cambiando completamente de fisonomía y poniéndose grave.

—¿Sabes tú dónde estará Manuela? Es menester que la encontremos también, y que encontremos su hijo.

—¡No es su hijo!... Ya no es su hijo—dijo ella enfurecida.—¡Es mío, padre! Manuela no tiene hijo. San Bruno se lo quitó, se lo arrojó al pantano: yo lo levanté... me lo ha robado Tomasa, se lo ha llevado M...; Tomasa está en la cárcel.

El padre Ureta no podía penetrar en el sentido de estas palabras.

—¿Se lo ha llevado M...? ¡Imposible, hija mía! ¡Te han engañado! El niño está aquí en Santiago, y lo vamos á encontrar... Yo voy á ayudarte, ayudarte, ayudarte hasta que lo encontremos. No creo que se lo haya llevado M...; te han engañado; pero á mí no me han de engañar. Ya lo verás, hija mía. Dime dónde está Manuela; es preciso que la encontremos primero para encontrar después al hijo.

—¿Manuela? ¿Dónde está Manuela?... Un padre como vos... el padre *Chile*, el padre *Chile* —decía Teresa como si balbuceara y no acertase á dar con el sonido que buscaba.—¡Espérate, voy á ver!—y sacando el trapo en que había hecho algunos nudos la noche en que los dos frailes se llevaron á Manuela, dejándola á ella en la tinaja, repasaba de arriba abajo los nudos y decía entre dientes:—*Chile, chite... chilé...*

—¿Quilez, quieres tú decir?

—¡Sí, Quilez! Ese mismo; con otro...

—¿Con el padre Chaves?

—¡Sí, esos dos, esos dos! Se llevaron á Manuela donde... donde...—y repasaba otra vez los nudos tratando de dar con el otro nombre.—¡Donde *Tioma, Tumos, Tomas!*—dijo al fin como si hubiera dado con lo que buscaba.

—¿Dónde Tomas?... ¿Qué Tomas, hija mía? ¿Dónde Tomasa quieres decir? ¿Dónde dejaste tú el niño que te ha robado M...?

—¡No, padre, no!... Donde Tomasa no: donde *Tomas, Tio Mas*.

—¿*Tumás* de qué, hija mía?

—*Tumás Tiomás*—dijo ella con enfado, repasando los nudos que tenía en el trapo que le servía de recuerdo.—Ven acá, padre—agregó tomándolo de la mano y llevándole al aposento de San Bruno, donde había quedado abierto el hueco de la pared en que habían estado ocultos los papeles.

La obscuridad de la pieza no permitía ya distinguir nada; pero Teresa condujo al padre Ureta, y haciéndole introducir el brazo en el agujero, le dijo:

—Ahí estaban escondidos los papeles de San Bruno; el padre *Chilé* abrió la pared con un cuchillo, y se los llevó todos á lo de *Tiomas*. A Manuela se la llevó también.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Ya te lo he dicho, padre: yo estaba escondida... en esa tinaja.

—¿Y Manuela te veía?

—Sí. El padre *Chilé* pidió agua, Manuela sacó agua; yo la miré; ella me miró; puso la tapa y se fué; el padre *Chilé* escupió el agua, y Manuela le dió el vino de San Bruno. Después se fueron todos; y yo salí de la tinaja.

—¿Pero Manuela no te descubrió? ¿no te pidió el niño siquiera?

—Yo lo saqué del charco... los perros se lo han comido—dijo Manuela.

—Aquí hay algún gran misterio—se dijo el padre Ureta;—y es menester que yo averigüe bien lo que ha pasado. Hija mía, espérame aquí: voy á la vecindad á buscar una vela para que registremos bien todo esto.

—No encontrarás ya nada.

—¿Por qué?

—Porque yo no encontré nada: todo, todo se lo llevaron.

—No importa; vamos á buscar otra vez. ¿Me vas á esperar?

—Sí.

—Después yo voy á buscar contigo al niño. ¡Lo hemos de encontrar!

—Y después... ¡yo voy á matar á Tomasa!

—¡No!... ¡no pienses en eso todavía!... Espérame, que ya vuelvo.

El padre Ureta salió, no sólo para volver con la luz que se proponía traer, sino también para buscar algunos datos en las casas vecinas. Así fué que se demoró bastante tiempo preguntando aquí y allá, en cada casa, si no habían visto, observado, ó apercibídose de algo que hubiera pasado en la casa de San Bruno ó en los alrededores; si no habían visto á Manuela, ú oído algo de ella y de San Bruno.

En todas partes le contestaban refiriéndole lo de los tiros y el alboroto que había tenido lugar aquella noche, y que, como sabemos, había sido causado por la evasión y fuga de Teresa. Después (le dijeron los vecinos) la casa de San Bruno había permanecido absolutamente muda y solitaria: no se había visto entrar ni salir á nadie; y nadie se había atrevido á entrar en ella, porque los hombres del barrio habían andado ocultos en aquellos terribles días, habían huído los más; y los mujeres, aunque muy curiosa una que otra, se habían contentado con espiar desde las rendijas de las puertas y ven-

tanas, sin haber logrado ver ni descubrir cosa alguna.

El padre Ureta volvía, pues, algo desanimado á donde había dejado á Teresa, y la encontró sentada contra la pared, tranquila, pero adusta.

El padre sacó fuego en un yesquero, y prendió luz.

Difícil es pintar el solemne y melancólico aspecto que en su soledad y en su silencio ofrecían aquellas habitaciones, en donde habían tenido lugar las dolorosas escenas del drama sombrío de Manuela y de San Bruno. Parecían las celdas de un sepulcro tocadas apenas por la vacilante vislumbre de una débil vela; y que por sus lóbregos rincones vagara todavía la sombra descarnada de la víctima infeliz, exhalando los ayes de su tormento, más elocuentes y más terribles á los oídos del alma, cuanto menos perceptibles y más fantásticos eran al difundirse por aquel negro vacío que los confinaba. Si no escrita, estampada estaba en aquellas destrozadas y manchadas paredes, la historia de las brutalidades y de los martiros que el hombre impío y cruel que las había habitado, había impuesto, sin compasión y sin delicadeza, á la débil mujer que le había sacrificado su honor y los respetos de su familia. Los grandes trozos descascarados, y las manchas de la humedad, las habían invadido deformando la unanimidad de los revoques y produciendo figuras monstruosas al

capricho de la imaginación: tigres, perros, caballos á galope, culebras, leones, gigantes exasperados los unos contra los otros, campos de matanza, borrascas, nubes, mujeres y niños caídos y destrozados, riscos, precipicios y familias enteras levantadas y echadas en ellos por la furia del vendaval que hacía flotar sus cabellos como en el centro caótico de aquel infierno. Y si es cierto, como se cuenta, que en una de estas paredes teñidas por el tiempo y por la incuria, fué donde Rubens encontró el modelo de su tela *La Discordia Civil,* el que se presentaba en las paredes de San Bruno, animadas así por su tétrica historia, habría bastado para que con unos cuantos rasgos de carbón hubiera hecho resaltar cualquiera el cuadro espantoso que presentaban en su confuso y miserable estado.

En el primer momento, no pudo sacudir el padre Ureta la dolorosa aunque indefinible impresión que le hizo todo aquello; y acordándose de su Virgilio (al que era muy dado) exclamó:

Antrum immane............................
His erudelis amor tauri, suppostaque furto
Pasiphae, mixtumque genus proles que biformis
Minotaurus inest, Veneris monumenta nefánd
His labor ille domus, et inextricabilis error.

La Loca se mantenía impasible; pero su ceño agrio y su mirar terrible mostraban bien todos

los rencores y todos los odios que aquellos infaustos recuerdos levantaban en su alma.

Al oir las reminiscencias clásicas del padre Ureta, comprendió bien que hablaba en latín; pero como creyera que el padre hacía un conjuro de las sabandijas antes de dar principio al registro de los aposentos, hizo una mueca de menosprecio y dijo:

—Aquí ya no hay lagartos, padre; están metidos, metidos, metidos en las cuevas... y yo voy á sacarlos de la cola: ya verás.

—No importa, hija mía, no importa; yo también quiero buscar.

El padre Ureta removió en todos sentidos el escondite de la pared en donde habían estado los papeles de San Bruno; pero fué en vano, nada encontró.

—¡Oh!—dijo,—el padre Quilez tiene tan finos los dedos como los ojos: ¡ha trabajado bien aquí!—y continuó registrando cosa por cosa.

Al tirar un cajón poco dócil de una mesa vieja, pero que aparecía vacío, se vino de golpe todo entero hacia afuera y cayó un pedacito de papel.

El padre Ureta lo tomó al instante, y dándole vuelta en todos sentidos vió que contenía una parte de tres renglones impresos, y que parecía fragmento de un periódico español; pero en la parte blanca del margen superior se veían escritas con tinta algunas palabras incompletas

por el sesgo que el papel había tomado al romperse, de las que sólo había quedado: *igo... aldua.*

Después de examinarlo con todo esmero y meditación, el padre Ureta dedujo que *igo* era parte de *su amigo;* y que *aldua* debía ser un apellido *Saldua, Caldua, Peñaldua,* ú otro así; y que lo importante era inquirir si entre los amigos de San Bruno había alguno en Santiago cuyo apellido terminara con esas letras. Se guardó, pues, el pedacito de papel, y continuó buscando por todas partes con la mayor prolijidad sin encontrar nada más que trapos y ropas viejas que no daban indicio de nada.

Cuando hubo terminado, le dijo á la Loca que era menester que le enseñase la casa de Tomasa.

—Tomasa no—dijo ella.—*Tio-mas, Tumas.*

—No importa: vamos á lo de Tomasa primero: yo quiero hablar con ella.

—Tomasa está en la cárcel.

—Después iremos á la cárcel. Primero vamos á su casa: hablaré con la madre y con las hermanas.

—¡Vamos!—dijo la Loca.

Tomó la delantera.

Y ya hemos visto lo que pasó.

XXXV

Al día siguiente, madama M... se preparaba á presentarse en lo del general O'Higgins, como lo había ofrecido, cuando se oyó el rodar de un carruaje que se detenía á la puerta de la calle. Era el coronel N... que venía á buscarla; ya por falta de la paciencia necesaria para esperar á que la señora ocurriese de por sí á la cita que se le había dado, ya porque se hubiera tenido por obligado á la cortesía de acompañarla él mismo.

Madama M..., como antes hemos podido verlo, estaba acostumbrada á un esmerado tocador, y hacía una técnica diferencia entre el atavío de *recibo* y el atavío de *salida*. Pero en aquel momento carecía de todo, porque nada más le había quedado que el traje que vestía desde la noche en que, sin sospecharlo ni estar prevenida, había sido violentamente arrebatada por su marido.

Pero como tenía bastante entereza y elevación

de espíritu para no mirar los simples contratiempos como desgracias irreparables, y como conocía las compensaciones que con su belleza y sus veinte años suplían la falta de sus adornos habituales, había contraído todo su cuidado en aquel día á disponer con arte su espléndida cabellera.

La palidez y el quebranto mismo que se notaba en su mirada, producido por las ojeras del insomnio que había conturbado su corazón, le daban, por otra parte, un no sé qué de insinuante y de blando, una cierta negligencia melancólica, y aquel aire de postración que se apodera de las almas apasionadas y tiernas, cuando mortalmente heridas en su lucha contra el destino, presienten su caída y la ineficacia de su resistencia.

¿Estaba enferma? No. Lo que sentía era el lánguido deleite que acompaña casi siempre á las grandes emociones amorosas en aquellos espíritus delicados para quienes la pasión es puro sentimiento moral, y un mundo que, aunque ilusorio, las más veces tiene sus realidades, sus grandes alegrías y sus grandes dolores.

Difícil sería decir si madama M... estaba triste ó no. Ella misma no lo sabía: estaba sensitiva, laxa... vencida. Su mismo tormento era su placer; y de cierto que, pudiéndolo, no habría vuelto á desandar el camino que había andado, ni habría cambiado sus melancólicas meditaciones

por el más animado ó por el más festivo de sus pasados días.

—¡Yo no era así!—exclamó en uno de esos desahogos que le pedía el corazón, y dió un suspiro.—¡Ah, yo no era así!—repitió.—En fin—dijo después de unos segundos, con un ademán de resignación,—yo no lo he buscado... no lo puedo evitar, y ¿qué hacer?

Madama M... tenía uno de esos caracteres que no pueden vivir dudando ni vacilando; que cuando ven su camino necesitan andarlo y llegar.

Pero á pesar de su fortaleza, cuado Mariana vino á decirle que estaba allí el coronel N... para conducirla á lo de O'Higgins, un temblor nervioso é involuntario se apoderó de toda ella y tuvo que sentarse para recobrar un poco de serenidad. Mariana también había comenzado á cavilar; porque, aunque reservada y silenciosa, no se le ocultaba que estaba ya entablado el romance de su señorita y que aquello podía muy bien acabar por donde acaban todos los romances del corazón.

Una vez repuesta, madama M... salió del aposento en que había descansado hasta esta hora, tomando la fisonomía convencional de una amistad inocente y despreocupada; y al encontrar al coronel que se paseaba inquieto también, pero firme en su propósito, de extremo á extremo en el modesto salón de la casa de Tomasa, le alargó la mano y le dijo:

—Si es usted tan galante y solícito con todos sus amigos y sus amigas, no hay duda que ha de ser adorado por ellos y por ellas.

—Me pone usted en una situación difícil, Pepita.

—¿ Por qué ?

—Porque aunque es cierto que mis amigos me quieren, y que conocen mi diligencia para prestarme á todo lo que puede serles agradable, y en lo que yo pueda servirlos, sin reparo ni condiciones, no tengo amigas que puedan mirarme con el cariño que usted supone. Y por cierto que en este momento es para mí un gusto muy grande, porque de ese modo...

—No tendrá usted más amiga que yo... ¿ No es lo que usted iba á decirme ? ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ ah !... No me haga usted cumplimientos, y vamos.

—¡ Pero usted me atormenta : me cierra usted los labios, y me condena á no hablar, á no desahogar mi alma !... Y ni siquiera puedo saber lo qué piensa usted de mí.

—¿ Y qué quiere usted que piense ? ¿ Puedo hacer más que abrirle mi amistad y mi gratitud con un corazón franco, y con el más vivo deseo de que usted me *estime?*

—Pepita, no me hable usted más de gratitud, si no quiere usted ofenderme y ser ingrata.

—Pero, como soy franca, y... algo atrevida, dicen por ahí, me permitiré decirle á usted también que á una dama como yo, un caballero co-

mo usted le concede siempre el derecho de hacerse estimar.

—¿Y qué no estima el rendido, señora, que se postra delante de su ídolo?

—Los hombres no aparecen rendidos sino para ser tiranos; ni apasionados sino para solazarse con el mal que hacen á las víctimas que les entregan su corazón, creyendo que ellos también lo tienen para consagrar su vida á la mujer que les consagra la suya. Por desgracia mía, N..., aunque estoy en un camino de peligros, valgo mucho más de lo que creen los otros; y si mi vida no hubiera de ser un dechado de perfecciones superior á todo reproche, quiero, por lo menos, ser llevada hasta mi sepulcro por la mano de amigos seguros, nobles, que sepan *valorar* mi amistad y *respetarla*. Así, pues, no me vuelva usted á hablar de galanterías. Tiene usted todo el tiempo que quiera tomarse para estudiarse á sí mismo y para decirse en el fondo de su conciencia, como noble y generoso caballero, si es usted capaz de responder á ese modelo que yo contemplo en mis ensueños; tiene usted todo el tiempo que quiera para estudiarme y para conocer si soy yo la que puede realizar ese milagro en su alma. Déjemelo usted á mí también para juzgarlo á usted en el sentido de mi modelo, y para conocerlo el día que usted, sin galanterías, sin formas de conveniencia, sin... otro propósito que el de nuestra recíproca estimación, venga

usted á decirme que soy lo que usted buscaba. ¡Ni una palabra más, N..., hasta entonces! ¿Me conoce usted ahora? ¿Quiere usted ser mi amigo?

—¡Sí, señora; tiene usted razón! Sus palabras son nobles, sus sentimientos sublimes, y la justicia de sus reflexiones me doblega. ¡Vale usted más que yo! Y cualquiera que sea el hado que nos separe, ó que nos una, le protesto á usted, Pepita, que todo mi anhelo será merecer la estimación de usted.

—No puede usted figurarse cuánto me complacen esas protestas... Empieza usted á ser lo que yo deseaba. Así, pues, ¡déme usted el brazo y vamos!

Unos momentos después entraban á la casa de O'Higgins. En el salón, el general se ocupaba de coordinar la marcha del nuevo gobierno. Estaba, pues, rodeado de ayudantes, con quienes despachaba urgentes y variadas órdenes á todos los puntos de la República. Esperaban su turno para verle, en las piezas contiguas, solicitantes de todo género. Los militares entraban los unos y salían los otros, con el semblante animado y alegre que se lleva en los días de victoria y de grandes satisfacciones públicas.

N... hizo sentar á madama M... en una de las piezas de espera y entró al salón para anunciarla.

El general O'Higgins era un hombre culto

que había sido educado en las tradiciones de su distinguida familia. Irlandés de origen, tenía la fisonomía chata y saltante que da un carácter tan peculiar á los hombres de su raza; y también, como casi todos ellos, abierto y solícito en su trato, era abundante y vehemente en sus palabras y en sus ademanes.

Cuando el coronel le dijo que madama M... quedaba esperando en la antesala, el general O'Higgins le dió una llave y le dijo que abriera en el otro frente del patio un gabinete particular en donde se encerraba á trabajar cuando quería estar solo, protestándole que pronto iría allí. Y en efecto, á los cinco minutos apareció con todas las manifestaciones del afecto y de la amistad, y dirigiéndose á madama M... le estrechó la mano y le dijo:

—¿No quiso usted anoche complacer el vivísimo deseo que tenía de ver á usted?

—Señor, no pude figurarme que de parte de Vuestra Excelencia hubiera otra cosa que pura generosidad y clemencia para una prisionera.

—¡Prisionera! ¡Sí, dice usted bien! Y de tanta importancia—dijo riéndose—que para usted no hay canje posible. ¡Nada, nada puede ablandar nuestro ánimo á ese respecto; y es preciso que usted lo sepa desde ahora para que se resigne á no pensar en eso jamás, jamás, madama mía! ¿Sabe usted para lo que la he llamado?

—Calculo, señor general, que para ser bueno y magnánimo conmigo.

—¡No tal!... Para todo lo contrario: para que me dé usted su palabra de honor de guardar la ciudad por cárcel.

—¿Ni á mi quinta podré salir?

—Bajo *guardia,* ó con fianza bastante, sí—dijo el general con tono festivo.—Pero entiendo que la quinta ha sido también saqueada; ¿usted no lo sabe?

—No, señor; pero en todo caso, poco habré perdido: allí no había sino colchones, catres ordinarios y algunos muebles viejos que nada valen.

Mientras esto se decían, el coronel N... había salido de la pieza dejando solos en ella al general O'Higgins y á madama M...

—¡Ha estado usted desgraciadísima!—le dijo el general.

—Puede ser, señor; y no sé por qué he tenido la fortuna de no afectarme y de mirar todo lo que se ha desbaratado de mi casa con una perfecta indiferencia; y en cuanto á mi contraste en el camino de Valparaíso, me dicen que han pasado por tales angustias los que siguieron hasta allí, que comienzo á creer que ha sido mejor para mí esperar entre ustedes prisionera á que llegue el tiempo de recobrar mi libertad.

—¡Eso no, madama mía, eso no!

—¿Pero por qué, general?... ¿Y si tomo partido por Chile?

—¡Entonces no hay que hablar! Razón de

más para que nos empeñemos en resarcir á usted de la tropelía vandálica que ha privado á usted del hogar que tenía entre nosotros... Para mí eso es un deber.

—Vuestra Excelencia sabe que todo eso, lo mismo que la propiedad de la casa, era mío y no de M... Yo me casé con bienes propios.

—Por supuesto que lo sé, y entiendo que ahora dos años, más ó menos, heredó usted una parte considerable de la fortuna de su tío don Melchor Villamar, que murió en Lima, ¿no es así?

—¿Cómo no? Toda la vajilla y el servicio de plata que yo tenía, llevaba su cifra, M. S. V. (Melchor Santiago Villamar).

—¡Ah! Entonces se va á recoger toda: muchas piezas han aparecido ya, según me han dado parte, y se están depositando en la Hermandad de policía.

—Algunos otros valores y dinero tenía también en manos de mi apoderado el señor J... T..., que no pocos disgustos me han causado con M...

—Eso está seguro; está en buenas manos.

—Así lo creo, señor general; y en Lima tengo algo que recibir... aunque me temo que eso sea como perdido.

—No tal: muy pronto tomaremos á Lima, y no perderá usted nada de lo que sea suyo: allí, como aquí, el gobierno mira como un caso de honor resarcir á usted de sus pérdidas y recoger

todo lo que se pierda, cosa que no es difícil, como usted comprende: todo anda por ahí en manos de *rotos*. Por lo pronto, ya he dado orden de que pase usted á ocupar la casa que ha abandonado don Antonio Olazarriera. Es un hombre que ha cometido muchas tropelías y despojos inicuos mientras fué socio de San Bruno en el maldito tribunal de Seguridad Pública, como le llamaban con escarnio. Ha huído dejando su casa puesta: el gobierno tiene el derecho de apoderarse de todos sus bienes para hacerlo responsable del mal que ha hecho; y usted pasará hoy mismo á ocupar la casa con todo lo que tenga, mientras se refacciona la de usted y se pone en estado de que usted la habite.

Madama M... pareció indecisa y como reflexiva.

—Veo que usted vacila: fíjese usted bien en que tomando á su cargo todos los enseres de la casa tal como la han dejado, se encarga usted de su conservación y les hace usted un gran servicio á los prófugos más bien que daño.

—¡No vacilo, señor!... Al principio me vinieron ciertos escrúpulos; pero he reflexionado, y ya he visto que puedo hacerlo sin ningún remordimiento.

—He ordenado que se le den á usted mil y quinientos duros para los primeros gastos de alojamiento, hasta que veamos á cuánto asciende el valor de lo que usted ha perdido en el saqueo é

incendio de su casa... deduciendo lo de la plata labrada (que se encontrará), creo que todo será cosa de cuatro ó cinco mil duros.

Madama M... se sonrió, y le dijo:

—En alhajas y muebles ricos tenía mucho más; pero no hago mérito de eso: lo digo únicamente para no dejar á Vuestra Excelencia en error.

—¡Oh! Pero la parte mayor de todo eso se va á encontrar. ¿No ve usted que los rotos tienen que mostrarlo ó que venderlo?... Y la intendencia de policía está ya recogiendo grandes cantidades de los objetos robados: día más, día menos, todo vendrá á poder de usted.

—¡Me da usted una buena noticia, señor general!

—¡Tomo eso sobre mí! No sólo por usted, sino por el honor de las armas y del gobierno de la patria.

—Voy á pedirle á Vuestra Excelencia un favor.

—¿Cuál?

—Y es que Vuestra Excelencia me permita, hoy ó mañana, ó cualquier día de éstos, visitar la cárcel, donde se dice que hay gran número de desgraciados prisioneros españoles en la más grande miseria y acosados por el hambre.

—¡Algo puede haber de eso!... Usted comprende que en los primeros momentos no se puede atender á todo.

—Es natural, señor; y por lo mismo... al fin *fueron* mis paisanos... Quisiera poder llevarles una limosna que aliviara su tormento.

—Muy bien, muy bien; voy á ordenar que le extiendan á usted el permiso de entrada, amplio y completo, y que le entreguen á usted quinientos duros de la compensación que debe usted recibir.

—Se lo iba á pedir á Vuestra Excelencia.

De allí pasó madama M... á instalarse en la casa de Olazarriera.

Con un minuto de reflexión se le habían quitado todos los escrúpulos que al principio la habían asaltado, á la idea de ir á habitar una casa ajena; y había pensado que puesto que la casa había sido abandonada con todos sus muebles, y que el propietario no podía tener esperanzas de recuperarla por el momento, pues que había huído á Lima, ella podía ocuparla entendiéndose con él, por medio del apoderado que tenía en esa ciudad, para comprarle todo su mueblaje y abonarle el alquiler que la casa devengase, haciéndole un gran servicio sin daño ni abuso.

Lo primero que hizo desde que entró allí fué hacer llamar al señor J... T..., depositario y administrador de sus fondos. Este ocurrió, y le dió la cuenta más cabal y satisfactoria de los valores que tenía en su poder; pero le observó que, siendo mujer casada, él no podría cumplir sus órdenes sin la licencia marital.

—Pero ¿cómo haremos, amigo mío?—le dijo ella.—¿Cree usted que M... me va á dar semejante licencia?... ¿Será bastante una orden del gobierno?

—Yo obedeceré la fuerza mayor si me lo imponen... Pero creo inútil recurrir á ese extremo. Usted puede hacerse suplir esa licencia por los jueces: yo me permitiré resistir hasta que la fuerza pública me obligue, para salvar toda responsabilidad en el porvenir.

—¡Pero eso es largo, larguísimo! Y yo necesito á lo menos quinientos duros por el momento.

—Por una cosa así, no hay dificultad. Usted los tomará como prestados por mí, en razón de las necesidades de su vida, asegurando su pago con lo que yo tengo cuando la autorice su marido; y así...

—Bien, muy bien; mándemelos usted pronto, porque quiero socorrer hoy mismo á los prisioneros del rey que están en la cárcel.

—¡Señora, por Dios!

—Nada, nada; no se asuste usted. Estoy autorizada por el mismo señor O'Higgins.

El apoderado se encogió de hombros y salió para mandarle el dinero que la señora le pedía.

XXXVI

Acomodarse en la casa de Olazarriera fué cosa fácil y breve para madama M..., porque, como hemos dicho, la casa había sido abandonada por sus dueños en un estado completo de servicio á la primera noticia del suceso de Chacabuco; y sin esperar más, se había embarcado toda la familia en un buque propio para el Perú. Lo que podía faltar era una ú otra cosa de muy poco momento, cuya provisión quedó al cargo de Mariana.

A poco rato entró el apoderado T... con los quinientos duros, y se formalizó la entrega y el documento.

—Dígame usted, T...—le dijo la señora,—¿conserva usted sus negocios con el Perú?

—Hasta este momento, sí, señora.

—¿Qué puede valer todo lo que tiene esta casa? Vamos á verla bien. Yo quiero comprar todo lo que es de servicio y que se pueda usar, porque no quiero servirme de nada ajeno. Vamos á verla.

Después de vista, el apoderado calculó que el precio justo de todo andaría como por tres mil duros; lo que para aquel tiempo era un valor considerable.

—Usted ve, amigo: todo esto va á ser confiscado. Siendo mío, espero que se salvará. ¿Quiere usted hacerle una propuesta á Olazarriera por esa suma?

—¡Pues no, señora mía! Y estoy cierto que la aceptará, porque para él es una lotería. ¿Quiere usted comprar la casa también?

—No, por ahora no. Escríbale usted que fije un alquiler mensual, en caso que acepte los tres mil duros por el menaje; y yo le daré á usted las órdenes para hacer esos abonos desde la fecha de hoy mismo.

—Previa la licencia judicial, ¿no, señora?

—Se entiende: con todo lo que usted exija para su completa seguridad. ¿Cree usted que procedo bien y que no habrá lugar á reprocharme cosa ninguna, la menor demasía ó abuso?

—¡Nada, nada, señora!... Por el contrario: le respondo á usted que se hace usted digna de la más merecida gratitud de parte de Olazarriera.

—Así lo creo yo; y de otro modo, no habría aceptado el entrar en la casa. Así, pues, no me vuelva usted á hablar ya de esto: obre y arregle según lo hablado. Todo, desde la fecha de hoy

mismo, ¿eh? Quiero tener la confianza de que soy dueña.

—Perfectamente.

Cuando el apoderado salió, esperaban ya á madama M... Tomasa y todas sus hermanas con telas y géneros para rehacerle su ajuar, prometiendo que ayudadas por muchas otras costureras que habían llamado, tendrían pronta una gran parte de lo más necesario al fin de cada día.

La Pepa se dirigió en seguida á la cárcel donde estaban apiñados como trescientos prisioneros españoles, y luego que se hizo admitir en virtud de la orden, pidió que le trajeran á la alcaidía, donde había sido recibida, á algún oficial de Dragones del Rey.

A poco rato el alcaide le presentó al capitán Azarolas, quien, al reconocerla, exclamó:

—¡Señora! ¿Usted entre nosotros?

—Sí y no: fuí tomada prisionera en el camino de Valparaíso, pero estoy libre; y como he salvado alguna parte de mis bienes, aunque es poco por ahora aquello de que puedo disponer, he obtenido permiso para traerles á ustedes algunos auxilios.

—¡Es usted un ángel de misericordia, señora! ¡Aquí nos hace falta todo, todo! Y cualquier cosa, un pedazo de pan y un poco de agua clara serían, señora, para nosotros, un valioso regalo.

—Muy bien; usted me va á servir de guía para distribuir algún dinero entre los prisioneros; el

señor alcaide ha visto la orden que tengo para poder hacerlo.

—Yo me permitiré aconsejarle á usted, señora—le dijo el alcaide,—que no entre con semejante mira en las crujías. Usted comprende que se armará un alboroto entre tanto necesitado como hay en ellas, y que el resultado puede ser muy vergonzoso. Creo que será mejor que se le traigan tres ó cuatro prisioneros á la vez, para que les dé usted lo que quiere repartirles.

—¡Muy bien, eso es lo mejor! Azarolas, haga usted venir primero los oficiales... No, no los haga usted venir: sería impropio. ¿Cuántos hay?

—Somos quince, señora.

—¿Nada más que quince?

—Los que estamos en este depósito de la cárcel somos quince no más; pero debe haber muchos otros en otras partes.

—Sí — dijo el alcaide;—en la *Ollería* hay muchísimos que van á marchar con ustedes á la provincia de San Luis.

—Es decir—dijo la señora,—que por ahora son quince. Muy bien; tome usted, Azarolas, setenta y cinco pesos, y que disimulen esta cortedad. Después que haya usted entregado esto á cada uno, tráigame usted los soldados poco á poco.

—Mire usted, señora—le dijo el alcaide: eso que usted hace no da resultados y es malo para esos pobres diablos; todo lo van á jugar hoy

mismo. Mucho mejor es que deposite usted aquí algo por cabeza, para hacerles comprar lo que pidan, y con el resto les mande usted carne y pan; y si acaso un poco de tabaco. Si usted quiere, el proveedor de la cárcel, que ha suspendido sus entregas porque no le pagan lo que se le debe, irá á entenderse con usted.

—Pero, amigo mío, ¿cómo voy á entrar yo en eso?

—Hay un medio—dijo Azarolas,—y es que usted deje el dinero en manos del alcaide: es buen hombre, señora; su familia es muy caritativa; y yo me encargaré de hacer la distribución y el servicio.

—¡Eso sí! Tome usted, pues, señor alcaide: aquí tiene usted trescientos duros, y entiéndase usted con Azarolas.

—Eso es lo mejor—dijo Azarolas.—Le recomiendo á usted, señora, á este señor alcaide y su familia: son muy caritativos y nunca nos olvidaremos de lo buenos que son con nosotros. Ahí tienen una infeliz mujer tísica que es una santa mártir, y que parece imposible que esté presa con justicia. Si no fuera por este hombre y su familia, ya se habría muerto como un perro.

—¿Y por qué está presa esa desdichada? ¿Por qué no la llevan á un hospital?—preguntó compadecida la Pepa.—¡Eso es una barbaridad!

El alcaide se encogió de hombros y dijo:

—Yo ya lo he hecho presente más de cien veces, pero «donde manda capitán no manda marinero»; me han mandado que la tenga en la cárcel, y en la cárcel está; ¡poco ha de vivir! Es una vela que se apaga: pálida y flaca como una muerta, y tos, y tos, y más tos, todo el día y toda la noche. De lástima la hemos llevado á nuestras piezas, señora; que lo que es escaparse, si no se va el alma antes, de seguro que no tiene ni como dar un paso parada: da horror verla y oirla toser; por lo demás, es un ángel, no se queja, no llora, no pide nada; todo lo recibe con humildad.

—Pero ¿qué dice ella de su prisión?

—¡Nada, nada; ni su nombre ha dicho siquiera!

—¿Puedo verla?—preguntó madama M...

—¡Por cierto que sí! Y tal vez pueda usted contribuir á que se aclare su causa y resuelvan algo sobre ella.

—¡Oh, que sí lo haré!

El alcaide hizo entrar á madama M... en sus habitaciones; y después de haber atravesado una especie de sala en donde su mujer y dos hijas estaban hilando y tejiendo, la introdujo detrás de otro aposento, en una especie de alcoba lóbrega y sombría, á causa de los murallones de piedra de más de una vara de ancho con que estaba edificado todo el edificio, y también porque apenas entraba una débil luz por una ventanilla que daba á un pasadizo bastante obscuro

también. En un rincón ardía una vela de sebo que hacía difícil distinguir los objetos. Pero madama M..., dirigida por el eco de una tos cavernosa, alcanzó á ver un lecho y en él un bulto que apenas levantaba las ropas de la cama, y que en efecto parecía rígido é inmóvil como un cadáver. La mujer y las dos hijas del alcaide habían dejado su tarea y entrado también detrás de la señora.

—¡Vecina, vecina!—le dijo el alcaide.—Aquí hay una dama que quiere verla á usted y saber en qué puede aliviarla.

La desventurada levantó unos ojos vitrificados por la enfermedad, echó una mirada que parecía salir de las cavernas del cráneo, y cuando los hubo fijado en la dama que la visitaba,

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó con la voz hueca y temblorosa de los tísicos.—¡Pepa! ¡Pepa!—repitió...—¡Perdón, señora!—agregó inmediatamente.—¡Perdón!

—¿Qué es esto? ¿Quién me nombra?—exclamó madama M... confundida y aterrada.

—Una infeliz que en otro tiempo...

—¡Hermana mía!—le dijo madama M..., poniendo su cara anhelante sobre el cadavérico rostro de la enferma.—¡Hermana mía! ya que no tengo otro nombre que dar á usted; ¿quién es usted, por Dios? Dígamelo usted, que tengo el alma desgarrada.

—¡Una infeliz que en otro tiempo tuvo el derecho de decirle á usted Pepa, pero que lo ha

perdido, á no ser que el martirio y el sufrimiento le devuelvan lo que perdió!

—¡No, hermana mía!... ¡Es imposible! ¡Yo no puedo haberle quitado á usted ningún derecho! ¡Por Dios! Dígame usted quién es, de qué soy yo responsable, qué le he hecho yo á usted, y si alguna vez usted me llamó Pepa, Pepa siga usted llamándome, que jamás ha sido más santo para mí ese derecho que en los labios de la desgracia... ¿Yo?... ¡Dios mío!... Estoy cierta que jamás he podido ofender á usted, hermana mía... ¿Quién eres? ¡Dímelo al fin, hermana querida! —le dijo madama M... anegada en lágrimas de compasión y poniéndole el oído en los labios.

—Soy...—le dijo la enferma—Manuela Solarena.

—¡Manuela! ¡Manuela! ¡Hija del alma, amiga querida! ¿Y por qué te hallas en este estado?

—No lo sé, Pep... no lo sé, señora.

—¡No me destroces el alma, Manuela! Yo soy Pepa, siempre Pepa para ti, y quiero saber por qué te tienen en la cárcel.

—No lo sé; á nadie he hecho mal... con nadie he hablado... me han traído... y al fin, querida Pepa, lo mismo estoy aquí... no: mejor estoy aquí que allá.

—*¿Qué allá?...* ¡Ah, hija mía, comprendo, comprendo!... Ni una palabra más... ¡Pero yo tengo mi casa, y tú vendrás conmigo! ¿De qué te acusan? ¿De haberlo ocultado?

—¡Ni lo he visto, ni más quiero verlo, por-

que yo tengo ya todos mis pensamientos en el cielo!

—Y entonces ¿de qué te acusan? ¿De haber sido la víctima de su barbarie?... ¡No, Manuela! Yo te salvaré y tú irás á mi casa. Es imposible que los hombres que mandan ahora en Chile sepan lo que te pasa, ni conozcan tu prisión. Yo voy ahora mismo á aclarar todo esto. Aquí hay algún misterio, algún error.

—¡Pero *él* me reclamará... estoy cierta que me reclamará!

—¿El?... ¡No! El anda prófugo y lejos; en Chile gobiernan ahora los patriotas; y él no te reclamará ni te puede reclamar.

—¿Gobiernan los patriotas?... ¿Y M...?

—M... también se ha replegado á Concep... ción... No me preguntes más, hermana querida; estás demasiado débil... Voy á pedir tu libertad para llevarte á mi casa... No hay tiempo que perder: ¡ya vuelvo!—y madama M... salió de prisa.

De la cárcel se dirigió á casa de O'Higgins, y después de haberse hecho anunciar por medio de un billete apremiante, tuvo la satisfacción de ser recibida y de imponer al general con palabras vehementes y calurosas del motivo que la había movido á verlo.

—Madama—le dijo O'Higgins,—no es tan llano ni tan justo lo que usted me pide. Esa mujer ha sido la compañera, por no decir otra cosa, de San Bruno, cuya cabeza hemos puesto á pre-

cio, porque usted sabe que ha sido un facineroso y no un militar de honor. Esa mujer está complicada en la traición horrible en que murieron los hermanos Estay y La Concha, su propio marido... ¿No lo recuerda usted, madama M...?

—¡Señor, esa infeliz mujer no está complicada en nada de eso! Ustedes, los hombres, tienen una manera atroz de juzgarnos. Esa infeliz mujer cayó, es verdad, en las manos de ese monstruo, porque ustedes dejaron caer su país en las manos de sus enemigos. ¿Tiene ella la culpa de que quedase como cosa, ó como mueble, abandonada é inerme, sin pan y sin hogar, cuando ustedes perdieron la batalla de Rancagua? ¿Podía ella desasirse de las garras del tigre que la tomó como se toma la cosa tirada ahí por las calles? ¿Podía ella resistir á lo que ese bárbaro le imponía?... ¡Debía haber perecido antes que infamarse!... ¡Bonita frase por cierto, señor general!... Eso se lo hemos visto hacer á Lucrecia en el teatro, y Dios sabe si será verdad. Pero esa no es la regla ni la ley de la triste humanidad, y donde quiera que hay peligro de muerte, ó temor de un castigo feroz, hay la más atenuante de todas las circunstancias para quitar las responsabilidades de un crimen. Manuela Solarena no es criminal, señor general, delante de los hombres, sino delante de Dios... Y por último, ¿quién la ha juzgado? Está cadavérica y moribunda. ¿Está acaso condenada á morir sin

asistencia en una cárcel? ¿No tendría el derecho de hacerse llevar á un hospital?

—Señora, ¿qué es lo que usted quiere?—le dijo O'Higgins, algo inquieto por el tiempo que perdía.

—Llevármela á mi casa, señor don Bernardo, para que muera en mis brazos, porque tiene pocos días de vida; mándela usted ver con un médico y se convencerá usted de que tengo razón, de que digo la verdad. Si sana, allí la tendré yo para que ustedes la juzguen; si muere, la juzgará Dios, y ustedes no habrán consumado una iniquidad.

—¡Señora, llévesela usted!—le dijo O'Higgins medio convencido y también fatigado.

—¡Oh! si fuera por mí, no le fastidiaría á usted tanto, señor don Bernardo... Pero por esa infeliz, que un día fué mi amiga, nada me arredra, ni el enojo ni el fastidio de usted.

—Ya lo he dicho, madama M... ¡llévesela usted!... Centeno, extienda usted una orden para que la presa Manuela Solarena sea entregada á madama M...

Así que recibió la orden, saludó con cariño al general, y le dijo al salir:

—Ya verá usted cómo, después que reflexionen, han de reconocer ustedes que tan lejos de hacerme en esto un servicio, soy yo quien los he salvado á ustedes de que cometan una grande iniquidad.

O'Higgins la saludó también con cariño, y después que ella salió, dijo:

—¡Tiene razón! Es un rigor inútil y evidentemente injusto... ¡Es diablo esa mujer!... Pero es buena.

Madama M... puso un esmero prodigioso en preparar y abrigar el catre en que hizo trasladar á Manuela en hombros de cuatro hombres; y la acomodó en una de las piezas más abrigadas y confortables que tenía la casa. Hizo venir inmediatamente al médico del ejército argentino, que gozaba de mucha fama, y que era un tal Zapata, negro de Lima, que por patriota había escapado de aquella ciudad y logrado alcanzar á refugiarse en Mendoza, de donde había venido á Chile con el general San Martín.

Apenas la examinó, declaró que el caso era perdido.

Sin embargo, los nuevos y esmerados cuidados de que se veía rodeada habían levantado algo su espíritu, y parecía más confortada.

—¡Ah, querida Pepa!—dijo la enferma con una voz llena de gratitud.—¡Si pudiera encontrar á mi hijo, moriría feliz!

—¡Encontrar á tu hijo, Manuela!—exclamó la Pepa con una sorpresa extraordinaria y levantándose del asiento.—¿Has perdido un hijo? ¿De qué edad?

—El único, que tenía año y medio, no era hijo de *él*, sino de... mi marido... El me lo arre-

bató y lo arrojó al pantano de la calle... ¡Lo habrán devorado los perros!—agregó sollozando con amargura.

—¡Qué horror! ¡Qué horror!... ¿Y nadie lo vió? ¿Nadie lo pudo salvar?—le preguntaba madama M... con una agitación visible.

—¡Debe haberlo visto Teresa, mi cuñada!

Madama M... le tomó las manos con un temblor febril.

—¿Teresa, dices?

—Pero tú sabes, Pepa querida, que Teresa está loca, y nadie le puede sacar una palabra de lo que vió.

Madama M... se echó entonces sobre la enferma, y abrazándola con una sublime expansión del alma, le decía llorando también de júbilo y de ternura:

—¡Yo tengo á tu hijo, Manuela querida!... ¡Yo lo tengo! ¡Aquí en esta casa está! ¡Mariana! ¡Mariana! ¡Trae el niño: hemos encontrado á su madre!—y cayendo de rodillas levantó las manos al cielo y exclamó:—¡Dios de piedad: gracias, gracias!—mientras la enferma, incorporada en la cama, hacía un esfuerzo supremo por bajarse gritando:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Quiero ver á mi hijo!

Y caía desmayada y exánime sobre sus almohadas.

XXXVII

Se cree generalmente que las grandes crisis morales prorrogan por algún tiempo la vida de los tísicos con la energía nueva y ficticia que le dan á la circulación de la sangre. Será ó no será cierto; pero el hecho, en nuestro caso, fué que, al volver de su desmayo y al estrechar á su hijo contra su pecho, Manuela parecía una nueva mujer.

El júbilo sublime de la maternidad había vuelto á sus labios la sonrisa del contento, y una vitalidad expansiva animaba su descarnada fisonomía, como si el día hubiera recobrado nueva luz para sus ojos, y como si todo fuera risueño en derredor suyo.

Madama M..., no menos satisfecha, gozaba del inefable placer de haber hecho un beneficio de aquellos que enaltecen el espíritu humano hasta las regiones donde mora el espíritu divino. Se sentía algo así como el instrumento predi-

lecto de que Dios se había servido para atenuar una grande desgracia; y no se cansaba de mirar y de acariciar á la madre que le debía el hallazgo de su hijo; y al hijo, que ya fuera que hubiera de perder ó que hubiera de conservar á su madre, era ahora como si fuese dos veces hijo suyo, por haberlo recogido antes sin madre, y por haber encontrado después á la amiga que le había dado el ser.

—Querida Manuela—le decía,—es preciso que hagas ahora un esfuerzo para vivir: tienes á tu hijo, y me tienes á mí, que soy tu hermana y que soy su madre como tú. Dios te hace al fin feliz; y ya no tendrás que separarte jamás de él, ni de mí.

—Todavía no me atrevo, generosa amiga, á levantar mis miradas hasta su santo trono. Me parece que cuando le quiero dar gracias con la profunda humildad de mi corazón y de mis desgracias, me miran todavía con enojo... ¡Ah, Dios mío, qué criminal y qué indigna de ti, Señor, he sido!...—dijo y soltó el llanto.

—No, Manuela, no; tú te formas una idea falsa de la infinita bondad del Ser Supremo; piensa que El es todo misericordia y clemencia: que El no nos juzga con la estrecha y brutal ley del mundo; y que delante de El están abiertos nuestros corazones, y patentes las causas más ocultas que justifican y explican las debilidades y los errores de nuestra vida. Manuela mía, levanta

tus ojos hasta El, contémplalo en toda su grandeza, y no confundas la inmensidad de su saber con los juicios necios y raquíticos del mundo. Su ley está en tu conciencia y en tu corazón. ¡Ya lo ves! Te ha devuelto tu hijo y te ha puesto en los brazos de una hermana. ¡Harto has sufrido y harto purgadas están las faltas que te reprochas! De hoy en más, que la alegría y el consuelo vuelvan á tu alma; y que cada beso de los que pongamos en los labios de ese niño, sea para ti un testimonio de que Dios te ama, y de que porque te ama te ha devuelto toda la felicidad que una madre puede pedir en la tierra.

—Hazme llamar, querida Pepa, al padre Ureta: él me había perdonado, y yo me he mantenido en el camino que él me puso. Yo estoy contenta; pero tengo miedo de mi propia felicidad, y necesito de un sacerdote aquí á mi lado... Yo no puedo vivir: estoy inquieta... Sin embargo, la muerte no me aterra, porque mi hijo quedará en tus brazos, y tú lo querrás como tuyo, ¿no es verdad, Pepa?

—Pero hija mía, te lo he repetido: te lo juro; y no creas que tengo grande mérito en eso: yo había adoptado ya á ese niño, sin saber quiénes eran sus padres. Temblaba de encontrarlos para que no me lo quitasen; ya ves, pues, con que gusto lo hago mío desde hoy y para siempre. ¿Cómo se llama, Manuela? Yo no había querido que le dieran nombre hasta no dar con sus pa-

dres, y le llamábamos *el niño*. ¿Cómo se llama?

—¡No tiene nombre!... *El* no me permitió jamás hacerlo bautizar, ni quiso que se le llamase sino *el muchacho*.

Madama M... se puso reflexiva.

—¡Qué coincidencia! ¡Qué misterio!—dijo.

—¿Por qué?—preguntó la enferma.

—Porque el coronel N... me había prevenido que si el niño no estaba bautizado, quería que fuésemos sus padrinos.

—¿N...? ¿Quién es N..., Pepa?

—Un coronel argentino: uno de los jefes más influyentes y poderosos de la nueva situación: un cúmulo de cosas que sería largo explicarte ha hecho que yo le deba servicios de un valor inmenso; es mi amigo, y no tardarás en verlo.

—¿Has hecho que me llamen al padre Ureta?

—Sí, y ha contestado que vendrá al momento.

Y en efecto, conversaban todavía las dos amigas, y madama M... había conseguido seguir retemplando el alma dolorida y oprimida de la enferma, cuando anunciaron la llegada del padre Ureta, que no se quedó poco sorprendido cuando madama M..., que había salido á recibirlo, le informó de que había hallado á Manuela Solarena en la cárcel, y que la habían puesto allí sin más motivo que el de haberla encontrado oculta ó asilada en la casa de don Manuel Imaz.

Al oir este apellido, el padre Ureta se golpeó la frente como el que resuelve de pronto un problema.

—¡Imaz, Imaz!...—dijo.—Pues eso es lo que quería decirme Teresa cuando me hablaba de *Tumás, tio mas* ó algo así. ¿Y San Bruno estaba allí también?

—¡Oh, no señor! Me ha dicho Manuela que no ha vuelto á verlo desde que Su Paternidad la absolvió.

—¡Gracias sean dadas á Nuestro Señor Jesu-Cristo!—exclamó el padre.

—¡Está moribunda, padre!... Difícil es que se salve; el doctor Zapata la ha visto y me ha dicho que no tiene remedio.

—¿Y de qué?

—Tísica.

—¡Pobrecilla! Será menester consolarla al menos y abrirle el camino del cielo... ¿Y el niño?

—Oh, el niño está con ella. Dios ha sido clemente y se lo ha devuelto por mi intermedio.

—¿Qué dirá Teresa? ¡Se va á enfurecer! Allá en las pasiones tenebrosas de su demencia, ella cree que Manuela no tiene derecho á ese niño, porque aunque es hijo suyo, su conducta... pues... ya comprende usted, señora...

—¡Padre, por Dios, no le diga usted nada de eso á la pobre enferma! Por lo demás, usted comprenderá también que Teresa está loca, y que no puede reclamar la entrega de ese niño.

Creo, por otra parte, que su ahinco no tanto es quitárselo á la madre, cuanto que no viva ni se críe entre realistas ó españoles... Y si el coronel N... lo adopta, si yo lo adopto también... y si ella ve que esto es hacerlo feliz y criarlo entre patriotas...

Como el padre Ureta mirara con sorpresa á madama M..., ella agregó con seriedad:

—Digo la verdad, señor; y puede Vuestra Reverencia estar seguro de que criado á mi lado, el niño se criará entre patriotas y para ser patriota. ¡Cada uno tiene sus secretos, señor!

Acababa de pronunciar estas palabras madama M..., cuando entraba el coronel N... en el salón donde ella estaba parada todavía con el padre Ureta.

El coronel, como sus amigos y compañeros, no era nada amigo, que digamos, de los hábitos talares y mucho menos del sayal de los conventuales; pero, como era muy culto y asaz cumplido, disimuló perfectamente el disgusto que le había causado aquel encuentro, sin poderse explicar el motivo con que el padre estaba allí con la señora. Ella, que conoció al instante lo que por él pasaba, le presentó al padre Ureta como uno de los sacerdotes más decididos por la causa de la independencia, y que mayores persecuciones había sufrido de parte de los realistas; lo informó después de todo lo que había ocurrido y de cómo la madre del niño había aparecido

y se hallaba en la casa, con todo lo demás que ya sabemos.

—¡Vea usted, señora, qué singular previsión la mía!... Ya sabe usted que yo quiero ser su padrino.

—Pues vea usted—le contestó la dama,—yo he pensado después en otra cosa; y preferiría que el padrino fuese el general O'Higgins.

—Y de veras, que tiene usted razón.

—¡Me alegro que estemos de acuerdo! ¿Y cree usted que el señor general O'Higgins aceptará?

—¡Por cierto que sí! ¿No me dice usted que este niño es hijo de un patriota sacrificado por San Bruno? (1).

—Sí; Manuela Solarena era casada con Samuel de la Concha, y el niño es hijo de ese infortunado patriota.

—Pues entonces, el señor don Bernardo aceptará con un placer sumo; y tomará como un deber de patriotismo el padrinazgo y la protección de ese niño, que se llamará Bernardo de la Concha.

—Y esto, padre Ureta, será del agrado de Teresa—dijo la señora dirigiéndose al padre;—ya usted ve cómo todo va en el camino que deseamos.

---

(1) M... y San Bruno fueron los inicuos ejecutores de la bárbara matanza de presos políticos que se hizo en la cárcel de Santiago, en enero de 1815.

—Señora, desde que vive la madre—contestó el religioso,—y desde que los grandes de la tierra encuentran la resolución del problema, nada tengo que decir. Mi ministerio me llama á la cabecera de la enferma que desea verme; y creo que en cualquier otra parte estoy de más.

Ofendida, pero sin darlo á conocer, madama M... condujo al padre Ureta al aposento de Manuela; y al volver al salón donde había quedado el coronel, dijo con enfado:

—¡Esta gente de sotana piensa siempre en el diablo más que en Dios!

—¿Y me habrá tomado á mí por Satanás?

—Habrá creído al menos que Satanás es quien nos ha hecho conocer y estimar. Ellos tienen por principio que las mujeres andamos siempre adelantadas en el camino del mal... sobre todo si... Y si deshicieran el mundo que Dios ha hecho, ¿cómo lo arreglarían ellos?

—¡Oh!—dijo el coronel.—¡No hay cuidado! ¡Para ellos, lo harían como para ellos! ¡Como si no conociéramos su historia y lo que son!... Y al fin ¿quién es este fraile y qué le importa de todo esto?

—Es, en verdad, un sacerdote virtuoso: ¡de eso no se puede dudar! Pero dejemos esto... Es menester, N..., que nos ocupemos del bautismo de nuestro niño; y que así que usted obtenga la conformidad del señor O'Higgins para ser su padrino, señalemos el día. La pobre madre no

nos dará mucho tiempo para que le proporcionemos este inmenso gusto.

Que el padre Ureta tuviera ó no razón, el hecho era que la fuerza de las cosas iba estrechando demasiado la intimidad del coronel con madama M...; y que el sacerdote no había podido menos que notarlo con el dolor propio de sus principios. Pero, sin otra misión allí que la de dar sus cuidados religiosos á la enferma que lo había hecho llamar, hubo de limitarse á cumplir con ese deber, guardando la reserva austera que le correspondía.

XXXVIII

El bautismo tuvo lugar con un ceremonial modesto y privado, en el aposento mismo de la enferma, previas las dispensas requeridas.

El padre Ureta oficiaba; y cuando repetía tres veces el nombre de Bernardo Samuel (de la Concha) con que el catecúmeno entraba entre los fieles de la Iglesia Católica Romana, vióse aparecer de repente á la Loca de la Guardia y tomar su puesto en la rueda que formaban los asistentes. La Pepa Z... (madama M...) no pudo contener el ademán de zozobra que le causara esta aparición: Manuela quiso incorporarse en su lecho, pero no pudo sostenerse y se cubrió los ojos con las manos. Pero Teresa se desentendió de estas alarmas, y parecía tener contraída toda su atención á los actos del ceremonial y á los personajes que intervenían en él, austera y grave, como si fuera un testigo de piedra.

Terminado el acto, madama M... llamó á sí el

niño, que aún tenía en sus manos el general O'Higgins, y llevándoselo á Teresa, le dijo:

—Tómalo, abrázalo, bésalo, que tú fuistes la que lo salvaste primero.

Teresa la miró un momento, y como si su corazón le hubiese dicho algo, tomó al niño con un anhelo repentino y se puso á pasearlo á grandes pasos por la pieza, cantándole la cancioncita dormidera que le cantaba el día en que San Bruno la había sorprendido y arrojado el niño en el pantano. Al fin le dió un beso, pero rehusando entregárselo á la Pepa Z..., se lo dió á O'Higgins diciéndole:

—¡Es tuyo!—y soltó una carcajada estridente.

—¡M...! ¡M...! — repetía.— ¡La mujer M...! *¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!*—y salió dejándolos bastante confusos á todos.

—¿Qué mujer es esa?—preguntó O'Higgins con enfado.

—Es una loca, señor general; es parienta del niño y toma por él un interés raro; su pasión era sustraérselo á... San Bruno y criarlo entre patriotas.

—Señor general—le dijo el padre Ureta,—es probable que Vuestra Excelencia haya oído hablar de ella: en el ejército la conocían por La Loca de la Guardia, según me han dicho algunas personas con quienes he hablado.

—¿La Loca de la Guardia? ¿Esa es la Loca de la Guardia? Necesito hablar con ella: que

me la traigan. Romo, Romo, corra usted y tráigame á esa mujer—le dijo á uno de los ayudantes que lo acompañaban.—Precisamente había dado orden de que la llevasen al despacho, porque me dicen que ella es la que puede descubrir mejor que nadie el paradero de San Bruno.

—¡Por Dios, señor general!... ¡El estado de esta infeliz no es como para soportar estas emociones!—dijo la Pepa señalando á Manuela, que en efecto, había pegado su boca á las almohadas y sollozaba con un profundo dolor.

—¡Es cierto, madama! No lo había reparado... Voy á la cuadra, porque tengo que hablar con esa muchacha.

—Tal vez crea, señor general, que la buscan para castigarla por lo que acaba de hacer; y me parece conveniente que yo vaya para tranquilizarla—observó el padre Ureta.

Pero Teresa no se había resistido; á la primera indicación que le había hecho el ayudante de que el general O'Higgins deseaba hablar con ella, se detuvo y contestó:

—¡Vamos!

El general la recibió con cariño diciéndole:

—Tengo noticias de que eres muy patriota, muchacha; me dicen que has acompañado la vanguardia de nuestro ejército enseñándole el camino. ¿Es cierto?

—Sí: he volado desde allá (señalando al lado de las Cordilleras) con los cóndores que me

trajeron en sus alas: y los lagartos huyeron... ¿Por qué le has quitado tú las plumas al cóndor que venía volando por delante de los demás?... Yo lo había puesto donde tú lo necesitabas.

—No te entiendo, muchacha: ¿yo le he cortado las alas á un cóndor que venía volando por delante de los demás?

—Y has hecho mal: porque te ha de hacer falta cuando los otros tengan que tomar su vuela para allá—agregó señalando al sur.

—¡Ah!—dijo el general sonriéndose.—¿Eres amiga del general Soler?

—Yo lo había puesto donde tú lo necesitabas; y él te abrió el camino.

—Te he llamado para que me digas si sabes dónde está San Bruno—le preguntó el general, cambiándole el asunto.

—Los lagartos quedaron tendidos boca arriba cuando el cóndor que yo traía por delante te abrió el camino: he puesto mis ojos sobre todos. Los otros han ganado unas cuevas muy hondas; es preciso meter la mano; y mañana he de agarrar la cola de San Bruno para llevártelo colgado en el palo de una escoba y hacerlo bailar en el aire.

—Pero para eso necesitas de mí. Es menester que yo te dé mi gente para que te ayude á tomarlo, y para que no se nos escape.

—Déjame buscar y cavar: yo quiero buscar y cavar sola; tu gente mete mucha bulla con sus

talones, y los lagartos oyen desde lejos porque tienen miedo; yo no meto bulla; á mí no me oyen, ni me ven, porque ando sola. ¡Déjame; adiós!

—Espérate; quiero decirte que San Bruno está en una cueva aquí: no está entre los muertos ni entre los prisioneros, ni se ha escapado con los que se fueron para allá. ¿Sabes guardar un secreto?

La Loca le dirigió al general una mirada extraña y le dijo:

—¿Puedes tú ver mi lengua si yo no quiero abrir la boca?

—¡Muy bueno! Oyeme bien y contéstame: ¿conoces tú á un tal Imaz?

—¡Ah!—exclamó Teresa levantando la mano. —¡Imaz! ¡Imaz!

—¿Lo conoces? ¿Sabes dónde vive?

—¡No!

—Vive en la callejuela que queda detrás de San Agustín; escarba por allí; mete bien la mano en la cueva, pero que no te sientan; y cuando hayas tocado la cola del lagarto, avísamelo; mis soldados meten mucho ruido con los talones, como tú dices muy bien, y no conviene que anden por allí, porque el lagarto podría oirlos y escaparse por otra cueva más lejos y más honda. ¿Me has entendido?

La Loca meditaba: había reconcentrado en el fondo de su alma misteriosa toda la perspicacia

de que era capaz. De pronto le tendió la mano al general.

—¡Adiós!—le dijo; y salió con resolución como si hubiera encontrado la luz que buscaba.

Dirigióse á lo de Tomasa, y entrándose como siempre, sin ninguna ceremonia ni permiso, se sentó en el estrado que circuía las paredes de la cuadra, á distancia de todas las costureras que allí estaban ocupándose con afán en confeccionar los trajes de madama M...

La alarma y la desconfianza que ocasionó al principio la entrada de la Loca, se calmó cuando vieron que tan lejos de mostrarse agresiva parecía tranquila y benigna.

Tomasa, cuyo natural simpático la movía siempre á ser servicial y compasiva, se levantó y, tomándola de la mano, le dijo:

—¿Quieres tomar algo, Teresa?

—Dame pan.

—¿Quieres leche? ¿Quieres *api?*

—¡Dame pan!

Tomasa misma le trajo el pan que pedía.

—Ya ves—le dijo—como somos amigas; yo no estoy enojada contigo, y te quiero mucho, mucho: nunca pensé en robarte tu... hijo; quise salvarlo para que no me lo quitasen... los lagartos, y ahora está en manos de los... cóndores. ¿No es verdad que estás contenta?

Sin responderle, Teresa le tomó las cintas celestes y los volados que Tomasa tenía en las

manos, y mirándolos con un gesto lleno de malicia,

—Para la M...—le dijo. — *¡Ha! ¡ha! ¡ha!* ¡M..., M...! Las mujeres de los lagartos en el nido de los cóndores. *¡Ha! ¡ha! ¡ha!... ¡Cintas! ¡cintas!* ¡Muy bonitas! *¡Ha! ¡ha! ¡ha!* Apriétalas bien, Tomasa, para que queden bien colgadas como la cola de los lagartos; me voy á colgar cintas en la cola de los lagartos: quiero vestirme como tú. ¿Me das un vestido y tu pañuelo?

—Al instante, querida Teresa.

Y después que se vistió con el traje ordinario de una mujer pobre, se echó por la cabeza el pañuelo; y se ausentó sin decir más.

XXXIX

Don Manuel Imaz, á quien el general O'Higgins había indicado como ocultador y connivente de San Bruno, era un español vulgar y obscuro que se ocupaba en Santiago del comercio de menudeo. Había tenido, en efecto, relaciones frecuentes con los oficiales y soldados de su nacionalidad, ya porque les suplía algunas pequeñas sumas sobre sueldos que él cobraba después con usura, ya porque les compraba, para revenderlos, objetos de insignificante interés, y sobre todo algunas armas de las que andaban sueltas y desparramadas en manos de milicianos y de individuos sin responsabilidad directa. Tímido y débil de carácter, pero codicioso y algo avaro, se había captado la protección de Marcó, y más que todo el favor de San Bruno, para medrar en estas operaciones de bajo comercio. San Bruno, á su vez, con el genio imperioso y brutal que tenía, con el desparpajo y la bravura que

le había dado tanto nombre y tanto influjo, ejercía una dominación absoluta sobre el ánimo sumiso y avaro de este menguado comerciante, y hacía de él lo que quería, como dueño y señor de su casa, de su persona y de su fortuna; bien es cierto que le daba una protección eficaz para sus cobranzas, aunque con provecho propio, de cuyo peso se desquitaba el otro en sus tratos mezquinos con los demás.

Tenía Imaz un pequeño almacén de baratijas, y una especie de barraca donde vivía, situada en una calle estrecha, detrás de la iglesia de San Agustín, que era entonces un barrio de los más apartados y solitarios, y de cuya lobreguez y silencio podrán sólo hacerse una idea aquellos que con su imaginación se transporten á un tiempo en que no había alumbrado público, ni veredas, en la mayor parte de las ciudades coloniales, y menos que en otras en Santiago de Chile, que entonces era una de las más pobres y desprovistas de comercio exterior.

Hacía unos días que Imaz había entregado á Manuela Solarena, como hemos visto, y serían como las once ó doce de la noche, cuando se incorporó sobresaltado en el lecho en que dormía á los golpes cautelosos, pero urgentes y repetidos, que alguien daba con las manos en la ventana con rejas que tenía su almacén á la calle. Con la zozobra natural en que lo tenían los sucesos políticos que habían volcado toda la situa-

ción que antes explotaba, Imaz sintió una profunda alarma, porque, á pesar de todo, la codicia que rompe el saco, como dice el refrán, y el hábito que forma una segunda naturaleza le habían hecho cometer ciertos pecadillos de alguna consideración. Y como uno ú otro conocido ó marchante antiguo lo había tentado ofreciéndole unos dos ó tres sables y un fusil por pocos reales, se había animado á comprarlos, sin saber que el general O'Higgins, Director Supremo de Chile á la sazón, había expedido y mandado fijar por carteles en toda la ciudad un bando riguroso y explícito castigando con pena de muerte, nada menos, á los colectores oficiosos y ocultadores de armas de fuego y de guerra, de cualquier clase que fuesen. El infeliz no lo sabía, ó si lo sabía, creyó que aquel rigor, por excesivo, sería de mero espantajo. El hecho es que, á pesar de sus inquietudes, incurrió en el vicio de comprar barato para revender á mejor precio, á que lo impelía fatalmente el largo hábito que tenía de hacerlo.

Sobresaltado, pues, con los golpes repetidos, pero cautelosos, que daban en su ventana, guardó silencio por algún tiempo escuchando con ansiedad.

Pero como no acudía, una voz contenida, pero angustiada, comenzó á llamarlo desde afuera, diciéndole:

—¡Manuel! ¡Manuel!... ¡Manuel! Abreme la puerta.

Sin animarse á responder todavía, y de más en más inquieto, Imaz se acercó á la ventana; y al querer abrir una rendija del postigo, que carecía de vidrios, porque entonces eran tan escasos que sólo los muy ricos los tenían, el de afuera metió violentamente el brazo y lo abrió del todo, diciéndole con la misma voz prudente, pero con rabia:

—¡C...! ¿Que no me oyes? ¡Abreme la puerta, te digo!

Y vió entonces Imaz á dos hombres vestidos de mujer pegados á la reja.

—¡Virgen Santísima!—exclamó Imaz.—¡San Bruno!

—¡Abreme la puerta!—repetía el otro con urgencia y con imperio.

—¡Es imposible, señor mayor! ¡Busque usted otra parte donde esconderse! Aquí no puedo recibirlo sin perderme.

—¿Qué dices, canalla? ¿Que no puedes recibirnos? ¿Que no puedes recibirme á mí? ¿Y el dinero que me debes? ¿Y todos los favores que te he hecho?... ¡Abreme la puerta, te digo, ó juro que el diablo te va á llevar, infame, traidor!

Pero Imaz, aprovechando un buen momento, cerró con fuerza el postigo y logró echarle la aldaba, quedándose en escucha á un lado de la ventana.

San Bruno prorrumpió en amenazas, pero sin alzar la voz; y el que lo acompañaba le dijo, aterrado:

—¿Qué hacemos? ¿Vamos á lo de Basaldua?

—¡Imposible!—dijo San Bruno.—Tiene la casa vigilada desde ayer.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No hay más remedio que saltar la tapia y meternos aquí, quiera ó no quiera ese canalla.

—¿Y si nos entrega?

—¡No se ha de atrever! ¡Me parece que no se ha de atrever á tanto!—repitió después de haber reflexionado.—¡Y c...! ¡Si me entrega, lo mato! ¡Yo no me entrego sin matar: mis pistolas no yerran fuego; y no hay cuidado, le he de apuntar bien!... Y si está de Dios que he de morir, moriré después de matar y de defenderme... Saltemos la tapia y metámonos dentro: yo conozco la casa; con una buena patada contra la puerta chica del frente, la echo abajo, y veremos lo que hace.

En efecto; mientras Imaz escuchaba ansioso el murmullo de las dos voces sin alcanzar á oir lo que decían, San Bruno y su compañero se corrían hasta un lugar conveniente.

Trepándose á los hombros del otro, San Bruno se tomó del extremo de la tapia y se puso encima. Después de asegurarse bien, le dió las dos manos al compañero, y con una fuerza pujante lo levantó y lo sustuvo mientras afirmaba las rodillas en la pared, hasta que pudo prenderse también de ella. Se descolgaron en seguida al patio, que más bien era un corral por su

extensión, y por el descuido en que estaba, y dirigiéndose á la puerta que San Bruno había indicado, la sacudieron con tal violencia que hicieron saltar la tosca cerradura en que se aseguraba, y se introdujeron en la casa.

El primer sentimiento de Imaz fué esconderse, temiendo la saña de San Bruno; pero aterrado también de que se le descubriese en su casa, vino á encontrarlo en un lamentable estado de agitación.

San Bruno, que al verse dentro se había calmado, conoció que no debía exasperar á Imaz para evitar que los denunciase; y tomando el tono de un reproche afectuoso, le dijo al verlo:

—Imaz, por Dios, ¿es posible que hayas podido negarte á darme un asilo por una noche, por unas horas?

—Pero mayor, ¿no ve usted que me pierde? ¿Qué va á ser de mí cuando lo descubran en mi casa? ¡Esto es horrible, mayor San Bruno! ¡Yo soy un hombre pacífico y miedoso, señor mayor... y usted me pierde!—agregó dominado por un profundo pavor y soltando el llanto.

—¡Es que no nos van á descubrir, yo te lo juro! A dos cuadras de aquí está una arria de mulas de don Juan Alcalde, que tiene permiso para seguir hasta Talca; y mañana á la noche me voy á incorporar con ella: el capataz es mi amigo, muy nuestro, y está convenido ya con nosotros para llevarnos entre los arrieros. No

te aflijas, Imaz: recuerda todos los servicios que te he hecho; recuerda que me debes algún dinero, y que con una pequeñez cualquiera que me des mañana, yo quedo pago y te quedo agradecido. Tú has sido honrado y buen amigo siempre. ¿Como puedes negarme una sola noche de asilo y abandonarme para que los insurgentes me tomen y me ahorquen?... Vamos, Imaz: veamos dónde nos podemos ocultar mejor, y aprovechemos el tiempo.

Débil, cobarde é incapaz de tomar una resolución propia, Imaz no tuvo energía para resistirse y para afrontar el furor de San Bruno; y después de haber buscado cómo ocultar á los dos prófugos, dijo:

—Al fondo del corral hay un pozo como de tres varas que quedó cuando se sacó la tierra para cerrar la tapia; podemos ponerle unas tablas y echar encima el maíz que tengo en el galpón. Es la única parte donde ustedes se pueden ocultar... pero no cuenten con comida ni con auxilio, porque yo no me acercaré más por allí.

—¡Nos va á traicionar!—le dijo el compañero de San Bruno acercándosele al oído.

—Por lo pronto, no—contestó éste.—Después veremos y tomaremos otras precauciones: lo primero, por ahora, es ocultarnos... Me parece bien lo del pozo, Imaz... ¿Has conocido á mi compañero? Es tu amigo el lego Chaves.

Imaz pudo decir apenas:

—¡Ah! ¡no lo había conocido!—Pero en el fondo de su alma se decía:—¡Que no estuviese en el infierno contigo antes que aquí!

Reconocido el pozo y los demás lugares de la casa, vieron, en efecto, que aquel era el único lugar en donde podían eludir el registro y las miradas de los vecinos y marchantes que acostumbraban á entrar á todas horas á la casa de trato de Imaz á comprar maíz y los demás artículos de menudeo que él vendía.

Imaz estaba al otro día con el alma oprimida por el terror más profundo que puede sentir un hombre pusilánime en su caso; y la misma fiebre de la inquietud y del miedo le daba una rara actividad para atender con solicitud á todos sus marchantes. Cada uno de los que entraban le parecía un espía, y á todos lisonjeaba dándoles *yapas* y haciéndoles el gusto en cuanto le pedían. Si venían á comprarle maíz, él mismo los llevaba á la pila, debajo de la cual estaban ocultos San Bruno y el lego Chaves, y les daba lo mejor y más de lo que le pedían. Sin embargo, por momentos le venía la idea de sacudir una vez por todas el horrible peso que tenía en el alma, y de presentarse á denunciar á los prófugos que tenía en su casa; pero ni se resolvía ni desechaba la idea. Porque no sólo era de un fondo honrado, sino muy devoto y muy realista; para él, Rey y Religión eran dos cosas idénticas, y miraba á los insurgentes como enemigos

de las dos y como réprobos ante la ley divina; así es que vacilaba sin atreverse á tomar la resolución de salvarse por medio de una denuncia, que de momento en momento le parecía más necesaria y menos repugnante á medida que le urgía más el miedo que no podía sacudir.

Entre tanto, la autoridad tenía ya su ojo terrible sobre él; varios avisos le habían dado de que compraba armas; y por absurdo que fuese, se decía y se creía también que con esas armas se estaba fraguando una horrorosa conspiración para asaltar y destruir el ejército argentino; y se daba á Imaz como el agente que se entendía, para eso, con los realistas, v con un gran número de prófugos escondidos, quién sabe dónde, que, con San Bruno, Villalobos y otros nombres no menos siniestros y audaces, debían dar el golpe.

Entre los que habían tentado su codicia, era uno un vecino y paisano suyo que le veía con frecuencia. Este vecino había militado con los realistas, pero como era casado en una pobre familia del país, se había salvado de toda pesquisa y peligros metiéndose en la casa de su mujer, cuyas ventanas quedaban á un sesgo de la casa de Imaz. No se consideraba, sin embargo, bastante seguro, ni tenía su ánimo tranquilo.

Uno de estos días, le había ofrecido á Imaz venderle el fusil y una pistola que había salvado de la derrota, por una cantidad tan baja, que

apenas podía tenerse por precio; así fué que el incauto almacenero, alucinado por la ganancia, le compró las dos armas.

Pero en esa misma noche el dicho vecino sintió el rumor que San Bruno y el lego Chaves hacían en la ventana de Imaz; y aunque no alcanzó á ver nada, pudo comprender que allí pasaba algo oculto; y queriendo congraciarse con el nuevo gobierno, se decidió á solicitar del Supremo Director una entrevista secreta para darle cuenta de que á pesar del bando promulgado para impedir la retención de armas de guerra en manos de los particulares, Imaz le había comprado el día antes un fusil y una pistola que él había ido á ofrecerle para descubrirlo; y que á deshoras de la noche había tenido conciliábulos con enemigos de la patria, embozados, que se habían reunido con él de una manera sigilosa.

No bien se hizo la denuncia, se resolvió la prisión inmediata del infeliz Imaz. Un piquete de tropa veterano al mando de un oficial salió inmediatamente con la orden de prenderlo y de registrar la casa.

Grande emoción causó en el barrio la tremenda invasión que la fuerza pública hizo con una rapidez y con un vigor sin ejemplo en la morada del pobre hombre. La gente, conmovida y curiosa al mismo tiempo, se había aglomerado á lo largo de la calle; mas como se había impedido la entrada y aisládose la casa, lo único que

se alcanzó á ver fué á Imaz petrificado por el terror cuando, cruelmente amarrados los brazos detrás de la espalda, sin sombrero y en mangas de camisa, fué sacado y llevado entre los soldados que lo conducían, ante una comisión de sumarios procedimientos que debía juzgarlo en el día mismo; y que, en efecto, lo juzgó condenándolo á ser fusilado en la mañana siguiente y colgado en una horca como infractor del bando que había prohibido el comercio clandestino de las armas de guerra. Ningún otro cargo se le pudo probar; pero su sentencia se ejecutó al pie de la letra, causando una desastrosa impresión y clamorosas reprobaciones en la opinión pública. Los patriotas mismos la miraron como un atentado atroz.

Nada se encontró por el momento que justificase las sospechas de las conjuraciones y propósitos subversivos que se le habían atribuído á Imaz. Pero la casa permaneció bajo la custodia de un piquete de soldados á las órdenes del alférez Albarracín y del sargento Ontiveros, mientras se hacía un registro más prolijo de los papeles y de los lugares donde pudieran estar ocultos.

La Loca de la Guardia había tomado poca parte y ningún interés en la prisión de Imaz. No fué de la multitud de curiosos que siguieron á la víctima, y que se aglomeraron después en la plaza atraídos por el terrible espectáculo de

su ejecución. Por el contrario, silenciosa y reservada, andaba sola por las piezas sin manifestar signo ninguno de curiosidad ó de aprensión. Sin embargo, parecía que una inclinación particular la llevara de cuando en cuando á la pila de maíz que ocupaba el más lejano rincón del corral; y como Ontiveros la viese reflexionando profundamente al parecer en ese lugar, le preguntó:

—¿Qué hace usted, niña, por aquí?

—¡El maíz no se deja así al aire ni á la humedad de la noche!—le contestó ella.

—¿Qué nos importa? El que lo puso ya no está vivo para cuidarlo.

La Loca no le contestó, y se alejó como si no quisiese hablar más. Pero al entrar la noche se vino silenciosa al mismo lugar, y se sentó contra la tapia á inmediación de la pila.

Sus ojos resplandecían con un fulgor raro en medio de la obscuridad que la rodeaba; ni por un momento los separaba del montón que formaba el maíz; y parecía que con una intuición profunda hubiera adivinado que allí, debajo de aquellas espigas, estaba la cueva del enemigo que buscaba y cuyo castigo era la suprema ambición de su vida.

Pasaron, sin embargo, dos horas de una inmovilidad completa.

De repente la Loca estiró el cuello y puso el oído con una sensación visible de deleite y de

orgullo. Había percibido algo así como un rumor lejano de voces sepulcrales, pero tan indefinido, que era imposible determinar su verdad. Después de haber escuchado con ansiedad, Teresa pegó su oído al suelo. De improviso se levantó, y caminando en puntilla de pie, con el paso cauto de un animal felino que está en momentos de echarse sobre la presa, se dirigió al grupo de soldados que estaban en la puerta de la casa, y tomando á Ontiveros por el brazo, lo sacudió y le dijo:

—¡Allí está San Bruno!—y apuntaba con el dedo el rincón donde estaba la pila de maíz.

Sorprendido el sargento, le preguntó:

—¿San Bruno?

—¡Sí; San Bruno! ¡Silencio, silencio! ¡El lagarto estaba en la cueva! ¡Vamos á tomarlo!

Y mientras Ontiveros y otros soldados iban á tomar sus fusiles, ella se volvía con la rapidez liviana de las fieras al lugar que había señalado; miraba al maíz en la actitud de una expectativa febril, y con una concentración poderosa de todos sus sentidos.

En efecto: las capas superiores del maíz habían comenzado á ondular y á hundirse con un movimiento inferior que les hacía cambiar su base; y el cuerpo de un hombre surgía del suelo procurando ver con inquietud si estaba solo.

Un alarido tremendo de victoria y de furor atronó el espacio. La Loca había reconocido á

San Bruno; y al mismo tiempo, sin la menor dilación, un tiro de pistola la derribaba en el suelo bañada en su sangre.

El matador se lanzó á la tapia y la saltó, pero cayó del otro lado tendido en el suelo; y al levantarse para escapar, un formidable golpe de culata asestado sobre la espalda, lo dejaba inmóvil. Ontiveros lo había seguido y alcanzado por el mismo camino, y poniéndole la bayoneta de su fusil sobre la espalda, dió tiempo á que otros soldados argentinos acudiesen y trincasen al prisionero.

Entre tanto, la pobre Teresa, atravesado el pecho por una bala, yacía muerta ó moribunda.

Ontiveros lloraba como un niño; y á no ser la presencia del oficial que lo contenía, hubiera hundido su bayoneta mil veces, hasta saciarse, en el pecho de San Bruno, para vengar «á la pobrecita niña», repetía desesperado.

Teresa, sin dar ya señal ninguna de vida, fué llevada á una de las piezas de la casa, mientras se traía un cirujano que hiciese constar su estado.

XL

La prisión de San Bruno produjo en Santiago una general satisfacción. La voz pública lo acusaba de espoliaciones, de asesinatos, de estupros, y de cuantas otras violencias puede ser capaz un bárbaro atroz, que no sólo se consideraba instrumento autorizado de un poder arbitrario opresor, sino que se tenía él mismo por dueño de las vidas y haciendas de todos aquellos á quienes su exaltada y brutal imaginación le señalaba como enemigos de su causa ó de su persona. En un documento oficial se dijo: «Este vil ofensor de la decencia pública ha ultrajado los más altos derechos, el honor nacional y el decoro privado de los hombres; jamás ha respetado los fueros de la naturaleza y de las instituciones sociales; y es, por fin, un monstruo que no puede confundirse con la clase de prisioneros de guerra».

Todo esto corría y se propalaba, refiriéndose

de él porción de hechos propios, en efecto, de una de esas almas que no conocen la piedad, y que sin regla moral conservan el tipo del animal carnicero y cínico, aun en el seno de las más adelantadas civilizaciones. Pero faltaban las pruebas escritas y justificadas, mientras no se pusiese la mano sobre los papeles de Estado que se habían pasado durante la restauración del gobierno realista, que tuvo lugar después de la derrota de Rancagua en 1814. Y lo singular fué que el mismo gobierno que había sacrificado á Imaz de una manera tan violenta y cruel, sin dar lugar á defensa ni á ninguna averiguación, y tan sólo por amedrentar á los realistas, quiso hacer del proceso de San Bruno un juicio de procedimientos justificados y formales; y se empeñó en buscar y sacar á la luz los documentos de prueba que contaba hallar.

Al principio, San Bruno se mantuvo pertinaz y soberbio en sus denegaciones. Sostuvo que, como simple mandatario de la autoridad, y sin otra responsabilidad que la que le imponía la obediencia militar, había cumplido las comisiones que se le habían dado de prender unos emisarios del gobierno de Mendoza, que había pasado á levantar montoneras en el sur de Chile; que no habiendo podido tomarlos donde se les creía ocultos, los había perseguido y alcanzado en una banda de paisanos armada, con la que se había batido, quedando allí muerto ese Rafael

Estay y los otros de cuyo asesinato alevoso se le acusaba.

Se le acusaba también de haber ejecutado, en la cárcel, una matanza de presos políticos, indefensos; y contestaba que en ese acto había sido su jefe el actual coronel M...; que los presos estaban armados y en momentos de sublevarse, y que era M... quien había dado la orden de asaltarlos y desarmarlos, orden que originó la muerte de algunos de ellos que se defendieron.

Entre tanto, el lego Chaves, menos experto y más cobarde, había sido examinado también por separado, como era del caso, y no había tenido la misma entereza. Careado con el padre Ureta, confesó de plano que había acompañado al guardián Quilez á retirar los papeles de San Bruno; y que se hallaban ocultos en uno de los subterráneos de la Recoleta; de donde, en efecto, se sacaron.

Al mismo tiempo se había hecho un registro más prolijo del archivo que se había tomado en el convoy de Marcó del Pont; y se habían encontrado allí las cartas particulares de San Bruno y de M..., que revelaban las perfidias y las alevosías con que habían sacrificado á un gran número de inocentes para robarlos y deshonrar sus familias.

San Bruno, que ignoraba todas las averiguaciones que se habían hecho y las pruebas que se habían recogido, persistía en sus negativas.

Al tomársele su confesión con cargos, el presidente del tribunal le preguntó:

—¿Es usted Vicente San Bruno?

—Sí—contestó él.

El Presidente.—¿Cuál ha sido su profesión y su estado antes de ser oficial de Talaveras?

S. B.—Bajo la autoridad del rey, he sido oficial subalterno de Talaveras y después sargento mayor del mismo cuerpo. Lo de más allá, no es de la incumbencia de Vuestra Señoría.

El Pres.—De los documentos y declaraciones que tengo á la vista, resulta que un Vicente San Bruno, oficial de Talaveras, había sido antes fraile dominico en Zaragoza de España, y el Tribunal quiere saber si usted es el mismo.

S. B.—He dicho que no es de la incumbencia de Vuestra Señoría.

El Pres.—¿Niega usted ser el mismo ó lo confiesa?

S. B.—¡Ni niego ni confieso! Yo también me he sentado antes en el lugar en que está Vuestra Señoría y sé que hay preguntas que no son pertinentes. Por lo demás, si fuí fraile antes, como usted dice, hoy soy militar, y si el cambio de estado fué una falta, corresponde juzgarla á los tribunales eclesiásticos, que en todo caso me condenarían á llevar otra vez hábitos. He oído que en el ejército insurgente hay oficiales que también han sido frailes.

El Pres.—De lo único que se trata es de esta-

blecer la identidad de la persona; y como Vicente San Bruno está acusado de crímenes y de atentados contra el honor privado de familias y mujeres honestas, el Tribunal tiene el derecho de saber si el que se dice haberlos cometido había hecho ó no votos religiosos.

El presidente ordenó entonces al secretario del Tribunal que leyera las declaraciones de prisioneros españoles y de otras personas que habían conocido á San Bruno en Zaragoza, y que aseguraban que había sido fraile dominico.

El Pres.—¿Tiene usted algo que negar?

San Bruno guardó un obstinado silencio.

El Pres.—En sus declaraciones anteriores ha dicho usted que Rafael Estay y los demás patriotas que lo acompañaban habían perecido en un combate; y tengo aquí á la vista, además de las declaraciones de muchos testigos, una carta firmada por usted y dirigida á su amigo el sargento Villalobos, y confirmada por la declaración de éste, que prueba que Rafael Estay no había venido de Mendoza, ni anduvo jamás con gente armada, aunque es verdad que era perseguido como patriota y que se había ocultado.

S. B.—Yo tenía orden de tomarlo vivo ó muerto; y se resistió.

El Pres.—Usted se ha olvidado de lo que dijo en su carta. De ella resulta que estando usted en San Fernando de guarnición, dió un baile al que hizo concurrir con amenazas y violencias á las

niñas más decentes y honestas del pueblo, mezclándolas con mujeres de una vida inmoral y desastrada.

S. B.—Era un baile popular en festejo del cumpleaños del virrey Abascal; y yo entendía que todo el pueblo debía divertirse.

El Pres.—Pero consta también que para esa misma noche le había usted tendido á Rafael Estay la celada en que pereció. Usted le escribe á Villalobos jactándose de ello, y numerosos testigos ratifican lo mismo que usted ha escrito.

S. B.—A Villalobos le escribí mentiras y jactancias, de aquellas con que un militar suele siempre valerse para divertir á los compañeros y hacerles *coco* con goces y jaranas que no han pasado, y los testigos de que Vuestra Señoría me habla, son enemigos, que aquí no deberían tener entrada.

El Pres.—Entre tanto, vea usted lo que consta de todas esas piezas. Desde que usted llegó á San Fernando había usted puesto sus ojos sobre una joven llamada Manuela Solarena, que no hacía mucho tiempo que sus padres la habían casado con el hacendado don Samuel de la Concha, comandante de milicias antes del desastre de Rancagua. Usted había conocido á esta señorita en la casa de M..., poco tiempo antes, porque sú marido había sido preso por patriota y traído á Santiago. Sirviendo usted los empeños de madama M..., y queriendo también com-

placer á la joven esposa, con las miras que revelan sus hechos posteriores, hizo usted activas diligencias, y logró que La Concha fuese confinado á San Fernando, donde usted tenía su fuerza y su cuartel. ¿Tiene usted algo que negar ó que explicar?

S. B.—En el fondo hay algo de cierto: conocí en efecto á Manuela Solarena en lo de M..., y le hice los servicios que Vuestra Señoría indica. Si en eso de *mis miras* quiere Vuestra Señoría dar á entender que la mujer me gustaba, nada tengo que decir, porque eso no es crimen. Era bonita, pero era un verdadero saco de lana sin espíritu para nada, incapaz de decir no, y á la mano del que la emprendiera, como hay tantas... Y como los militares no nos andamos con chicas, yo la busqué, y no me disgustaba que el gobierno mandase á su marido confinado á San Fernando.

El Pres.—¡Muy bien! Pero á poco tiempo, se forjaron unas cartas del patriota don Manuel Rodríguez dirigidas á La Concha desde Curicó, avisándole que estaba en armas, y que huyera á su hacienda para levantar sus inquilinos.

S. B.—Yo las intercepté. No se forjaron.

El Pres.—El señor Rodríguez, careado con usted, ha declarado que son falsas.

S. B.—Ha mentido para perderme: es mi enemigo mortal.

El Pres.—El capitán Arce, ayudante y secre-

tario de usted, ha confesado que son de su propia letra, y que usted le ordenó escribirlas, y aquí las tengo á la vista transcritas por el mismo capitán, y no hay duda de que los originales y sus copias son idénticas.

S. B.—¡Arce es un miserable! Las cartas que Vuestra Señoría tiene á la vista son copias: los originales fueron remitidos al señor Marcó del Pont.

El Pres.—Pero es que en su propia carta á Villalobos, usted mismo se jacta de toda la intriga, y de haberse apoderado de la mujer de La Concha, después que por las cartas esas lo hizo usted volver á la cárcel de Santiago, quedando ella en San Fernando enteramente desamparada y á merced de usted.

S. B.—No estaba desamparada.

El Pres.—¿Cómo no? Su padre había sido remitido al presidio de Juan Fernández. Su madre había seguido á dos de sus hijos que habían sido deportados á Chillán, y ella había quedado sola en San Fernando con su marido.

S. B.—Tenía allí otras parientas.

El Pres.—Más desamparadas que ella: una tía anciana, y una prima que á la vez era su cuñada, porque era hermana de La Concha, y que se llamaba Teresa... Ahora iremos á esta otra parte de la confesión. El hecho es que en el desamparo de Manuela Solarena, usted se apoderó de ella, y la puso al fin en su casa como mujer propia.

S. B.—Ella me quería y era mía desde antes. En eso no hay crimen.

El Pres.—Pero lo hay en las persecuciones inicuas y falsas contra el marido, en su prisión, y en su muerte posterior que usted perpetró con sus propias manos... Pero esto todavía no es del caso; volvamos al baile y á la celada, en que á usted se le acusa de haber asesinado á Rafael Estay. Consta, pues, por su carta, que por medio de Manuela Solarena, y fingiendo que cedía á sus empeños, había dado un salvo conducto á Rafael Estay para que visitase á su novia Teresa de la Concha, con tal que lo hiciese de noche, y de que no apareciese en público, para que no hubiese denuncias que lo obligaran á usted á proceder contra él.

S. B.—¡Es falso: yo no di semejante salvoconducto! Sabía que Rafael Estay estaba oculto en las arboledas inmediatas, para formar montoneras, y que, atraído por los halagos del amor, venía con frecuencia á pasar la noche con la muchacha Teresa, sin que lo supiese su tía. Yo no sé si eran novios: lo que sé es que se veían con frecuencia, y que ella no tenía nada que perder. Era una vagabunda que servía de espía y de *bombero* á los montoneros de Rodríguez y del bandido Neira; y con mucha frecuencia andaba yendo y trayendo los asuntos de ellos por el campo y por los cerros.

El Pres.—Pero el salvoconducto que usted le

hizo pasar á Rafael Estay para la noche misma del baile, está de la letra de Arce; lo tengo á la vista; y Arce declara que lo extendió por orden de usted, lo que es evidente, pues tiene su firma.

S. B.—Ya he dicho que Arce es un miserable. Mi firma es sencilla, y Arce la falsificaba todos los días para mil menudencias de que yo no hacía caso.

El Pres.—Pero la carta de Villalobos no la ha falsificado Arce: y en ella se jacta usted de haberlo entrampado á Estay. Allí dice usted que aparentó concederle á la joven Teresa que no asistiese al baile, para que atrajese con más confianza al novio. Dice usted también que Teresa era preciosa, y de *rechupete:* son sus propias palabras; pero que cuando sus espías le avisaron que Estay estaba con ella, la hizo venir por fuerza al baile, y un momento después tomó á Estay y á dos amigos que lo habían acompañado y los encerró en el cuartel. Arce declara esto mismo.

S. B.—Es cierto que habiendo tenido noticia de que unos montoneros se habían escondido en el pueblo con la mira de asaltarme durante el baile, los hice prender y traer al cuartel: todo lo demás es falso.

El Pres.—Pero es que usted mismo se lo refiere á Villalobos, y que muchos otros testigos lo confirman.

S. B.—Ya he dicho que fué una broma, y una

simple jactancia, por darme crédito de vivo y de diestro en la persecución de los enemigos de mi partido.

El Pres.—Consta también que en altas horas ya de la noche y después de haber acalorado á los oficiales y sargentos, y á las mujeres allí reunidas, con bebidas mezcladas con ingredientes excitantes, dió usted la voz de «¡arrebatacapas!», y que aquello se convirtió en un orgía espantosa.

S. B.—Yo no di semejante voz... Fueron los otros oficiales y los soldados los que, no sé cómo, armaron la batahola; y como estábamos de fiesta y bastante *bebidos,* hubo en efecto un gran desorden que no se pudo contener. Fué entonces cuando me avisaron que la montonera de Manuel Rodríguez nos avanzaba, y cuando, armándonos á la ligera, encontramos á los enemigos metidos ya dentro del cuarto y los matamos peleando.

El Pres.—No es eso lo que consta del proceso, sino cosa muy distinta.

S. B.—¡Así será! Pero lo que yo digo y juro, es la verdad.

El Pres.—Lo que consta es que usted y otros militares con quien usted estaba convenido, apagaron las luces y arrebataron á Teresa de la Concha llevándosela con otras mujeres á la sala excusada donde tenían maniatado á Rafael Estay y á sus dos compañeros: que á la vista de

éstos las deshonraron; y que en seguida ultimaron á sablazos á los tres presos. Usted se jacta de haber tenido la principal y la mejor parte en la fiesta: son sus palabras.

S. B.—Yo estaba ebrio y no me acuerdo de nada de eso... Lo que sé y juro es que los enemigos se habían metido ocultos en el cuartel.

El Pres. — Todas estas circunstancias de su carta á Villalobos están corroboradas, como usted ha visto, por numerosas declaraciones de las mujeres y hombres de su mismo regimiento que fueron testigos y actores.

S. B.—¡ Mienten! Lo que yo veo es que se han forjado todas esas mentiras para no tratarme como á soldado y oficial de guerra; y que se ha hecho y escrito todo eso para satisfacer odios políticos y sacrificarme como facineroso... Digo y redigo que todo eso es mentira; y que si me sacrifican, mis jefes y las autoridades realistas tomarán un desquite digno con los prisioneros insurgentes que tengan en su poder.

El Pres.—¿ Y nada más tiene usted que decir sobre estos cargos?

S. B.—¡ Nada más!

El Pres.—¿ Conoce usted la suerte que corrió después la joven Teresa de la Concha?

S. B.—Sé que ha seguido como siempre vagando por los cerros y llevando una vida perdida como antes.

El Pres.—¿ No sabe usted que enloqueció?

S. B.—Loca fué siempre.

El Pres.—¿No la ha visto usted más?

S. B.—Una ú otra vez la he sorprendido en mi casa, y la he arrojado; y después no la he vuelto á ver más hasta la noche en que me prendieron: ella quiso agarrarme y detenerme cuando yo fugaba, y de pronto le hice fuego para que me soltara; cayó, no sé si viva ó muerta: en todo caso, ¡poco se pierde!

El Pres.—¿Puede usted darnos noticia de un niño que tenía Manuela Solarena?

S. B.—No.

El Pres.—¿Lo tenía usted por hijo suyo?

S. B.—No: cuando yo la tomé en mi casa, estaba encinta; y como me había engañado, le hice sacar la criatura de mi casa, y no sé dónde la llevó, ni quiero saberlo.

El Pres.—¿No se lo arrojó usted á la calle al salir á incorporarse al ejército de Maroto en Chacabuco?

S. B.—Pero la Loca lo levantó, y no sé dónde se lo llevaría.

El Pres.—¿Usted la vió?

S. B.—Me lo han dicho.

El Pres.—¡Muy bien! Pasemos ahora á otra parte de los cargos.

Se le hicieron y se le probaron á San Bruno otros muchos tan bárbaros y atroces como los que acabamos de exponer, pero que no hacen á las personas ni á los intereses de nuestra histo-

ria. Pero no está en ese caso la horrible matanza de presos políticos, ejecutada en la cárcel de Santiago por él y por M..., en enero de 1815.

El Pres.—¿Sabe usted dónde estaba el patriota don Samuel de la Concha, después que usted se apoderó de su mujer?

S. B.—Ya he dicho que yo no me apoderé de su mujer; si ella vivió conmigo, fué por su gusto y porque no quería á su marido, porque era *guazo* y viejo para ella.

El Pres.—¡Muy bien! No disputaremos sobre eso. ¿Sabía usted ó no sabía dónde estaba?

S. B.—Todo el mundo sabía que estaba en la cárcel, porque se le habían descubierto comunicaciones y complicidad con la montonera de Manuel Rodríguez.

El Pres.—¿Quién había descubierto esos conatos y complicidades?

S. B.—Eso es cosa de las autoridades que mandaban entonces en el país

El Pres.—Sin embargo, tengo á la vista, usted la ha visto también, una comunicación de la letra de Arce y firmada por usted, de la que resulta que fué usted mismo quien hizo la denuncia remitiéndolo preso. En esta denuncia, usted da detalles para fundar la acusación, pero no aparece que usted hubiera remitido las pruebas escritas de que La Concha pensara en conjuración ninguna, ni hay tampoco referencia á las personas que le hubieran dado á usted motivos ó datos para esa sospecha.

S. B.—El señor M..., sargento mayor entonces y jefe militar de la provincia, fué el que me dió aviso de las malas intenciones de La Concha, ordenándome que lo pasara preso á Santiago, como revoltoso y montonero.

El Pres.—¿Puede usted decir dónde está esa orden?

S. B.—Lo sabrán los que se han apoderado de mis papeles.

El Pres.—Es que todos sus papeles se han encontrado ocultos en el convento de la Recoleta; y, como usted sabe, se encontraron allí porque usted se los entregó al padre Quilez.

S. B.—Yo no le he entregado nada.

El Pres.—Al menos, si usted no se los entregó, el Tribunal tiene á la vista una larga carta que usted le dirigió desde Colina, el 8 de febrero último, en la que usted le dice al padre Quilez donde tenía ocultos esos papeles, y le ordena que los saqué de allí, y que los ponga en seguridad.

S. B.—Pues entre esos papeles estaba esa orden del coronel M...; y si ahora no se halla, será porque la habrán hecho desaparecer para acriminarme. Si el coronel M... estuviera preso, ya estaría á la vista la orden que me dió, para caerle á él.

El Pres.—Pero eso es suponer que el Tribunal la ha sustraído; y usted debe comprender que estando seguro el Tribunal de que no ha

cometido semejante sustracción, su causa de usted se empeora, porque resulta que usted no recibió denuncia ni orden para prender y encarcelar á La Concha, sino que fué acto suyo propio y voluntario.

S. B.—Lo que sé y repito es que recibí la orden; si se ha perdido, no me toca á mí decir cómo.

El Pres.—Sin embargo, usted está en contradicción con Arce y con dos oficiales de la guarnición de San Fernando, Moroquilla y Antúnez. Ellos han declarado que una ó dos semanas después de preso La Concha, usted les dijo que había sido un tonto en prenderlo y remitirlo á Santiago, porque el animal de Osorio *(sic)* no lo había querido fusilar como usted le había dicho que lo hiciera; y les agregó usted que á haberlo pensado bien, usted habría fusilado á La Concha para que lo heredase el hijo que Manuela Solarena tenía de él, y hacerse usted tutor y dueño, por fin, de sus bienes.

S. B.—Es falso; han mentido.

El Pres.—¿Han mentido? En el careo que usted ha tenido con ellos y con Villalobos, le han recordado á usted todos los incidentes de esa conversación.

S. B.—No he convenido en que no fuese cierta la denuncia y la orden del mayor M... Lo único que dije fué que, recibida esa orden, yo debía haber prendido y fusilado á La Concha. Pero

como no lo hice, aunque después me arrepintiera de no haberlo hecho, es prueba que no pensé en matarlo para robarlo.

El Pres.—Pero aparece del proceso que después usted corrigió ó aprendió mejor la lección; porque el mismo Arce, con los oficiales Moroquilla, Antúnez, Salgado y Robles, declaran que usted tramó con M... un complot para engañar á los presos políticos que estaban en la cárcel. Para ese complot se sirvieron ustedes de Villalobos y de muchos otros soldados y sargentos de Talaveras, que al entrar sucesivamente de guardia en la cárcel, fingían quejas é indignación contra sus jefes y contra el gobierno de los realistas, no sólo porque no se les pagaba, sino porque se les postergaba en su carrera. ¿Puede usted dar algunas explicaciones sobre esto?

S. B.—¿Y qué quiere Vuestra Señoría que yo explique?

El Pres.—Lo que usted sepa sobre estas quejas con que se engañaba á los presos.

S. B.—Yo creo que no los engañaban. Nadie ignora que en todos los ejércitos hay descontentos á montones de esa clase; y en el nuestro había muchos que hablaban y hablaban, y que, llegado el caso, quedaban fieles siempre á su bandera.

El Pres.—Pero Villalobos, careado con usted, ha confesado y ha sostenido que todo fué una

intriga forjada por usted y por M... para exterminar á los patriotas, no sólo á los que estaban ya en la cárcel, sino á los sospechosos ó indicados por la saña de ustedes, que se proponían también matar por las calles y en sus casas, á pretexto de la conjuración forjada en la cárcel.

S. B.—Villalobos ha tratado de ver si con esas revelaciones falsas consigue ser perdonado.

El Pres.—Consta también que después de la matanza se hizo usted nombrar tutor del hijo de Manuela de La Concha; y que en esos mismos días hizo usted entregar á M... dos mil duros.

S. B.—¡Es falso!

El Pres.—No, no es falso; y usted lo va á ver. Señor secretario, alcance usted este recibo del coronel M... para que vea el reo.

S. B.—Ahí no dice que yo le haya entregado esos dos mil pesos.

El Pres.—Es cierto que no lo dice; pero estaba entre los papeles de usted.

S. B.—Ya he dicho que esos papeles han andado en manos de mis enemigos, y yo no sé quién ha tenido la feliz idea de meter ese recibo entre ellos.

El Pres.—¿Pero es, ó no es, todo él, de la letra de M...?

S. B.—Será; yo no lo sé.

El Pres.—Pero usted conoce esa letra, y puede decir su opinión.

S. B.—Vuestra Señoría no tiene el derecho de preguntarme ni de hacerme decir mi opinión sobre el parecido de una letra y de una firma.

El Pres.—Es cierto: así es que pasaré á decirle á usted que Manuela Solarena, examinada por su confesor el padre Ureta, no como confesor, sino como comisionado *ad hoc* del Tribunal, en razón del estado de salud en que se halla, ha declarado que usted le hizo firmar una solicitud en esos días, para que mientras se regularizaba la testamentaría de su marido muerto en la cárcel, se le adelantase, como á madre legítima del único hijo de aquél, un permiso para venderle al gobierno los trigos y el maíz acopiados en su hacienda.

S. B.—No es cierto: esa mujer miente de miedo, porque es una imbécil que tiembla de todo.

El Pres.—En ese caso tengo aquí el expedientillo seguido al efecto, y de él resulta que los granos se vendieron en seis mil pesos; y que usted los cobró al gobierno de los realistas.

S. B.—Pero le fueron entregados al general Osorio, porque los bienes de La Concha estaban confiscados.

El Pres.—No se comprende con claridad cómo es que usted cobrase y entregase el dinero al mismo que lo pagaba.

S. B.—Ni yo lo comprendo tampoco; pero los que mandaban con el poder supremo, lo hicieron, y ellos responderán.

El Pres.—Pero es que en la misma fecha del pago hecho á usted aparece el recibo que usted tenía de M...; lo que demuestra que de ese dinero le dió usted á M... los dos mil pesos que aparecen en el recibo.

S. B.—No resulta tal cosa, señor presidente; lo que resultará, en todo caso, es que el gobierno le pagara á M... esa suma por sus sueldos.

El Pres.—Pero es que el recibo aparece en manos de usted.

S. B.—Ya he dicho que no contiene mi nombre; y yo no sé quién lo ha introducido entre mis papeles.

El Pres.—¿De modo que usted no trató nada con M... sobre esto?

S. B.—Nada.

El Pres.—Sin embargo, madama M... declara que en ese mismo día fué usted á su casa; que M... lo esperaba á usted en suma agitación, y que le entregó usted una suma de dinero en efectivo, cuyo ruido al contar pudo ella oir bien desde sus piezas particulares. Dice más, y es que ella había tenido un amargo desacuerdo con su marido por la parte cruel que había tomado en la matanza de los presos de la cárcel; y que ese entredicho duraba desde entonces, sin que ella quisiera ceder y volver á los buenos modos, porque estaba verdaderamente agriada...

S. B.—Esa ha sido siempre una mala mujer, que jamás ha vivido en armonía con su marido; si él la hubiera azotado desde el principio...

El Pres.—No me interrumpa usted para cosas impertinentes; continuaré: Madama M... declara, pues, que oyó contar el dinero entre usted y M...

S. B.—¡Miente!

El Pres.—Que unas horas después, su marido, creyendo halagarla, le trajo una alhajas de valor; y que ella, sospechando que un dinero que venía de las manos de usted no podía venir de buen origen, las rehusó con indignación:... y ahora solicita que se le permita devolver la suma de lo suyo, porque no quiere que quede esa sospecha en el nombre de su marido.

S. B.—Pero ha dicho también que no sabe si el dinero era por sueldos, y que lo demás eran meras sospechas suyas.

El Pres.—Es verdad, y consta; pero como usted niega que haya sido usted quien entregara á M... ese dinero, por sueldos ó por otro motivo, hay siempre una parte falsa en la confesión; y como en los papeles del gobierno no hay constancia ninguna de que se hubiera hecho pago de esa suma á M..., resulta también que fué usted quien se la pagó por la cooperación activa que le dió para la matanza de los presos políticos de la cárcel.

S. B.—Eso es lo que yo niego, y lo que Vuestra Señoría se empeña en vano en sacar en limpio.

El Pres.—Muy bien: ¿era cierto ó era falso

que La Concha y los demás presos hubiesen tramado una conjuración?

S. B.—Yo creo que debía ser cierto, porque mi cuerpo recibió orden de entrar á la cárcel y de atacar á los conjurados. Ellos estaban reunidos y habían violado los calabozos esperando el momento de dar el golpe.

El Pres.—¿Con qué medios se preparaban á dar ese golpe?

S. B.—Yo no lo sé.

El Pres.—Villalobos declara que obedeciendo á las sugestiones de usted y de M..., hacía más de dos meses que él y otros de sus compañeros se fingían irritados y descontentos contra usted y contra M...; que de cuando en cuando llevaban algunos soldados chilenos incorporados en la guardia, y confabulados para decirles á los presos, y sobre todo á La Concha, que toda la campaña estaba alzada y llena de montoneras; que Neira era ya dueño de todo el Sud hasta San Bernardo, y que muy pronto iban á pasar las tropas de Mendoza; que con estas noticias excitaban á los pobres presos al mismo tiempo que los desesperaban con el hambre, con los rigores y con los malos tratos de los carceleros; que Villalobos se presentaba como pronto á sublevarse con los sargentos del cuerpo, porque ya no podían soportar la tiranía y los extremos á que se abandonaban usted y M...; que así fué haciéndose poco á poco el amigo y la esperanza

de los presos para recibir sus confianzas: todo de acuerdo con usted.

S. B.—Esa última parte es falsa. Villalobos estaba verdaderamente ofendido porque no le habían dado ascenso, y porque lo tenían de sargento, mientras que todos los demás éramos ya oficiales. Hablaba pestes de todos los jefes; y yo creo que, siendo un bruto como es, creyó realmente que podía hacer una revolución con el influjo de los presos y vengarse. Pero á medio andar vió su desatino, se desanimó y dió parte de lo que sucedía en la cárcel. El hecho es que el señor general Osorio nos ordenó que atacásemos la cárcel á sangre y fuego, porque los presos estaban sublevados.

El Pres.—Muy bien: dé algunos otros detalles sobre ese hecho.

S. B.—La prueba de que Villalobos estaba de buena fe es que, conociendo que los presos tenían desconfianza de él, y teniéndola él también de que los presos le cumpliesen las ofertas que le hacían de cooperar y de levantar el pueblo, arregló que, para estar seguros los unos de los otros, era preciso jurar de una manera solemne; y se convinieron en pedir permiso para que se les dijera una misa en la cárcel, y que al alzar el sacerdote la hostia pusieran todos la mano izquierda en la frente, golpeándose el pecho con la derecha, en señal de que juraban por aquel sagrado cuerpo de Jesu-Cristo que serían fieles á su compromiso.

El Pres.—¿Y usted no sabía nada ni estaba informado de que todo era una intriga para hacer una matanza y escarmiento de patriotas; y sobre todo para deshacerse de La Concha?

S. B.—Sabía que se tramaba una conjuración en la cárcel, porque el mayor M..., hoy coronel, me había avisado que era menester estar prontos á caerles. Si Villalobos dice lo contrario, miente.

El Pres.—Sin embargo, con fecha de diez días antes de la matanza de esos presos, escribió usted de su puño y letra una carta al reverendo padre Quilez, guardián de los Recoletos, pidiéndole que le evacuara una consulta sobre los dos puntos siguientes: 1.º, si un juramento solemnísimo imponía alguna obligación cuando había recaído sobre propósitos subversivos contra el trono y el altar; 2.º, sobre si era lícita y debía absolverse al que lo hubiese hecho para descubrir y castigar á los conjurados.

S. B.—Si Villalobos ha declarado eso, ha mentido; estoy cierto que no tiene esa carta, y que no se ha presentado á la causa.

El Pres.—En efecto, él no la tenía, pero la tenía el obispo Ríos, á quien el padre Quilez le pidió la consulta; y recién se ha obtenido; señor secretario, pásesela usted al reo para que la examine.

S. B.—Es mía: Yo la he negado porque de todo se quiere sacar cargo para presentarme co-

mo facineroso y asesino; y porque aunque sé que se me va á sacrificar al odio de mis enemigos, quiero morir como militar español, víctima, pero no criminal. Lo que hubo fué que Villalobos comenzó á temblar de lo que estaba haciendo contra el gobierno por resentimientos personales, y que vino arrepentido á confesármelo todo, pidiéndome mi opinión sobre el pecado que cometería ante Dios denunciando á sus cómplices. Fué entonces que yo le dije que consultásemos al padre Quilez. ¿Qué crimen tengo yo en eso?

El Pres.—Pero es que al trasmitirle usted la consulta del obispo, en que se le decía que el que servía á su rey y á Dios contribuyendo á desenmascarar sus enemigos ocultos, no cometía pecado, le dijo usted: «Ya ves que puedes jurar en la misa sin escrúpulos».

S. B.—¡Es falso! Yo no hice otra cosa que decirle que fuese á ver al padre Quilez para que le mostrase la opinión del obispo.

El Pres.—Pero usted lo acompañaba.

S. B.—¡No es cierto! Si el padre Quilez no se hubiese ausentado para el sur, declararía que yo digo la verdad.

El Pres.—Villalobos y el lego Chaves declaran que usted acompañaba al primero; que usted le dijo esas palabras y que con esa confianza se prestó á jurar cuando el sacerdote que les dijo la misa á los presos levantó la hostia.

S. B.—Repito que es falso; yo no estaba con ellos.

El Pres.—¿Quién señaló el día para entrar en la cárcel con la tropa y matar á los presos?

S. B.—En esa noche me ordenó el mayor M... tener pronta la tropa para sofocar una conspiración; y de madrugada se puso él mismo á la cabeza y nos hizo marchar sobre la cárcel. Villalobos nos dirigió á las piezas altas donde los presos estaban armados y fortificados para salir á la calle. Se abrió la puerta, y M... dió la voz de fuego y de á la carga.

El Pres.—Usted mató con su propia mano á La Concha.

S. B.—No lo sé: acometí como se me ordenaba, y murieron muchos de ellos.

El Pres.—Y después ¿no se hizo usted dar la administración de los bienes de La Concha?

S. B.—Le correspondían á su hijo; y los abogados dijeron que la tutora era la madre.

El Pres.—El señor coronel Urréjola, Mayor de Plaza entonces, ha declarado: Que sabedor de la matanza que se hacía en la cárcel, y que M... y usted habían resuelto continuarla en las casas de los sospechados por patriotas, y en las calles, se personó indignado al general Osorio, y logró recabar de éste una orden perentoria para que la tropa regresase al cuartel inmediatamente. ¿Qué dice usted sobre esto?

S. B.—No sé nada: yo no era el jefe, sino el mayor M...

El Pres.—El mismo señor Urréjola declara

que usted gritó: «No obedezcamos, M...: no hay tal orden», y que M... rehusó obedecer.

S. B.—Urréjola era enemigo mío, y ha faltado á la verdad.

El Pres.—Dice también que horrorizado de lo que M... y usted se proponían hacer, consiguió que viniese á la cárcel el mismo Osorio, y que se produjo un atentado escandaloso con M... ¿Usted no lo oyó?

S. B.—Sí, oí algo de eso; pero yo no tomé parte, y obedecí la orden de retirar la tropa al cuartel.

El Pres.—¡Muy bien! Queda terminado el acto. Señor oficial de guardia, retire usted al reo.

XLI

Después de tres días acordados á la acusación y á la defensa, en la forma sumaria con que se ven y se sustancian estas causas, San Bruno y Villalobos fueron condenados á morir en la horca por mano del verdugo, y á que sus cadáveres permaneciesen colgados durante siete horas en la plaza principal.

Solemne, dicen los historiadores, que fué la ejecución de los dos reos. En la mañana de 12 de abril, un inmenso pueblo, todo Santiago se puede decir, llenaba la plaza y los lugares desde donde podía descubrirse el patíbulo. El ejército, vestido de gala, y con sus músicas á la cabeza de las columnas, formaban alrededor.

Los dos reos atravesaron desde la cárcel al otro extremo de la plaza en donde estaba la horca, por en medio del concurso, sin que voz ninguna, de odio ó de conmiseración, alterase el profundo silencio que reinaba sobre aquellas miles de ca-

bezas allí amontonadas. No se oía más que el eco de los rezos con que el religioso que marchaba al lado de cada condenado los confortaba á morir arrepentidos y contritos, para merecer la clemencia y el perdón de Nuestro Señor Jesu-Cristo.

Villalobos parecía más solícito de ese perdón; quizá estaba más imbuído que el otro en las creencias católicas. De cuando en cuando le tomaba la mano al religioso que lo exhortaba á morir arrepentido de sus pecados, y se la besaba con devoción, pero sin dar ninguna otra muestra de flaqueza. San Bruno marchaba con paso firme, con semblante ceñudo, pero sin levantar la vista del suelo ni aun en el momento fatal en que subido á la tremenda escala recibía del verdugo el espantoso empujón que lo debía dejar estrangulado entre los dos garrotes de la horca.

Redoblaron los tambores de cada regimiento por un instante, é inmediatamente después, el ayudante mayor de cada cuerpo le leyó á la tropa, con voz alta y enfática, una elocuente proclama en que el general O'Higgins, director supremo de Chile, les hacía sentir á los militares la diferencia que había entre el soldado que expone su vida y que toma la del enemigo defendiendo su bandera, y el malvado que usa de sus armas y de su poder para asesinar y deshonrar á las familias.

En seguida tocaron las músicas, y las tropas

se retiraron á sus cuarteles, dejando fijados en cada uno de los pilares de la horca un ejemplar de la proclama y la inscripción que declaraba cómplice y traidor al que osara retirar los cadáveres que colgaban de ella.

XLII

Una división argentina al mando del coronel Las Heras había empujado hasta los extremos del Sur á las tropas españolas; y después de los gloriosos triunfos de Curapaligüe y del Gavilán, las había obligado á encerrarse en la plaza fuerte de Talcahuano y á dejar libre toda la provincia de Concepción. Pero como para llevar á cabo el sitio y el asalto de Talcahuano se necesitaban mayores elementos, se creyó conveniente que el director supremo fuese á tomar el mando de las operaciones, porque siendo oriundo de aquellas provincias y de gran fama en ellas como caudillo, se esperaba que á su voz concurriesen los pueblos á acabar con los últimos restos de las fuerzas enemigas. El general O'Higgins salió, pues, de Santiago con estos fines llevando el batallón número 7 de Buenos Aires y un escuadrón de nuestros famosos granaderos á caballo.

Estaba ya estrechado y formalizado el sitio

de Talcahuano, plaza que, á la par de Montevideo y del Callao, era una de las tres plazas marítimas más fuertes que la España tenía en la América del Sur, cuando en uno de los días de mayo de 1817 se presentó en una de las avanzadas un oficial enemigo, diciendo que tenía que entregar al general O'Higgins una carta privada.

Puesto el oficial en incomunicación acostumbrada en estos casos, se le llevó la carta al supremo director de Chile, y vió que era una carta particular del coronel don Antonio M..., en la que, á nombre de la generosidad y cultura militar, solicitaba que se le permitiese entrar al cuartel general para asuntos de familia, que no le era posible tratar de otro modo que de palabra y en forma completamente confidencial.

Concedida la licencia, como era natural, se acordó que á las nueve de la noche fuese recibido M..., en el lugar que se indicó, por un sargento y dos soldados de la compañía del capitán Dehesa; y que vendados los ojos lo recibiese este capitán y lo condujese al cuartel general (1).

Llevado hasta el caserío en que el director supremo tenía su despacho, é introducido á una de sus piezas, se le desvendaron los ojos, y M... se encontró en la presencia del general O'Higgins.

(1) Histórico, según informes del mismo señor Dehesa.

El coronel realista hizo una profunda reverencia, y pareció con la intención de adelantarse á dar la mano; pero el general, por un movimiento que, aunque estrictamente cortés, fué frío y significativo, lo contuvo, limitándose á indicarle un asiento que el coronel tenía inmediato.

Delante de aquel hombre, el general no podía hacer más que contener el desprecio que le inspiraba su carácter y el odio profundo que su conducta anterior había dejado en el ánimo de todos los chilenos; y como M... lo comprendiera, tomó á su vez un aire de reserva afectada.

—Ocuparé—dijo—muy breves momentos la atención de Vuestra Excelencia. Lo que me trae es una solicitud personal de aquellas que, según entiendo, no se niegan entre enemigos, cuando se respetan los vínculos morales de la familia, que no están de ninguna manera complicados en las operaciones y conflictos de una guerra regular.

—Así lo he comprendido por la carta en que usted me ha pedido que le oiga, y quisiera que en este momento los soldados del ejército independiente y los ciudadanos de la República de Chile no tuviesen que recordar que han sido tratados con otras reglas muy distintas de las que se practican, como usted dice, entre enemigos que respetan esos vínculos morales de la familia, que no están de ninguna manera complicados con los conflictos de una guerra regular.

—Sin agriar nuestra entrevista ni faltar al respeto que en este lugar debo á Vuestra Excelencia, espero que me sea permitido comprender las alusiones de Vuestra Excelencia y hacerle presente la diferencia fundamental que hay entre los procedimientos de una autoridad que gobierna un país rebelado, y los procedimientos que son de regla entre beligerantes.

—No supongo que el señor coronel pueda incluir entre los permitidos de la primera categoría, aquellos que tienen el carácter de crímenes privados y alevosos. Sírvase el señor coronel M... tomar mis palabras sin alusión especial, y entrar cuanto antes en el objeto con que me ha pedido que le oiga.

—De todos modos, las familias y las señoras no son responsables de las desgracias y de los actos políticos en que toman parte sus deudos y sus maridos.

—Es indudable; y si bien eso no ha tenido siempre aplicación en favor nuestro, forma, sin embargo, nuestra regla de conducta política.

—Sin embargo, señor general, á mi señora se la ha tomado prisionera: prisionera se la retiene; y se le ha dado la ciudad de Santiago por cárcel.

—No hay nada de exacto en eso.

—El señor general me permitirá que lo informe que un amigo mío, cuyo nombre respetable debo callar, por cuanto está declarado crimen de

alta traición tener comunicación con nosotros, que un amigo respetable, digo, me escribe que habiendo visto á mi señora en Santiago, para que solicitase de Vuestra Excelencia la gracia de que se le permitiera salir para el Perú, ó venir á reunirse conmigo en Talcahuano, ella ha contestado que era imposible, porque Vuestra Excelencia le había impuesto la ciudad por cárcel.

—Su señora de usted no ha solicitado semejante cosa: y eso que usted dice de haberle dicho que quedaba con la ciudad por cárcel, y que ahora recuerdo, ha sido una simple broma de cortesía, cuando detenida en la cuesta de Prado por las fuerzas del coronel N..., me la presentaron en Santiago. Así, pues, no ha habido tal orden ni más que una galantería con la que le expresé á la señora el gusto con que la recibía, y la plena seguridad con que podía permanecer entre nosotros.

—De modo, señor general, que si yo obtuviera de Vuestra Excelencia un salvoconducto para ir á buscarla, ¿Vuestra Excelencia me acordaría esta gracia?

—Eso no; un motivo como ese, tan especialmente privado, no justificaría el salvoconducto á que usted se refiere para penetrar en los lugares y ciudades ocupadas por nuestras fuerzas.

—Eso quiere decir, pues, que Vuestra Excelencia retendrá prisionera á mi señora.

—Ya le he dicho á usted que no... Ella puede solicitar su salida del país y se la concederé.

—¿Y si no la solicitase?

—No me corresponde á mí ni á nadie forzarla. Usted comprende que eso sería desterrarla, y como usted ha dicho antes, esas medidas no se toman jamás con señoras que observan una conducta regular y que no conspiran.

—Permítame entonces el señor general ser franco. Mi señora se queja amargamente de que hay jefes en las tropas que Vuestra Excelencia manda que, aprovechándose de la situación precaria y desamparada en que se halla, atentan á su delicadeza asediándola con galanterías contra las cuales no tiene protección... y esto, señor general, es poco digno, y no se debe autorizar reteniendo allí á mi señora.

—Ya le he dicho á usted que nadie retiene á su señora; y que si ella solicita su salida del país, se le acordará al momento: lo que prueba que no puede haber emitido esas quejas que usted dice.

—En ese caso, Vuestra Excelencia debe permitirme, por lo menos, que yo mande un oficial subalterno á buscarla.

—Aunque no lo considero regular, consiento en ello, para quitarle á usted las extrañas ideas que tiene sobre la situación de su señora en Santiago. ¿Qué oficial se propone usted mandar?

—Irá el teniente de dragones don Manuel

Amenino con un ordenanza, ó más bien dicho, con un sirviente.

—Muy bien: que vaya por mar á Valparaíso, y se le dará orden al coronel Alvarado, gobernador de aquel punto, para que lo deje pasar á Santiago á entenderse con su señora, con tal que él y ella se embarquen para el Perú directamente y sin regresar ni comunicarse con usted mientras no lleguen á Lima.

—¿De modo, señor general, que es imposible que regresen á Talcahuano á reunirse conmigo?

—¡Imposible! Si ese teniente entra á Santiago, quedará incomunicado y obligado á ir á Lima antes con la señora. De otro modo no lo permitiría yo.

—¡Tengo que aceptar, señor general!—dijo M... después de haber reflexionado un momento.

—Quiere decir, señor coronel, que hemos concluído, y que está usted servido—agregó el general. Pero, para quien conociera su característica malicia, había en su cara y en su voz todo cuanto puede tener de terrible la ironía, disimulada con el formulismo más cortés y menos sincero.

—¿No munirá Vuestra Excelencia al teniente Amenino con un salvoconducto?

—No hay necesidad; cuando su emisario se presente en Valparaíso en busca de la señora, el gobernador del punto tomará las medidas ne-

cesarias para que se entienda con ella, de acuerdo con lo que yo le escribiré, porque, como usted comprende, este es un asunto de simple interés privado y puramente confidencial.

—Y si mi señora...

Desentendiéndose el general O'Higgins de lo que M... iba á decir, llamó con voz alta al capitán Dehesa, y le ordenó que le vendara los ojos. Después de hecho esto, Dehesa lo condujo hasta su avanzada; y allí lo mandó con el mismo sargento y los dos soldados que lo habían traído, hasta el primer puesto realista.

El coronel Ordóñez, jefe de la plaza, era amigo íntimo de M..., aunque hombre muy superior por el talento y por la honorabilidad de sus procederes; y estaba naturalmente ansioso de que su camarada regresara, para informarse de lo que hubiera podido apercibir en el campamento de los patriotas y de las circunstancias detalladas de la entrevista.

—¿Cómo te ha ido?

—¡Mal!

—¿Has podido ver algo?

—¡Nada!... Tú comprendes que no son tontos; y sabes bien que tienen sus tropas en el mejor pie de guerra. En el más mínimo detalle se ve que ya no son de aquella gentuza aglomerada y confusa de los ejércitos de Carrera. Me recibió un oficial joven, pero tieso y positivo como un puntal de hierro: le di las buenas noches para

ver si hablaba, y se contentó con apretarme más la venda y con empujarme, sin violencia, pero con imperio, hacia adelante, para que marchara.

—¿Y nada, nada has podido ver?

—Ver no; por las voces de los centinelas me ha parecido que han aumentado mucho su fuerza.

—¿Y qué había alrededor de O'Higgins, ó en el cuartel general?

—Ni eso he podido ver ó comprender. El irlandés me recibió en un cuarto enteramente desnudo, donde no había sino dos sillas y una mesa bastante sucia con una vela; por supuesto que ese no era su despacho. El estaba solo; y cuando me desvendaron, no vi más que al oficial que me había traído, y que se retiró al momento con el empaque más soberbio que yo haya visto en mi vida, y eso que es un muchachillo que tendrá apenas veinte años.

—¿Y de tu asunto?

—¡Mal! No me ha permitido que yo vaya á Santiago.

—¿Rehusa entonces entregar á tu mujer?

—En apariencias no, pero en realidad sí. Lo único que me ha concedido es que mande al teniente Amenino con un asistente á buscarla; pero, como tú sabes, ella rehusará salir de allí.

—¿Y qué piensas hacer?... Si ella rehusa, no hay lugar á represalias justificadas,

—Yo quería ir, porque estaba resuelto á armarle una disputa y en el despecho ahogarla como adúltera... Veríamos qué me hacían.

—¡Te ahorcarían!

—¡O no! Porque habiendo ido con salvoconducto, y siendo un caso enteramente marital, no podrían juzgarme ni ejecutarme; sería siempre un oficial del rey garantido por las leyes de la guerra... De todos modos—agregó,—yo voy como asistente de Amenino: lo más fácil es dejarme crecer toda la barba y disfrazarme de soldado. ¡Si ella rehusa seguirme, la mato!

—Pero sacrificas á Amenino y te pierdes.

—¡Que me pierda no me importa!... Y puede ser que no, porque han de tener interés en tapar la infamia que me hacen; y en cuanto á Amenino, verán que es inocente y nada tienen contra él. Tú nos darás el pase, y no tienes que responder de que lo usemos engañándote.

—¡No, no! No es posible: te pierdes.

—Que tú quieras, ó que tú no quieras, estoy resuelto. Ella no se burlará de mí;... no sabes el volcán que hierve en mi corazón. ¡La mato! ¡La mato, ó la arrastro á mi poder!... Y en asunto de este género, tú no tienes ningún derecho á intervenir... ¡Dejaré el servicio en todo caso!

M... estaba, en efecto, en una de esas resoluciones extremas que cuando toman forma en uno de esos caracteres violentos y tempestuosos como el suyo, no obedecen á la razón, y van, como

se ve frecuentemente, hasta el crimen. Los celos, el amor propio, la soberbia, la dignidad viril ultrajada, el recuerdo altivo del poder que había ejercido antes, le hacían inconcebible siquiera que tuviese que resignarse y someterse á la resistencia y al abandono de su mujer. Dos orgullos intratables estaban en pugna: eran dos montañas inaccesibles, levantadas la una contra la otra; el coronel había resuelto ponerse sobre la que pretendía erguirse delante de él, y sujetarla á su imperio ó derrumbarla con su brazo. La pasión, los intereses, el odio, el despecho, desgarraban su corazón; y la tragedia no tenía ya más desenlace que la violencia y la muerte.

XLIII

Al día siguiente de la entrevista, el general O'Higgins le escribía en estos términos al coronel argentino don Hilarión de la Quintana, que había quedado en Santiago como delegado al frente del gobierno:

«Mi amigo muy amado: Me parece que nos viene de suyo la ocasión de ponerle la mano á uno de los pájaros más dañinos y feroces que han martirizado á nuestro país. El famoso M... se me ha presentado solicitando que se le permita ir á Santiago en busca de su madama. Yo se lo he negado, como usted debe suponerlo; pero he consentido en que se deje entrar por Valparaíso un oficial subalterno con uno ó dos asistentes á desempeñar esa comisión. Me he apercibido, por un no sé qué, por una de esas sospechas que le vienen á uno al ver la cara de un hombre, que M... tiene la intención de aprovecharse de esta licencia para introducirse también, disfrazado probablemente de asistente; y

conviene no ponerle el menor obstáculo, para que venga así á pagar, por acto propio, los crímenes nefandos que ha cometido. Escríbale usted á Alvarado que facilite la entrada de esos hombres, haciendo de inocente y de descuidado; pero una vez en Santiago, manténgalos usted á vista corta y con buenos agentes encima; porque es indudable que si va M..., como sospecho, algo ha de pasar allí con su madama que lo ponga en transparencia; y que nos dé la ocasión de prenderlo, como espía é infractor del salvoconducto, para castigarlo de la manera que merece. Tendremos dos ventajas: la una, será hacer este castigo que reclama la vindicta pública en el socio y cómplice de San Bruno; y la otra, privar al enemigo de uno de sus jefes más peligrosos y emprendedores. Me parece indispensable que usted guarde la más estricta reserva. La madama no debe saber nada; porque, aun cuando pienso que se ha de resistir á seguir á su marido, podría tener la generosidad ó el antojo de prevenirle que se le espera, y hacernos perder así el golpe. Sin embargo, haga usted vigilar cuidadosamente su casa, porque si resiste á seguirlo, me parece que puede verse en algún trance complicado.»

Entre tanto, el coronel Ordóñez hacía todo lo posible para convencer á M... de que corría á su ruina si se introducía en Santiago al favor de un disfraz cualquiera.

—Deja que Amenino desempeñe tu comisión, y que en nombre de los sagrados deberes que pesan sobre Pepa y de la licencia que se le otorga para retirarse á Lima, obtenga su consentimiento.

—Es que si no voy yo, si ella no me ve, si no me oye, si no le doy yo mismo el testimonio de mi cariño, si no le digo que la perdono si ha sido criminal, y que la amo más si no tiene nada de que arrepentirse, rehusará salir con Amenino, porque temerá ó sospechará que se la engaña.

—Pero lo mismo rehusará si habla contigo. Si te quiere saldrá de allí con Amenino; si no te quiere no saldrá con él, y teniéndote bajo su mano, te hará prender con más ó menos disimulo.

—Es que yo no le daré tiempo... Ya te lo he dicho: no me estorbes en mi camino. Es necesario que yo la vea y que ella salga de Santiago, ó que yo la mate. Viva no ha de quedar en manos de mis enemigos.

—Sería bueno si la víctima no hubieras de ser tú, como lo preveo.

—¡No temas! Yo conozco á Santiago; conozco á Chile todo entero, sus caminos, sus puertos: ni creas tampoco que me voy á lanzar sobre ella como un toro en media plaza pública, no. Si me convenzo de que es criminal, y si su resistencia á cumplir con su deber me dan esa evi-

dencia, yo caeré sobre ella cuando menos me espere; vengaré mi honor y me evadiré, pues tengo preparados los medios.

—Pero Amenino queda sacrificado y pagará por ti la infracción del salvoconducto. ¿No basta esto para detenerte?

—No quedará sacrificado. Amenino dará por terminada sin éxito su comisión, y se embarcará para el Perú en un buque extranjero. Yo me quedaré oculto, y obraré con eficacia y con prontitud.

—¡Imposible!... ¡Estás delirando! Los celos y la pasión te enceguecen.

—Oh que no; un asilo impenetrable y una de las mejores falúas del puerto irá de aquí á esperarme en lo más hondo de la caleta del Abrigo. En muy pocos momentos tomaré el puente del Maipo; y de allí me pondré en la costa antes que nadie haya salido de la sorpresa, y pensado en perseguirme. Ya lo verás. ¿Serías capaz tú de negarme el auxilio de la falúa número 3, con ocho marineros?

—¡Sí! Para impedirte un acto de demencia.

—¡No! No me la negarás cuando veas que he partido y que cuento contigo para salvarme.

—¡Duerme, M...! ¡Duerme esta noche! Espero que mañana te hallaré más racional y más positivo.

—¡Dormir!... Antes que el volcán se apague, es preciso que despida todo el fuego que lo aho-

ga. Yo no necesito dormir, sino obrar y seguir mi camino... Por lo demás, tengo fe en mi estrella, y tú sabes que soy sereno y firme en el peligro. Ya verás cómo dejo bien puesto mi nombre y bien levantados mis derechos.

Tan lejos de que la noche perturbara la resolución en que parecía estar el coronel M..., no se dió otra tarea en toda ella que la de cavilar y coordenar con puntualidad los detalles de la aventura que iba á emprender; porque á pesar de todos los vicios de su carácter y de su mala índole, era hombre de valor y de resolución, sagaz y diestro para combinar los medios de salir con bien en los conflictos y en las aventuras de la vida agitada y militar en que se había educado.

Al otro día, con ánimo sereno, pero con una rara pertinacia, se puso de acuerdo con el teniente Amenino; y completó los preparativos de la partida, acomodando en una bolsa de lona un sayal de fraile agustino.

—Esto es indispensable—dijo en voz baja.—Los frailes son en Chile más abundantes que los... legos: son legión. Un fraile puede andar por todas partes, se acomoda y se asila donde quiere, duerme en todos los confesonarios; anda por las calles á todas horas, en la madrugada, á media noche, á pie, á caballo; no es uno, son mil que hacen lo mismo, al mismo tiempo, y sin que nadie pueda discernir si es éste ó si es

aquél, entre los que vagan con la misma figura, con el mismo hábito y del mismo modo.

Si no lo dijo, lo pensó; y porque lo pensó fué que se proveyó del mejor disfraz que le cuadraba para su empresa.

Serían ya como las nueve, cuando M..., Amenino y un soldado de confianza entraban en un lanchón, con los cuatro marinos que lo debían maniobrar, y salían del puerto de Talcahuano, bogando á lo largo de la costa, en la corriente y con la brisa que en aquella parte del Pacífico marcha siempre del sur al norte. La luna, ese testigo taciturno de los dramas y de las tentativas embozadas de la noche, que unas veces alumbra la ruta silenciosa de las pasiones y que otras da su luz á las expansivas alegrías de las fiestas, tendía ya sobre el espacio sus miradas melancólicas y frías, desde las cumbres del bosque colosal de las montañas, cuyos picos parecían un pueblo de gigantes postrados en el sueño bajo su dulce influjo; y el mar, aunque tranquilo, pero impenetrable y profundo como la perfidia de las fieras, rezongaba por debajo, al compás de las olas que por el momento velaban sus enojos, dando un camino fácil al esquife donde la saña de los celos y los propósitos de la venganza rugían también en el corazón del hombre que meditaba un drama de sangre y de venganza en pro de su derecho.

XLIV

El director delegado de Chile había recibido entre tanto la carta reservada en que el general O'Higgins le había participado sus sospechas.

Felizmente para las medidas que pensaba tomar, coincidía en aquellos días algo muy grave que las justificaba, permitiéndole ocultar su fin verdadero con pretextos que eran de toda notoriedad.

La elección que el general O'Higgins había hecho de un militar argentino para encomendarle el gobierno durante su ausencia, había causado una grande irritación entre los hijos del país. Quintana, aunque hijo de la nación que había redimido á Chile, y cuyas tropas formaban la única fuerza efectiva de la alianza, era al fin un extranjero; y la ofensa que daba lugar al descontento parecía tanto más justificada, cuanto que no faltaban chilenos que, por su patriotismo y por sus aptitudes, habrían sido dignos del

honor y de la confianza de que se veían desposeídos. El agravio se había acentuado de día en día; y si no era cierto del todo, como se decía, que ya estuviera organizada una conjuración popular para reclamar por las armas lo que el amor propio nacional exigía, había incuestionablemente un concierto de influjos y de intrigas para que se arrojase de ese puesto al extranjero y se diese al gobierno una composición más en armonía con el sentimiento general de la opinión pública.

Muchos de los jóvenes más ardientes y más avanzados en este movimiento frecuentaban la casa de madama M..., cuyo salón iba poco á poco reuniendo la mejor sociedad de hombres atraídos por la belleza, por las gracias, por la elegancia y por las simpatías con que ella se daba á la amistad y al trato de los patriotas, con una indiferencia habilísima en cuanto á las pasiones políticas de insurgentes y de realistas, de chilenos y de argentinos, de ohiginistas ó carrerinos.

Después de haberse paseado, caviloso, por su despacho gubernativo, don Hilarión de la Quintana volvió á tomar de encima de la mesa la carta en que el general O'Higgins le anunciaba la probable tentativa de M... para introducirse en Santiago. La leyó de nuevo; y llamó á uno de los edecanes de servicio en aquel momento.

—Vaya usted—le dijo—á casa de la Pepita

M..., y con toda la cortesía posible, dígale que tengo que hablar con ella, y que usted lleva orden de acompañarla.

El edecán partió en cumplimiento de lo que se le ordenaba; y una hora después regresaba al palacio del gobierno con la dama que había ido á buscar.

El director delegado la recibió con extrema afabilidad; y pasados los cumplimientos de estilo y las galanterías de ceremonia que eran para él habituales por la esmerada educación que había recibido en el trato de la más distinguida sociedad, le dijo:

—Muy penoso es para mí, amiga mía, verme en la necesidad de tomar ciertas medidas precaucionales, que aunque de simple forma, van á ser sumamente desagradables para usted.

—¿Es posible, señor?—exclamó ella bastante sorprendida.—No comprendo que yo haya podido dar mérito á ninguna medida de precaución.

—Yo creo lo mismo; pero ¿qué quiere usted? Hay circunstancias políticas en situaciones agitadas y peligrosas en que un gobernante, por más convencido que esté de que no tiene razón, se ve obligado á dar satisfacción á sus amigos, que no siempre se excusan de ser exigentes; y si uno no acuerda algo á sus chismes y á la oficiosidad imperiosa de sus consejos, se ofenden, y levantan el grito acusando al que no los

complace de traidor, y de negligente cuando menos.

—Pero, señor director, cada vez estoy más confusa, por no decir más... contrariada, diré, de lo que Vuestra Excelencia me hace presumir, ó temer. ¿Qué puedo yo tener de común con esos chismes, ó consejos, que según Vuestra Excelencia se relacionan con mi persona?

—Si usted me lo pregunta, desde ahora le digo á usted que yo opino que usted no tiene nada de común con la agitación y las intrigas que se andan forjando contra mi persona...

—¡Y así es, señor! Usted me hace justicia. Ni mi carácter, ni mi posición, ni mis simpatías, están ni estarán nunca con esos enemigos de Vuestra Excelencia y de su gobierno á quienes Vuestra Excelencia alude.

—Lo creo, lo creo. Pero no piensan así los que rodean é influyen en el círculo político que me apoya. Me informan de que en casa de usted se reúnen jóvenes imprudentes y exaltados que, sin tener presente las condiciones especiales en que se halla el país ni el inmenso servicio que le hacemos nosotros los argentinos, propalan ideas subversivas que pueden traernos grandes peligros en un momento en que los ánimos debieran estar unidos y acordes como en una familia de buenos hermanos.

—No puedo callar á Vuestra Excelencia que se suelen juntar en mi casa algunos caballeros,

cómo Pérez, Astorga, Cruz y otros que conversan francamente de sus opiniones y quejas; pero son reuniones fortuitas, inocentes, á las que asisten también muchos argentinos y ohiginistas que discuten en su sentido con amistad y estimación de los unos para con los otros, sin que allí se confabule, ni se forme propósito ninguno contra las autoridades públicas.

—¡Muy bien! Lo que yo deseo, pues, es que por unos días, por muy pocos días, y tomando cualquier pretexto, aleje usted las personas que ha nombrado; diciéndoles si usted quiere, que yo le he observado cariñosamente que conviene mucho suspender por el momento esas reuniones; y que usted me permita, por forma, v para no ofender á mis amigos, que coloque en casa de usted una especie de guardia, un sargento y dos soldados ¡nada más! Con esto se acallarán los temores de los que están alarmados por esas reuniones suponiéndoles el carácter de una conjuración contra el gobierno; y entre usted y yo quedará entendido que es un simple aparato, sin ninguna realidad.

—¡Señor director! ¡Debajo de la bondad y de la galantería con que Vuestra Excelencia me trata, hay una ofensa terrible para mí!... ¡Una guardia, señor, en mi casa!... Va á producir un grande escándalo en toda la ciudad; y sin ninguna justicia voy á quedar designada como enemiga peligrosa del gobierno, cuando puedo pro-

testar con mi conciencia que eso es hacerme la más terrible de las injurias que puede recibir una dama.

—Usted toma la cosa por un lado erróneo. ¿Quiere usted tener una condescendencia conmigo, que si fuera posible la pediría á sus pies... y casi estoy por hacerlo en este momento?—agregó el señor Quintana besando la mano de la dama con gracia exquisita.—Mire usted que me echo á sus pies aunque me sorprendan los edecanes, ú otro curioso... ¡Dígame usted que sí!... que va usted á condescender con mis deseos... no, con mis deseos no, sino con la necesidad indispensable de mi posición.

—¡Sí, señor, condescenderé! La amabilidad de Vuestra Excelencia es irresistible.

—¡Picarona!

—No: lo digo con toda sinceridad: ¡jamás he sido tratada con más benevolencia!

—¡Pues bien! Continúe usted con sus visitas, si gusta; pero permítame usted alojar en su casa un sargento de toda confianza con dos soldados, hoy mismo; irán disfrazados como gente vulgar, como sirvientes, para que no causen el escándalo que usted teme... ¿De acuerdo: no?

—Yo no puedo negarlo á quien, como Vuestra Excelencia, me lo impone con tanta bondad y cortesía.

—Pero guarde usted la más profunda reserva entre sus visitas... ¡que nada extrañen!

—Señor, alejaré mis visitas, porque pueden deslizarse en sus conversaciones sin saber que están vigilados.

—Le doy á usted mi palabra de honor que los hombres no van como espías; que no repetirán á nadie, ni á mí mismo, lo que se converse ó se haga en casa de usted... Van, se lo repito á usted en nombre de mi honra, de pura forma y sin ninguna prevención... de las que usted teme, al menos. Así, pues, no cambie usted nada en su modo de ser y de vivir. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, señor; ya que Vuestra Excelencia lo exige, me someto.

—Pero sin agraviarse conmigo, ¿eh?

—Con Vuestra Excelencia no; pero con otros tal vez que sí.

—Espere usted al tiempo para juzgar de la medida que me veo obligado á tomar. Nos ha de perdonar y ha de ver que somos sus... adoradores de corazón—agregó el director conduciendo á la señora hasta la salida de sus despacho.

A la tarde de ese día, un sargento y dos soldados disfrazados de sirvientes comunes, se alojaban en casa de madama M...

Pero ésta no estaba convencida de que semejante guardia, en forma tan extraña, no encubriera alguna celada con miras de política personal contra los descontentos con el delegado don Hilarión de la Quintana; y tomó por pre-

textos una vez la jaqueca y otras veces el estado moribundo de Manuela, para alejar las visitas que de ordinario acostumbraban concurrir á su casa

XLV

Al día siguiente de esta novedad, entró el coronel N... al despacho del señor Quintana.

—¿Qué andas haciendo?—le dijo éste.

—Vengo á ver á Vuestra Excelencia por un incidente que me ha sorprendido mucho. Madama M... me ha informado que le han puesto en su casa guardia de vigilancia como enemiga del gobierno.

—¿Y estarás tú dado al diablo de que no te hayamos encargado de esa guardia?

—Déjese Vuestra Excelencia de bromas: no son del caso ni yo las puedo admitir. ¿Es cierto ó no es cierto?

—¡Qué diablos! Pues si ella misma te lo ha dicho, ¿cómo no ha de ser cierto? Pero no le hagas caso: son pamplinas de señoras.

—Es que tengo que hacerle caso: se trata de una amiga injustamente ofendida á quien estimo y respeto en sumo grado, y que me pide mi intervención en este asunto.

—Bueno; contéstale que me has visto y que pronto quedará satisfecha y agradecida.

—¿Quiere decir que Vuestra Excelencia va á retirar la guardia?

—¡Veremos!

—Pero ¿qué hay en esto, señor director? Porque, sabiéndolo yo, todo se allanaría y vería Vuestra Excelencia que le han engañado.

—No es caso para una cabeza de fuego como la tuya: lo echarías todo á perder.

—No entiendo. Esa orden...

—Esa orden, mi querido Marcelo, es una orden superior.

—¿De quién?

—¡De O'Higgins!... El mismo me la ..a transmitido y yo la he cumplido... Pero te prometo reclamar contra ella, y mientras tanto la mantendré por pura forma. No te metas tú en nada y déjame el asunto á mi cuidado. Madama M... es demasiado altiva y quisquillosa. Yo mismo le he dicho cuanto era dable para tranquilizarla; y le he asegurado que esa vigilancia no era la vigilancia que ella supone, sino simple aparato, que no ha de durar ni le ha de inferir la más mínima ofensa.

—De todos modos, ella tiene razón para ofenderse, porque el señor O'Higgins y Vuestra Excelencia debían conocerla y saber que es más patriota que realista, y más argentina que chilena.

—Ya, ya lo sabemos... y como tú andas en eso, lo será al fin.

—Quisiera que Vuestra Excelencia no me tocase ese punto... Esa señora merece la estimación que yo le tributo. Tiene un corazón franco y la firmeza de las almas abiertas que se justifican por la desgracia de su vida y por su propia dignidad.

—¡Ya, ya!... ¿Qué piensa del marido?

—¡No sé!

—Es claro; ¿lo nombra, lo recuerda?

—¡Será porque él no lo merece! Bien sabe Vuestra Excelencia que es un malvado, tan bruto como grosero.

—¡Pues ahí está el busilis, querido N...! Con ese hilo, sigue, sigue adelante: con él se ha de libertar á la nueva Ariadna; pero me temo que al fin hayas tú de enredarte, querido mío... Oyeme, y no olvides lo que te digo, porque has de saber que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Me alegro de saber que Vuestra Excelencia sepa tanto, pues todavía no es bastante viejo, aunque sea bastante diablo, según dicen en las entradas y salidas del infierno.

—¿Estás enojado?

—No me cuadra la conversación.

—Mudémosla.

—Quisiera saber también por qué no se me da orden de marchar al sitio de Talcahuano.

—¡Ah, ah!... Te gustaría acercarte al coronel M... Dicen que ahí eres más necesario para la seguridad del Estado.

—Pero es que yo no soy comisario, sino soldado; y quisiera estar donde mis compañeros se baten contra el enemigo.

—Hijo, eso no depende de mí. Te mandaría para allá con el mayor gusto del mundo, porque te encuentro toda razón; ¡pero no convendrá!... Parece que don José tiene la resolución de mandarte á Mendoza á remontar los escuadrones para cuando abramos las nuevas campañas... Y no sé por qué, me parece también que quiere alejarte de Santiago para que Cleopatra no se apodere del ánimo y del corazón de Antonio... Este don José, como tú sabes, se mete en todo esto... y como en Salta...

—¡Basta!... Ya me lo han dicho... Que cuide de lo suyo y que deje á los demás seguir su camino.

—¿A qué no se lo dices á él?... Tú lo conoces; y sabes que es amigo de hacer de padrino... y de papá reconciliador según la ley.

—¡Lo que es conmigo va mal! Mientras yo cumpla con mi deber en el cuartel, en la campaña y en la batalla, como él sabe que sé cumplirlo, no tiene que meterse en mis cosas.

—Entonces no extrañes, pues, que no te mande al sur con O'Higgins y que prefiera mandarte á Mendoza para desenredar el enredo fa-

tal en que te ve metido, pues para eso está en su derecho.

—En fin, señor director: ¿se retira ó no la guardia de vigilancia?

—Ya te he dicho que no.

—¡Gracias!... ¡Quede Vuestra Excelencia con Dios!

—¡Señor coronel N...!—le dijo el delegado tomando el tono oficial del mando militar.

El coronel comprendió al instante su deber; y con la misma formalidad, se cuadró, y dijo:

—¿Puedo retirarme, Excelentísimo señor?

—¡Puede Vuestra Señoría retirarse!

Pero apenas se cerró la puerta, don Hilarión de la Quintana soltó la risa.

—¡Qué muchachos! ¡qué diablos! ¡y qué porvenir!... ¡Que no haya yo nacido entre ellos!... La cosa me ha tocado ya un poco viejo; y no hay más remedio que maniobrar más arriba, cuando el alma rebosa de ganas de cosechar las flores de más abajo...—y siguió riéndose.—Don José—agregó—pierde su tiempo. Las Heras le dará gusto: es tranquilo, es reposado, y será buen padre de familia; pero éste, Martínez y los otros... jugarán toda su vida á la lotería del amor hasta que encuentren quien los amarre... Pues digo: la Pepita es muy capaz de apretar bien el cerrojo... ¡Este dice que yo no la conozco!... ¡Bah!... ¡Como si la estuviera leyendo en buen romance... y al muy tonto también!...

Cambiando entonces de fisonomía, se acercó á una antesala.

—Obando—dijo,—¿no ha venido el correo de Valparaíso?

—Sí, señor; aquí está la correspondencia.

El empleado la entregó y se retiró.

—Veamos—dijo Quintana cuando se quedó solo—lo que nos dice Alvarado.—Y tomó una de las cartas que el edecán le había puesto sobre la mesa.

—Por lo que me dice Alvarado, me parece que se le han quemado los libros á don Bernardo... Un teniente y dos soldados... nada más... Era claro—agregó volviendo á leer,—era claro: el bicho es demasiado bicho para que entrara en la trampa... «pueden ustedes estar seguros de que Morgado no va en la comitiva que ha bajado á tierra. He recibido al teniente y á los ordenanzas con los ojos vendados, teniendo á mi lado dos personas que conocen bien á Morgado. El parlamentario es realmente el teniente de dragones Amenino, del regimiento de Morgado; los ordenanzas son dos soldados rasos y nada más. Entre los tripulantes de la falúa tampoco está Morgado, son cuatro por junto y los tengo detenidos. Dígame si los dejo pasar á Santiago á cumplir ante usted su comisión».—Creo que sí—dijo Quintana como si hablase consigo mismo...—tomando las precauciones necesarias... y que don Bernardo saque el provecho de ellos

que se propone sacar con sus artificios... Por ahora se ha chupado el dedo... lo han engañado... El bicho no es tan leso para meterse así no más en el garlito... Que venga el teniente: hablaré con él; y si trae pretensiones legítimas, dejaré que madama M... se entienda con él: que bien sé yo lo que dirá.

Mas como la situación del pueblo de Santiago se hallaba tan inquieta y tan descontenta con la presencia en el mando del argentino don Hilarión de la Quintana, se hizo indispensable que el general O'Higgins regresase inmediatamente á ocupar su puesto, no sólo para tranquilizar los ánimos, sino para imponer el respeto y el temor que inspiraba siempre la energía con que este rígido personaje sabía reprimir y castigar.

XLVI

Existía entonces en Santiago una vieja y cascada iglesia, consagrada con el nombre de San Agustín, situada en uno de los extremos más apartados y solitarios de la Cañada. Sólo tres sacerdotes y dos legos sirvientes vivían recogidos en ella, llevando hábito franciscano como si hubieran renegado del que correspondía á su orden. Los agustinos que habían edificado y consagrado esa iglesia y su convento, no habían podido consolidar el asiento de su secta en Santiago de Chile ni en la América española. Los obispos y las demás religiones conventuales les tenían grande ojeriza, ya porque el género de estudios á que se consagraban olía á herejía, ya por la evidente superioridad de los estudios científicos que parecían ser de instituto fundamental en sus conventos. Los agustinos eran tildados en España y en las colonias americanas de practicar iniciaciones masónicas sobre

el orden físico del universo y sobre los principios morales del orden social. Se les tenía por *socicianos;* es decir, por adeptos á las doctrinas de Selio Sozzini, el famoso heresiarca del siglo XVI, que con una erudición teológica asombrosa había predicado y propagado la doctrina de que no había más Dios que el Padre Eterno—el creador y grande arquitecto del universo: causa y origen de todo lo creado é increado,—y que Jesu-Cristo no era hijo material del Padre nacido de mujer, sino espíritu venido al mundo en condiciones naturales, con misión profética para regenerar la humanidad y servir de modelo perfecto de la virtud. Y como el célebre Jansenio, jefe de una secta sociniana en Francia, había escrito doctrinas condenadas en un ruidoso libro titulado *Augustinus,* afirmóse en el ánimo de los teólogos ortodoxos y del común de los creyentes el disfavor con que miraban á los agustinos, tachándolos de jansenistas, de socinianos, y quizá con mayor razón de masones. Los obispos de América y las demás religiones conventuales les habían cobrado una ojeriza intransigente; y este disfavor, extendido por rumores siniestros, se había hecho carne en las clases populares, y más que todo en las preocupaciones de la aristocracia colonial, celosa y fanática que formaba el espíritu reacio y reimbuído de aquellos tiempos. Allá por los años de 1804 á 1806, corrió la voz en Buenos Aires que uno

de estos agustinos expulsado de Chile había llegado oculto y que se había alojado en las piezas altas de una pobre casa sombría detrás del paredón de la Merced. Cien bobos, atraídos por la curiosidad de descubrir tras de los balconcillos el pavoroso espectro del masón, pasaban el día abriendo la boca al frente de la casa. Los maestros y las maestras recomendaban á los chiquillos que no cruzasen por aquella cuadra, á fin de no quedar condenados con el ambiente infernal que allí se respiraba; hasta que un buen día, el presunto discípulo de Satanás tomó su vuelo, sin dejar rastro que haya alcanzado hasta nosotros.

De los tres agustinos transformados en franciscanos que habían quedado en la iglesia de San Agustín de Santiago de Chile, el principal y más anciano era hombre tranquilo y bondadoso, de nacimiento italiano. Los otros dos eran españoles, realistas empecinados, que no se excusaban de mandar noticias al ejército español de Talcahuano siempre que la ocasión se les presentaba. Los legos eran dos pobres chilenos que se habían cobijado al hábito sacerdotal para eximirse de servicios militares.

XLVII

Confiado en que los padres del convento le darían asilo mientras conseguía extraer de Santiago á su mujer al favor de la soledad y del desamparo en que se hallaban aquellos caminos y tierras asolados por la guerra y por la emigración total de los vecindarios, el coronel realista Morgado se había separado del teniente Amenino al pisar en tierra en la caleta solitaria de San Antonio; y guiado de un experto por entre los rizos y las breñas que hacen de aquella costa un laberinto de picos y rajaduras, ya elevadas, ya profundas, pudo atravesar hasta los caminos practibles sin ser descubierto. Disfrazado de fraile colector, llevando á cuesta algunas aves y otras limosnas, el coronel realista pidió y obtuvo asilo en la cabaña de unos *inquilinos* (colonos) de la Hacienda de las Tablas; y al otro día continuó su camino hasta enderezar por la Cañada á la caída de la tarde, y tocar, entrada

ya la noche, en la puerta solitaria de la iglesia de San Agustín. Cuando el lego portero le abrió el postigo, el coronel Morgado se le acercó al oído y le dijo:

—Misterio y secreto; soy un hermano: vengo de Lima con un grave encargo: llame, hermano, al padre San Severo, con quien quiero confesarme.

El padre San Severo acudió en el acto. Oyó al peregrino: por un momento pareció trémulo y sorprendido.

—¡No vacile usted!—le dijo el coronel.—Usted sabe que si me pierde puedo yo también perderlo. He contado con eso, y no tiene usted más remedio que asilarme.

Abierta la portezuela con todo cuidado, el padre agustino condujo al coronel Morgado por un corredor sombrío; lo introdujo en un salón estropeado y obscuro que parecía haber estado abandonado por muchos años, y cerró la puerta, llevándose la llave en el bolsillo.

Pero el lego chileno que había sido el primero en abrir el postigo de la puerta principal, siguió de lejos al padre San Severo, y cuando éste regresaba después de haber dejado encerrado al misterioso huésped, se acercó á él, y bastante inquieto le dijo:

—Padre, el hombre tiene mala traza: aquella cabeza, aquellos ojos, no tienen nada de agustino que haya hablado con los libros que lee

Su Reverencia. En la puerta, al verme, me estiró la mano, y me hizo *cosquillas en el puño* (1) como si yo fuese mujer y quisiera enamorarme.

—¿Y que así se enamora?—dijo el padre, sacando una desmedida caja de *polvillo* de tabaco, de la que ofreció una narigada al lego, atabacándose otra en su rojiza y gruesa nariz.—No te ocupes de lo que has visto: guarda completo silencio, que nada te va en ello.

—Yo pensaba que debía decírselo todo á nuestro superior fray Genaro Salvarríos.

—Eso no te corresponde á ti. El superior te castigaría por chismoso. En grandes secretos, eso me corresponde á mí; y cumpliré ahora mismo con mi deber de informar de todo al reverendo padre Genaro. Nada aventuramos procediendo con calma y con virtud evangélica. El reverendo padre Genaro oirá al viajero que ha tocado nuestra puerta. Si no corresponde al favor con que lo hemos recibido, lo pondremos puerta afuera; pero si es un desgraciado ó emisario de algún prelado eclesiástico, como creo, haremos con él la obra de caridad que nos impone el ejemplo de Nuestro Señor Jesu-Cristo. ¿Qué puede sucedernos? ¿que nos pongan en prisión? ¿que nos destierren?... Desterrados y presos andamos en este hondo y miserable valle de lágrimas.

---

(1) Tocamientos masónicos.

—Me parece que Vuestra Paternidad dice muy bien y muy lindo como sacerdote de Nuestro Señor Jesu-Cristo... Pero un pobre lego como yo, que no tiene corona ni dice misa, estará quizás más expuesto á otra clase de castigos.

—¿Y por qué?... Tú guarda secreto. Llamaron á la puerta, y tú abriste el postigo. Te pidieron que me llamases y yo he ocurrido á ese llamado. Tú te retiraste; y nada más sabes. Todo, pues, vendría sobre mí... Guarda silencio: vete á dormir tranquilo, y nada temas, porque de nada te pueden culpar á ti.

Ofrecida y tomada otra narigada de polvillo, el padre San Severo tomó hacia lo interior del convento, dejando al lego bastante caviloso sobre las consecuencias del incidente.

XLVIII

A las siete de la mañana del día siguiente hallábase el supremo director don Bernardo O'Higgins sentado en su despacho; y como tenía vendado el brazo derecho á causa de la herida que había recibido en Cancha-rayada, su secretario, el coronel don Ignacio Zenteno, sentado al otro lado de la mesa, le ayudaba, ó mejor dicho, le suplía en la tarea de abrir y arreglar la abultada correspondencia y variadísimos papeles que ambos tenían por delante referentes á los gravísimos asuntos que se tramitaban en aquellos momentos, azarosos y definitivos, del mes de marzo de 1818. Bien se conocía el estado de agitación nerviosa y de inquietud moral que dominaba el ánimo del ilustre personaje. La fisonomía chata y redonda; el ojo abierto; la mirada agria y franca á la vez; el colorido rojizo y sanguíneo; las cejas gruesas; los párpados inmóviles y húmedos; el ca-

bello crespo, rubicundo y tostado; robusto y pesado el encaje, estaban revelando á cien leguas la sangre irlandesa que bullía á borbotones en sus venas. Y sin embargo, había en él todo un conjunto de fortaleza y de ánimo elevado que lo haría pasar por lo que en lengua francesa se dice *un bel-homme.*

Tomando el secretario un pliego, lo abrió diciendo:

—Es del general San Martín—y leyó en seguida:

«Cuartel general sobre el río Maipu. Amado compañero: Sin preámbulos, pues estoy abrumado de quehaceres reorganizando el ejército á toda prisa, le diré con franqueza que no me atrevo á ejecutar la operación que usted me indica. Si pasáramos al otro lado del río Maipu y marchásemos á encontrar al enemigo sobre San Fernando, no tendríamos cómo retirarnos á Santiago en caso de un contraste, ni cómo asegurarnos el camino de San Felipe para cubrir nuestra retirada á Mendoza protegiendo nuestro bagaje y la numerosa emigración que se apiñaría sobre nosotros. No desconozco, ciertamente, que con una marcha rápida y atrevida sobre San Fernando podríamos sorprender al enemigo é impedirle que se corra á Valparaíso á ponerse en comunicación con su escuadra y con Lima. Pero sería una operación muy aventurada, en el caso extremo y vidrioso en que nos encontra-

mos. No se olvide usted que nuestro ejército acaba de recibir un golpe tremendo, y que aunque es maravillosa la rapidez con que ha recuperado su brío y su energía, es prudente presumir que la moral y la confianza hayan quedado resentidas ó disminuídas cuando menos. Conviene, pues, librar la batalla en las inmediaciones de la capital, y á una hora que nos permita contener al enemigo en caso de un contraste, y asegurarnos una ó dos noches para ejecutar nuestra retirada por San Felipe de Aconcagua. A pesar de todo esto, mi opinión es que obtendremos un triunfo más ó menos decisivo. Todo lo que observo, y lo que me dicen los jefes sobre el espíritu de la tropa es halagador; y creo que en el terreno en que pienso jugarla hemos de salir bien. La vanguardia del enemigo debe estar hoy sobre Quechereguas ó San Fernando. Ellos nos creen abrumados y en plena retirada. Cuando nos vean bien á caballo sobre los dos caminos de Valparaíso y de la capital, han de pensar de otro modo. No descuide usted la recogida inmediata de cuantos caballos, mulas y bueves le queden á su alcance en Santiago y San Felipe. Eso es vital para la persecución del enemigo en caso que triunfemos, ó para una firme retirada en caso que tengamos que ceder el terreno. Que Necochea esté pronto y bien montado para tomar con su regimiento la vanguardia en el momento mismo en que yo le llame; y vea usted cómo suplir su falta en la vigilan-

cia y en las patrullas que deben vigilar la capital y sus caminos. Mire usted que no es broma. En Santiago se conspira, se mantienen relaciones, avisos y correspondencia con el ejército enemigo, y tengo datos para sospechar que entran y salen emisarios y espías. Me dicen en un anónimo que el soldadote Morgado piensa pedirle á usted que le entregue á su señora en las avanzadas. Si valiera mi consejo, y sin meterme en cosas que no me van ni me vienen, yo le diría á usted que se la entregase. Cuando estuve en Salta, Olañeta me pidió la entrega de su señora: la Pepita Marquiegui, que según decían andaba también distraída con este mismo incorregible que figura en este nuevo enredo. Yo no me río ni hago chacota de estas cosas. En Buenos Aires hice de cura redentor en muchos casos que han pasado á ser casos de buena familia. Sólo el lancero Goyo Gómez Orcajo se me escapó por la misión que obtuvo de ir á Norte-América á comprar buques de guerra. Verdad es que ese nene estaba mejor para andar como anda, que para padre de familia sedentario. Seré un retrógrado; pero soy purista en esto de costumbres privadas; y creo que en una época revolucionaria y guerrera como la presente, los hombres públicos y los militares deben dar ejemplo de corrección.» (1).

(1) Bien se comprenderá que estoy haciendo un romance; pero debo advertir que si las palabras que pongo en boca de San Martín, no las tomo de un texto genuino, las opiniones y principios que ellas

Al terminar la lectura, O'Higgins y Zenteno reían.

—¿Y qué le contestamos?—preguntó Zenteno.

—Sobre el final del pliego, nada; en eso el general no admite bromas: es su manía, y se indigna de que no se respeten sus consejos y sus amonestaciones. El adelanto social, la industria, el trabajo, el orden público y privado, todo depende, según él, de la moralidad de la familia en lo alto y en lo bajo de la sociedad. Sobre lo demás, contéstele usted que es tal nuestra confianza en sus resoluciones, que miramos como infalibles los buenos resultados de su plan; y que sólo por fervor de patriotismo y por las ansiedades del momento, se le sugirieron las ideas que él juzga poco aceptables; que se le avisará á Necochea; que se reúnen caballos, mulas y bueyes en todo el camino de San Felipe, y sobre todo al otro lado de Chacabuco, para tener fáciles los caminos de Uspallacta y de Putaendo. Que yo espero que en la nueva victoria no tendrá que extrañar la falta del fatuo que anda pregonando en Buenos Aires que él fué quien abrió en las Coimas el paso del ejército

vierten son en un todo verdaderas, según la tradición de todos sus contemporáneos. Al mismo don Gregorio Gómez Orcajo le he oído repetir lo que á él, y á muchos otros de vida irregular se refieren, y por cierto que no se excusaba de narrar casos y nombres con sus pelos y señales como vulgarmente se dice.

libertador, y quien ganó la victoria de Chacabuco que nosotros dos teníamos perdida (1).

Zenteno tomó los apuntes dictados por O'Higgins; tomó otro pliego, y al abrirlo hizo una repentina demostración de asombro y de sorpresa.

—¡Señor, esto es muy grave!... Morgado está en Santiago.

—¿En Santiago?... Por lo visto, el general estaba bien informado. El hombre es audaz y temerario, por lo visto... ¿Viene á reclamar su costilla, ó es pretexto para cometer algún atentado?

—La comunicación es del jefe de las partidas sueltas de guazos, don Manuel Rodríguez, que recorren la campaña.

—Un tarambana—dijo O'Higgins.

—Avisa que se ha presentado un marinero de Talcahuano que dice haber servido con Vuestra Excelencia y haberse quedado allí como botero; que allí, según cuenta, lo tomaron los godos, y que sabiendo que era muy baqueano de todas aquellas costas, lo metieron en una lancha en una noche, en la que venía con otros un hombre con traje de sacerdote, á quien los demás le llamaban siempre coronel; que al día siguiente oyó á uno decirle coronel Morgado, y que entonces recordó en efectivo la fisonomía de este

(1) Es evidente que O'Higgins se refería al general Soler.

jefe; que después de algunos días llegaron á una caleta, donde desembarcaron tres ó cuatro; y que él, no queriendo volver á Talcahuano, y sabiendo que las partidas de patriotas andaban recorriendo la campaña, se esquivó de los demás marineros, y trató de tomar el rumbo de Valparaíso. Que asegura y jura que Morgado está en Santiago.

—¿Y por qué Rodríguez no ha remitido al hombre?

Zenteno tocó la campanilla y entró el edecán coronel don Modesto Sánchez, hombre *dichero,* y de trato íntimo con O'Higgins.

—¿Han traído un preso?

—Sí, señor; viene traído por uno que se llama oficial y dos guazos *montoneros.*

—¡Cómo se conoce que es usted argentino!

—¿Por qué?

—Por lo de montoneros: aquí no hay montoneros, sino partidarios y guerrilleros.

—Cualquiera diría que son iguales al verlos con los *libes* ó voleadoras amarrados á la cintura, andrajosos y por el modo con que se cuelgan la *lata.*

—¿La lata?

—Sí pues, eso que ellos llaman espada y que es más bien una lata negra y sucia: Vuestra Excelencia debiera deshacer esa chusma y reclutarlos á la fuerza en un buen regimiento de caballería, y decirle á ese don Manuelito Rodrí-

guez que se deje de andar haciendo farsas de correrías por los cerros y venga á pelear en las líneas, donde se ganan las batallas y se puede perder la vida. Tenga cuidado, señor director, no sea que hoy ó mañana aparezca don José Miguel alborotando todo eso, y tengamos aquí un nuevo Artigas.

O'Higgins frunció el gesto con cierto aire siniestro; disimulándolo al momento, dijo:

—Después que derrotemos á los godos, que es lo urgente, se ha de remediar todo eso y algo más; que no es tan inmediato como usted lo teme.

—Así lo creo; pero ¿qué quiere, director? me han hecho una impresión detestable esos... partidarios, que no creo que sean guerrilleros como nuestros salteños, sino faroleros que andan á salto y monte por andar libres de trabajo y temor del enemigo.

—Al grano, amigo don Modesto; ¿y el hombre?

—Como me pareció conveniente que no charlase, lo he encerrado con centinela de vista, é incomunicado, hasta que usted ordene.

—Hágalo usted entrar.

—¿Con los guazos... ó los partidarios?

—El solo primero: los otros después.

Puesto el hombre á su presencia, O'Higgins lo examinó con preguntas lacónicas, rápidas, incisivas y severas. El infeliz temblaba como un

azogado, y pasaba su vista con angustia de O'Higgins á Zenteno, y á Sánchez, como si quisiera invocarlos por testigos de lo que decía. Cuando daba algún detalle, O'Higgins le decía con tono brusco y repentino: «Sigue, sigue», y lo ponía en torturas para que no tuviese tiempo de pensar en lo que decía. Al fin resultó comprobado todo lo que había comunicado el coronel Rodríguez.

—Dígale usted al oficial de guardia que ponga incomunicado á este hombre.

—¡Señor, por Dios!... Yo no soy culpable... he dicho la verdad... Caí prisionero en Talcahuano y me echaron á servir en las lanchas del puerto... La prueba de que siempre he sido patriota es que apenas nos arrimamos á la orilla, me aproveché de la obscuridad de la noche para huir y buscar á los nuestros.

—¿No has traído papeles?

—Ni uno, señor; pero ese que llamaban coronel traía un paquetito que parecía de cartas.

—¡Está bien!... Comandante, haga lo ordenado y vuelva.

El hombre, sumamente asustado, lloraba; y suplicaba que lo oyesen; el comandante lo tomó de un brazo, lo entregó al oficial de guardia y regresó. Inmediatamente se dieron órdenes para hacer venir dos ó tres agentes de los más diestros que el supremo director ocupaba en casos graves de pesquisa. Se les recomendó

el mayor sigilo, se les dieron algunos datos sobre las casas que debían vigilar, sobre todo las de algunos miembros del ayuntamiento que O'Higgins tenía por enemigos suyos; y de otros de quienes sospechaba que por miedo del posible triunfo de los realistas, pudieran andar ya en manifestaciones propiciatorias ó manejos de traición. Todo, pues, parecía confirmar los vagos ruidos que desde días anteriores corrían por la ciudad sobre la existencia de una doble conspiración; ya del partido *carrereño* para aprovechar la inquietud de los espíritus y recuperar su poder con la esperanza de levantar al país en masa en nombre de la dignidad nacional humillada por el dictador aborrecido, que con ningún otro apoyo contaba que el del general y el ejército argentino; ya del partido realista, reconvalecido con el deseo de encontrar en el restablecimiento del poder colonial la quietud, el orden, el respeto, la autoridad tutelar y la autonomía local que parecía enteramente perdida desde que el triunfo del ejército argentino en Chacabuco había improvisado, diremos así, un orden nuevo, sin más equilibrio que la fuerza, sin más sanción gubernativa que la del supremo director de Buenos Aires, la del general San Martín que la ejercía por delegación, y la dura presión de O'Higgins, enfeudado bajo esas dos influencias soberanas. Grande falta había sido por cierto la del general San Martín en haber

creado y empedernido al otro lado de los Andes esta intrincada y difícil situación. Debió haberla evitado, después de haber libertado á Chile, volviendo con el ejército á la obediencia del gobierno argentino, que reclamaba ese ejército, exclusivamente suyo, como necesario á su propia seguridad, y á la conservación del orden interior. Si Chile quería conservar la independencia que se le había devuelto, que se armase en masa, que la defendiese por sí propio y con sus propios recursos, en caso de ser otra vez amenazado. Si O'Higgins creía tener autoridad moral y fuerte partido, que se defendiese de sus rivales con lo suyo y con los suyos. El general San Martín debió haber obedecido á su gobierno: no incurrir en una negativa que no sólo era un terrible ejemplo, sino que podía ser causa, como lo fué, del desquicio general á este lado de la Cordillera, y de la catástrofe en que sucumbió todo nuestro organismo nacional, bajo la presión de la barbarie litoral sobre un gobierno que había quedado indefenso. No debió abandonar, al acaso de lo imprevisto y del desorden social, la suerte del país y del gobierno de quien dependía, con cuya bandera y con cuyos soldados había triunfado y cumplido con gloria inmarcesible la difícil empresa que se le había confiado. Fiel á su mandato, no debió haber caído en la tentación de hacerse, él también, independiente, personalizando en su per-

sona y en su arbitrio la empresa de libertar á la América del Sur sin bandera y sin mandato. Si hubiera regresado á las provincias argentinas á reorganizar el ejército, á robustecer el gobierno y marchar sobre Lima por el Alto Perú, aprovechando aquella ocasión única que la suerte le ofrecía en momentos en que los alzamientos germinaban por toda la sierra peruana desde el Cuzco á Cochabamba, y en que Güemes lo esperaba con una vanguardia de cuatro mil salteños vencedores de las tropas realistas, no sólo habría consumado con una marcha triunfal la grandeza y la gloria de la República Argentina, sino que también hubiera defendido eficazmente á Chile amenazando y coartando por la retaguardia las operaciones y tentativas que el virrey del Perú pudiera haber hecho por las costas del Pacífico.

De todos modos, dada la vidriosa situación en que se hallaba Chile después de Cancharayada, es claro que había muy serios motivos para tener sobresaltados los ánimos de los gobernantes. Sospechas y vivas desconfianzas hacían ver sombras enemigas, fantasmas y asechanzas alrededor de los sillones, de aquellos precisamente que más adulones y solícitos se mostraban en halagar á los que los ocupaban.

La entrada misteriosa del coronel Morgado, que con el pretexto de recabar la evasión ó el rapto de su dama parecía tener también la in-

tención de tomar la dirección de los reaccionarios y de encabezar un golpe de mano contra la causa de la independencia, puso el colmo, como era natural, á la indignación iracunda de O'Higgins. Desde luego, los espías y delatores más aviesos y finos se pusieron en campaña; y para que los iniciados no se pusieran alerta, se ordenó que ninguno de los pesquisantes se acercase á la casa del gobierno; que no se viese el entrar y salir que en estos casos despiertan la atención, y que sólo dos personas de las más cubiertas y difíciles de ser notadas tomaran á su cargo las urgentes averiguaciones que el caso imponía.

XLIX

En aquel tiempo prevalecía en Santiago una costumbre que ha durado hasta mucho tiempo después conservando su fisonomía esencialmente colonial, pintoresca, bulliciosa, alegre, confusa, movediza y plebeya en sumo grado. La plaza principal, el centro del municipio, se convertía todos los sábados desde las últimas horas de la tarde, en una feria curiosísima, sin fin premeditado, *omni vendibili*. La mercancía principal se componía de una doble fila de canastos de paja llenos de zapatos ordenadamente acomodados por dimensiones y formas. Para comprender la grande importancia de esta vendeja, es menester saber que ya fuera por la naturaleza del piso, ó por otras causas imperiosas, el pueblo chileno, hombres y mujeres, anduvo siempre calzado, aunque de cargazón y de ordinario cordobán, por supuesto; pues ni zapaterías ni hormas francesas había en aquel

tiempo en ciudad alguna de la América del Sur. La duración del mencionado calzado chileno hecho á puntada larga por las mujeres del pueblo, en cuero de cabra ó en badana teñida con hollín y grasa, ofrecía tan poca resistencia al suelo pedregoso y áspero en que se asienta aquella capital, que literalmente puede decirse que á fin de semana cada zapato de niño, de roto ó rota y aun de personas de condiciones intermedias, presentaba mil agujeros, por donde asomaban los dedos como cabezas de viscachas. El consiguiente consumo de calzado hechizo que se vendía en la feria de los sábados era, pues, enorme; y como el domingo era día de ir á misa con la posible decencia, en los pies al menos, la afluencia del gentío era tanta y tan variada en la feria del sábado, que podía uno muy bien creer que los cuarenta mil habitantes de la capital vagaban por allí en bullicioso y revuelto conjunto. Atraídos por la concurrencia, los rateros de pañuelos y bolsillos acudían, por supuesto, á ver lo que podían *pilchar,* entonando á gritos:

—¡Vendo una docena de broches, una pantalla (de papel ó de pajitas), dos varas de cordón blanco ó colorado, un pañuelo de *hierbas* ó de seda, una llave perdida, un manojo de llaves encontradas en las calles, una cerradura fina, un cepillo, veinte plumas de ganso, una sartén, un platito con posillo!

—¡Oiga caballero; oiga, señorita: aquí están los finos zapatos de raso y de dos puntadas que le *pintarán el pie* para mañana en la misa mayor!

Y de cada canasto y de cada boca salían gritos llamativos á la compra y á la oferta de un millón de baratijas imposibles de enumerar.

Instalábanse también mesas donde se ofrecía la rica chicha de miraflores, mistelas (licores azucarados) de mil frutas, y sobre todo los *famosos picarones,* que así llamaban á una especie de buñuelos calientes que brillaban y saltaban al freirse en la grasa chirriante de la sartén. Abundaban, por supuesto, los gandules, llamados allí rotos, y que, dicho sea en verdad, nada tenían de rotosos; en invierno y verano vestían calzas blancas y limpias de calicot, camisa de lo mismo, sombrero puntiagudo de copa y una especie de esclavina, que llamaban poncho, de color almendrado y rayas azules en general. Todos á una voz vociferaban á plena garganta pregonando su mercancía por dentro de la callejuela que con veinte ó treinta metros á lo ancho formaban las dos filas de canastos, alumbradas por el farol con que cada uno ponía su vendeja á la vista de los marchantes.

La escena era, por cierto, animadísima y divertida. Señoras y niñas de familia acudían también á surtirse ó á pasear por el ámbito bullicioso. Quien durante la semana había perdido algo

vendible que no fuese robo mayor, ya un florero, ú otra cosa de común servicio, podía cruzar aquel movedizo panorama poniendo su oído hasta encontrar de seguro quien lo anduviera pregonando como hallado en alguna calle, y por muy poco lo recuperaba. La concurrencia de señoras y de señoritas atraía, por consiguiente, la de galanes y pretendientes de todas clases: de siete á diez de la noche en cada sábado, pues en otro cualquier día era prohibida la feria (1).

A la singularidad de aquellas costumbres hay que agregar otra circunstancia no menos incitativa y novedosa: y es que la hora inicial de la feria coincidía con la hora de las novenas y rezos de iglesia, cuya asistencia en aquel tiempo era un hábito imperante tenido por deber religioso, y á la vez una distracción, una moda, que allí, como en todas partes, solía ser gaje de libertad por algunas horas, á causa del traje con que envolvían y disfrazaban sus formas y su fisonomía las devotas. A las iglesias de Chile nadie asistía antes, y quizás ahora tampoco, con la cabeza descubierta ó con gorra. El rito aceptado imponía á toda señora ó señorita la forma modesta y humilde del *mantón*, con el vestido talar forzosamente negro y de seda. El mantón

(1) Oigo á algunos viajeros que dura aún la costumbre de la vendeja á gritos—*omni vendibili*—aunque en otra forma. Hoy, dicen ellos —se ha trasladado á las estaciones de los ferrocarriles la vocinglería infernal de los vendedores de comistrajos y baratijas.

era, como su nombre lo dice, un paralelógramo ó cuadrilongo de sarga malaguesa que medía vara y media de ancho por tres de largo. Por uno de sus costados se cubría la cabeza hasta la raíz de la nariz, dejando que el otro flotase por la espalda cubriendo por entero las formas del cuerpo. El traje, no puede dudarse, era esencialmente modesto, recogido y religioso. La mujer se presentaba en el templo disimulando todos sus atractivos y su belleza, moralmente envuelta en el sentimiento místico y religioso que la impulsaba; y bajo este aspecto, traje y estímulos eran cosa muy diversa de la saya y manto de Lima, en que precisamente se daba relieve á todo lo que no era visible, y se ocultaba únicamente la cara. Sin embargo, modesto, respetuoso y humilde, el manto y la túnica plegada del traje usado en los rezos religiosos, tenía el inconveniente de que fuera menester llevarlo por las calles al ir ó al salir de los rezos de las primeras horas de la noche, y de que fuese un disfraz que para hacer completamente desconocida á la devota, aun de sus más íntimas relaciones, nada más tuviera ella que hacer que tomarse un pliegue del manto sobre la nariz dejando alerta y vivaz uno de sus ojos: *Honny soit qui mal y pense:* pues estoy hablando de lo que pasaba ahora ochenta años, cuando el ejército argentino de los Andes campaba en Chile.

Las de largo manto, según hemos oído á los

que entonces actuaban, concurrían también á proveerse en la vendeja de los sábados; y aunque la parte intachable se bajaba el manto á los hombros para mercar, muchas otras no lo hacían, conservando su derecho á no ser conocidas ni seguidas.

Una de estas últimas se acercó á un personaje muy conocido en Santiago que paseaba tranquilo, al parecer, por la parte exterior y poco alumbrada de la feria; pero que al descuido observaba, y parecía estar en correspondencia de signos misteriosos con otros de más baja clase que andaban por lo interior del ámbito alumbrado. Aunque muy conocido, era hombre de mala fama; se le conocía por jugador, y se le reprochaban actos de bajeza y de fraude que al fin lo habían obligado á cobijarse como delator bajo la mano de O'Higgins para continuar á mansalva su vida incorrecta. La mujer que se le acercaba, bien cubierta con su manto tomado sobre la nariz, lo detuvo por el brazo.

—Ya sé en lo que andas—le dijo.

El la detuvo por el manto,y ella, sin desasirse, volvió á decirle:

—No causes alboroto, porque echarías á perder lo que buscas. Tú no me conoces; toma ese papel: leedlo: llévaselo al supremo director; dile que te lo ha dado La Loca de la Guardia; y como él me conoce y sabe que he sanado, verás como recibe ese aviso con toda confianza. Déjame ir;

tengo que asistir á mi desgraciada hermana que está moribunda en donde doña Pepita Morgado.

Nuestro hombre, sin soltar el manto de la mujer, se acercó á un farol de la vendeja y leyó:

«Mañana en la misa de las diez se rezará un *sacro rosario* en la iglesia de San Agustín, lo que se avisa á los devotos por esquela por estar prohibida la llamada por campana. Ten presente que es entendido entre ellos que las horas indicadas como horas del día son horas de la noche. No se precipiten. Adiós.»

Nuestro hombre siguió fingiendo su paseo tranquilo, como si aquello no hubiese sido sino una intriga personal de las que son comunes entre hombres y mujeres; pero cambiando de rumbo á poco andar, se dirigió al próximo palacio de gobierno, donde no cesaba la febril actividad de los agentes de pesquisa. En cuanto el supremo director se impuso de lo que ocurría, ordenó que todas las pesquisas de la ciudad cesaran; que se hiciera correr que todo había sido alarmas falsas y temores imaginarios; y que el gobierno estaba tan tranquilo y seguro del orden interior, que el coronel Necochea y los dos escuadrones de granaderos que vigilaban la ciudad iban á marchar al día siguiente á tomar la vanguardia del ejército en campaña. La única vigilancia ostensible quedó reducida á la que se hacía militarmente en los caminos exteriores, que nada ofrecía que pudiera extrañarse

dada la marcha que el ejército realista hacía con rumbo á la capital. Con bastante sagacidad se hizo circular esta desaparición de alarmas é indagaciones, para descuidar á los supuestos conspiradores, cuyo lugar de reunión, ya conocido, aseguraba todas las probabilidades de dar un buen golpe.

Para darlo con acierto, llamó O'Higgins al comandante don Modesto Sánchez.

—Modesto—le dijo,—quiero hacer las cosas sin que Necochea sepa mis miras; ¿qué oficial tienes en tu escuadrón, bastante audaz y resuelto á dar un golpe que debe terminarse inmediatamente con la ejecución de los culpables, tomando un pretexto cualquiera?

El comandante Sánchez pensó un momento, y contestó:

—El fraile Aldao es á propósito para eso... Pero puede excederse, porque tiene la costumbre de embriagarse.

—¿Pierde el sentido y la decisión?

—Al contrario, se vuelve más maligno y más cruel.

—Pues así es mejor, porque en todo caso, de hacer algo que sea de más, le echaremos la culpa á la embriaguez.

—Siendo así, ninguno mejor que él. ¿Qué quiere usted que le ordenemos?

—Por ahora nada, sino que lo tengas á mi disposición; mañana á la hora oportuna lo lla-

maremos, y le daré las órdenes precisas que debe ejecutar.

El día pasó en una aparente tranquilidad. Corrió por todas partes la voz de que habían sido falsas las noticias de conspiraciones y entradas á la ciudad de realistas disfrazados. Pero apenas anocheció, O'Higgins hizo venir á su presencia al capitán de caballería don Félix Aldao, conocido en todo el ejército por el Fraile Aldao, que habiendo abandonado los hábitos de sacerdote que vestía, se había convertido en un oficial bravo y arrojado, pero feroz y sanguinario por apetito incorregible.

—Señor capitán—le dijo el supremo director, —póngase usted á mi disposición con seis hombres y un teniente de su entera confianza; á las diez y media *en punto* de esta misma noche, acérquese usted cautelosamente á la portería lateral de la iglesia de San Agustín. Oculte su gente á los lados de la pared, llame muy despacio, y cuando le abran á reconocerlo, asalte usted la puerta y apodérese de todos los que encuentre en la casa. No se cuide usted de las calles adyacentes, porque á esa misma hora estarán vigiladas y nadie podrá escurrirse por ellas. Haga usted que se descubra un coronel realista que usted encontrará allí dentro. Así que lo tome, sáquelo usted á la calle y páselo por las armas diciendo que corría á escaparse; solamente en caso extremo podrá usted hacerlo con los otros, pero

cuidado con excederse ¡eh!... ¡cuidado! En seguida dé usted parte de todo. ¿Ha oído usted bien?

—Perfectamente.

El supremo director le repitió la orden acentuando bien cada detalle y cada palabra.

—¿Y la orden por escrito, Excelentísimo Señor?

—La única es ésta, no contiene nada más que el de aprestar la partida y tenerla á mi disposición guardando secreto. Lo demás no hay que ordenarlo: basta que usted dé parte de que lo ejecutado ha sido por tentativa de evasión. Para eso no necesita orden escrita alguna ningún militar que sepa cumplir con su deber en casos semejantes; y usted, que es hombre de acción y de resolución, menos que nadie. Lo que repito es que no precipite la hora, porque podría malograrse todo dando el golpe en falso antes que los delincuentes estén reunidos dentro de la trampa. ¿Ha oído usted?

—Perfectamente.

—Muy bien; puede usted retirarse.

La fisonomía del fraile parecía iluminada por dentro con la excitación de un placer febril: sus ojos revelaban fuego, con aquella animación extraña del hombre que recibe el encargo de actuar en un trágico suceso. Hizo el saludo militar y se retiró.

L

Eran las nueve de la noche. Un militar alto, delgado, elegante, embozado en una capa de vuelta entera, se acercaba á las puertas de la iglesia de San Agustín seguido de un subalterno y de seis soldados. Al tomar pie en la portería, tocó dos golpes lentos y casi sordos que denotaban una seña convenida. Al momento un lego abrió la ventanilla, el oficial se dió á conocer bajando el embozo de la capa, y el lego le abrió el postigo dándole entrada.

—¿Ha llegado alguno?—preguntó.

—Nadie.

—Me alegro. Cabo—agregó,—quede usted en la puerta del lado de la calle: si alguno viene á entrar, dígale usted que no se puede, que pase de largo y se retire; lo mismo le dirá usted á cualquiera que transite por la vereda.

—¿Y si resisten, mi coronel?

—No tenga usted cuidado: repita la orden,

que ellos ó él se apresurarán á cumplirla de prisa; nada de violencia ni de arresto; ahí le queda á usted un soldado.

Dirigiéndose á la tropa:

—Sargento, entre usted con cinco hombres y siga mis pasos.

Todo esto se hacía en voz baja y con el mayor sigilo.

Dirigiéndose al lego:

—Llévanos, sacristán, á la pieza que ocupa el desconocido.

—Señor, hay que pasar por la que ocupa el padre San Severo.

—Bueno: á la de éste entonces; ¿dónde queda la puerta del desconocido?

—Inmediata á la del padre.

Adelantándose seguido de los cuatro soldados y del teniente Ravelo, el grupo marchó por el claustro silencioso y sin hacer ruido hasta la celda del padre San Severo. El coronel empujó los batientes de la puerta del agustino, y mientras el padre se incorporaba conturbado, el bizarro coronel, con un ademán imperioso, le imponía silencio, fijándose el dedo índice sobre los labios, y le exigía la llave de la puerta donde estaba Morgado. Aterrado y trémulo, el infeliz sacerdote se la entregó, el oficial abrió la puerta y se introdujo de improviso en la pieza seguido de su escolta. El coronel realista corrió al

momento á una mesa donde tenía, cargadas y prontas, un par de pistolas.

Una sonrisa tranquila y halagüeña asomó al rostro del oficial argentino; y sin cambiar de ademán, le dijo:

—Señor Morgado, ¿de qué pueden servirle á usted esas armas? Somos seis hombres, y entre nosotros no hay ningún asesino. Serénese usted, que es lo que le conviene.

Morgado volvió en sí.

—Estoy, entonces, traicionado—dijo;—y antes de rendirme lo mataré á usted y me mataré en seguida.

—Pero reflexione usted que probablemente no dará en el blanco, y para lo que es suicidarse, tiene usted tiempo. Oigame usted antes: dentro de una hora vendrá un oficial mandado por el gobierno y acompañado de un número suficiente de soldados á tomarlo á usted aquí mismo y fusilarlo en la calle contra las paredes de la iglesia. Por motivos que yo sólo tengo, he querido salvar de una hecatombe á los infelices sacerdotes de esta iglesia, y á usted mismo, cuya imprudencia temeraria los ha expuesto á ser víctimas. Vista usted ese traje de granadero que el sargento trae exprofeso para usted; hágalo usted pronto, que no hay tiempo que perder; en la puerta tiene un buen caballo, y déjese usted conducir por este señor oficial, que tiene orden de sacarlo á usted de la ciudad y de ponerlo en

el camino donde ha de encontrar usted á los suyos.

—¿ No es una nueva celada que se me tiende? ¿ Su nombre?

—Usted comprende que siendo oficial argentino no me es permitido revelarle á usted mi nombre en un incidente como este.—Y volviéndose al teniente que lo acompañaba, le dijo:—Haga usted venir al padre principal, y ordénele usted que no pronuncie mi nombre en presencia del señor Morgado.

Traído el padre Genaro, el oficial argentino se dirigió á él:

—Diga usted—le ordenó,—sin pronunciar mi nombre, si Vuestra Paternidad me conoce.

—Sí, señor; conozco á Vuestra Señoría.

—¿ Se puede tener confianza en lo que yo prometo?

—Absoluta, señor.

—Retírese Vuestra Paternidad.

El coronel Morgado, con la vista baja, parecía reflexionar. Pero en un momento de resolución, se desabrochó el saco religioso que lo disfrazaba, se calzó el uniforme y el morrión de granaderos á caballo, y dijo:

—Señor oficial, estoy pronto.

—Teniente Ravelo, incorpore usted al señor Morgado en el piquete. Con la orden y el pase de comisión reservada que usted lleva, condúzcalo por los callejones de abajo hacia el sur; y

como usted, señor Morgado, conoce el país, trate usted de salir á espaldas de la Hacienda de Espejo, en cuyas inmediaciones ha de encontrar usted á los suyos. El señor teniente Ravelo lleva orden de decirle mi nombre, con otras cosas, al dejarlo á usted en los parajes que se le han señalado.

El coronel Morgado salió del convento en su nuevo traje, montó á caballo, se incorporó en el piquete del teniente Ravelo, y el grupo siguió los rumbos señalados.

—Ahora, padre Genaro, es menester que yo los lleve á todos ustedes, sacerdotes y legos, á mi cuartel.

—Señor coronel, estamos resignados; y aunque no tenemos la menor culpa, sabemos que las apariencias nos condenan, y que somos víctimas de las obras ajenas.

—No se trata de eso: usted comprenderá que, salvado el principal enemigo, sería injusticia que el golpe de muerte cayera sobre ustedes. Dentro de pocos momentos, será asaltado el convento, y la evasión de Morgado será un motivo justo, en apariencia, para que ustedes sean ejecutados sin piedad. No hay más medio de salvarse que el que ustedes me sigan al cuartel, dándome tiempo á explicar mis actos y declarar que la evasión es obra mía y no de ustedes. Partamos todos; dejen ustedes abiertas todas las puertas del convento y de la iglesia.

Inmediatamente todos desalojaron el lugar y se abrigaron en el cuartel de granaderos á caballo.

Para cerrar el cuadro, agregaremos que á las tres de la madrugada, el teniente Ravelo le dijo al coronel Morgado:

—Tengo orden de dejarlo á usted en esta encrucijada.

—Oiga usted, señor teniente: yo soy coronel, y tengo Vuestra Señoría.

—En su campo será eso, ó cuando usted esté desempeñando en el nuestro alguna comisión de honor. Ninguno de esos casos reza conmigo. Mis órdenes me mandan decirle á usted que debe su salvación y su vida al coronel don Mariano Necochea.

—¡Vive el infierno, c...!—exclamó Morgado.

Ravelo se sonrió con aire burlón.

—Y además—agregó, tengo que decirle á usted que tan lejos de que este servicio le imponga á usted la menor gratitud, el coronel le hace presente que su proceder ha sido un proceder de honra que usted comprenderá, y que como de su parte queda viva la mortal enemistad que le profesa, queda también á sus órdenes en los demás asuntos que les son comunes. Adiós. Gracias que puedo darle la espalda con la esperanza de que pronto nos encontraremos de frente—agregó Ravelo.

—En Cancha-rayada ya lo estuvimos.

—Esas zapalladas no se repiten. Granaderos, conversión á la derecha; trote largo... ¡Hasta la vista, coronel!

LI

No necesita decirse á qué grado llegó la irritación del director O'Higgins cuando el capitán Aldao se presentó á darle cuenta de lo que le había pasado. A la hora señalada, se había acercado al convento de San Agustín: encontró las puertas abiertas: penetró por todo el interior sin encontrar alma viviente. El primer desahogo del director cayó sobre el *fraile* Aldao: lo trató de bruto y de borracho, diciéndole que por culpa suya habría de haber sido el fracaso del golpe que se le había encargado. Comenzaron, por supuesto, las diligencias para averiguar tan extraña é inconcebible evasión, y se tardó muy poco en averiguar que había sido obra del coronel Necochea, en cuyo cuartel estaban recogidos los agustinos, sin que se supiera el paradero de Morgado. La sorpresa y el enojo del director llegó á su colmo. Inmediatamente resolvió arrestar y sumariar al coronel Necochea. El secretario de

la gobernación, coronel Zenteno, meditaba silencioso inclinado el rostro sobre la mesa, y golpeando acompasadamente la tabla con una regla que tenía á la mano, mientras O'Higgins se paseaba nervioso y agitado alrededor de la pieza. Antes de escribir la orden de procesar al coronel Necochea, Zenteno se detuvo como si no se animase á escribir una orden tan aventurada.

—No titubee—le dijo O'Higgins continuando en ir y venir á trancos;—que sea quien sea, merece un castigo ejemplar: yo soy aquí el soberano y he de hacer valer mi autoridad. San Martín ha de pensar como yo.

—Mi señor don Bernardo... dos palabras. Dentro de unos días vamos á tener que dar una batalla después de un desquicio y dispersión tremenda como el que sufrió nuestro ejército hace catorce días. ¿No cree usted que el arresto y el proceso de un jefe como el coronel Necochea, mirado por todo el ejército como el adalid número uno de la caballería, que manda además el cuerpo de caballería que constituye la base más sólida de nuestra línea, cuyo patriotismo no puede sospecharse, acusado ahora, en estos días críticos, como traidor, depuesto y arrestado; no cree usted, digo, que es resolver desde ya nuestra disolución y nuestra derrota?... ¿Por qué no empieza usted por llamar inmediatamente al señor Guido, y por conferenciar con él, hasta ver cuál será el proceder más prudente y más propio de las circunstancias?

O'Higgins no contestó: pasaron dos minutos... llamó á un edecán y le dió orden de ir en busca del señor Guido por asunto urgentísimo... Eran las siete de la mañana... La noche había sido borrascosa. Apercibido de que había alguna grande novedad, el señor Guido entró de prisa, con el franco andar de un hombre acostumbrado á entender en las intimidades del gobierno; y al imponerse del objeto de la llamada, estiró los labios cerrados hacia la nariz, abriendo los ojos con un aire teatral más que asombrado, como si se diese grande cuenta del enorme incidente. Cualquiera que lo hubiese observado bien habría podido sospechar que aquel aire de sorpresa exterior tenía algo de maliciosa sonrisa que *traviesaba* por dentro; travieso él también en sus buenas horas de solaz, comprendió á las mil maravillas las consecuencias fatales que engendran las travesuras de los demás; y de ahí que el general San Martín le escribiese por lo llano: *«mi lancero»*. Meditó con aire reflexivo.

—Me parece, señor don Bernardo—dijo,—que en este caso no conviene poner al coronel Necochea en presencia de usted. Sería de temer un choque funesto, porque usted, con evidentísima razón, está indignado contra nuestro amigo el coronel, que al fin y al cabo ha cometido un desacato, que si no fuera él sería un crimen claro de alta traición.

—¡Y lo es, señor!... ¡Eso no tiene atenuaciones!

—Pero yo, señor don Bernardo, veo en el fondo del hecho un no sé qué de generoso y de hidalgo que no sienta mal en un oficial argentino, y mucho menos en un bravo soldado que es modelo de gallardía y de gentileza en nuestro ejército. Es claro que solamente razones de elevadísima honra militar y personal lo han empujado á cometer este acto, que de cualquier modo que se tome es un crimen... aunque visto de otro modo no ha de tener fatales consecuencias, porque al fin y al cabo, la evasión de un Morgado no ha de influir para nada en la buena ó en la mala suerte que nos espera uno de estos días.

Viendo el señor Guido que parecía que sus palabras modificaban un poco la iracunda exaltación de O'Higgins, agregó:

—Mi opinión sería que en vez de llamar al coronel Necochea á la presencia de usted, se mandara al coronel Zenteno á pedirle explicaciones sobre su conducta é intimarle aquellas diligencias prudentes que usted quiera tomar sobre él.

—A mí me parece muy bien el consejo del señor Guido, pero preferiría que el señor director se valiera del señor Guido mismo, excusándome á mí de esa diligencia.

—No tengo inconveniente, mi amigo don Ignacio; si el señor don Bernardo quiere, iré.

O'Higgins siguió paseándose. De cuando en

cuando se comprimía el brazo herido como si lo afectase un dolor agudo. Todos callaban. Aunque disimulada con una seriedad convencional, notábase en el semblante de Guido aquella movilidad espiritual y picaresca que hacía tan vivaz su fisonomía, y que en aquel momento parecía una máscara obsecuente más bien que un sentimiento sincero, ó serio, de la gravedad con que O'Higgins miraba el caso. Este dió al fin su consentimiento; y Guido se marchó á verse con Necochea, evidentemente inclinado á concertar una solución fácil, solución de manga ancha, en una palabra, para salir del aprieto, que era lo que en el momento le parecía más conveniente y racional.

A su regreso volvió como desconcertado.

—Al llegar al cuartel—dijo,—me he encontrado con toda la tropa formada y teniendo por la rienda los caballos. En la puerta de la comandancia, Necochea y sus ayudantes estaban prontos á montar. «¿Qué es esto, coronel?» le dije. «Esto, mi amigo, es que acabo de recibir orden terminante de incorporarme al ejército sin pérdida de minutos;» y me estiró un pliego en que se le ordenaba eso, con otro para mí y otro para Vuestra Excelencia, traídos por el mismo ayudante del general, Mariano Escalada. Es probable que á usted le diga lo mismo que á mí. Ayer se han sentido las partidas avanzadas del enemigo haciendo reconocimientos por las inme-

diaciones de la Hacienda de Espejo; y las avanzadas de Pepe Melián han tenido ya algunas guerrillas y escaramuzas con ellas. Vienen otros dos pliegos extensos en que el general entra en detalles de un género reservado, de los que hablaremos más tarde, pues se refieren á lo interior, al cuidado de la ciudad y á la vigilancia policial...

—¡Bonita la ha hecho el señor coronel Necochea!... ¡Cuando ahora podíamos tener todo bajo nuestra mano!... Conteste usted, Zenteno, dándole cuenta cabal al general de la conducta del coronel, y...

—Me parece—dijo el coronel Zenteno—que un poco de calma y mucha premeditación es lo principal en estos momentos. Por el lado del coronel Necochea no hay ya peligro, pues Vuestra Excelencia mismo, á pesar de su justa indignación, no puede llevar su enojo hasta desconocer su patriotismo... Eso no se puede ni pensar, ni suponer... Por otra parte, si Vuestra Excelencia lleva esta terrible queja hasta el cuartel general, el general San Martín va á tener un terrible disgusto que puede perturbar sus resoluciones y causar graves trastornos en el ejército, en momentos de tener que librar una batalla que va á decidir de la suerte de la América del Sur.

—Eso no temo yo—dijo Guido;—don José (1)

(1) Así mencionaban entre ellos al general San Martín.

es demasiado cuerdo y fuerte de ánimo para aventurar nada por exaltación ó por enojo... pero no por eso dejaría de causarle un profundo dolor la noticia de este incidente fatal sin tener tiempo de ir al fondo de las averiguaciones y confidencias con el coronel Necochea. Yo también creo que debe dejarse este asunto para después de la batalla. Es probable, es seguro, que Necochea hará tales cosas en ella que merezcan nuestros elogios, y que nadie se acordará después de la calaverada de anoche... Acabo de cambiar algunas breves palabras con él. Se vindica de lo que ha hecho, y de lo que, según él, repetiría una y cien veces, diciendo: «Que su nombre habría quedado manchado con una horrible calumnia si, sabiendo lo que pasaba, y la matanza que iba á tener lugar en la iglesia de San Agustín, no hubiera ocurrido á salvar á los que iban á caer víctimas de una celada bajo el brazo sanguinario del capitán Aldao: que hecho eso, su nombre y el de una dama á quien estima en mucho habrían pasado por ser los principales asesinos y explotadores de una venganza baja; que en su carrera siempre ha pasado por clemente y generoso; y que, á falta de las virtudes que otros tienen ó fingen, él se contenta con que nadie le niegue estas otras, al menos. El señor O'Higgins verá las cosas bajo otro aspecto, yo las miro bajo el mío: sé que he cometido un atentado político. En la

próxima batalla buscaré mi disculpa y el perdón del general San Martín. Por lo pronto, quisiera que él lo ignorase todo hasta entonces». Estas han sido las palabras que me ha encargado de transmitir al supremo director de Chile; rogándole (y ha interpuesto mi empeño personal) que Vuestra Excelencia perdone á los sacerdotes agustinos; que no hay entre ellos ningún culpable, ningún consentidor ó adherente á la conjuración; y que se les permita volver á su iglesia, aunque sea en el concepto de presos ó confinados bajo guardia; que á su tiempo el general San Martín lo sabrá todo y concertará lo conveniente con el señor O'Higgins. Mi consejo es que Vuestra Excelencia acepte esta indicación.

—Y el mío también—dijo el coronel Zenteno;—eso es hoy lo más prudente.

LII

El 2 de abril de 1818, en las primeras horas de la mañana, comenzó á correr misteriosamente en el campamento de los independientes un rumor siniestro. Decíase que el coronel Necochea acababa de ser gravemente herido en las avanzadas. Algo de muy cierto debía haber sucedido, pues el ilustre doctor don Diego de Paroisien acababa de salir del cuartel general con todos los útiles y auxilios necesarios. Se contaba el incidente de muchos modos. Lo más corriente era que, habiéndose empeñado en hacer un reconocimiento peligroso del orden de marcha que traía el enemigo, Necochea había dado con un escuadrón en cuyo combate había recibido un golpe de sable afilado entre la garganta y el hombro que le había corrido algo hacia la nuca, que había sido atraído con cierto engaño al lugar de la desgracia; y que repentinamente sorprendido por una emboscada, había

tenido que defenderse hasta que, auxiliado por dos oficiales y tres soldados que lo acompañaban, habían podido salir milagrosamente con vida. En compañía del doctor Paroisien había seguido un piquete y dos oficiales con orden de evitar la travesía por el campamento y de seguir á Santiago con el herido haciendo mantener la posible reserva sobre un hecho como éste, que podía tener funesto influjo al saberse la caída de un jefe tan caracterizado y tan necesario en los momentos inmediatos de una batalla definitiva. Entre estas versiones y muchas otras que se hacían del caso, nadie podía saber positivamente cuál era la verdadera; y lo singular es que no solamente entonces, sino después y hasta la fecha, se continúa en la misma duda.

Entre tanto, los momentos eran de una agitación y de una actividad extrema. Gran parte de la población de Santiago estaba haciendo sus preparativos para emigrar á Mendoza. Por todas las calles se veían hombres y señoras comprando artículos de viaje, cargando carretas, arreglando correajes, trayendo mulas, en un ir y venir que denotaba las angustiosas circunstancias en que se veían las familias. Se sabía que el enemigo, en número considerable, en fuerza vigorosamente organizada, y en marcha resuelta, soberbia, en cuyas filas brillaban los famosos regimientos: Talaveras, Burgos, Real de Lima,

Fernando VII, los dragones de Morgado, los húsares de Barañao y otros cuerpos de grande crédito, comenzaba á cubrir los campos de la Hacienda de Espejo, en marcha á trasponer el río Maipu y amenazar la capital. El general San Martín centuplicaba sus cuidados, reunía dos veces al día los jefes de sus cuerpos: á unos les ordenaba no esperar de pie, sino lanzarse sobre las líneas enemigas con brío y con arrojo así que las tuviesen á cincuenta pasos.

—Al Burgo de Morla es menester darle fuerte, porque ese es el cuerpo de esperanza que traen los godos, y es menester que nos mostremos mejores soldados que ellos: todo depende de los oficiales: la tropa nunca vacila cuando ve á sus oficiales avanzar con confianza.

En seguida, á los jefes de división y de brigada les mostraba el croquis del terreno donde iba á dar la batalla, les designaba el puesto de cada uno, el orden de la batalla tal como él la concebía y les designaba la actitud y las operaciones probables ó contingentes que podían tener lugar. Larga fué su conferencia con el coronel Las Heras.

—General—le dijo éste,—me gustaría ese puesto de la izquierda en que Vuestra Excelencia coloca á Alvarado y á Enrique Martínez.

—Tuve el mismo pensamiento. Pero en ese terreno estaré yo, para reparar cualquiera contingencia; tendré allí á la mano la artillería de

Borgoño y la reserva con Hilarión; á usted lo necesito en el punto que acabará con la derrota del enemigo si somos felices, ó que cubrirá nuestra retirada si tenemos que ceder el campo.

LIII

A las doce del día CINCO DE ABRIL se trabó la gloriosa batalla del Río MAIPU, que fué, con toda verdad y justicia, la que aseguró para siempre la independencia de la América del Sur. Las demás, inclusa la de Ayacucho, no fueron otra cosa que consecuencias parciales de aquella inmortal jornada. Desde ese día la dominación colonial de España quedó *confinada* á puntos determinados, sin fuerza de expansión sobre el total de los dominios que ya había perdido; y por buena que hubiera sido la suerte que le hubiera tocado en el Perú, ó en otras regiones, el cetro había quedado roto: la dominación del Mar Pacífico era ya cuestión de pocos momentos; y la insurrección de los otros virreinatos iba á contar con el apoyo que los vencedores del Campo de Maipu habían de llevarles para desahogarlos de la opresión colonial.

Derrotado en el primer combate del día 5 de

abril, el ejército realista se replegó sobre su retaguardia con fuerzas todavía imponentes. Pero considerándose sin medios para continuar su retirada, y perseguido de cerca por los vencedores y por la división Las Heras, que con tanto acierto había colocado el general San Martín para que desempeñara esta operación final, los jefes españoles libraron su salvación á un acto desesperado, heroico, y resolvieron hacer pie, á manera de reducto, en la Hacienda de Espejo, con la mira de ganar la noche para organizar su retirada. Pero seguidos hasta allí, y asaltados con igual valor y heroísmo al que ellos emplearon en defenderse, fueron deshechos; y uno á uno todos tuvieron que rendirse.

Al caer la tarde, el coronel Las Heras, á quien correspondió el principal papel en esta segunda parte de la batalla, conversaba galantemente en el patio de la Hacienda con el brillante coronel Ordóñez, que era, sin duda, el oficial más señalado del ejército enemigo. A su lado departían también con igual distinción Primo de la Rivera, Morla y algunos otros de los jefes prisioneros. A pocos momentos, un oficial argentino se aproximó al coronel Las Heras acompañando á otro jefe realista, y después del saludo militar le dijo:

—El señor coronel Morgado me pide que lo presente á Vuestra Señoría.

Brotó un destello rápido, aunque al momento

contenido, en la mirada del héroe argentino; hizo un saludo ceremonioso inclinando apenas la cabeza, y dirigiéndose con hidalguía á los otros jefes prisioneros, dijo:

—En cuanto de mí depende, caballeros, quedan ustedes recomendados á todo el favor que permiten y que imponen las leyes militares en casos desgraciados como el de ustedes. Señor comandante Guerreros, encárguese usted del alojamiento y demás servicios necesarios (1).

A los muy pocos días, todos los jefes y oficiales realistas que habían caído prisioneros en Maipu fueron remitidos al presidio de San Luis, tenencia administrativa de la provincia de Cuyo, y lugar entonces tan solitario que podía mirarse como un rincón hundido en vasta extensión de las Pampas, sin más comunicación posible que la del expreso militar que de cuando en cuando la comunicaba con Mendoza, centro de la gobernación general de Cuyo.

---

(1) Preguntado el general Las Heras, después de muehos años, si la frialdad con que había recibido al coronel Morgado tuvo por causa el incidente ó la celada en que había sido herido el coronel Necochea, excusó la respuesta diciendo solamente:—«Lo mataron en el alzamiento de *San Luis*.»

LIV

Pocos días después de la victoria de Maipu, sintiéndose algo acatarrado, el general San Martín se había recogido á su apartamiento de la ciudad de Santiago. Daba un ambiente moderado á la pieza el relumbroso y habitual brasero de bronce donde ardían los sarmientos, combustible favorito de las personas acomodadas, cuyo calor y perfume se tenía allí por mágico remedio del asma y de otras afecciones bronquiales. Serían como las ocho de la noche; puesto el codo sobre la mesa, y apoyada la frente sobre la palma de la mano, el general revisaba un número considerable de papeles ó documentos que tenía á su alcance. Parecía absorbido en aquella tarea: unas veces sonreía, y otras daba con algo que parecía enojarlo. De cuando en cuando se levantaba, arrojaba algunos papeles al brasero, y volvía á tomar su asiento, la misma postura y la misma tarea.

En esto estaba, cuando tocaron algunos golpes á la puerta. Sin interrumpirse ni cambiar de posición, y sabiendo probablemente quien era el que llamaba, dijo: «adelante», y apareció con su bulto gigantesco el edecán irlandés O'Brien; hizo el saludo militar con la rigidez de un soldado.

—¿Qué hay, O'Brien?

—Los *friales* que Vuestra Excelencia *mandastes* llamar están ahí.

—Que entren...

O'Brien entreabrió la puerta lo bastante para que entrasen, uno á uno, dos sacerdotes. San Martín los envolvió en una mirada rápida: tomó dos papeles de los que tenía apartados, y dirigiéndose á ellos les dijo:

—Buenas noches, reverendos; había ordenado que los llamasen, porque deseo darles una comisión digna de su carácter sacerdotal, y del arreglo de un matrimonio que anda medio descompuesto. Esta no será ni una orden, ni una imposición, sino una simple comisión amistosa. ¿Cuál de ustedes es el padre San Severo?

—Yo, Excelentísimo Señor—dijo uno de los sacerdotes.

—¡Ah! ya lo había pensado: el señor debe ser el padre Genaro, ó don Genaro, según el título usado entre agustinos. Su semblante me inspira más confianza, ó mejor dicho, menos desconfianza. ¿Cuál de ustedes es el amigo del coronel Morgado?

—¡Excelentísimo Señor!...

—Nada de títulos: general y basta.

—Señor general—dijo el padre Genaro,—en el tiempo del predicamento del coronel Morgado, hemos tenido ocasión de tratarlo.

—¿Con qué motivo?

—Señor general, nuestras relaciones con los hombres del orden común tienen siempre motivos y fines reservados.

El general tomó un aspecto serio y dijo con dureza:

—No siempre, padre; y la prueba de que eso no es siempre cierto, es que yo aquí, en esta mano, tengo ciertas cartas, avisos y circulares procedentes de la iglesia de San Agustín, donde se conspiraba por algunos de los religiosos, y quizá por todos. Si esos son los asuntos reservados á que Vuestra Paternidad se refiere, no son secretos religiosos, sino secretos criminales.

Los padres callaron consternados; y el general, desdoblando algunos papeles, dijo:

—A ver, padre San Severo, acérquese usted á esta luz. ¿De quién es esta letra? Si es de usted, no falte á la verdad: sería inútil. Si es de un tercero, puede usted decir que lo ignora, seguro de que yo no necesito que usted lo nombre.

El padre San Severo obedeció, y apenas puso su vista sobre aquellos papeles, dijo con terror:

—Es mi letra, Excelentísimo señor—y se arro-

jó á los pies del general abrazándole las rodillas en un arrebato de confusión y de miedo.

—¿Quién le dictó á usted el contenido?

—¡No puedo hablar, Excelentísimo Señor!

—Padre Genaro—dijo el general,—tome usted esos papeles y arrójelos usted á ese brasero.

—¡Señor!—dijo el padre vacilando.

—Arrójelos usted, que yo se lo ordeno (1).

El padre Genaro caminó hacia el brasero mirando asombrado al general, y arrojó al fuego los papeles. La viva llama se levantó iluminando la frente del ilustre guerrero; mientras el padre San Severo, absorto y abriendo tamaños ojos, miraba la escena con trémulo estupor.

—Levántese usted—le dijo el general empujándolo con cierta rudeza en el ademán.—Bien pueden ustedes dar gracias de que esos papeles no hayan caído en las manos de los hombres que aquí ó en Buenos Aires tienen el deber de contener á los conspiradores. No han de ignorar, por cierto, que no hace mucho tiempo que el agustino ó belermita fray José de las Animas fué ahorcado allá en media plaza. Pero en fin, apartemos esto; y vuelvo á mi pregunta. ¿Cuál de ustedes es el amigo más íntimo del coronel Morgado? O mejor dicho: ¿cuál es el que ha intervenido más frecuentemente como religioso, en los notorios altercados de ese co-

(1) Histórico.

ronel con su señora? Ya ven ustedes que para mí no hay secretos.

—Yo, frecuentemente, y el padre Genaro en los casos graves—dijo San Severo, confuso y aterrado todavía.

—Pues bien, el caso es extremo. Usted, fray San Severo, quedará confinado en su convento hasta segunda orden. Usted, fray Genaro, debe ocuparse incesantemente de obtener que madama Morgado vaya á San Luis á acompañar y consolar á su marido. Hágale usted ver que este hombre está ahora en la más terrible soledad y desgracia; que la ley de Dios la ha unido á él para siempre; que debe hacer el sacrificio de perdonarlo si tiene agravios; y dar el sublime ejemplo á su sexo de la reconciliación, con otras mil cosas que á usted se le ocurrirán mejor que á mí como propias de su carácter y de su devoción. El viaje de esta señora es indispensable para la armonía y la moral de la disciplina de un ejército republicano como el nuestro, donde todo debe ser honorable y correcto. Hágale usted entender que procediendo así colmará mis deseos, y se evitará medidas mortificantes. El coronel Necochea está postrado en una cama y tendrá para toda su vida (si la salva) el amargo dolor de no haber contribuído á la victoria de Maipu. Eso no volverá ya á repetirse; y si esa señora no accede á nuestras indicaciones, quizá tenga ante Dios y ante nuestros compatriotas el ho-

rrible escrúpulo de haber trozado la carrera de un hombre nacido para brillar entre los héroes de su país. Me han dicho, y usted debe saberlo mejor que yo, que hay en esto algo que puede ser una calumnia: que es una mujer bondadosa, caritativa, de afecciones fáciles y tiernas; que es susceptible de rasgos nobles y bien inspirados. Usted, que la ha tratado é intervenido en sus quebrantos, debe saberlo; ¿es así, ó no es así?

—Es exacto, Excelentísimo Señor: puedo dar fe de ello.

—Pues bien, me dicen que su marido, aunque brusco, torpe y violento, la ama. Vaya usted y repare todo lo malo que haya sobrevenido entre ellos. Veo que sin quererlo me he vuelto cura sólo por avivar el celo que á usted le corresponde en este lance.

Levantando los ojos al cielo y poniéndose las manos sobre el corazón, dijo:

—¡Prometo sobre la fe de Jesu-Cristo y sobre esta Cruz que llevo colgada al pecho, que cumpliré con las indicaciones de Vuestra Excelencia hasta el último sacrificio!

—A propósito, padre Genaro; eso le iba á pedir á usted. Me dice usted que lo cumplirá *hasta con el último sacrificio*—dijo el general con un gesto impregnado de malicia.—Pues bien, convenza usted á madama Morgado, y haga usted el sacrificio de acompañarla y de presentarla á su marido. Dígale usted que nada

tema; que además de ir protegida por usted, será allí protegida personalmente por las autoridades del lugar, y por mis órdenes.

—En esas condiciones y con esos fines, el destierro que Vuestra Excelencia me impone es un gaje que realzará mis pobres obras ante el juicio del Dios de amor y de caridad que sirvo.

—Hágame usted la justicia de convenir en que yo también merezco como cristiano ese alto juicio, por la misión que le confiero, y por lo que usted ha visto en esta conferencia.

El general, sin esperar más, pegó unos golpes recios en el plato de bronce de su tintero. Apareció O'Brien.

—Conduzca usted á estos religiosos.

—¿A la cárcel, Excelentísimo Señor?

—Hasta la puerta, y déjelos usted en libertad.

A los pocos días, el padre Genaro, acompañando á la Pepita Morgado, como le llamaban en Chile, cruzaba la cordillera. De Mendoza pasaban á San Luis custodiados por un piquete de caballería, á fin de que los indios alzados de la pampa no pusiesen en riesgo sus personas. Aunque entrar en más detalles sería arrastrar nuestro asunto sobre el difícil tapete de la vida marital, la tradición es favorable á la conducta que la mujer observó con el marido caído en desgracia, y cuyo único solaz en aquel destierro era el hogar y la sociedad de sus compa-

ñeros, atraídos por las gracias, por el talento vivaz y por el tacto social de la dama... Pero... el destino no había pronunciado todavía su última palabra.

LV

Después que triunfó en Chacabuco y que dió libertad á Chile, el ejército argentino quedó secuestrado por el general San Martín al otro lado de los Andes. El nuevo horizonte que se abría á su ambición perturbó el honrado criterio del ilustre vencedor. La triste situación en que había dejado á la patria, y los reclamos clamorosos con que su gobierno le pedía la reintegración de sus tropas para mantener y salvar la autoridad constitucional, eran como las enfadosas plegarias del acreedor menesteroso que perturba la quietud del deudor que necesita retener lo que se le cobra, y que está en situación predominante para hacerse sordo á su deber. Notoriamente resuelto á desobedecer las órdenes y las súplicas del gobierno argentino, el general prescindía de todo lo que á la patria le debía por gratitud y por conciencia, y dejándose arrastrar

por otras deslumbrantes perspectivas, había resuelto constituir á Chile, sobre la base del ejército argentino, en centro político supremo de la dominación del Pacífico y de la conquista del Perú. Mientras tanto, la patria de los argentinos y su organización nacional eran abandonados á los furores insanos de los Artigas, de los Ramírez y de todos aquellos que, por la falta del ejército nacional, secuestrado en Chile, hollaban el suelo, antes culto y virgen, de la capital argentina y de las provincias cultas que componían el Estado (1).

---

(1) Cuando los escritores chilenos han querido sincerar el proceder del general San Martín, han ocurrido con no disimulado júbilo á la malhadada carta del señor don Tomás Guido de fecha 17 de marzo de 1819 en la que asienta que no se pudo traer el ejército obedeciendo al gobierno argentino—porque en su mayor parte estaba ya compuesto de soldados chilenos, que se oponían á trasmontar los Andes. Si esta carta fué una condescendencia del señor Guido á los influjos y miras del general San Martín, lamentaríamos de veras que se hubiese prestado á ella, haciendo caso omiso de su inexactitud; y para tener una prueba, no hay más que apelar á las palabras mismas del general en dos documentos solemnes que tienen infinitamente más valor que las palabras tomadas de una carta particular completamente desautorizadas. Cuando el general San Martín se vió libre de tropiezos y consumado por su abandono el derrumbe del organismo político y social de las *Provincias Unidas* del Río de la Plata, que tan brillante período forma en nuestra historia, no pudo cerrar en su conciencia ni en sus labios el paso á la verdad; y cumpliendo con un deber que debió parecerle muy triste, y que es casi un arrepentimiento, se dirigió al *Cabildo de Buenos Aires*, única autoridad que había quedado en pie como el trozo ruido que sobrevive al terremoto, diciéndole:—«19 de agosto de 1820: Excmo. Sr.: El día de mañana da la vela la expedición libertadora del Perú: como su general, yo tengo el honor de informar á V. E. que representa el *Pueblo Heroico, el más virtuoso Pueblo, más digno de*

Un rumor, que aunque sordo y vago al principio, acentuábase cada día más, introducía por todo el país el triste convencimiento de que el general San Martín había resuelto secuestrar en Chile el ejército argentino, y desobedecer las órdenes que el gobierno de Buenos Aires, puesto en mortales angustias, le daba con insistencia, de que viniese ó remitiese esas tropas, para que unidas con los restos de las suyas que el general Belgrano traía de Tucumán, sirviesen á contener la anarquía que de todas partes se alzaba contra nuestra cultura y organismo constitucionl. Por desgracia, las miras del general estaban fijas en otro ideal. Su plan era retener bajo su mano el ejército argentino: constituir á Chile en centro potencial de los intereses del Pacífico, y proclamar la independencia de Sud-

la Historia de Sud-América y de la gratitud de sus hijos; protestando á V. E. que mis deseos más ardientes son por su felicidad; y que desde el momento *en que se erija la autoridad central* (oh!) EL EJÉRCITO DE LOS ANDES ESTARÁ SUBORDINADO Á SUS ÓRDENES SUPERIORES CON LA MÁS LLENA Y RESPETUOSA OBEDIENCIA.» Si uno no lo leyera no lo creería (Papeles del señor don Tomás Guido—1882, pág. 466.)

Hé aquí otra prueba igualmente solemne—Proclama del general San Martín al tomar tierra en el Perú:—Soldados: ya hemos llegado al lugar de nuestro destino... Acordaos que vuestro gran deber es consolar á la América, y que no venís á hacer conquistas sino á libertar á los pueblos... Los peruanos son nuestros hermanos y amigos: abrazadlos y respetad sus derechos COMO RESPETASTEIS LOS DE LOS CHILENOS DESPUÉS DE CHACABUCO (Hist. del Perú Indep. por don Mariano Paz Soldán, vol. 1.°, cap. III, pág. 65.) ¿Era ó no era puramente argentino el ejército que triunfó en *Chacabuco* y en *Maipu* y que marchó á libertar al Perú? (Véase Hist. Argentina por V. F. López, vol 7.°, pág. y notas 66 á 70.)

América en la fastuosa CIUDAD DE LOS REYES, desde el dorado balcón en que Pizarro había proclamado la eterna soberanía de España sobre la vasta extensión del ORBE NUEVO.

Deslumbrado por esta radiante perspectiva, el general hacía caso omiso de la situación lamentable que pesaba sobre el orden público del Río de la Plata; y resuelto á cerrar los ojos y el corazón, pensaba abandonar á su mala suerte la mártir patria, á trueque de complementar una obra que, según él, había de levantarlo en alas de los aplausos y del entusiasmo de las naciones libres de América y Europa. ¡Qué error!... ¡Sin la República Argentina no le estaba deparado ese triunfo!... Cuando la buscó como cuestión de vida ó muerte para él, las cosas habían cambiado. Los hombres de 1822 le dieron la espalda, dejándolo perdido en manos de Bolívar, que le usurpó el último golpe de los dados de la guerra... Pero volvamos á nuestro cuento.

Fatal fué, como tenía que serlo, la primera consecuencia de este entredicho. La noticia de que el general San Martín se negaba á sostener al gobierno nacional resonó en todos los ámbitos de nuestro país como el toque de una trompa siniestra. Mientras los hombres de responsabilidad y de orden dejaban caer sus brazos desanimados, las montoneras del litoral y los anarquistas de los pueblos interiores puestos en ebulli-

ción por el desquicio revolucionario, libres ahora del temor que les inspiraba la vuelta del ejército de los Andes, que hasta entonces los había contenido, se lanzaron como masas de vándalos sobre el gobierno nacional, que, encerrado é impotente en el recinto urbano de Buenos Aires, caía víctima propiciatoria de los soberanos esfuerzos que había hecho para emancipar á Chile y al Alto Perú.

A raíz de esta fatal situación, tenía lugar en la provincia de San Luis un suceso bastante trágico y ruidoso que modificó por completo la suerte de los protagonistas de este nuestro cuento. Como ya lo dijimos, vivían allí confinados los prisioneros de Maipu y de Chacabuco. Se habían unido á ellos últimamente los padres agustinos Genaro y San Severo, que á influjos del general San Martín, por no decir que cumpliendo sus poderosas insinuaciones, habían acompañado á doña Pepita Moldes de Morgado y reconciliádola con su marido el coronel.

Era aquel presidio una aldea primitiva y pobre, que vivía envuelta, dormida, diremos así, en las planicies inmensas de la yerta Pampa, donde la luz del sol hacía tan indefinidos y sombríos los horizontes, como las tinieblas de la noche. Nada se movía en aquella vastedad: nada se oía. Se habría dicho que la vida de la naturaleza estaba recogida y silenciosa en los incul-

tos pastizales de aquel *nuestro lejano Oeste* de entonces.

«Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista en su vivo anhelo,
dó fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas
que él sólo puede sondar.
A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino
y pasa, ó su toldería
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día;
duerme... tranquila reposa...

La Cautiva.»

He aquí el precioso y verídico cuadro de nuestras pampas, trazado por Echevarría. La fuga era allí de todo punto imposible: no sólo por la falta de rumbos á donde ir á buscar un asilo, un refugio, sino porque también era imposible atravesar á pie ó á caballo por aquella tierra llana y uniforme que extendía sus ignotos confines, como un inescrutable misterio, fuera del alcance de la vista y aun de la fantasía humana.

Sin embargo, el clima era templado y saludable, perfumado el ambiente con las frescas emanaciones de los gramillales floridos y verdes que tendían su manto sobre el terreno. Aunque en escaso número, subsistía con las comodidades de la abundancia un vecindario de viejas familias de buen origen, inocentemente habituadas á la vida bonancible y candorosa que habían heredado de la raza española, de cuyo antiguo asiento procedían. Y tanto era así, que las mujeres y los hombres del medio social de San Luis gozaban de cierta fama de vistosa hermosura, que no desmentían, por cierto, algunos ejemplares muy conocidos en Mendoza, en Córdoba y en Buenos Aires. Los hombres del pueblo tenían todos, en cuanto puede decirse, la talla y la robustez de granaderos; y eran el encanto de las preferencias de San Martín.

La tierra era, como es todavía, de una fertilidad perfecta. Faltaba, por supuesto, en los campos, la grande y feraz agricultura. Pero los huertos y las quintas que rodeaban al pueblo producían flores de todas clases, frutas, tubérculos substanciosos y legumbres de las mejores especies. Los parrales daban una uva exquisita; y los jugos de primera fabricación, aunque embrionarios, bastaban á satisfacer el gusto de los habitantes. Los prisioneros españoles, hombres de buena sociedad en general, cortesanos algu-

ños de ellos, vivían en completa libertad dentro de la aldea, cultivaban jardines y huertos por placer y por distracción, y frecuentaban el trato que allí les brindaba con su llaneza natural aquella buena gente, no sólo en el seno de las familias, sino en la casa del teniente gobernador coronel don Vicente Dupuy. Bajo este punto de vista, la vida de estos caballeros era una vida celestial comparada con los tormentos que sufrían los prisioneros y muchos otros patriotas argentinos encerrados en los lóbregos calabozos de las Casas Matas del Callao.

Sin embargo, eran prisioneros... Y á pesar de todo, sufrían, como era natural, las torturas del aislamiento, los rozamientos del amor propio humillado, la inmovilidad, el cautiverio, esa *amputación* de la existencia, como decía Mirabeau: esa compresión, en fin, que acongoja el espíritu del preso y que le da ansias por respirar el aire de la libertad.

Mientras ellos llevaban esta vida coartada é indecisa, entregada á la voluntad prepotente del vencedor, les llegaba de boca en boca y por referencias viajeras, los ecos lejanos de la voraz anarquía en que hervían las campañas provinciales del litoral. La erupción volcánica de las masas insurrectas, cuya vorágine parecía tener conturbado todo el país al otro lado de los límites imaginarios del desierto, el desquicio in-

terno en que se hallaban todas nuestras provincias, la indisciplina de las tropas, la insurrección de los cuerpos militares y el ruido que hacían en este infernal alboroto los nombres de Alvear y de José Miguel Carrera, esos dos grandes enemigos de San Martín y de O'Higgins, resonaban como vivas esperanzas en los oídos de los prisioneros españoles de San Luis; y como departieran á cada momento entre ellos de que al favor del desorden pudieran salvarse, acabaron por urdir el plan de un levantamiento. Pronto concibieron la posibilidad de derrocar y matar al teniente gobernador; de apoderarse de las armas, de libertar los treinta ó cincuenta criminales comunes que estaban en la cárcel, de reunir la caballada del servicio local, y de atravesar la pampa, ya para unirse á Carrera, invadir á Chile y tomar revancha de San Martín y de O'Higgins, ya para salir al litoral y buscar camino á España, ó para dirigirse á las fronteras del Alto Perú, donde podrían incorporarse á las fuerzas realistas de Olañeta.

Vago al principio, pero estudiado á cada momento bajo todos sus aspectos, el plan de la conjuración tomó cuerpo. El entusiasmo y la esperanza, obrando con mayor vehemencia por instantes en el ánimo fuerte de aquellos soberbios guerreros acostumbrados á la fiera lucha de las guerras sud-americanas, se convertía en una cosa rèal y factible, fácil también desde que

á su éxito se consagrase el valor y el deseo de salir bien, ó de morir para acabar con el martirio insoportable que su derrota les había impuesto. Puestos de acuerdo jefes y subalternos, quedó convenido: 1.°, que los jefes irían en diversos grupos á visitar al teniente gobernador Dupuy en la mañana del día 8 de febrero de 1819; 2.°, que los subalternos, capitaneados por un capitán y un teniente, atacarían de improviso la cárcel y el cuartel adjunto á ella, que pondrían en libertad á los presos, y saldrían de allí á amedrentar al vecindario dando voces y disparando armas de fuego; á cuya señal los jefes reunidos en la casa del teniente gobernador se apoderarían de éste y lo matarían antes que pudiese llamar en su auxilio la pequeña guardia que custodiaba la casa.

En efecto, á los primeros tiros y voces, los coroneles Morgado, Ordóñez, Morla y ocho jefes más se echaron sobre Dupuy, y entablaron con este atleta y sus ayudantes un ataque á puños y mano armada con malas pistolas que habían podido conseguir con suma dificultad. Pero lo terrible del caso para los asaltantes fué que en un abrir y cerrar de ojos había fracasado el ataque del inmediato cuartel y de la cárcel, y que la guardia, el vecindario y los presos, vociferando *¡maten á los godos!* corrían á la casa del gobierno á dar parte de lo que ocurría. Descon-

certados los jefes conjurados, trataron de huir... pero ¿ á dónde ?... ¿ por dónde ?... Por dentro de las casas y por las calles perseguíalos la pueblada desenfrenada cazándolos á lazo y matándolos sin cuartel á palos y á puñal.

LVI

Sumisa á su nueva situación, vivía en San Luis, al lado de su marido y consolada por los consejos morales del padre Genaro, la Pepita Morgado. Aunque coqueta de genio voluble y atrayente como buena andaluza, tenía también, como las mujeres de su raza, un natural abierto y bondadoso, una alma simpática, olvidadiza y caritativa, que si bien pudiera haberla expuesto á seguir con alas de mariposa las halagüeñas y vívidas impresiones de una sangre asaz generosa, sabía también volverse con decisión repentina al culto del deber: sobre todo cuando ese culto se le presentaba bajo la forma de la abnegación, del sacrificio, del arrepentimiento... Y en eso era digna, por cierto, de las sublimes palabras con que el Cristo, desde lo alto de la cruz, había rehabilitado la belleza moral de la que pasa por prototipo de esos seres, cuyo perfume y cuyas espinas, reparten con igual pro-

digalidad las delicias y los estragos en la vida humana.

Sobrecogida de repente por el espantoso alboroto que se oía en el pueblo, la señora de Morgado salió despavorida á las calles en busca de su marido; tras ella salió, como un mártir del deber y de la caridad, el padre Genaro, creyéndose obligado á protegerla en cuanto á él le fuese dado, de la muchedumbre embravecida y brutal que rugía en tumulto y en desorden feroz buscando víctimas que sacrificar á su enojo.

No anduvieron mucho sin encontrarse cara á cara con dos mujeres del pueblo, la una de edad madura que corría armada de una hacha, la otra una joven de quince años que seguía, llorando, á su madre. Al encontrarse, la primera se arrojó sobre la señora de Morgado levantando sobre ella el arma; pero que antes que el padre Genaro ocurriese á parar el golpe, la niña exclamó:

—¡No, madre mía!... Es la señora de Morgado.

—Sí, la mujer del que quizás ha degollado á tu hermano en este instante en la guardia de la cárcel.

—¡No, madre mía!... ¡Es la que me estaba enseñando á leer y á bordar!... No le hagas daño... ¡Mira que ella me quiere y que yo la quiero también! — decía la niña desesperada, mientras el padre Genaro, abrazando dulcemente á la mujer, decía:

—¡Oid, señora, á vuestra hija!... ¿Por qué queréis vengaros sobre una inocente, que no tiene parte en lo que pueda haber sucedido, y que se había declarado la benefactora de esta bella criatura?—decía con santa unción el venerable agustino, estrechando casi por la fuerza, pecho á pecho, á la madre con la hija.

En este momento pasaba á caballo cerca de este interesante grupo un mocetón que llevaba en una mano una aguda lanza, y arrastraba con la otra un largo lazo.

—¡Ramón! ¡Ramón!—le gritó la niña Benigna.—*Veni* acá á sosegar á mi madre; *decinos:* ¿sabes algo del coronel español Morgado?

—Lo dejo moribundo y tirado en un rincón del patio del gobernador...—dijo Ramón tirándose del caballo, y tomando á su madre por la cintura para conducirla á su rancho.

—Ya ves, madre mía: *Nonato* (1) está salvo; déjame acompañar á la señora. *Nonato* te llevará á la casa.

—De ninguna manera; tú no debes andar en esto; acompaña tú á mi madre, y yo llevaré á tus amigos á la casa del gobernador—dijo Ramón saltando sobre el caballo. — ¡Síganme! — agregó tomando el trote.

En la puerta de la casa de gobierno estaba el

---

(1) Llamaban *Nonatos*, á los nacidos en el día de San Ramón, que pasaba por *abogado* de los buenos partos.

coronel Dupuy rodeado de gentes enardecidas y dando órdenes. A su lado hallábase un personaje civil de bella figura de empaque severo y adusto. Antes de que la señora de Morgado y el padre Genaro pudiesen acercarse á Dupuy, el personaje aludido insistía en que todos los jefes capturados fuesen ahorcados en la plaza, incluso los que aun estuviesen vivos. Dupuy accedió. Pero en ese momento madama Morgado se arrojó á él cubriéndole los pies con el cabello y abrazándole de las rodillas con ademán desesperado, exclamó:

—¡Piedad, señor gobernador!... ¡Piedad! ¡Piedad!

Las lágrimas sofocaban sus voces. El padre Genaro se arrodilló á su lado, y levantando las dos manos al cielo, exclamó:

—¡Clemencia, señor gobernador!... La clemencia es la virtud de los grandes de la tierra.

Siguióse una escena tierna y dolorosa. Excusamos narrarla por no acongojar nuestro espíritu y el de nuestras lectoras.

Al expirar en brazos de su mujer, algún destello de la clemencia divina conmovió el corazón del endurecido soldado, y con una voz desfalleciente

—¡Gracias, Pepa! ¡Gracias, Pepa!—dijo apretando con la suya las manos con que ella le sostenía sobre su pecho... Pero... otra idea más cruel y terrenal atravesó inmediatamente el es-

píritu vital que aun le quedaba.—*¡Ya eres libre!* —agregó.

Quizás por lo mismo que estas dos últimas palabras salían de su boca, sombrías como un amargo reproche, conmovieron profundamente la sensibilidad de la emocionada mujer, que prorrumpió en abundante llanto, como si una sublime inspiración le hubiese dicho que sólo así podía amenguar la visión desgarradora que aquel reproche contenía. Ese «¡Ya eres libre!» quedó balanceándose en el corazón de aquella mujer como un eco fatídico que desprendido del mundo siguiera resonando y resonando por las inescrutables esferas de la eternidad, donde sólo la conciencia tiene oídos para escucharlo.

LVII

Después de los sucesos de San Luis, el general San Martín apresuró los preparativos de su expedición; y el 20 de agosto de 1820 zarpó de Valparaíso en la escuadra que lo llevaba al terreno donde pensaba cosechar sus gloriosas ilusiones.

Como no es éste el lugar de reveer el proceso de esa precipitada aventura, á la que fué llevado el ejército argentino después de habérsele hecho abandonar sus banderas y desobedecer al gobierno de quien dependía, bastará decir, para los efectos de nuestro cuento, que ese ejército, *compuesto de soldados argentinos, comandado por los mismos héroes que habían trasmontado los Andes y vencido en* CHACABUCO *y en* MAIPU (1), fué el que ocupó á Lima el día 9 de julio de 1821.

---

(1) Palabras del general San Martín en su proclama al pisar en tierra del Perú.

Por desgracia, y como era de esperar después del arbitrario rompimiento del general con el gobierno de su patria, los sucesos se precipitaron de una manera fatal. Contrariedades de toda clase paralizaron las operaciones y minaron las bases de la disciplina, al mismo tiempo que dos ejércitos realistas de primera importancia dominaban por un lado todo el norte de la Sierra, y por el otro lado todo el sur, hasta las fronteras argentinas. Conociendo al fin que había fracasado, el general abandonó la partida en manos de Bolívar; y quiso el acaso que cuando los jefes argentinos regresaban á Buenos Aires, uno á uno, después de las victorias de Junín y de Ayacucho, fuera también cuando la República Argentina se precipitaba en la guerra del Brasil para emancipar á la Banda Oriental, que, postrada y deshecha á causa de los excesos del artiguismo, había sido conquistada por las tropas portuguesas y unida después á la corona imperial de Don Pedro I del Brasil.

LVIII

Han pasado cinco años. En la pieza lateral de una casa modestamente amueblada se hallaba sentada junto á un brasero, alimentado por sarmientos de parra, una mujer que parecía enfermiza y decaída. En su rostro, surcado por una vejez prematura, se descubrían los rastros de una vida agotada por la fiebre. Brillaban sus negras pupilas en las concavidades de sus ojos; extensas ojeras aumentaban su fosfórica luz por el contraste de la sombra. Los párpados, como si estuvieran cansados de la vida, caían á ratos adormecidos, y se veía el esfuerzo con que la pobre mujer los levantaba para sacudir la pesadez que se los cerraba. Tenía el pelo gris dividido en dos trenzas por la espalda; un pañuelo negro de abrigo le cubría la cabeza, é inclinaba las espaldas buscando el calor del brasero.

—Mire, amiga—le decía otra mujer de aire vulgar, pero bondadoso, que la acompañaba con

aquella compasión indiscreta con que las personas que no tienen el criterio de la cultura, dan remedios y propiciaciones fáciles á los que sufren.—Créame, amiga, lo que le digo: esta virgen que le traigo es muy milagrosa, es Nuestra Señora de las Mercedes; y por experiencia puedo asegurarle que es más milagrosa que esa imagen del Carmen que usted tiene ahí sobre la cómoda. Usted no puede figurarse los milagros que ha hecho. Si usted le pone dos velas de cera de las que vende el padre fray Emeterio á cuatro reales, y si la besa tres veces al día, por la mañana, á mediodía y á la noche, verá usted qué alivio tan grande va á sentir; mientras que esos venenos amargos que le da el mulato limeño Zapata no han de hacer sino empeorarla (1).

La enferma la oía con dulzura y paciencia; mas como la otra insistiera en que siguiese sus consejos,

—Bueno, doña María: déjeme la Santísima Virgen... Muchas gracias... Quiero descansar.

—No se olvide, amiga, de las velas del padre Emeterio; y tenga cuidado de que no se apague la una sin encender antes la otra, para que la santísima imagen no se quede sin luz, sobre todo de noche.

—Muy bien.

---

(1) Zapata era un mulato emigrado de Lima que tenía fama de médico.

—Me parece que usted no me tiene fe.

—No crea eso, doña María: lo haré... Es que estoy cansada.

—Pues ya verá usted pronto, muy pronto, el poder milagroso de esta imagen bendecida por el santo prelado de nuestra iglesia en años atrás, su Ilustrísima... no me acuerdo del nombre, pero ahí en el cuadro está escrito. Pero ya le he contado el milagro con que salvó á mi hermano de un juez injusto que le daba de chicotazos: uno de los golpes que quería darle le saltó á la cara del juez y le sacó un ojo. Usted ha de saber que cuando usted andaba... pues... diré... algo falta, se perdió Bernardito, su sobrinito. Unos forajidos de los dragones de Morgado lo habían robado diciendo que el padre, un asesino español, lo reclamaba... Los cuyanos equivocaron el camino, pero mi compadre don Atanasio vino á casa, cargó con la virgen, y por la posta de Prado vió una nube blanquecina que corría por debajo de un cerro. Allá se fué como llevado por una fuerza de Dios. La virgen se le salía de las manos y miraba hacia allá siempre, hasta que en un portezuelo alcanzaron á los ladrones y rescataron al niño. ¿Usted no lo sabía?

—Recién lo oigo, doña María.

—Pues mire usted, no hay quién no lo sepa. Anoche no más, decía en casa que él mismo había andado en esas andanzas, un sargento que

ha venido de Lima con su coronel; y que fué á tomar mate á casa llevado por mi hermano, que lo conoció mucho cuando estuvo aquí con su regimiento. Yo se lo voy á traer para que él mismo le cuente el milagro... ¿Cómo es que se llama?... Se llama... ahora no más voy á dar con el nombre... Es un buen hombre... Se llama... ¡Ah! ya lo sé... se llama Ontiveros.

—¡Ontiveros!—exclamó la enferma, echando atrás el pañuelo al oir este nombre, como si una chispa eléctrica la hubiera conmovido toda entera.—¡Ontiveros!... ¿Dónde está? ¡Quiero verlo! ¡Tráigamelo ahora mismo, doña María, ahora mismo!

—Por Dios, doña Teresa... No se altere tanto: está usted muy débil y puede empeorarse. Sí, sí, ahora mismo voy donde mi hermano para que se lo traiga.

LIX

En efecto: hacía dos días que Ontiveros estaba en Santiago, siguiendo siempre á su jefe el coronel don Román Antonio Dehesa, que pasaba á Buenos Aires á tomar parte en la guerra contra el Brasil.

La enferma había tenido tiempo de calmarse. Los instantes le parecían siglos. Muy poco después entra Ontiveros al cuarto de la enferma. Gaucho de nacimiento, y sagacísimo como son todos ellos, conoció al instante á Teresa; pero al verse dentro de una pieza que denotaba decencia y cierto bienestar, se abstuvo de dar señal de que la recordaba. Se mantuvo parado al lado interior de la puerta, haciendo girar su *gorra de manga* entre los dedos de las manos con aire humilde y un tanto encogido, que más bien venía de lo singular de la situación y de los recuerdos, que de timidez verdadera.

—Míreme bien, Ontiveros—le dijo la enferma.—¿Se acuerda de mí?

—¿Cómo no, niña?... Pero está tan cambiadita... pues... un poco estropeada por tanto sufrir en aquel tiempo.

—¿Y quién soy?... Diga, pues.

—¿Cómo diré, niña? ¿No se acuerda que la salvé en la *Guardia Vieja?...* Si no era usted, sería una hermana suya...

—¿Y cómo me llamaban? ¿Sabe mi nombre?

—No, niña; nunca la oí nombrar sino...

—Diga, pues, como me llamaban... La Loca de la *Guardia Vieja,* ¿no es verdad?

—Así es, pues—respondía Ontiveros sonriéndose y haciendo girar su sombrero entre las manos.

—Venga acá, Ontiveros, venga acá; siéntese á mi lado. Usted no puede figurarse el inmenso gusto que siento al verlo sano y robusto.

—Y yo también, niña, lo tengo al verla así acomodada en su casita, y... sana.

—Me han dicho—agregó Teresa, sonriendo con una tierna franqueza—que hubo un tiempo en que delirante yo por ver castigados á los godos asesinos de mi familia, estuve enamorada de usted. ¿Será verdad, Ontiveros?

—¡Qué ha de ser!... Cuentos, niña... Es que como yo la cuidaba tanto, y como hija, usted me lo agradecía y buscaba siempre que la protegiera huyendo de los oficiales.

La antigua Loca de la *Guardia Vieja* se tomó de las dos manos callosas del sargento Ontiveros y se las besó.

—Usted ha sido mi salvador—dijo levantando los ojos al cielo.—No ha pasado un momento sin que lo haya tenido en mi corazón, y sin que no haya pedido á Dios que lo conservase sano y libre de los peligros de la guerra. Supongo que ahora va á descansar... Quédese aquí en Chile con nosotros.

—¡No puedo, niña!... Por nada abandonaré á mi coronel... El va para la guerra, y yo voy con él, hasta que nos mate una bala, ó nos muramos los dos de viejos... Ya lo he jurado por esta santa cruz—dijo cruzando los dedos y poniéndoselos sobre los labios.

—Si es así, no le digo nada. Supongo que su coronel lo ayudará en su pobreza.

—Así, así no más: los dos somos muy pobres.

—Yo tengo algo. Me ha de hacer el favor de recibirme este regalo.

Y diciendo y haciendo le puso en la gorra una bolsita tejida de bolsillo, de las muy usadas entonces en Chile, con cierto peso de moneditas de oro.

Ontiveros estaba confundido; y dió las gracias con ojos lagrimosos y semblante sonriente.

En esto entró como un ventarrón un niño vivo y bullicioso, de nueve á diez años. Venía de la

escuela. Tiró los libros que traía y se puso á revolver las gavetas de una cómoda con todo aturdimiento. Sin reparar en él, la enferma le preguntó á Ontiveros:

—¿Y usted tuvo en Lima algunas noticias mías?

—Sí, niña; las primeras que tuve de su buena salud las oí por casualidad á la llegada del señor don Bernardo O'Higgins.

El niño se dió vuelta como sorprendido al oir este nombre, y gritó:

—¡Viva mi padrino el general don Bernardo O'Higgins!... ¡Viva Chile!—agregó dirigiéndose á Ontiveros.

—Sí, niño—dijo éste,—que vivan los dos; algo hemos hecho DON JOSÉ y nosotros... ¡y bien poco hemos sacado!

Teresa dió vuelta á la página como se dice, y le preguntó á Ontiveros:

—¿Ha visto en Lima á doña Pepita Morgado?

—¿Cómo no?... Todos los días; cuando yo iba á tomar una copita de *pisco* con los compañeros ordenanzas del general.

—¿Del general?... ¿Y qué es de ella?

—¿Qué ha de ser?... Que se ha casado con el general Necochea.

—¡Alabado sea Dios!

FIN

VICENTE F. LÓPEZ

LA LOCA DE LA GUARDIA

CUENTO HISTÓRICO



BUENOS AIRES
A. V. LÓPEZ, Editor
PUNTO DE VENTA: LIBRERÍA LA FACULTAD
JUAN ROLDÁN, FLORIDA, 418